STEVEN RUNCIMAN

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

COLECCIÓN AUSTRAL

STEVEN RUNCIMAN

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

COLECCIÓN AUSTRAL

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

CIENCIAS/HUMANIDADES

G-S
59

STEVEN RUNCIMAN

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

Traducción
Victorio Peral Domínguez

COLECCIÓN AUSTRAL

Título original: *The Fall of Constantinople, 1453*

Primera edición: 4-V-1973
Segunda edición: 1-II-1998

© *Cambridge University Press, 1965*
© *De esta edición: Espasa Calpe, S. A., 1973, 1997*

Diseño de cubierta: Tasmanias

Depósito legal: M. 2.362—1998
ISBN 84—239—7425—1

ACCESO ABIERTO

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: UNIGRAF, S. L.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL 9

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

PREFACIO 19
CAPÍTULO I. Ocaso de un imperio 25
CAPÍTULO II. Auge del sultanato 54
CAPÍTULO III. El emperador y el sultán 89
CAPÍTULO IV. El precio de la ayuda occidental 105
CAPÍTULO V. Preparativos del asedio 123
CAPÍTULO VI. Comienza el asedio 142
CAPÍTULO VII. Pérdida del Cuerno de Oro 162
CAPÍTULO VIII. Las esperanzas se desvanecen 178
CAPÍTULO IX. Últimos días de Bizancio 193
CAPÍTULO X. Caída de Constantinopla 206
CAPÍTULO XI. Destino de los vencidos 223
CAPÍTULO XII. Europa y el conquistador 246
CAPÍTULO XIII. Los supervivientes 273
APÉNDICE I 287
APÉNDICE II 297
BIBLIOGRAFÍA 307

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA 323

NOTA EDITORIAL

La conquista de Constantinopla por los turcos el 29 de mayo de 1453 es uno de los acontecimientos que tradicionalmente han simbolizado el fin de la Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna. Leopold von Ranke *(Sobre las épocas de la Historia Moderna,* 1854) resumió el valor de este hito por su contribución al desarrollo del Humanismo y del Renacimiento debido a la influencia que estos habían recibido tanto de los sabios y eruditos griegos exiliados en Italia como de los manuscritos y obras grecolatinas inéditas que trajeron consigo. Según la historiografía liberal, el desarrollo intelectual europeo fue deudor de este influjo que, a la postre, sería fundamental para el origen de las ideas de libertad, razón e individualismo que marcaron el despegue hacia la modernidad. Así, en 1828, François Guizot, al redactar su *Historia de la Civilización europea,* no se olvidó de subrayar que el «librepensamiento» naciente en el humanismo pudo afianzarse gracias a que en el momento de nacer «tienen lugar la toma de Constantinopla por los turcos, la caída del Imperio de Oriente, la invasión de Italia por los griegos fugitivos, país al que llevan un nuevo conocimiento de la Antigüedad, numerosos manuscritos, mil nuevos medios de estudiar la civilización antigua...».

Sin duda, esta ha sido la actitud dominante en Occidente a la hora de posar su mirada sobre el acontecimiento. No en balde, sir Steven Runciman, en el prefacio de la obra que presentamos, se vio en la obligación de advertir la existencia de continuidad más que de ruptura, y señalar que sólo una visión simplista de la Historia puede marcar, sobre lo que constituye el objeto de su estudio, un principio o un final de algo. La conciencia de Europa se pudo ver afectada, pero levemente, y no en el sentido que habitualmente se le atribuye. Europa comenzó a ser consciente de la amenaza turca que gravitaba sobre ella pero, aun así, la toma de la capital del Imperio de Oriente por los ejércitos de Mahomet II no supuso un súbito revulsivo. La política de los principados europeos respecto a Oriente no cambió en absoluto después de 1453. Por otra parte, el Renacimiento y el Humanismo ya venían de antes, del propio devenir de Occidente, de modo que la recuperación de ciertos manuscritos o la presencia de exiliados griegos, algunos tan prestigiosos como los cardenales griegos Isidoro y Besarion, no influyeron tanto como para dar curso a cambios trascendentales. En todo caso, se incorporaron o añadieron a un proceso en marcha.

No obstante, estas cuestiones están muy lejos de las preocupaciones de sir Steven Runciman en la concepción y elaboración de su estudio sobre LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA. Desdeñando lo que significó para Occidente, lo cual hubiera sido tanto como escribir un libro más sobre un asunto muy gastado, se preocupó sobre todo por la importancia que este acontecimiento tuvo para la historia de griegos y turcos. De ahí la novedad y el interés de su investigación, ya que aporta la percepción y consecuencias que tuvo para sus directos protagonistas: para los griegos

marcaba el final de todo un universo, de su civilización, el Imperio Romano de Oriente; para los turcos, Constantinopla era la llave que aseguraba el futuro de su Imperio y cimentaba su edificio político.

Constantinopla, o Estambul, era algo más que una gran ciudad a conquistar o defender. En ella pervivía y se manifestaba el legado de Roma y, con él, el Imperio. Como escribiera Jorge de Trebisonda a Mahomet II: «aquel que detenta esta ciudad es en derecho emperador él mismo. Y no es por los hombres, sino por Dios, por lo que tú posees, por tu espada, el trono mencionado».

Los otomanos, cien años después de la creación del principado de Orján a comienzos del siglo XIV, se hallaban fuertemente *bizantinizados,* y su visión de la política y del gobierno se encontraba impregnada de valores comunes a la tradición romana o latina. Desde las conquistas de Bayaceto I y el establecimiento de su capital en Andrinópolis (1361), los turcos tomaron conciencia del *hecho imperial* y de la necesidad de presentarse como herederos legítimos de Roma, y no en vano el sultán reclamó el reconocimiento de *sultan al-Rum* («sultán de los romanos») para someter Egipto a su autoridad. Por otra parte, existía en el Islam una tradición, que Ibn Jaldúm asignaba al profeta Mahoma, según la cual aquel que conquistase Constantinopla sería sin duda el *Mahdi,* el elegido de Dios para gobernar el mundo. De ahí que también la conquista de la ciudad redundase en la legitimación de una autoridad superior sobre el conjunto del mundo islámico.

Mahomet II, después de 1453, se convirtió en el soberano absoluto de un imperio centralizado, emperador romano y califa, con autoridad política sobre cristianos

orientales y musulmanes. Por eso mismo, el legado bizantino ni desapareció ni fue aniquilado, adoptó una forma otomana, y, yendo más lejos, el Imperio Otomano nacido tras la incorporación de Bizancio se convirtió en el heredero y continuador del Imperio Romano de Oriente.

* * *

Nacido en Northumberland el 7 de julio de 1903, sir Steven Runciman, segundo hijo del primer vizconde Runciman, se educó en las más prestigiosas instituciones británicas, el Eton College y el Trinity College de Cambridge. Sería enojoso enumerar su largo y nutrido *currículum;* baste señalar que fue lector en Cambridge (1931-1938), profesor de estudios bizantinos en la Universidad de Estambul (1942-1945), miembro de la British Academy desde 1957 y síndico del Museo Británico (1960-1967). Toda su obra está orientada al conocimiento del Imperio Bizantino y la difícil historia de las relaciones entre Oriente y Occidente a lo largo de la Edad Media. Además del presente título, cabe destacar: *Historia de las Cruzadas* (1951-1954), *Vísperas sicilianas* (1958), *La cautividad de la Iglesia de Oriente* (1968), *Estilo y Civilización en Bizancio* (1975), *La teocracia bizantina* (1977), publicando su último título *(Un alfabeto para viajeros)* en 1991.

Como puede apreciarse en estos brevísimos apuntes biográficos y bibliográficos, LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA, publicada en 1965, es la obra de un historiador consagrado, que ha obtenido ya el reconocimiento pleno de la comunidad científica y que forma parte de la Academia. En este sentido, Runciman sigue las pautas marcadas por la más pura tradición historiográfica británica, en

la que él se reconoce no solo como fiel continuador, sino como miembro eminente. Desde su perspectiva, el historiador debe situar su análisis en un marco global amplio en el cual se desenvuelve su investigación para, de esta manera, subrayar la importancia del objeto de estudio y hacer comprensible cómo los acontecimientos alteran el destino de individuos, naciones o instituciones.

Este estilo, pulido y afianzado en la *Historia de las Cruzadas,* se desarrolla ya de forma plena en esta obra, repitiéndolo nuevamente nuestro autor, ya como marca o sello de su característico sentido del oficio de historiar, en su obra inmediatamente posterior, *Vísperas sicilianas.*

En LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA, Runciman revela pormenorizadamente la historia de un acontecimiento que, como se ha indicado más arriba, fue trascendental para turcos y griegos. Mediante un detallado seguimiento de los distintos «actores del drama», a través de un relato vertebrado sobre una cronología de los hechos limpia y precisa, analiza con minuciosidad los factores que condujeron al trágico final de Bizancio. Desde una perspectiva definida por el punto de vista griego, la narración, preciosista en ocasiones, sigue las pautas de la mejor tradición académica británica. La descripción narrativa descansa esencialmente en el uso abundante de la evidencia documental, una escasa inclinación a planteamientos teóricos y un notable apego a lo político como guía y sostén del discurso.

El asunto central, la caída de Constantinopla, se sitúa escénicamente, describiendo con cuidado la geografía en la que transcurre la historia y mostrando al mismo tiempo los pueblos y los personajes que protagonizan el drama. Además, el relato se compartimenta en temas que van confluyendo en un punto —el momento de la con-

quista (dedicando un capítulo completo al 29 de mayo de 1453)—, y organizan y articulan toda la narración. Este esquema expositivo muestra que la principal preocupación del autor fue ceñirse a los hechos, limitándose a presentar la información de forma clara, ordenada y dotada de sentido. No obstante, el resultado está lejos de ser una aburrida enumeración de datos, ya que la erudición se compagina con un estilo narrativo fluido, vivaz y ameno. Es de sobra conocido que este cuidado por la «puesta en escena» llevó a nuestro autor a procurar conocer y visitar personalmente los lugares donde se desarrollaron los episodios históricos más importantes de sus investigaciones, para así imprimir en ellas un carácter vivencial que, a nuestro entender, consigue transmitir plenamente.

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

A mi hermano

PREFACIO

En otras épocas, en que los historiadores tenían una visión simplista de la Historia, se pudo sostener que la caída de Constantinopla en 1453 significase el final de la Edad Media, pero hoy sabemos perfectamente que el torrente de la Historia fluye de modo inexorable y no hay dique que lo detenga. Tampoco existen motivos para afirmar que el mundo medieval se transformase en el mundo moderno. Mucho antes de 1453 ya estaba en marcha, en Italia y en el mundo mediterráneo, el movimiento llamado Renacimiento. Mucho después de 1453 persistieron las ideas medievales en el Norte. Ya anteriormente a 1453, se descubrieron las primeras rutas oceánicas que trastornaron toda la economía mundial, aunque transcurriesen varias décadas, después de 1453, antes de explorar dichas rutas marítimas y de que sus efectos se dejaran sentir en Europa. El ocaso y caída de Bizancio y el triunfo de los turcos otomanos ejercieron su influencia en estas transformaciones; empero, el resultado no fue obra de un año. Sin duda, la sabiduría bizantina desempeñó un papel en el Renacimiento, pero durante casi medio siglo, antes de 1453, los estudiantes bizantinos cambiaron la pobreza e inseguridad de su país natal por las pingües cátedras de

Italia, y los griegos que los siguieron después de 1453 llegaron, en su mayoría, no como refugiados de un dominio infiel, sino como estudiantes de islas cuyo control mantenía todavía Venecia. Durante bastantes años el auge del poder otomano causó algunas dificultades a las ciudades comerciales de Italia, si bien no yuguló su comercio excepto cuando bloqueó el acceso al mar Negro. La conquista otomana de Egipto fue menos desastrosa para Venecia que la conquista de Constantinopla, y si Génova sufrió un duro golpe por el dominio de los estrechos por parte del sultán, lo que provocó su ruina no fue la pérdida del comercio exterior, sino su precaria situación en Italia.

Incluso en el terreno más amplio de la política, la caída de Constantinopla supuso muy pocos cambios. Los turcos acababan de llegar a las orillas del Danubio y amenazaban la Europa central, y cualquiera pudo percatarse de que Constantinopla estaba perdida, de que un imperio consistente poco más que en una ciudad decadente no podía resistir a un imperio cuyo territorio se extendía por la mayor parte de la península balcánica y Asia Menor; un imperio con un gobierno fuerte y que disponía del mejor dispositivo militar de la época. Es cierto que la Cristiandad sufrió una profunda conmoción ante la caída de Constantinopla. Al no serles posible —como a nosotros— lanzar una penetrante mirada retrospectiva, las potencias occidentales vieron necesariamente en la conquista turca algo inevitable. Con todo, la tragedia no cambió en absoluto su política o, mejor dicho, su falta de política frente al problema oriental. Únicamente el Papado se sintió verdaderamente convulsionado y planeó un auténtico enfrentamiento, aunque eran más urgentes los problemas domésticos.

Por lo cual tal vez parezca que la historia de 1453 apenas si merece otro libro. Mas de hecho, los acontecimientos de ese año tuvieron una importancia vital para ambos pueblos. A los turcos, la conquista de la antigua ciudad imperial no sólo les proporcionó una nueva capital imperial, sino que les aseguró la persistencia de su imperio en Europa. Hasta que la ciudad, situada como estaba en el centro de sus dominios, en el paso entre Asia y Europa, no estuviese en sus manos, no se sentirían seguros. No sólo tenían motivos para temer a los griegos, sino que una gran alianza cristiana, que operase sobre esta base, tal vez los derrocara. Con Constantinopla en su poder, estaban seguros. Hoy, tras todas las vicisitudes de su historia, los turcos siguen en posesión de Tracia y todavía se mantienen firmes en Europa.

Para los griegos, la caída de la ciudad fue, incluso, más trascendental, pues para estos se trataba, en realidad, de la conclusión de un capítulo. La espléndida civilización bizantina ya había representado su papel civilizando al mundo, y ahora agonizaba con la ciudad agonizante. Pero aún no había muerto. El decadente pueblo de Constantinopla, a punto de sucumbir, incluía las más penetrantes inteligencias de la época, hombres imbuidos de una importantísima tradición cultural que se remontaba a Grecia y Roma. Y mientras un emperador, virrey de Dios, viviese en el Bósforo, todo griego, aunque pudiese estar esclavizado, podía también sentirse orgulloso de que seguía perteneciendo a la verdadera y ortodoxa comunidad cristiana. El emperador no podía hacer casi nada por ayudarle en este mundo, pero seguía siendo centro y símbolo del poder divino. Una vez caídos el emperador y su ciudad, comenzaba el reino del Anticristo. Grecia caminaba hacia el abismo y luchaba como podía por la superviven-

Italia, y los griegos que los siguieron después de 1453 llegaron, en su mayoría, no como refugiados de un dominio infiel, sino como estudiantes de islas cuyo control mantenía todavía Venecia. Durante bastantes años el auge del poder otomano causó algunas dificultades a las ciudades comerciales de Italia, si bien no yuguló su comercio excepto cuando bloqueó el acceso al mar Negro. La conquista otomana de Egipto fue menos desastrosa para Venecia que la conquista de Constantinopla, y si Génova sufrió un duro golpe por el dominio de los estrechos por parte del sultán, lo que provocó su ruina no fue la pérdida del comercio exterior, sino su precaria situación en Italia.

Incluso en el terreno más amplio de la política, la caída de Constantinopla supuso muy pocos cambios. Los turcos acababan de llegar a las orillas del Danubio y amenazaban la Europa central, y cualquiera pudo percatarse de que Constantinopla estaba perdida, de que un imperio consistente poco más que en una ciudad decadente no podía resistir a un imperio cuyo territorio se extendía por la mayor parte de la península balcánica y Asia Menor; un imperio con un gobierno fuerte y que disponía del mejor dispositivo militar de la época. Es cierto que la Cristiandad sufrió una profunda conmoción ante la caída de Constantinopla. Al no serles posible —como a nosotros— lanzar una penetrante mirada retrospectiva, las potencias occidentales vieron necesariamente en la conquista turca algo inevitable. Con todo, la tragedia no cambió en absoluto su política o, mejor dicho, su falta de política frente al problema oriental. Únicamente el Papado se sintió verdaderamente convulsionado y planeó un auténtico enfrentamiento, aunque eran más urgentes los problemas domésticos.

Por lo cual tal vez parezca que la historia de 1453 apenas si merece otro libro. Mas de hecho, los acontecimientos de ese año tuvieron una importancia vital para ambos pueblos. A los turcos, la conquista de la antigua ciudad imperial no sólo les proporcionó una nueva capital imperial, sino que les aseguró la persistencia de su imperio en Europa. Hasta que la ciudad, situada como estaba en el centro de sus dominios, en el paso entre Asia y Europa, no estuviese en sus manos, no se sentirían seguros. No sólo tenían motivos para temer a los griegos, sino que una gran alianza cristiana, que operase sobre esta base, tal vez los derrocara. Con Constantinopla en su poder, estaban seguros. Hoy, tras todas las vicisitudes de su historia, los turcos siguen en posesión de Tracia y todavía se mantienen firmes en Europa.

Para los griegos, la caída de la ciudad fue, incluso, más trascendental, pues para estos se trataba, en realidad, de la conclusión de un capítulo. La espléndida civilización bizantina ya había representado su papel civilizando al mundo, y ahora agonizaba con la ciudad agonizante. Pero aún no había muerto. El decadente pueblo de Constantinopla, a punto de sucumbir, incluía las más penetrantes inteligencias de la época, hombres imbuidos de una importantísima tradición cultural que se remontaba a Grecia y Roma. Y mientras un emperador, virrey de Dios, viviese en el Bósforo, todo griego, aunque pudiese estar esclavizado, podía también sentirse orgulloso de que seguía perteneciendo a la verdadera y ortodoxa comunidad cristiana. El emperador no podía hacer casi nada por ayudarle en este mundo, pero seguía siendo centro y símbolo del poder divino. Una vez caídos el emperador y su ciudad, comenzaba el reino del Anticristo. Grecia caminaba hacia el abismo y luchaba como podía por la superviven-

cia. A la inextinguible vitalidad y coraje del espíritu griego debemos el que no pereciera por completo el helenismo.

En esta historia el pueblo griego es el héroe trágico, y he procurado hablar de él teniendo muy presente lo dicho. Ya se ha reiterado con frecuencia antes. Esto casi impresionó a Gibbon, aunque no del todo, pero sí lo suficiente como para hacerle olvidar su desdén por Bizancio. Sir Edwin Pears habló de ello con profusión en una obra inglesa publicada hace sesenta años, y que todavía merece leerse. Su exposición de las auténticas operaciones del asedio, basada en un estudio a fondo de las fuentes y en su conocimiento personal del terreno, sigue siendo plenamente válida, si bien en otras partes los progresos en la investigación moderna han dejado la obra un tanto anticuada. Tengo una gran deuda con esta obra, la mejor exposición de los acontecimientos de 1453 en todas las lenguas. Desde su publicación, muchos estudiosos incrementaron su acervo cultural. Especialmente, en el año 1953 fui testigo de la publicación de múltiples artículos y ensayos para celebrar su quinto centenario. Con todo, si exceptuamos la obra de Gustavo Schlumberger, publicada en 1914 y basada casi toda en la de Pears, no se ha publicado ningún relato exhaustivo del asedio, en los últimos cincuenta años, en ninguna lengua de Occidente.

Con el fin de colmar esta laguna, me he servido —y expreso mi reconocimiento— de varias obras de eruditos modernos, que todavía viven o murieron. Expreso mi gratitud en las notas. Entre los eruditos griegos, que viven todavía, me complazco en mencionar al profesor Zakytinos y al profesor Zoras. Todos —tratándose de la historia otomana— debemos estar reconocidos al profesor Babinger, aun cuando su gran obra sobre el sultán conquistador nos prive del apoyo de las referencias a sus fuentes. Para

comprender la primitiva historia de los turcos, nunca estimaremos en su justo valor las obras del profesor Wittek; y entre los jóvenes eruditos turcos hemos de consignar al profesor Inalcik. La trascendental obra del padre Gill sobre el concilio de Florencia y sus secuelas me fue de valiosa ayuda.

Hago una síntesis crítica de las principales fuentes de la presente historia en un apéndice. No ha sido empresa fácil conseguirlas todas. El extinto profesor Dethier ha recogido en sendos volúmenes —XXI y XXII, 1.ª y 2.ª partes— las fuentes cristianas de los *Monumenta Hungariae Historica,* hace unos ocho años, pero si bien ya estaban impresos los volúmenes, no habían sido publicados aún, aparentemente a causa de las erratas que contenían. En cuanto a las fuentes musulmanas, algunas no fueron asequibles inmediatamente, en especial para el que —como yo— no puede leer a los autores otomanos más que con lentitud y dificultad. Sin embargo, confío en que haya podido extractar de ellos lo esencial.

Tampoco hubiera podido escribir este libro sin la cooperación de la Biblioteca Londinense, y me es grato expresar mi agradecimiento al personal de la Sala de Lectura del Museo Británico por su paciente ayuda. Quiero asimismo agradecer al señor S. J. Papastavrou su colaboración en revisar las pruebas, y a los síndicos y personal de la Cambridge University Press por su inagotable paciencia y gentileza.

En cuanto a *la transcripción de los nombres* del griego o del turco, no pretendo que sean exactos. Con relación a los griegos, he empleado la forma que me ha parecido más familiar y natural. Respecto a los turcos, me he servido de la ortografía fonética, excepto cuando he utilizado palabras del turco moderno, que he transcrito con su

propia ortografía. He designado al sultán conquistador con el nombre turco de *Mehmed* y no de Mahomet o Mohamed*. Espero que mis amigos turcos me perdonarán por haber denominado a la ciudad de que trata mi obra *Constantinopla* y no *Estambul.* Hubiera sido pedante obrar de otra manera.

STEVEN RUNCIMAN, 1965.

* Ateniéndonos a la tradición, escribiremos siempre *Mahomet,* para evitar confusiones, dado el carácter general de nuestra edición. *(N. de los E.)*

CAPÍTULO I

OCASO DE UN IMPERIO

El día de Navidad del año 1400, el rey Enrique IV de Inglaterra dio un banquete en su palacio de Eltham. Su propósito no era únicamente celebrar la fiesta religiosa. Deseaba también honrar a un distinguido huésped: Manuel II Paleólogo, emperador de los griegos, como lo denominaban la mayoría de los occidentales, aunque algunos recordaban que era el verdadero emperador de los romanos. Atravesó toda Italia y se detuvo en París, donde el rey Carlos VI de Francia mandó decorar un ala del Louvre para alojarle, y donde los profesores de la Sorbona estaban encantados de entrevistarse con un monarca que podía disputar con ellos con tanta sabiduría y sutileza como exigían. Todos en Inglaterra estaban impresionados por la dignidad de su porte y de las inmaculadas vestiduras blancas que el emperador y su corte llevaban. Pero precisamente a causa de sus altos títulos, sus anfitriones se sentían inclinados a compadecerle, pues el emperador había ido como mendigo a buscar desesperadamente ayuda contra los infieles que habían sitiado su imperio. Para el jurista Adán de Usk, quien trabajaba en la corte del rey Enrique, era una tragedia ver al emperador allí.

«Consideré —escribía Adán— lo doloroso que era que este gran príncipe cristiano se viese obligado por los sarracenos a buscar ayuda contra ellos de un extremo de Oriente a las islas más occidentales... ¡Dios mío! —añadió—, ¿qué va a ser ahora de ti, antigua gloria de Roma?» [1].

En realidad, el antiguo Imperio Romano había quedado muy reducido. Manuel era el legítimo heredero de Augusto y de Constantino, pero pasaron muchos siglos antes de que los emperadores, que residían en Constantinopla, pudiesen exigir obediencia al mundo romano. Para el Occidente eran, sin más, señores de los griegos o de Bizancio, indignos rivales de los emperadores surgidos en aquel. Hasta el siglo XI, Bizancio había sido una potencia brillante y dominadora, paladín de la Cristiandad contra la embestida del Islam. Los bizantinos cumplieron con su deber con energía y éxito hasta que en pleno siglo XI vino una nueva provocación del Oriente con la invasión de los turcos, en tanto que Europa occidental se había desarrollado lo suficiente como para intentar por sí misma el ataque en la persona de los normandos. Bizancio se había comprometido en una guerra en dos frentes en el momento en que atravesaba dificultades constitucionales y dinásticas. Los normandos fueron rechazados, pero perdieron la Italia bizantina; y además, los bizantinos tuvieron que abandonar para siempre a los turcos las tierras que les proporcionaron la mayor parte de los soldados y los mayores contingentes de víveres: las llanuras interiores de Anatolia. En lo sucesivo, el Imperio quedaba entre dos fuegos, y esta posición intermedia se vio complicada por el movimiento que llamamos las Cruzadas. Los bizantinos, en cuanto cristianos, simpatizaron con los cruzados. Empero, su dilatada experiencia política les enseñó a mostrarse un tanto tolerantes con los infieles y a

aceptar su existencia. La guerra santa, tal y como la hacían los occidentales, les parecía peligrosa y quimérica.

Con todo, esperaban obtener ventaja de ella, pues los intermediarios sólo están seguros si son fuertes. Bizancio siguió representando el papel de una gran potencia, cuando de hecho su fuerza ya estaba minada. La pérdida de Anatolia, que abastecía los territorios en un período de continuas guerras, obligó al emperador a depender de los aliados y mercenarios extranjeros, y ambos exigían la paga en numerario y privilegios comerciales. Las exigencias llegaban en un momento en que la economía interna del Imperio estaba exhausta con la pérdida de los campos de cereales de Anatolia. Durante todo el siglo XII, Constantinopla dio la impresión de ser una ciudad tan rica y espléndida, la corte imperial tan suntuosa y los puestos y bazares tan repletos de artículos, que se seguía considerando al emperador como un gran potentado. Los mahometanos no le agradecían el haber tratado de reprimir el ardor de los cruzados, mientras que los cruzados se sentían ofendidos por su indiferente actitud frente a la guerra santa. Entretanto, las diferencias religiosas entre la Cristiandad oriental y occidental, originariamente de fondo y exacerbadas por la política en el transcurso del siglo XI, se agravaron profundamente hasta que a fines del siglo XII las Iglesias de Roma y Constantinopla quedaron definitivamente divididas por el cisma.

Surgió la crisis cuando un ejército de cruzados, seducido por la ambición de sus jefes, la recelosa codicia de sus aliados venecianos y el resentimiento de todos los occidentales contra la Iglesia bizantina, se volvió contra Constantinopla, se apoderó de ella y la saqueó, estableciendo un Imperio Latino sobre sus ruinas. La Cuarta Cruzada, en 1204, acabó con el antiguo Imperio Romano

Oriental como Estado supranacional. Tras medio siglo de destierro en Nicea, en el noroeste de Asia Menor, las autoridades imperiales regresaron a Constantinopla y el Imperio Latino se derrumbó. Parecía iniciarse una nueva era de grandeza. Mas el imperio restablecido por Miguel Paleólogo ya no era la potencia dominadora del Oriente cristiano. Sólo conservó algo de su antiguo prestigio místico. Constantinopla seguía siendo la Nueva Roma, la sacra capital histórica de la Cristiandad ortodoxa. El emperador seguía siendo, por lo menos a los ojos de los orientales, el emperador romano. Pero, en realidad, sólo era un príncipe de tantos, tan poderoso o más. Había otros príncipes griegos. Al Oriente estaba el Imperio de Trebisonda, imperio del gran Comneno, con sus ricas minas de plata y el comercio que discurría por el vetusto camino desde Tabriz y el Asia ulterior. En el Epiro estaba el señorío de los príncipes de la casa de Ángelo, en otro tiempo rivales de los nicenos en su lucha por reconquistar la capital, pero ahora ya reducido a la impotencia. En los Balcanes estaban Bulgaria y Serbia, dominadoras sucesivamente de la península. Asimismo, los señoríos francos y las colonias italianas por toda la Grecia continental e insular. Para desalojar a los venecianos de Constantinopla, los bizantinos llamaron a los genoveses, a quienes hubo que recompensar; y ahora la colonia genovesa de Pera o Gálata, precisamente a través del Cuerno de Oro, había arrebatado la mayor parte del comercio de la capital [2]. Existían peligros por doquier. En Italia había potentados ávidos de vengar la caída del Imperio Latino. Príncipes eslavos en los Balcanes ambicionaban el título imperial. En Asia, los turcos permanecieron quietos durante algún tiempo: en realidad, sin esta tranquilidad difícilmente hubiera sobrevivido Bizancio. Mas pronto habían de revivir,

ahora bajo el mando de una dinastía de brillantes adalides: Osmán y sus sucesores otomanos. El restaurado Imperio Bizantino, con sus complejos compromisos en Europa y constantemente amenazado por el Occidente, necesitaba más dinero y hombres de los que disponía. Empleó mucha cicatería en la frontera oriental hasta que fue demasiado tarde y los turcos otomanos forzaron las defensas [3].

Otra vez cundió el desencanto. El siglo XIV fue para Bizancio un período de desastre político. Durante varias décadas pareció probable que el gran reino serbio absorbería a todo el Imperio. Las provincias fueron devastadas por la rebelión de una banda de mercenarios: la compañía catalana (los almogávares). Siguió una larga serie de guerras civiles, provocadas por contiendas personales y dinásticas en la corte, exacerbadas por las intrigas de las facciones sociales y políticas. El emperador Juan V Paleólogo, que reinó durante cincuenta años, de 1341 a 1391, fue destronado no menos de tres veces: la primera por su suegro, la segunda por su hijo y la tercera por su nieto, si bien, al final, murió en el trono [4]. Luego la peste hacía estragos con frecuencia. La muerte negra, en 1347, con su devastación en el momento crítico de la guerra civil, diezmó por lo menos un tercio de la población del Imperio. Los turcos se aprovecharon de los disturbios de Bizancio y de los Balcanes para infiltrarse en Europa y penetrar más profundamente, hasta el punto de que, a finales del siglo, los ejércitos del sultán habían alcanzado el Danubio y Bizancio quedaba cercada totalmente por sus territorios. Del Imperio sólo quedaba Constantinopla y unas cuantas ciudades diseminadas por la costa de Tracia en el Mármara y el mar Negro hasta el norte de Mesembria, Tesalónica y sus inmediaciones, unas pocas islas

y el Peloponeso, donde los déspotas de Morea, los más jóvenes de la casa imperial, cosecharon algún pequeño triunfo, recuperando territorios de los francos. Algunos señoríos y colonias latinos sobrevivieron angustiosamente en Grecia y en las islas griegas. Los duques de Florencia dominaron en Atenas, y los príncipes de Verona, en el archipiélago del Egeo. Por lo demás, todo el resto lo habían arrebatado los turcos [5].

Por un capricho de la Historia, este período de decadencia política estuvo acompañado de la vida cultural más activa y fecunda que nunca conoció la historia bizantina en ninguna época. Desde el punto de vista artístico e intelectual, la era de los Paleólogos fue relevante. Los mosaicos y frescos de la primera mitad del siglo XIV en la iglesia de Chora, en Constantinopla, revelan tal fuerza, frescura y belleza que las obras italianas de la misma época, a su lado, parecen primitivas y burdas. Igualmente se produjeron obras singulares en otras partes de la capital y de Tesalónica [6]. Pero costaba mucho ejecutar obras artísticas tan espléndidas. El numerario era escaso. En 1347 se cayó en la cuenta de que las joyas de las diademas usadas en la coronación de Juan VI y de la emperatriz se confeccionaron con vidrio [7]. Al terminar la centuria, si bien seguían produciéndose obras artísticas menores, sólo se edificaron nuevas iglesias en las provincias, en Mistra y el Peloponeso o en el monte Athos, y fueron decoradas sobriamente. Con todo, la vida intelectual, que dependía menos de la ayuda económica, prosiguió con brillantez. La Universidad de Constantinopla fue reedificada a fines del siglo XIII por un gran ministro: Teodoro Metoquites, hombre de gusto refinado y erudito, bajo cuyo patrocinio se llevó a cabo la decoración de Chora [8]. Él animó la notable generación de sabios que vi-

nieron después. Las principales figuras intelectuales del siglo XIV, como Nicéforo Gregoras, historiador; Gregorio Palamás, teólogo; Nicolás Cabasilas, místico; o filósofos como Demetrio Cydones y Aquindino, todos en su momento estudiaron en la Universidad y sintieron la influencia de Metoquites. Todos, igualmente, fueron favorecidos y estimulados por su sucesor como primer ministro, Juan Cantacuzeno, aunque algunos tuvieron que romper con él tras su usurpación de la corona imperial. Cada uno de estos sabios tenía ideas peculiares: sus controversias eran tan animadas como su amistad. Disputaban —como lo hicieron los griegos durante casi dos mil años— sobre los opuestos méritos de Platón y de Aristóteles. Discutían de semántica y lógica, y sus controversias invadían inevitablemente el campo de la teología. La tradición ortodoxa estaba imbuida de filosofía. Los buenos eclesiásticos creían en una educación filosófica. Se sirvieron de la terminología platónica y de la metodología aristotélica. Pero su teología era apofática. Sostenían que la filosofía era incapaz de resolver los problemas teológicos, puesto que Dios trascendía esencialmente todo conocimiento humano. En pleno siglo XIV surgieron disturbios cuando ciertos filósofos influidos por la escolástica occidental atacaron la tradicional teoría mística de la Iglesia, si bien sus defensores hubieron de formular su doctrina y confesar su fe en las energías increadas de Dios. Ello dio origen a una acerba controversia que dividió a amigos y facciones. La doctrina de las energías halló su principal apoyo entre los monjes, cuya tendencia era antiintelectual. Su principal expositor, Palamás, cuyo nombre suele darse a la doctrina, fue un sabio de inteligencia poderosa, pero no simpatizaba con el humanismo. Sin embargo, entre sus aliados se contaban intelectuales humanistas, tales

como Juan Cantacuzeno y Nicolás Cabasilas. Su victoria no fue —como se ha pretendido con frecuencia— un triunfo del oscurantismo[9].

Había un problema primordial que concernía no sólo a los teólogos y filósofos, sino también a los políticos. Se trataba de la unión con la Iglesia de Roma. Ahora se había consumado el cisma y el triunfo del palamismo había abierto un abismo más profundo. Mas para muchos estadistas bizantinos era evidente que no podía sobrevivir el Imperio sin el apoyo occidental. Si esta ayuda sólo podía conseguirse a costa de la sumisión a la Iglesia romana, los griegos habrían de someterse. Miguel Paleólogo trató de favorecer los planes occidentales de restablecer el Imperio Latino, comprometiendo a su pueblo en la unión con Roma en el concilio de Lyon. Este gesto fue una grave ofensa para muchos bizantinos y, cuando pasó el peligro, su hijo, Andrónico II, rechazó la unión. Ahora, en el momento de cercar los turcos el Imperio, la situación era mucho más alarmante, cuando era necesaria la unión, no para librarse por dinero de un enemigo cristiano, sino para atraerse a amigos contra un enemigo peor e infiel. En el Oriente ortodoxo no existían potencias capaces de prestar ayuda. Los príncipes de los territorios danubianos y del Cáucaso eran demasiado débiles, y ellos mismos estaban en grave peligro, y los rusos estaban demasiado lejos ocupados en sus propios problemas. Mas, ¿cómo sería posible que un soberano católico acudiese en auxilio de un pueblo considerado como cismático? ¿Acaso no se consideraría el avance turco justo castigo del cisma? Teniendo esto en cuenta, el emperador Juan V se sometió al Papa personalmente en Italia, en 1369. Pero prudentemente no quiso comprometer a sus súbditos, si bien esperaba —en vano— persuadirlos para que le siguiesen[10].

Ni Miguel VIII, como tampoco Juan V, eran teólogos. Para ambos las ventajas políticas de la unión pesaron más que otra cosa. Para los teólogos el problema era más complicado. Desde los más remotos tiempos la Cristiandad oriental y occidental habían seguido diferentes rumbos en teología, en los usos litúrgicos y en la teoría y práctica eclesiásticas. Ahora estaban divididas por una cuestión capital: la procesión del Espíritu Santo y la adición por parte de la Iglesia Latina al Credo de la palabra *Filioque.* Asimismo existían otros problemas menores. El Occidente no podía aceptar la recién autorizada doctrina sobre las energías. El dogma occidental del purgatorio pareció al Oriente una arrogante pretensión. La principal querella litúrgica era si la materia del sacramento había de ser pan con levadura o sin ella. Para los orientales la práctica occidental del pan sin levadura les parecía costumbre judía e irrespetuosa con el Espíritu Santo, simbolizado en la levadura. Veían otra irreverencia en la negativa occidental a admitir la epíclesis, o sea, la invocación del Espíritu Santo, sin la cual, a los ojos orientales, el pan y el vino no quedaban plenamente consagrados. Igualmente existían discrepancias en la manera de distribuir la comunión bajo las dos especies a los seglares, y sobre el casamiento del clero secular. Empero, el desacuerdo fundamental se centraba en la esfera eclesiástica: ¿gozaba el obispo de Roma de un primado de honor o de una primacía absoluta sobre toda la Iglesia? La tradición bizantina se aferraba a la antigua creencia de la igualdad carismática de los obispos. Ninguno de ellos, ni siquiera San Pedro, tenía derecho a imponer su doctrina, por muy grande que fuese el respeto debido a sus ideas. La definición dogmática era competencia única del Concilio Ecuménico cuando en Pentecostés estaban representados todos los obispos de la Igle-

sia y vino el Espíritu Santo a inspirarlos. La adición romana al credo ofendió a los orientales, no sólo por razones teológicas, sino por ser modificación unilateral de una fórmula consagrada por un concilio ecuménico. Tampoco podía aceptarse por la tradición oriental la autoridad disciplinar y administrativa de Roma, pues creía que tales poderes estaban vinculados a la Pentarquía de los Patriarcas, entre la que Roma era la más antigua, pero no la suprema. Los bizantinos sentían profundamente sus tradiciones y liturgia, pero su doctrina de la economía que recomendaba se habían de pasar por alto las diferencias menores para facilitar la buena marcha de la Casa de Dios, les dio cierta flexibilidad. Con todo, la Iglesia romana no podía fácilmente hacer concesiones, dada su naturaleza específica [11].

Los sabios bizantinos estaban divididos. Muchos de ellos eran demasiado leales a su Iglesia para pensar en la unión con Roma. Pero otros, especialmente entre los filósofos, estaban dispuestos a aceptar la supremacía romana tanto como les permitiese su credo y se respetasen por completo sus costumbres. Para ellos la unidad de la Cristiandad y de la civilización cristiana era entonces lo más importante. Algunos de ellos estuvieron en Italia y contemplaron el vigor de su vida intelectual. Vieron, asimismo, cuán apreciados eran los sabios griegos si iban en son de amigos. Alrededor de 1340, Demetrio Cydones tradujo las obras de Tomás de Aquino al griego. El escolasticismo del Aquinate cautivó a muchos pensadores helenos y les demostró que no debían menospreciar el saber de Italia. Desearon estrechar los lazos intelectuales con esta, y su deseo fue correspondido. Cada vez fueron más a quienes se ofrecieron en Occidente lucrativas cátedras. La idea de una integración de la cultura bizantina e ita-

liana se hacía progresivamente más atractiva y, en tanto se salvaguardaran las tradiciones griegas, ¿importaba que se incluyera la sumisión a Roma, teniendo en cuenta el honor rendido a Roma en el pasado y el esplendor de la vida italiana como ahora se ponía de manifiesto? [12].

Únicamente entre los políticos e intelectuales se encontraban los defensores de la unión. Los monjes y el bajo clero eran los más acérrimos adversarios. Algunos actuaban por motivos culturales. Estaban orgullosos de su fe y tradiciones. Rememoraban los sufrimientos de sus antepasados en poder de los jerarcas latinos bajo los emperadores. Hubo quienes influyeron en las mentes del pueblo, aseverando que la unión era lo peor moralmente y que consentir en ella los ponía en peligro de condenación eterna. Sería un destino mucho peor que un desastre lo que pudiese sobrevenirles en este mundo efímero. Contra su oposición habría sido difícil para todo emperador cumplir cualquier promesa de unión y estaban apoyados por los sabios y teólogos, cuya lealtad a la tradición era intelectual tanto como emotiva, y por los políticos que se asombraban de que, de hecho, el Occidente pudiese salvar a Bizancio.

Estos apasionados debates se llevaron a cabo en una atmósfera de decadencia. Pese a la brillantez de sus sabios, Constantinopla, al terminar el siglo XIV, no era más que una ciudad melancólica y decadente. La población que, incluidos los suburbios, contaba con un millón de habitantes aproximadamente en el siglo XII, ahora se veía reducida a no más de cien mil, y aun menos [13]. Los suburbios allende el Bósforo estaban en poder de los turcos. Pero, al otro lado del Cuerno de Oro, era una colonia genovesa. De los suburbios a lo largo de las costas de Tracia en el Bósforo y el mar de Mármara, otrora esmaltadas de

espléndidas villas y monasterios, sólo quedaban unos villorrios que agrupaba en sus inmediaciones alguna vieja iglesia. La misma ciudad, dentro de sus catorce millas de murallas, en sus mejores tiempos estuvo llena de parques y jardines, dividida por estos en varios barrios. Pero al presente muchos de estos barrios habían desaparecido y los campos y huertos separaban a los restantes. El viajero Ibn Battuta, en pleno siglo XIV contó trece distritos dentro de las murallas. González de Clavijo, en los primeros años del siglo XV se quedó atónito de que una ciudad tan inmensa estuviese tan arruinada, y Bertrandon de la Broquière, años después, se quedó espantado de que estuviese tan desolada. Pero Tafur, en 1437, reparó en su población escasa y pobre a ojos vistas. En muchos distritos se hubiera creído que uno se hallaba en descampado con rosales silvestres que florecían en los setos vivos en primavera, y los ruiseñores que cantaban en los matorrales.

En el extremo suroccidental de la ciudad, los edificios del viejo palacio imperial ya no eran habitables. El último emperador latino, obligado por la necesidad, tras haber vendido la mayor parte de las santas reliquias a San Luis y antes de dar en prenda su hijo y heredero a los venecianos, desmanteló todos los tejados de plomo y dispuso de ellos para convertirlos en dinero. Ni Miguel Paleólogo ni ninguno de sus sucesores tuvieron suficiente dinero para poder restaurarlos. Sólo se conservaron algunas iglesias dentro de sus terrenos, por ejemplo, la Nea Basílica de Basilio I y la iglesia de la Madre de Dios en Faros. Muy cerca, el hipódromo estaba en ruinas; los jóvenes de la nobleza usaban la arena como campo de polo. Al otro lado de la plaza, el palacio patriarcal daba cabida todavía a las oficinas del patriarca, pero este ya no se atrevía a residir en él. Únicamente la gran catedral de la Divina Sabi-

duría, Santa Sofía, seguía en todo su esplendor; su sostenimiento constituía un gravamen especial para el erario público.

La calle mayor que corría a lo largo de la espina dorsal de la ciudad, desde la puerta Carisia, puerta Andrinópolis de hoy, hasta el viejo palacio, estaba sembrada caprichosamente de tiendas y casas y dominada por la catedral de los Santos Apóstoles. Pero este inmenso edificio se hallaba en estado ruinoso. A lo largo del Cuerno de Oro los pueblos se apiñaban y estaban más poblados, en particular en uno y otro extremo, en Blachernas, cerca de las murallas terrestres, donde el emperador tenía ahora su palacio, hacia el extremo de la ciudad, junto a la colina del arsenal. Los venecianos poseían un barrio próspero cerca del puerto, y las calles asignadas a otros comerciantes occidentales: de Ancona y de Florencia, de Ragusa y de Cataluña, y las de los judíos eran vecinas. Había almacenes y muelles en las márgenes y bazares en la zona donde se levanta todavía el Gran Bazar turco. Pero cada distrito estaba separado y muchos de ellos cercados por una muralla o empalizada. En la vertiente sur de la ciudad que mira hacia el Mármara, los pueblos estaban cada vez más diseminados y separados unos de otros. En Studion, donde las murallas interiores descienden hacia el Mármara, los edificios de la Universidad y los de la Academia Patriarcal se agrupaban en torno a la antigua iglesia de San Juan y su histórico monasterio con su selecta biblioteca. Por el lado oriental había algunos muelles en Psamatía. También existían aún algunas elegantes mansiones y monasterios, así como conventos de monjas desparramados por la ciudad. Todavía podían verse caballeros y señoras con lujosos atuendos a caballo o conducidos en literas por la ciudad, si bien De la Broquière sentía pena de

ver el reducido séquito que acompañaba a la adorable princesa María desde la iglesia de la Divina Sabiduría hasta el palacio. Asimismo había artículos en los bazares y en los muelles, y mercaderes venecianos, eslavos o musulmanes que preferían hacer negocios en la ciudad vieja y no con los genoveses allende el Cuerno de Oro. Igualmente se daba una afluencia de peregrinos procedentes principalmente de Rusia para admirar las iglesias y reliquias que encerraban. Incluso el Estado sostenía hostelerías para alojarlos al mismo tiempo que hospitales y orfanatos como puede permitirse ahora [14].

La única ciudad importante que le quedó al Imperio era Tesalónica. Conservaba un aspecto de mayor prosperidad. Seguía siendo el puerto más importante de los Balcanes. Su feria anual continuaba siendo el punto de reunión de los comerciantes de todos los países. Dentro de su perímetro, tan reducido, había menos vaciedad y decadencia. Pero nunca pudo superar las agitaciones en pleno siglo XIV, fomentadas durante varios años por revolucionarios populares conocidos por los celadores o fanáticos, los cuales destruyeron muchos palacios, tiendas y monasterios hasta que fueron eliminados. Antes de terminar la centuria fue ocupada por los turcos, si bien luego fue reconquistada durante algún tiempo. Mistra, en el Peloponeso, capital del déspota de Morea, aunque blasonaba de un palacio y un castillo y de varias iglesias, monasterios y escuelas, era poco menos que un pueblo [15].

Esta trágica reliquia de un Imperio fue la herencia que pasó a manos del emperador Manuel II en 1391. Él mismo constituía una figura trágica. Su juventud transcurrió entre querellas familiares y guerras, en las cuales fue el único leal a su padre, Juan V, al cual, en cierta ocasión, tuvo que librar de prisión de los acreedores en Venecia.

Pasó algunos años como rehén en la corte turca y fue obligado a rendir vasallaje al sultán e, incluso, a dirigir un regimiento bizantino para ayudar a su soberano a someter la ciudad libre bizantina de Filadelfia. Halló consuelo en la sabiduría, escribiendo, entre otras obras, un pequeño libro destinado a sus amigos turcos, en el que comparaba la Cristiandad con el Islam; modelo en su género. Fue un emperador digno. Generosamente eligió por votación como colega suyo a su sobrino Juan VII, hijo de su hermano mayor, y fue recompensado con la lealtad que ese joven inconstante le demostró el resto de su corta vida. Se esforzó por reformar los monasterios y elevar su nivel de vida, y entregó a la Universidad cuanto dinero pudo ahorrar. Vio la necesidad política de pedir ayuda a Occidente. La cruzada de 1396, que se puso en marcha bendecida por dos papas rivales y pereció a causa de la insensatez de sus jefes en Nicópolis, junto al Danubio, fue —justo es decirlo— una respuesta a las súplicas del rey de Hungría más que a las suyas, aunque el mariscal francés Boucicault acudió a su llamamiento con un pequeño contingente de tropas en favor de Constantinopla en 1399, si bien fue poco lo que consiguió. Se opuso a la unión de las Iglesias, en parte por sus genuinas convicciones religiosas, suficientemente expuestas como para escribir un tratado destinado a los profesores de la Sorbona y, en parte, porque conocía demasiado bien a sus súbditos como para creer que nunca la aceptarían. Las instrucciones que dio a su hijo y sucesor, Juan VIII, fueron que prosiguiese las negociaciones por la unión sobre una base de amistad, pero que eludiese los compromisos que tal vez no pudieran cumplirse. Cuando viajó por Occidente en busca de ayuda, escogió el momento en que el Papado estaba desacreditado por causa del Gran Cisma e hizo el llamamiento

a los soberanos seglares con la esperanza de que así se vería libre de la presión eclesiástica. Con todo, pese a la agradable impresión que produjo, sus giras no le proporcionaron ventajas tangibles, excepto exiguas sumas de numerario obtenidas por sus anfitriones de sus súbditos, poco entusiastas, y tuvo que volver precipitadamente a su país en 1402 ante las noticias de que el sultán se dirigía hacia Constantinopla. La capital fue preservada antes de su regreso cuando Timur, el tártaro, atacó los dominios turcos por el Este. Mas el beneficio que reportó a Bizancio la derrota del sultán Bayaceto en Ankara no detuvo la decadencia del Imperio. Sólo se había frenado el poder del otomano por algún tiempo. Las luchas dinásticas detuvieron su agresión durante dos décadas y cuando, en 1423, el sultán Murad II marchó sobre Constantinopla, tuvo que levantar el sitio a causa de las intrigas familiares y de los rumores de rebelión casi al mismo tiempo [16].

La intervención de Timur retrasó en medio siglo la caída de Constantinopla, aunque Manuel fue el único en aprovecharse poco de ello. Reconquistó algunas ciudades de Tracia y apoyó el acceso al sultanato de un príncipe amigo. Si todas las potencias europeas hubieran sido capaces de formar una coalición al mismo tiempo contra los turcos otomanos, se habría eliminado la amenaza. Pero no eran posibles las coaliciones sin tiempo ni buena voluntad, y ambos faltaban. Los genoveses, que temían por su comercio, se apresuraron a enviar una embajada a Timur y a proporcionar navíos que transportasen a los derrotados soldados turcos de Asia a Europa. Los venecianos, temerosos de ser desbancados por los genoveses, advirtieron a sus autoridades coloniales para que guardaran una estricta neutralidad. El Papado, en medio de los apuros del Gran Cisma, no podía dar una salida. Las po-

tencias laicas del Occidente recordaban el desastre de Nicópolis, y cada una tenía otras distracciones más inmediatas en que ocuparse. El rey de Hungría, creyendo que los turcos ya no constituirían una amenaza para él, intrigaba con todas sus fuerzas en Alemania, y de estas intrigas saldría como emperador occidental. Constantinopla no corría peligro inmediato, ¿por qué habría de preocuparse ahora? [17].

En la misma Constantinopla no existía tal optimismo. Pero, pese a la conciencia del peligro, la brillante vida intelectual proseguía. Ya había desaparecido la más vieja generación de sabios. Ahora, aparte del mismo emperador, la figura descollante era José Briennio, rector de la Academia Patriarcal y profesor de la Universidad. Fue el maestro que educó a la última notable generación de eruditos bizantinos. Estaba versado en la literatura occidental tan bien como en la helena, y apoyó al emperador para que incorporase los estudios occidentales a los planes de la Universidad. Acogió calurosamente a los estudiantes occidentales. Por cierto, Eneas Silvio Piccolomini, el futuro Pío II, había de escribir posteriormente que en su juventud todo italiano con pretensiones de saber siempre pidió estudiar en Constantinopla. Pero Briennio, como Manuel, se opusieron a la unión de las Iglesias. No podía aceptar la teología romana ni abandonar las tradiciones bizantinas [18].

Un sabio incluso más notable, Jorge Gemisto Plethon, ligeramente más joven que Briennio, se trasladó durante estos años de su Constantinopla nativa para fijar su residencia en Mistra bajo el patrocinio del más erudito de los hijos del emperador: el déspota Teodoro II de Morea. Aquí fundó una academia platónica y escribió varios libros defendiendo la reorganización de un Estado basado

en las ideas platónicas. Sólo esto —pensaba él— devolvería la vida al mundo helénico. También dio sugerencias en los asuntos sociales, económicos y militares; muchas de las cuales eran realmente factibles. En religión abogó por una cosmología platónica con sus pinceladas de epicureísmo y zoroastrismo, por añadidura. Aunque sólo fuese ortodoxo de nombre, no se sirvió mucho del cristianismo y prefería escribir sobre Dios como Zeus. Sus ideas religiosas nunca fueron publicadas. El manuscrito en que las expuso llegó tras su muerte y la caída de Constantinopla a manos de su viejo amigo y confidente, el patriarca Gennadio, que lo leyó con creciente fascinación y horror y, al final, de mala gana, mandó que lo quemaran. Sólo han quedado algunos fragmentos [19].

Plethon defendió vehementemente una terminología que demostraba los profundos cambios experimentados por el mundo bizantino. Hasta entonces los bizantinos habían usado la palabra *Hellene* —salvo cuando la aplicaban a la lengua— para designar la Grecia pagana en oposición a la cristiana. Ahora, reducido el Imperio a algo más que un grupo de ciudades-estados, y lleno el mundo occidental de admiración por la Grecia clásica, los humanistas comenzaron a llamarse helenos. El Imperio seguía siendo, oficialmente, el Imperio Romano, pero el vocablo *Romaioi* con que se designaron a sí mismos los bizantinos en el pasado fue repudiado en los círculos cultos hasta que, por último, *Romaic* vino a designar la lengua del pueblo en contraposición a la literatura. La moda se inició en Tesalónica, donde los intelectuales eran muy conscientes de su herencia helena. Nicolás Cabasilas, también él tesalonicense, escribió sobre «nuestra comunidad de la Hélade». Muchos de sus contemporáneos siguieron su ejemplo. Al final del siglo, Manuel se calificó a menudo como empe-

rador de los helenos. Algunos siglos antes cualquier embajada occidental que llegaba a Constantinopla con cartas dirigidas al «emperador de los griegos» no era recibida en la corte. Ahora, si bien a algunos tradicionalistas les disgustaba la nueva expresión y nadie lo interpretaba como una abdicación de las exigencias ecuménicas del Imperio, prosperó, reavivando ante los ojos de los bizantinos su herencia helenística. En sus últimas décadas Constantinopla era conscientemente una ciudad griega[20].

Manuel II se retiró de la vida activa en 1423 y falleció dos años después. Su amigo el sultán Mohamed I había ya muerto, y bajo el nuevo sultán, Murad II, el poder otomano se hizo más fuerte que nunca. Muchos griegos admiraban a Murad, el cual, pese a ser devoto musulmán, era amable, honrado y justo, aunque su temperamento se reveló con ocasión de su marcha hacia Constantinopla en 1422. Aunque su intentona de sitiar a la ciudad se desvaneció, su opresión en otras partes del Imperio fue tal, que el gobernador de Tesalónica, Andrónico, tercer hijo de Manuel, hombre enfermo de los nervios, desesperó de poder conservar su ciudad y la vendió a los venecianos. Pero estos tampoco pudieron retenerla. Tras un breve asedio, cayó en poder de los turcos en 1430. Durante los años siguientes Murad no dio muchas muestras de querer precipitar la agresión. Empero, ¿cuánto tiempo duraría la tregua?[21].

El hijo mayor de Manuel, Juan VIII, estaba tan seguro de que únicamente la ayuda occidental salvaría al Imperio que, desoyendo los consejos de su padre, decidió presionar en favor de la unión con Roma. Únicamente la Iglesia occidental era capaz de poner de acuerdo a Occidente para la liberación del Oriente. El Papado se había rehecho del cisma, aunque se había recuperado mediante el movimiento conciliar. Juan supo que la única probabi-

lidad de inducir a su pueblo a que aceptase la unión era que lo decidiese un concilio tan ecuménico como las circunstancias lo permitiesen. El Papado, en estos momentos, no rechazaría el proyecto de un concilio. Tras largas negociaciones, el papa Eugenio IV invitó al emperador a que enviase una delegación a un concilio que se celebraría en Italia. Juan habría preferido que se hubiera reunido en Constantinopla, pero aceptó la invitación. El concilio se inauguró en Ferrara, en 1438 y, luego, al año siguiente, se trasladó a Florencia, donde se llevaron a cabo los más trascendentales debates.

Sería tedioso para el lector pormenorizar el Concilio. Hubo discusiones de precedencia. ¿Tenía que presidir el emperador, como lo hicieron en los primeros concilios? ¿Cómo habría de recibir el Papa al emperador de Constantinopla? Se decidió que los debates se basarían en la recta interpretación de los cánones de los concilios ecuménicos y en los textos patrísticos. Los Santos Padres, tanto latinos como griegos, serían considerados como poseedores de la inspiración divina y se seguirían sus normas. Desgraciadamente, la inspiración, a lo que parece, no se reveló nada sólida. Los Padres no estaban con frecuencia de acuerdo entre sí, y algunas veces en abierta contradicción. Surgieron interminables dificultades de lenguaje. Rara vez era posible encontrar en latín un equivalente exacto de la terminología teológica griega y, a menudo, eran divergentes las versiones latina y griega de los cánones de los concilios. Hay que admitir que en los debates los latinos llevaban la mejor parte. Su delegación se componía de los más avezados polemistas que trabajaban en equipo con el Papa entre bastidores para aconsejarles. La delegación griega era más difusa. Sus obispos formaban un pobre grupo, pues muchos de los más presti-

giosos se negaron a asistir. Para mejorar su nivel, el emperador había elevado a tres monjes instruidos a las sedes metropolitanas. Estos eran Besarión de Trebisonda, metropolita de Nicea; Isidoro, metropolita de Kiev y de todas las Rusias, y Marcos Eugénicos, metropolita de Éfeso. A estos se añadían cuatro filósofos seglares: Jorge Scolarios, Jorge Amiroutzes, Jorge de Trebisonda y el anciano Plethon. Se pidió a los patriarcas orientales que nombrasen delegados entre los obispos asistentes, pero accedieron de mala gana, no otorgando a sus representantes plenos poderes. Conforme a la tradición ortodoxa, todo obispo, incluidos los patriarcas, posee la misma inspiración doctrinal, mientras que los laicos tienen derecho a opinar en teología. De este modo, cualquier controversista griego seguía su propio rumbo. El patriarca, un afable anciano llamado José, hijo bastardo de príncipe búlgaro y madre griega, no era demasiado inteligente ni tenía buena salud y no podía con la carga. El mismo emperador intervendría para evitar que se discutiesen puntos delicados, como la doctrina de las energías. No había coherencia ni una política determinada entre los griegos, a la vez que estaban escasos de dinero e impacientes por volver a su tierra.

En última instancia la unión fue forzada. De entre los filósofos, Jorge Scolarios, Jorge Amiroutzes y Jorge de Trebisonda —todos admiradores del Aquinate— la aceptaron. Plethon se las arregló claramente para retirar su firma. Consideraba que la Iglesia latina era aún más intransigente con la libertad del pensamiento que la griega. Pero su estancia en Florencia fue extraordinaria: fue celebrado como el principal sabio platónico y Cosme de Médicis fundó una Academia Platónica en honor suyo. Por tanto, se echó tierra sobre su oposición. El patriarca José, tras aceptar con los latinos que su fórmula «el Espíritu

Santo procede del Hijo» significaba lo mismo que la griega «el Espíritu Santo procede por el Hijo», cayó enfermo y falleció. Un malicioso sabio notó que, después de confundir las preposiciones, ¿qué otra cosa buena podía hacer? Besarión e Isidoro fueron ganados para la causa latina. Quedaron impresionados por el saber de los italianos y anhelaron la integración de las culturas griega e italiana. Los demás obispos griegos, con una excepción, firmaron el acta de la unión; algunos protestando, pues se quejaban de la presión y amenazas por parte del emperador. La excepción fue Marcos de Éfeso, quien no quería suscribirla, incluso ante la amenaza de que perdería su sede. La misma acta, si bien permitía ciertos usos griegos, era poco más que una afirmación de la doctrina latina, aun cuando la cláusula sobre las relaciones del Papa con los concilios había quedado ligeramente confusa [22].

Era más fácil firmar que llevar a cabo la unión. Cuando la delegación regresó a Constantinopla, halló una abierta hostilidad. Inmediatamente Besarión, por ser tan considerado, juzgó prudente retirarse a Italia, donde se reunió con él Isidoro, a quien los rusos rechazaron furiosamente. Los patriarcas orientales se negaron a comprometerse con la firma de sus delegados. El emperador tenía dificultades en hallar a alguien que asumiese el cargo de patriarca de Constantinopla. Su primer nombrado murió casi al mismo tiempo. El segundo, Gregorio Mammas, designado en 1445, se mantuvo en el cargo aislado durante seis años, boicoteado por casi todo su clero, y luego se retiró al ambiente más favorable de Roma. Marcos de Éfeso fue degradado únicamente porque el pueblo lo consideró como la verdadera cabeza de la jerarquía. Entre los filósofos, Jorge de Trebisonda se trasladó a Italia. Jorge Scolarios empezó a tener dudas más por razones políticas que

religiosas. Siguió admirando el escolasticismo, pero decidió que la unión no beneficiaba a los griegos. Se retiró a un monasterio con el nombre monástico de Gennadio. Al morir Marcos de Éfeso, se convirtió en el jefe admitido del partido antiunionista. Jorge Amiroutzes había de ir más lejos y compulsaría las posibilidades de un entendimiento con el Islam. El mismo emperador se preguntaba si su proceder era recto. No deseaba rechazar la unión, pero, influido por su madre, la emperatriz Elena, dejó de presionar. Todo cuanto hizo fue sembrar la división y el encono en la decadente ciudad [23].

Aunque una expedición contra los turcos alcanzó un inmediato éxito, se aceptó de mala gana. El papa Eugenio IV predicó la cruzada en 1440 y, finalmente, organizó un ejército compuesto en su mayoría por húngaros, quienes atravesaron el Danubio en 1444. Mas el legado pontificio, cardenal Cesarini, tras obligar al jefe militar, Juan Hunyade, vaivoda de Transilvania, a anular un tratado solemne con el sultán con el pretexto de que los juramentos hechos a los infieles eran inválidos, discutió con él sobre la estrategia. El sultán Murad no tuvo muchas dificultades en aplastar a las fuerzas de los cruzados en Varna, a orillas del mar Negro [24].

Muchos historiadores occidentales fueron del parecer de que los bizantinos, al rechazar la unión, cometieron un suicidio imperdonable y obstinadamente. La gente sencilla dirigida por los monjes fue inducida a mostrarse apasionadamente leal a su credo, liturgia y tradiciones que creían habían sido dispuestos por mandato divino; habría sido un pecado abandonarlos. Era una época religiosa. Los bizantinos sabían que esta vida terrena sólo era la antesala de la vida eterna futura. Ni siquiera merecía considerarse el comprar aquí abajo una salvación material al

precio de la eterna. En ellos se daba, asimismo, cierto cariz de fatalismo. Si les sobrevenía un desastre, sería castigo de Dios por sus pecados. Eran pesimistas. En la atmósfera nebulosa y melancólica del Bósforo se apagaba la alegría natural de los griegos. Incluso en la gran época del Imperio hubo quienes susurraron profecías de que no duraría para siempre. Era bien sabido que estaba escrita en las piedras por toda la ciudad y en los libros escritos por los sabios antiguos la lista de los emperadores, y que se encaminaba a su fin. No podía tardar el reino del Anticristo. Incluso los que confiaban en que la Madre de Dios no permitiría nunca que una ciudad consagrada a ella cayese en manos de los infieles eran muy pocos en número. La unión con el Occidente hereje no podía traer la salvación ni cambiar el destino [25].

Puede ser que esta visión piadosa fuese ignorante y estrecha, aunque también había estadistas previsores que dudaban de los beneficios de la unión. Muchos de ellos especulaban, con razón, que el Occidente nunca podría o querría enviar ayuda bastante eficaz para atajar la fuerza militar magníficamente organizada de los turcos. Otros, especialmente entre los eclesiásticos, temieron que la unión llevaría a promover más el cisma. ¿Cómo no iban a sentirse traicionados los griegos que habían luchado tanto tiempo por conservar su integridad contra la persecución de los jefes francos? Los griegos fueron cayendo cada vez más bajo el dominio turco. Y sólo mantuvieron su dependencia de Constantinopla a través de la Iglesia. Si el patriarcado se comprometía con Occidente, ¿seguirían su ejemplo estas masas? Sus soberanos, desde luego, no lo aprobarían. ¿Estarían dispuestos los ortodoxos caucásicos, danubianos y rusos a unirse? Los patriarcados hermanos del Oriente hicieron patente su desaprobación.

¿Había que esperar que los ortodoxos dependientes del Patriarcado Bizantino, pero independientes del Imperio, aceptasen la soberanía religiosa occidental simplemente para salvar al Imperio? En particular, se sabía que los rusos miraban a la Iglesia latina como la Iglesia de sus enemigos polacos y escandinavos. Una memoria que data de 1437 nos informa de que entre las sesenta y siete sedes metropolitanas dependientes del patriarcado de Constantinopla, únicamente ocho permanecieron en los dominios del emperador y otras siete en el despotado de Morea [26]. Esto quiere decir que la unión con Roma le costaría al patriarcado la pérdida de más de las tres cuartas partes de sus obispados dependientes de él. Esto era un formidable argumento que se añadiría a la natural aversión de los bizantinos a sacrificar su libertad religiosa. Algunos estadistas vieron más lejos. Bizancio —como cualquier observador imparcial podía comprobar— estaba condenado a muerte. La única probabilidad de reconciliar a la Iglesia griega y al pueblo griego con ella estribaba en aceptar el cautiverio turco al que estaba sometida casi la mayoría de los griegos. Sólo así podía ser posible reconstruir la nación ortodoxa griega y renovarla, de suerte que con el tiempo recuperase energía suficiente para sacudirse el yugo del infiel y reconstruir Bizancio. Con pocas excepciones, ningún griego estaba tan falto de orgullo como para no considerar voluntariamente que la sumisión de su cuerpo a los infieles era más preferible que si sometiese voluntariamente su alma a los romanos. Pero ¿acaso el primer camino no era el más prudente si se excluía el segundo? Tal vez podría preservarse mejor la integridad griega con un pueblo unido bajo el dominio mahometano que con un fragmento pegado al borde del mundo occidental. La observación atribuida por sus enemigos al úl-

timo gran ministro de Bizancio, Lucas Notaras: «Es preferible el turbante del sultán al capelo del cardenal», no era tan injuriosa como parece a primera vista[27].

Para Besarión y sus colegas humanistas que se afanaban y dedicaban en Italia a conseguir ayuda para sus compatriotas, la atmósfera de Constantinopla parecía extraña, insensata y mezquina. Estaban convencidos de que la unión con Occidente traería tal energía cultural y política que Bizancio podría levantarse otra vez. ¿Quién puede afirmar que estaban equivocados?

El emperador Juan VIII vivió durante nueve infelices años tras su regreso de Italia. Había vuelto justo a tiempo de ver muerta por la peste a su adorada emperatriz, María de Trebisonda. No tuvo descendencia. Sus hermanos perdían el tiempo en luchas intestinas en el Peloponeso, o en intrigas contra él en Tracia. De toda su familia sólo podía confiar en su anciana madre, la emperatriz Elena, y a esta le disgustaba su política. Procuró por todos los medios mantener la paz en su dividida capital con paciencia y tacto. Invirtió con prudencia todo el dinero que el Estado pudo ahorrar en restaurar las grandes murallas interiores de la ciudad, que estarían dispuestas para el ataque inevitable de los turcos. La muerte, el 31 de octubre de 1448, fue un alivio para él[28].

NOTAS

(Para el desarrollo de las abreviaturas, ver Bibliografía, pág. 307.)

[1] Adán de Usk, *Chronicon* (ed. Thompson), pág. 57; *Chronique du Réligieux de Saint-Denis* (ed. Bellaguet), pág. 756. El mejor relato del viaje de Manuel lo da Vasiliev en «Viaje del emperador bizantino Manuel II Paleó-

logo a Europa Occidental» (en ruso), en *Boletín del Ministerio de Instrucción Pública*, N. S., XXXIX, págs. 41-78, 260-304. Véase también Andreeva, «Sobre el viaje de Manuel II Paleólogo a Europa Occidental» (en alemán), en B. Z., XXXIV, págs. 37-47. Halecki, «Roma y Bizancio en la época del Gran Cisma de Occidente», *Collectio Theologica*, XVIII, páginas 514 y sigs., sostiene que Manuel celebró una entrevista con el papa Bonifacio IX en 1402. Las pruebas parecen insuficientes, pero Manuel mandó legados al Papa en 1404; Adán de Usk, *op. cit.*, págs. 96-97.

[2] La costumbre moderna que distingue a Gálata, la torre pequeña, de Pera sobre la colina era desconocida en el Medievo. Se usaron indistintamente ambas denominaciones, si bien se consideró a Pera como el nombre oficial.

[3] Para la situación general de la época, véase Ostrogorsky, *History of the Byzantine State* (trad. inglesa de Hussey), págs. 425 y sigs.

[4] Ostrogorsky, *op. cit.*, págs. 476-484.

[5] Nicéforo Gregoras, *Romaike Historia*, C. S. H. B., II, págs. 797-798; Juan Cantacuzeno, *Historiae*, C. S. H. B., III, (1828-1897) págs. 49-53; Bartolomé della Pugliola, *Historia Miscella* (Muratori, R. I. Sc., XVIII, pág. 409), el cual afirma que dos tercios de la población de Constantinopla perecieron; *Chronicon Estense* (Muratori, R. I. Sc., XV), el cual estima las muertes en ocho novenas partes de la población. Respecto a la extensión del Imperio en el siglo XV, véase Bakalopulos, «Les limites de l'Empire Byzantin», en B. Z., LV, 2, págs. 56-65.

[6] Respecto al arte paleológico, véase Beckwith, *The Art of Constantinople*, págs. 134 y sigs.

[7] Gregoras, *op. cit.*, II, págs. 788-789.

[8] En cuanto a Metochites y a la vida intelectual de su época, véase Beck, *Theodoros Metochites*, passim.

[9] Véase Meyendorff, *Introduction à l'étude de Grégoire Palamas;* también Beck, «Humanismus und Palamismus», en XIIIe Congrès International des Études Byzantines, *Rapports*, m.

[10] Halecki, *Un empereur de Byzance à Rome*, especialmente pág. 205; Charanis, «The strife among the Paleologi and the Ottoman Turks» («La lucha entre los Paleólogos y los turcos otomanos»), en *Byzantion*, XVI, I, págs. 287-293.

[11] Para un sucinto resumen de las diferencias teológicas, véase Runciman, «El cisma entre las Iglesias Oriental y Occidental», en *Anglican Theological Review*, XLIV, 4, págs. 337-350.

[12] Respecto a Cydones y su influencia, véase Beck, *Kirche und theologische Literatur im Byzantunischen Reich (Iglesia y literatura teológica en el Estado bizantino)*, págs. 732-736.

[13] Schneider, «Die Bevölkerung Konstantinopels im XV Jahrhundert»,

en *Nachrichten der Akademie der Wissenschaffen in Göttingen,* Phil.-Hist. Klasse, 1949, págs. 233-244.

[14] Ibn Battuta, *Voyages,* ed. Defremery & Sanguinetti, II, págs. 431-432; González de Clavijo, *Diario* (trad. inglesa de Le Strange, págs. 88-90); Bertrandon de la Broquière, *Voyage d'Outremer,* ed. Schéfer, pág. 153; Pero Tafur, *Travels (Las andanzas y viajes...)* (versión inglesa de Letts), págs. 142-146. Gennadio, que era de Constantinopla, califica a la ciudad de depauperada y en su mayor parte deshabitada, *Oeuvres complètes de Gennade Scholarios,* ed. Petit y otros, I, pág. 287, y IV, pág. 405.

[15] Tafrali, *Thessalonique au quatorzième siècle,* págs. 273-288; Zakythinos, *Le despotat grec de Morée,* II, págs. 169-172.

[16] No se ha publicado propiamente biografía alguna de Manuel II desde Berger de Xivrey, *Mémoire sur la vie et les ouvrages de l'empereur Manuel Paléologue,* publicada en 1851. Véase Ostrogorsky, *op. cit.,* págs. 482-498. Para la expedición de Boucicault, véase Delaville Le Roulx, *La France en Orient au XIVe siècle. Expéditions du Maréchal Boucicault.*

[17] Heyd, *Histoire du commerce du Levant* (ed. de 1936), II, págs. 166-168, con referencias. Véase nota 27 del capítulo II.

[18] Fuchs, *Die Hëheren Schulen von Konstantinopel im Mittelalter,* páginas 73-74; Beck, *op. cit.,* págs. 749-750; Pius II, *Opera omnia,* pág. 681.

[19] Sobre Plethon, véase Masai, *Plethon et le Platonisme de Mistra.*

[20] Runciman, «Byzantine and Hellene in the Fourteenth Century», Τόμος Κωνσταντίνου Αρμενοπούλου, págs. 27-31.

[21] Ostrogorsky, *op. cit.,* págs. 497-498; Trafali, *op. cit.,* págs. 287-288.

[22] Véase Gill, *The Council of Florence,* exposición admirable y bien concebida, si bien el autor —a mi parecer— no siempre estima del todo el punto de vista griego. En cuanto a la censura de la gramática del patriarca, véase *Oeuvres complètes de Gennade Scholarios,* III, pág. 142.

[23] Gill, *op. cit.,* págs. 349 y sigs. La emperatriz madre, al parecer, cambió luego su oposición. Véase Juan Eugénicos, *Cartas,* en Lambros, Παλαιολόγεια καὶ Πελοπον νησιακά, I, págs. 59, 125.

[24] Véase nota 35 del capítulo II.

[25] Vide Diehl, «De quelques croyances byzantines sur la fin de Constantinople», B. Z., XXX; Vasiliev, «Medieval ideas of the end of the World», en *Byzantion,* XVI, 2, págs. 462-502. Gill, *op. cit.,* pág. 378, cree que Gennadio y sus amigos pensaban que se acercaba el fin del mundo. Creo que tomó muy a la letra su auténtica y fatal convicción de que el reino del Anticristo con el que aludía al sultán era inevitable.

[26] «Terrae hodiernae Graecorum et dominia saecularia et spiritualia ipsorum» («Los territorios actuales de los griegos y sus dominios seculares y espirituales»), ed. Lambros, en *Neos Hellenomnemon,* VII, págs. 360 y sigs.

[27] Ducas, *Historia Turco-Byzantina,* ed. Grecu, XXXVII, pág. 329; Zo-

ras, Περὶ τὴν ἅλωσιν τῆς Κωνσταντινουπόλεως, *vide infra*, entre notas 16-17 del capítulo IV.

[28] Véase nota 7 del capítulo III, sobre la muerte de Juan. En cuanto a sus restauraciones de las murallas, véanse notas 4 y 5 del capítulo VI, y Van Millingen, *Byzantine Constantinople, The Walls of the City* (a Juan lo llaman Van Millingen Juan VII). Algunas de las reparaciones se llevaron a cabo con el dinero facilitado por Jorge Brankovitch, déspota de Serbia.

CAPÍTULO II

AUGE DEL SULTANATO

En su mejor época, la prosperidad de Bizancio estuvo ligada a la posesión de Anatolia. La vasta península conocida por los antiguos como Asia Menor había sido en la época romana una de las zonas más pobladas del mundo. El ocaso del Imperio Romano, junto con la peste y la propagación de la malaria, seguida de la invasión persa y árabe en los siglos VII y VIII, diezmaron la población. Volvió la seguridad en el siglo IX. Un nuevo sistema bien concebido de defensa aminoró el riesgo de incursiones enemigas. La agricultura pudo rehacerse y encontrar un mercado para sus productos en Constantinopla y en las prósperas ciudades costeras. Los ricos valles del occidente estaban repletos de olivares, árboles frutales y cereales. Rebaños de ovejas y cabezas de ganado vagaban por las tierras altas y, allí donde eran posible los riegos, se cultivaban grandes huertas. La política de los emperadores había de desalentar a muchas clases sociales que preferían que la tierra la poseyesen los municipios rurales, muchos de los cuales compensaban esta prosperidad proporcionando soldados para el ejército imperial y milicias

locales. El gobierno central ejercía el control mediante una constante inspección y funcionarios provinciales sostenidos por el erario imperial.

Esta prosperidad dependía de la estrecha vigilancia de las fronteras. Aquí, en las marcas, prevalecía otro modo de vivir. Se había confiado la defensa a los barones fronterizos, los *akritai*, hombres cuyas vidas se gastaban en las incursiones por tierras enemigas o replicando a las del adversario. Eran hombres sin ley, independientes, que se ofendían por cualquier intento del gobierno para dominarlos; que se negaban a pagar impuestos y, en cambio, esperaban que se les recompensase por sus servicios. Sacaban sus adeptos de gente aventurera de toda procedencia, pues no había una vida estable ni cohesión racial en aquellas tierras salvajes, salvo donde estaban establecidos los armenios y conservaban sus tradiciones. Había continuas guerras, tanto si estaban oficialmente en paz el gobierno bizantino o el árabe como si no, mas los barones fronterizos no estaban mal avenidos con sus rivales de la frontera, a los que se asemejaban en su modo de vida. Los señores mahometanos fronterizos tal vez fuesen un tanto más fanáticos de su fe, pero su fanatismo no era tan grande como para impedir la mutua comunicación, e incluso los matrimonios. En ambos lados de la frontera la religión oficial no era muy popular. Muchos de los *akritai* pertenecían a la Iglesia Armenia Separada, y casi todos protegían de buen grado a los herejes, en tanto que los herejes musulmanes siempre podían hallar refugio entre los señores fronterizos mahometanos [1].

El sistema se derrumbó por algún tiempo debido al ocaso del califato y al nuevo espíritu agresivo de Bizancio. Desde la mitad del siglo X en adelante los ejércitos imperiales reconquistaron extensas zonas de tierra fronte-

riza, especialmente en Siria. La nueva frontera ya no se extendía a través de agrestes montañas, sino por tierras cultivadas y bien pobladas. Su defensa podía organizarse con oficiales de Constantinopla apostados en Antioquía o en algunas de las ciudades reconquistadas. Los primeros barones fronterizos no eran indigentes. Se compensaban invirtiendo las pingües ganancias obtenidas en las recientes campañas en tierras por toda Anatolia. Pero seguían siendo orgullosos e insubordinados, rodeándose de ejércitos de partidarios sacados de los primeros pueblos libres sobre los que compraron el dominio, de ordinario ilegítimamente. Pusieron las bases de una aristocracia terrateniente cuyo poder conmovió al gobierno imperial en pleno siglo XI. Mientras tanto, la administración central trató de hacerse con el dominio de las tierras fronterizas armenias, más hacia el Norte, y se anexionó formalmente vastas provincias incorporándolas al aborrecible ámbito de los exactores bizantinos y de las autoridades eclesiásticas bizantinas. El resentimiento causado por ello debilitó las defensas [2].

Estas habían de disputárselas ahora gente que hasta entonces habían tenido con los bizantinos relaciones ordinariamente amistosas. Durante siglos fueron desecadas las grandes llanuras del Turquestán y las tribus turcas se trasladaron hacia el Oeste en busca de nuevas tierras. Bizancio se mantuvo en contacto con los turcos de Asia central en el siglo VI, y había tenido un estrecho contacto con las tribus turcas emigradas a las estepas rusas, los sofisticados judaizantes kázaros, dos de cuyas princesas se casaron con emperadores bizantinos, y los peknegs y cumanos, que hacían incursiones esporádicas por el territorio imperial, pero que, más prácticos, enviaban voluntariamente destacamentos para prestar servicio en los ejérci-

tos imperiales. A muchos de estos mercenarios se les otorgaba vivienda fija dentro del Imperio, especialmente en Anatolia, y se convirtieron al cristianismo. Empero, la más activa de las naciones turcas, Oghuz, encauzó la emigración a través de Persia hacia los territorios del califato árabe. Había regimientos turcos en los ejércitos del califa lo mismo que en los del emperador, y estos se hicieron mahometanos. Conforme decaía el poder de los califas crecía el de sus vasallos turcos. El primer gran turco mahometano, Mahmud el Ghazvánida, levantó un imperio al este que se extendía desde Isfahán hasta Bokhara y Lahore. Mas después de su muerte la hegemonía entre los turcos pasó a los príncipes de una tribu de Oghuz, la familia de Seljuk. Los descendientes (seljucíes) de este cuasi mítico príncipe adquirieron ascendiente sobre los turcos establecidos dentro del califato, y los emigrantes del Turquestán pronto aceptaron su hegemonía. Hacia 1055 Tughril Bey, jefe de la casa, no sólo estableció un reino personal que incluía Persia y Khorasán con sus hermanos y primos en territorios dependientes de sus fronteras nórdicas, sino que también fueron invitados por el califa abasí de Bagdad para asumir el gobierno temporal de sus dominios.

La invitación califal se debió al miedo del califato rival de los fatimitas de Egipto, que dominaban casi la mayor parte de Siria. Los fatimitas estaban en buenas relaciones con el Imperio Bizantino y los príncipes seljucíes, impacientes por impedir cualquier acción por parte de los bizantinos en la frontera abasí del Norte en apoyo de un ataque fatimita. Muchos nobles turcos se habían establecido ya con sus partidarios en las fronteras bizantinas y representaban el papel de los barones fronterizos, haciendo incursiones cuando se les deparaba una oportunidad. El su-

cesor de Tughril, su sobrino Alp Arslan, se decidió a alejar cualquier peligro de agresión de los bizantinos. Saqueó y anexionó la antigua capital armenia de Ani y animó a sus barones fronterizos a que redoblaran sus incursiones. Bizancio replicó apoderándose del último principado armenio independiente. Con todo, las guarniciones imperiales no eran lo suficientemente fuertes para contener los ataques y no había *akritai* para tratar con ellos. En 1071 el emperador Romano Diógenes decidió que era necesaria una expedición militar para defender la frontera. Las recientes economías redujeron el ejército imperial, y el emperador dependía principalmente de mercenarios, algunos de la Europa occidental y otros muchos de los turcos cumanos. Alp Arslan se hallaba en Siria en campaña contra los fatimitas cuando se enteró de la expedición. Supuso que se trataba de un paso en la alianza fatimita-bizantina y acudió al Norte para oponerse a ella. Es curioso que en esta campaña que había de ser vital para la historia de la humanidad, cada bando creyese que tomaba la defensiva [3].

La batalla decisiva tuvo lugar el viernes 19 de agosto de 1071, cerca de la ciudad de Manzikert. Romano era intrépido, pero mal estratega, y no podía fiarse de sus tropas mercenarias. Su ejército fue derrotado y aniquilado y él mismo cayó prisionero [4].

Alp Arslan, satisfecho de que Bizancio ya no amenazara este flanco, puso en libertad a su prisionero imperial en buenos términos y volvió a sus asuntos más importantes de Siria. Sus barones fronterizos, sin embargo, tenían otras ideas. Las defensas fronterizas bizantinas estaban arruinadas y las crisis políticas de Constantinopla dieron al traste con todos los intentos de restaurarlas. Los pocos *akritai* que permanecieron, la mayoría armenios, se que-

daron sin ningún medio de comunicación con la capital. Se vieron obligados a atrincherarse con sus seguidores en fortalezas aisladas. Los nobles turcos intensificaron sus ataques; entonces, al encontrar poca resistencia, se establecieron en los distritos en que habían penetrado, colonizándolos con sus partidarios y otros turcos miembros de la tribu que habían oído hablar de esas ricas tierras que permanecían abiertas a la ocupación [5].

Durante algún tiempo, a los barones mahometanos fronterizos se les otorgó el título de *ghazi,* luchadores por la fe. El *ghazi* era un tosco equivalente al caballero cristiano. Estaba revestido en apariencia de cierta clase de insignias y prestó cierto juramento a un soberano, idealmente al califa, y acató los *futuwwa,* código místico de conducta moral que se desarrolló en los siglos X y XI y fue adoptado por los gremios y corporaciones del mundo islámico. Los *ghazis* turcos eran fundamentalmente luchadores y conquistadores. No se interesaban por organizar el gobierno. A medida que avanzaban y se iban apoderando de los territorios, los gobernaban como sus dominios fronterizos, no molestando a las poblaciones locales, que buscaban en ellos protección contra otros atacantes y sosteniendo su gobierno con el botín que obtenían de sus incursiones. En las tierras fronterizas, habituadas durante siglos a este género de vida, su llegada provocó cierto resentimiento. Sus seguidores pudieron desalojar a algunos cristianos, que huyeron hacia refugios más seguros. Pero la población ya estaba mezclada y era fluida. La influencia turca no se apartó mucho de la norma establecida. Pero a medida que se adentraban por el interior de Asia Menor, cambió la norma. En algunos territorios los cristianos huyeron ante ellos, dando lugar a que los miembros de las tribus turcas los ocupasen. En

otros, las ciudades y pueblos cristianos trataron de defenderse, pero pronto quedaron aislados y sometidos por la fuerza al dominio de los invasores. Las incursiones determinaron que se deteriorasen rápidamente los caminos, puentes, pozos y canales de riego. La antigua economía no pudo sobrevivir[6].

Al no encontrar oposición organizada, los *ghazis* conquistadores pudieron invadir la península entera, dejando solamente en manos de los bizantinos algunos territorios costeros. Sólo cuando el emperador Alejo Comneno reorganizó el Imperio, reformó el ejército imperial y empleó la diplomacia para enfrentar a cada jefe *ghazi* contra su vecino, se recuperó el terreno. Mientras, la dinastía seljucí, alarmada por el caos de Anatolia, envió a uno de sus miembros más jóvenes a que organizase las conquistas dentro de un reino islámico establecido. La tarea del príncipe seljucí Solimán y de su hijo Kilij Arslan fue perturbada por las guerras e intrigas y por el apoyo prestado a Bizancio por los soldados de la Primera Cruzada. En los primeros años del siglo XII, la frontera entre los territorios bizantinos y turcos se había trazado a lo largo de la abrupta línea que separaba los fértiles valles de Anatolia occidental y los territorios costeros al norte y al sur de las altas tierras centrales. Los jefes seljucíes, sin embargo, se interesaban menos en sus relaciones con los bizantinos que en sus intentos por imponerse a los príncipes *ghazis*, especialmente al gran clan Danishmend. Igualmente vigilaron con mucho cuidado las comarcas del Este, donde residía el centro del poder de su familia.

La decadencia de Bizancio hacia el final del siglo XII y el desastre de la Cuarta Cruzada permitieron al reino seljucí aumentar su territorio. En la primera mitad del siglo XIII los sultanes seljucíes de Rum —como solía deno-

minárseles tras de sus posesiones en el corazón de las tierras antiguas romanas y bizantinas— eran respetados y poderosos personajes en el mundo musulmán. Establecieron su autoridad sobre los príncipes *ghazis*. Solían estar en buenas relaciones con sus vecinos bizantinos, los emperadores de Nicea. Habían desistido de sus ambiciones orientales y estaban contentos de administrar su ordenado y tolerante Estado desde su capital de Konya. Reactivaron la vida urbana y restablecieron las comunicaciones; fomentaron las artes y las ciencias. A su prudencia y capacidad de gobierno se debe que la transición de Anatolia de país principalmente cristiano a otro fundamentalmente musulmán se llevase a cabo tan pacíficamente que nadie se molestó en recordar los pormenores [7].

El fructífero gobierno de los seljucíes terminó con las invasiones mongolas. Primeramente, muchas tribus turcas, huyendo de los ejércitos mongoles, penetraron en Asia Menor. Se asentaron en la frontera occidental, donde se reunieron con los *ghazis*, que tascaban el freno bajo la dominación seljucí. En 1243 los mongoles mismos hicieron su aparición. El sultán seljucí sufrió una aplastante derrota de la que jamás se recuperó su reino. Desde entonces él y sus sucesores fueron tributarios y vasallos del mongol Ilkán de Persia, y decayó su poder y autoridad. En menos de un siglo se extinguió su dinastía [8].

La decadencia del sultanato seljucí fue librando gradualmente a los príncipes *ghazis* fronterizos de las trabas. Cada vez se unían a ellos más fugitivos de la dominación mongola, funcionarios de las ciudades seljucíes, campesinos de las zonas devastadas y llenas de exacciones, santones, jeques y derviches, muchos de los cuales eran considerados herejes en los círculos mahometanos más severos, pero cuyo fanatismo se adaptaba perfectamente

al espíritu fronterizo. Semejante ímpetu y fe les incitó a atacar a los cristianos. No fue fácil en un principio. Los emperadores de Nicea guardaron muy bien la frontera, restaurando los *akritai,* pero teniéndolos bajo su dominio[9]. Mas la reconquista de Constantinopla en 1261, por muy gloriosa que fuese, tuvo sus desventajas. Desde ese momento el Imperio quedó circunscrito por completo dentro de Europa frente a las amenazas, no sólo de las potencias balcánicas, sino también de los occidentales, ávidos de vengar la caída del Imperio Latino. Fueron retiradas las tropas de las guarniciones asiáticas. Las economías en la marina debilitaron las defensas costeras. Aumentaron los impuestos por todo el Imperio para financiar los nuevos compromisos. Los mismos *akritai* se consideraban mal asistidos y pagados. Durante las últimas tres décadas del siglo XIII, muchos *ghazis* atravesaron la frontera. Al concentrarse en el lado de la frontera habitado por los *akritai,* ansiosos de botín y espoleados por sus dirigentes religiosos, los *ghazis* y sus seguidores se desparramaron por los territorios restantes del Asia bizantina. Los intentos esporádicos del ejército imperial para rechazarlos fueron infructuosos. Los más osados entre ellos, como los príncipes de Menteshe y Aydin, atacaron por mar a la par que por tierra y la armada bizantina era demasiado débil para evitar que ocupasen varias islas, así como las costas occidentales de Anatolia. Hacia 1300 todo lo que quedaba a Bizancio de Asia, exceptuadas una o dos ciudades aisladas, eran las planicies entre el Olimpo de Bitinia y el mar de Mármara, la península que avanza hacia el Bósforo, y luego tierra adentro, hasta la línea costera del río Sangario y el mar Negro en cien millas al Este.

En estos desplazamientos, el emirato de Menteshe, al suroeste de Asia Menor, fue el primero en adelantarse.

Mas su poder quedó frenado cuando los caballeros hospitalarios conquistaron Rodas y se establecieron en ella. La hegemonía pasó a los emires de Aydin, los primeros entre los turcos asiáticos en atacar las costas europeas del Egeo. Esto exigió el poder combinado de Venecia, Chipre y de los hospitalarios para contenerlos. Más al Norte estaban los príncipes de Sarakán, cuyo cuartel general se hallaba en Manisa o Magnesia, hacía poco segunda capital de los emperadores de Nicea, y junto a ellos los príncipes Karasi, establecidos en la llanura de Troya. En las costas del mar Negro estaba situado el emirato Ghazi Chelebi, en Sinope, famoso por sus hazañas de piratería. Igualmente había otros emiratos más pequeños en el interior y los dos grandes emiratos de Karamán y Germiyán, que se consideraban como los herederos de los seljucíes y estaban decididos a establecer un Estado organizado con los elementos *ghazis* bajo su dominio. Los príncipes Karamán que ocuparon Konya en 1327 estaban bastante lejos de la frontera como para poder eliminar a los *ghazis* locales. Los príncipes Germiyán, cuya capital era Kutahya, se negaron a llevar el título de *ghazis,* pero trataron de imponer alguna autoridad sobre los señores *ghazis* vecinos, muchos de los cuales fueron en su origen jefes militares Germiyán. Tuvieron éxito en lo principal. Con una excepción: los emiratos de toda la costa del Egeo y de la frontera bizantina los trataron con deferencia y respeto, si bien nunca admitieron su soberanía de hecho [10].

Esta excepción fue un pequeño Estado establecido durante la segunda mitad del siglo XIII en los territorios fronterizos que se extienden hacia el Este, desde el Olimpo de Bitinia. Su fundador era un tal Ertughrul, muerto en 1281, cuyo sucesor fue su hijo, Osmán. Los orígenes de la familia osmalí u otomanos —como se

llamó a los descendientes de Osmán— se vieron envueltos y adornados con leyendas creadas tras el encumbramiento de dicha familia. Podían presentar una lista de veintiún antepasados que se remontaban a Noah, si bien se añadieron otros treinta y uno más tarde, para hacer la cronología más convincente. La línea alcanzaba al héroe epónimo, Oghuz Kan, fundador de los turcos oghuz, y a través de su hijo Gök Alp y su nieto Chamundur, que se identifica con Chavuldur; según otras leyendas, uno de los veinticuatro nietos de Oghuz, de los que descienden las veinticuatro tribus principales de Oghuz. Pero si bien había una tribu chaudar que fue absorbida en la comunidad otomana ya mediado el siglo XIII, se trataba de una tribu distinta, hostil en un principio a la hegemonía de Osmán. Otra leyenda engrandecía a la familia atribuyendo al más viejo de los nietos de Oghuz, Qayi, hijo de Gun Kan, como sucesor, haciendo de los otomanos una rama de la tribu más antigua de Oghuz. Mas esta tradición sólo apareció en el siglo XV, después de haber sido generalmente admitida la otra alternativa de la descendencia de Gök Alp. Los aduladores cortesanos en el siglo XV complicaron la sucesión con los antepasados árabes de la dinastía, aunque esta nunca reivindicase su origen del mismo Profeta; la genealogía de sus descendientes era demasiado bien conocida [11]. El sultán conquistador, Mahomet II, intentó presionar a sus súbditos tanto turcos como griegos defendiendo la teoría de que su familia descendía de un príncipe de la casa imperial de Comneno emigrado a Konya, y aquí se convirtió al Islam y se casó con una princesa seljucí [12].

No existen pruebas para poder defender cualquiera de estas teorías. El historiador prudente concluirá que Ertughrul no fue un jefe de tribu, sino un caudillo capaz *ghazi,* de origen desconocido, quien de algún modo se

abrió camino hacia la frontera y, aquí, con sus proezas, agrupó en torno suyo un número suficiente de seguidores como para permitirle fundar un emirato. Su principal capital fue la posición geográfica de las tierras ocupadas por él. Una comunidad *ghazi*, para justificar su existencia, tenía que atacar y avanzar por el territorio infiel. Hacia fines del siglo XIII casi todos los emires *ghazis* habían llegado hasta los límites del Asia Menor. Los bizantinos se habían ido y el mar detuvo su avance. Si bien osados piratas, como los emires de Aydin y Sinope, pudieron atacar por sorpresa y con provecho las costas enemigas, ninguno de ellos poseía un poder marítimo como para planear el transporte de suficiente contingente de su gente y establecer colonias allende el mar. Si prescindimos de los emiratos que limitaban con el Imperio de Trebisonda, hacia el lejano Este, únicamente el territorio heredado por Osmán continuaba frente a una frontera infiel. Por el interior de las tierras de Osmán fue por donde se desparramaban ahora los más activos elementos entre los turcos; los jefes *ghazis* se afanaban por hallar ricos territorios que pudieran atacar por sorpresa; derviches y sabios estaban ansiosos por huir lejos de los odiosos mongoles; y una compacta masa de campesinos miembros de tribu seguían buscando territorios en los que aposentarse con sus rebaños. Así, Osmán se encontró con recursos humanos desproporcionados a su pequeño emirato.

Si Osmán no hubiese sido un jefe genial, lo hubieran hundido los inmigrantes. Poco sabemos de cómo tuvo que habérselas con ellos. Pero es significativo que en la más antigua inscripción que ha quedado, en la que un jefe otomano se da a sí mismo el título de sultán, inscripción colocada por Orhán, hijo de Osmán, en una mezquita de Brusa, la fórmula rece así: «Sultán, hijo del sultán de los

Ghazis, Ghazi, hijo de Ghazis, margrave de los horizontes, héroe del mundo». Fue como jefe supremo *ghazi* como Osmán estableció su autoridad. Mientras otros emires *ghazis,* incapaces de extenderse más allá de los límites conocidos, se entregaron a luchas intestinas, Osmán ofreció una vida *ghazi* a todo el imperio que aceptase su mando.

El Imperio Bizantino no podía ignorar el desafío. Tal vez el camino más prudente hubiera sido la inmediata evacuación de sus ejércitos fuera de Anatolia y haber dejado el país en manos de Osmán concentrando su potencia en las fuerzas navales, lo bastante poderosas para impedir cualquier travesía de los estrechos hacia Europa. Así pues, cuando Osmán vio que el mar ponía un dique a su expansión, su emirato también pudo haber decaído y sus seguidores dispersarse en busca de otros territorios. Pero no habían de esperarse tales previsiones ni autolimitaciones. En un principio no se percataron en Constantinopla de la importancia de Osmán. Los ejércitos imperiales eran enviados contra los turcos de Aydin y Manisa, sin éxito, durante las últimas décadas del siglo XIII. Sólo cuando Osmán derrotó a una fuerza bizantina en Bafeo, entre Nicea y Nicomedia, en 1301, y comenzó a establecer a su gente al norte del monte Olimpo, le prestaron seriamente atención. Los bizantinos no podían permitir tranquilamente a los mahometanos que ocupasen sus últimas posesiones asiáticas, tierras tan próximas a la misma capital. Empero, su oposición estaba mal organizada y era ineficaz. En 1305 la compañía catalana —almogávares— a la que el emperador Andrónico II había contratado como mercenarios, derrotó a Osmán cerca de Leuke. Mas pronto los catalanes se rebelaron contra el emperador y comprometieron al Imperio en diez años de guerra

civil. Durante esos años no sólo se trasladaron de un lado a otro de los Dardanelos contingentes de tropas turcas contratadas, ya por el emperador, ya por los catalanes, sino que Osmán pudo consolidar sus posesiones en tierra firme, hasta el mar de Mármara. Asimismo llevó la ventaja en las expediciones que no eran estrictamente de su incumbencia. En 1308 fueron sus tropas las que tomaron parte principal en la conquista de Éfeso, la última ciudad bizantina que quedaba en la costa del Egeo, si bien fue entregada al emir de Aydin. Durante los pocos años que siguieron tomó posesión de las ciudades bizantinas de toda la costa del mar Negro, desde Inebolu al Sangario.

La marcha de los catalanes fue seguida de guerras civiles dinásticas en Bizancio. Otra vez se opuso a Osmán muy poca resistencia. Sus ejércitos consistían, principalmente, en la caballería, sin disponer de máquinas de asedio. Para conquistar ciudades fortificadas arrasaba los campos circundantes, expulsando o reduciendo a esclavitud a los campesinos locales y estableciendo en el lugar a sus propios seguidores. De este modo la ciudad quedaba desconectada de sus fuentes de abastecimiento y, a menos que un ejército se interpusiese para acudir en su auxilio, tenía que capitular. Ahora se concentraba en la ciudad de Brusa, se asentaba en las laderas norteñas del radio de acción del Olimpo, en fuertes defensas naturales y bien situadas para ser un centro de operaciones a lo largo de la costa del mar de Mármara. Sus fortificaciones y la riqueza del territorio que se extendía al pie de las murallas le permitieron desafiarle durante diez años. Pero el emperador no podía enviar socorros. En el otoño de 1326 se vio obligado a capitular. Al llegar las noticias a Osmán, aquel estaba agonizando y murió días después, en no-

viembre. Aprovechando magníficamente sus oportunidades, convirtió un pequeño emirato fronterizo en la principal potencia entre los turcos y la avanzadilla *ghazi* dentro de la Cristiandad [13].

Osmán resultó afortunado con sus hijos. El mayor, Orchán, le sucedió en el trono. Se decía que, según exigía una tradición turca, ofreció compartir la soberanía con su hermano Ala ed-Din, pero este insistió generosamente en que la monarquía no podía dividirse y siguió siendo un leal súbdito. Asimismo Orchán heredó un ministro capaz, cuyo nombre era, igualmente, Ala ed-Din. No es fácil saber si el notable desarrollo del Estado otomano se debía al príncipe o a su ministro. Como su hermano Orchán, era un jefe *ghazi,* empeñado en conquistar a los infieles. En 1329 la histórica ciudad de Nicea que, como Brusa, estuvo incomunicada durante varios años, se rindió. El emperador Andrónico III y su ministro Juan Cantacuzeno intentaron auxiliarla. Pero tras una decisiva batalla, el descontento entre sus tropas y las malas noticias de Europa les obligaron a retirarse. El próximo objetivo de Orchán era el gran puerto marítimo de Nicomedia. Esta le hizo frente durante nueve años, recibiendo víveres y refuerzos por mar. Mas cuando se preparaba a obstruir el estrecho golfo junto al que estaba situada, tuvo que capitular en 1337. Con Nicomedia en su poder, el sultán —como se hizo llamar ahora— podía ocupar casi todo el territorio, Bósforo arriba [14].

En este momento Bizancio se veía acosado por el gran Imperio serbio de Esteban Dushan, en tanto que en 1341 estallaba la guerra civil entre Juan Cantacuzeno y los regentes que gobernaban en nombre del niño emperador Juan V. Durante algún tiempo antes, los generales bizantinos habían contratado los servicios de tropas turcas de

varias tribus, pese a la incorregible costumbre turca de pillar las tierras por donde pasaban. Los hombres de Orchán fueron los más eficaces y más disciplinados. Así pues, cuando los defensores de Juan V contrataron mercenarios de Manisa y Aydin, Juan Cantacuzeno se ganó el apoyo de Orchán, en 1344, dándole en matrimonio a su hija Teodora. En recompensa, el sultán envió 6.000 hombres a luchar en Tracia. Una vez que Cantacuzeno conquistó el trono, volvió a acudir a las tropas otomanas para que le ayudasen en sus guerras contra los serbios. Al concluir las campañas muchos de esos turcos, según parece, se establecieron en Tracia [15].

La caída de Juan Cantacuzeno en 1355 facilitó a Orchán el pretexto, que deseaba, para invadir Europa por propia iniciativa. En 1356 un ejército al mando de su hijo Solimán cruzó los Dardanelos. Al cabo de un año sus tropas conquistaron Chorlu y Dimótico, y avanzó por el interior hasta ocupar Andrinópolis. Lo mismo que en sus conquistas asiáticas, el sultán animó a sus miembros de tribu turcos a que siguiesen a los jefes *ghazis* y se estableciesen inmediatamente en la región que conquistasen. Al morir Orchán, probablemente en 1362, los turcos eran dueños de la Tracia occidental. Asimismo, el sultán aumentó su territorio en Asia, no tanto con guerras como por el afán de otros turcos por formar parte de un Estado *ghazi* tan victorioso. Según parece, absorbió los emiratos de Sarakán y Karasi, al Noroeste. Decaía el poder Germiyán, y así pudo asentar su dominio en Eskirhehir y Ankara. Su principal enemigo en Asia fue el emirato de Aydin, que le cerró el paso por el Suroeste [16].

No sólo fue un gran príncipe Orchán por sus conquistas. Con ayuda de su visir organizó vigorosamente su Estado, sin destruir la cualidad *ghazi* que estimuló sus ím-

petus. Fomentó el desarrollo de las ciudades, sirviéndose de los *akhis*, gremios de artesanos y comerciantes que siguieron a los *futuwwa*. Se opuso un tanto a la demoledora influencia de los derviches invitando a cooperar a los *ulemas*, custodios oficiales de la fe y tradiciones islámicas. Su enseñanza garantizaba buen trato a sus súbditos cristianos, en número creciente. Si una ciudad o distrito le opusiesen resistencia y fuesen tomados por la fuerza de las armas, los cristianos perderían sus derechos. Una quinta parte de la población era reducida a esclavitud, los hombres enviados a trabajar en las tierras del conquistador y los muchachos adiestrados en las armas. Si capitulaban, se les permitía conservar sus iglesias y costumbres. Muchos cristianos prefirieron este régimen al del emperador, porque los impuestos eran menos exorbitantes. Aunque algunos abrazaron el Islam por un deseo natural de incorporarse a las clases gobernantes, no se les obligaba a convertirse. Además, los ulemas edificaban *madrazas*, o sea, mezquitas-escuelas en todas las ciudades donde llegaban, y así podían proporcionar al sultán una elite preparada para la administración [17].

Al mismo tiempo se reorganizaba el ejército. Hasta entonces había consistido casi enteramente en caballería ligera sacada de tribus que habían seguido siendo fundamentalmente nómadas. Ahora se proyectó de nuevo en dos secciones principales: había una milicia regular compuesta de hombres a quienes el sultán repartía tierras y pagaban una módica renta y la obligación de cumplir el servicio militar allí donde se les requiriese. Semejante feudo, hereditario, se denominaba *timar*. Otros más extensos y de más valor, conocidos por *ziamet*, implicaban una mayor renta, y los arrendatarios ocupaban un alto cargo en el ejército con mayores obligaciones de proveer

a su equipo. Los más ricos de esos *zaims* llegaron a ser bajás o *sanjakbeys* e, incluso, *beylerbeys* con cargos administrativos y más altos poderes militares y obligaciones. Codo a codo con esta milicia local fundamental había un ejército cuyos servicios eran pagados. Los jenízaros, que servían de por vida y eran los últimos en formar la guardia del sultán, fueron hasta entonces un regimiento de infantería compuesta por esclavos cristianos o ex cristianos. La fuerza principal en la época orchana era conocida corrientemente como los *sipahis.* Estos proporcionaban los escopeteros, armeros, herreros y marinos. A muchos de ellos se les repartieron tierras y estaban obligados al servicio militar en todo tiempo, pero se les pagaba y, ordinariamente, se les contrataba solamente para una campaña determinada. Con los *sipahis* estaban los *piyades:* la infantería. Más tarde el nombre se reservó para los que poseían tierras, pues los otros eran llamados *azabs,* que vendrán a asociarse a los *bashi-bazuks,* tropas irregulares que servían por el pillaje y botín que pudieran obtener, como hicieron los *akibi,* avanzadilla de la caballería ligera. Orchán insistió en que llevase uniforme distintivo cada sección de su ejército. También estableció los medios eficaces para la movilización, de suerte que podía, en cualquier momento, reunir una grande y bien adiestrada fuerza en el plazo más breve [18].

Su sucesor, Murad o Amurates I, obtuvo pleno rendimiento de esta fuerza tan aguerrida. La madre de Murad era griega, conocida por los turcos como Nilúfer, o sea, lirio acuático, hija de un caudillo akrítico. Su hermano de padre y madre, Solimán, había muerto unos meses antes que Orchán. Había otro medio hermano mayor, Ibrahim, a quien Murad pronto mató, y otro más joven, Halil o Chalil, hijo de Teodora Cantacuzeno, que falleció, quizá

de muerte natural, poco después. Durante los primeros años de su reinado, Murad se ocupaba de su frontera asiática, en la que los emires rivales se agitaban y había que reducirlos. Algunas de las ciudades conquistadas en Tracia fueron recuperadas por los bizantinos, si bien los turcos no pudieron ser arrojados del campo. Cuando Murad volvió a Europa, en 1365, no tuvo dificultad en reconquistarlas y en establecer su capital europea en Andrinópolis. Constantinopla y sus inmediaciones quedaban ahora aisladas, excepto por el mar. Sus arrabales asiáticos estaban ya en manos de los turcos [19].

Ahora era cuando Europa se percataba de la amenaza que significaban los turcos. Venecia y Génova, inquietadas por sus colonias y comercio a la vez, comenzaron a sondear las posibilidades de una alianza general contra el infiel, pero sus intentos resultaron estériles. El emperador Juan V viajó a Italia para exponer los peligros que amenazaban e intentar contratar a mercenarios a los que no podía pagar. A su regreso se vio forzado, en 1373, a reconocer al sultán como soberano, prometiéndole un tributo anual y ayuda militar cuando la exigiese, y su hijo Manuel marchó como rehén a la corte de Murad. Juan era un vasallo leal. Quedó recompensado cuando en 1374 su hijo mayor, Andrónico, se conjuró con el hijo de Murad, Sauji, contra ambos padres. Murad, con sus tropas, fue el que sofocó la rebelión. Al rebelarse de nuevo Andrónico, apoderándose de Constantinopla de 1376 a 1379, Manuel pudo conseguir del sultán apoyo suficiente que le permitiese restablecer a su padre. Pero el precio que pagó entonces fue obligarse a incorporarse al ejército turco en la conquista de la leal, intrépida y aislada ciudad de Filadelfia, última posesión bizantina en Asia sin contar el Imperio de Trebisonda [20].

Aunque Occidente estaba ahora seriamente preocupado, proyectando prematuramente cruzadas, el único gobierno que no cejaba en sus continuos ataques contra los turcos era la Orden de los Hospitalarios de Rodas. Pero su principal enemigo era el emir de Aydin, y cualquier restricción de su poder redundaría en provecho de su rival, el sultán otomano. Murad quedaba así con las manos libres para avanzar hacia los Balcanes. En este momento se desparramaban por Tracia hordas de turcos de todas las partes de Anatolia, con sus familias y, a menudo, con sus rebaños. Continuaba la necesidad de expansión. Serbia seguía siendo la principal potencia de la península, si bien había sido dividida en dos tras la muerte de Dushan en 1355. Bulgaria no se había rehecho de su derrota frente a Serbia en Velbuzhd en 1330, pese a que la política serbia de humillar a Bulgaria suprimió simplemente lo que pudo haber sido un útil Estado tapón. Los búlgaros hicieron poco para oponerse al avance turco, a no ser el envío de un contingente al gran ejército que Vukashin, rey de Serbia meridional, mandó hacia Tracia en 1371. Vukashin esperaba detener a los turcos, pero era un mal general: permitió que se le sorprendiera y sufriera un descalabro por parte de un reducido ejército turco en Chirmen, a orillas del Maritsa. La victoria de Maritsa puso en manos de Murad la mayor parte de Bulgaria, así como la Macedonia serbia. El rey de Bulgaria, Juan Shishman, tuvo que aceptar a Murad como soberano y enviar a su hermana Tamar al harén del sultán. Lázaro Hrebeljanovich, príncipe del norte de Serbia que acababa de tomar posesión del reino entero, se dio cuenta igualmente de que tenía que aceptar el estado legal de vasallo [21].

Murad empleó los últimos años de su reinado en consolidar sus conquistas. Organizó la emigración de los tur-

cos hacia Europa. La ocupación de sus nuevas provincias europeas no podía ser tan sólida como en Anatolia, o incluso en Tracia, pero pronto los feudos militares turcos se extendieron entre los pueblos griegos, eslavos y válacos y los beyes y bajás turcos dominaron el territorio. Hacia 1386 el Imperio de Murad se extendió más al Oeste, hasta Monastir, junto a las fronteras de Albania, y al Norte hasta Nish. Al año siguiente Tesalónica, que había estado cercada durante cuatro años, se le rindió. Su prosperidad se basaba en el comercio del interior del país; no podía existir aislada. Murad la trató con benevolencia, estableciendo un gobernador turco, pero no interfirió en su vida interna [22].

En 1381 el sultán, quien por el momento redujo el emirato Germiyán a un vasallaje, consideró necesario enviar una expedición contra el emir Karamán y ordenó a sus vasallos de los Balcanes que proporcionaran contingentes de tropas. El sentimiento de vergüenza de los orgullosos serbios ante la petición fue tan grande, que el rey Lázaro renunció a su vasallaje. Un repentino ataque turco que le despojó de la ciudad de Nish, le obligó otra vez a someterse. Pero entretanto concibió una alianza panbalcánica contra los invasores, y en 1387 los serbios obtuvieron su primera y única victoria sobre el ejército del sultán a orillas del río Toplitsa. Murad no tardó en tomar venganza. Tras seguir adelante a marchas forzadas por Bulgaria, donde despojó a los dos reyes locales —Juan Shishman de Tirnovo y Juan Sracimir de Vidin— de la mayor parte de sus territorios, penetró por el sur de Serbia, donde un príncipe adicto, Constantino de Kiustendil, le acogió y le proporcionó un regimiento que se unió a su ejército. Luego se dirigió hacia el norte para encontrarse con el rey Lázaro en la llanura de Kossovo, la llanura de los mirlos.

En la madrugada del 15 de junio de 1389, mientras el sultán se vestía, se introdujo en su tienda un desertor serbio, prometiéndole informes sobre la posición de los cristianos. Se acercó al sultán, se precipitó sobre él y le asestó una puñalada en el corazón. No tardaron mucho en darle muerte, y su sacrificio fue inútil. Los dos hijos del sultán estaban en el ejército. El mayor, Bayaceto, tomó el mando inmediatamente ocultando la muerte de su padre hasta que la batalla hubo terminado. Los turcos pelearon perfectamente disciplinados, no así los cristianos que, al no poder resistir la primera violenta acometida, comenzaron a vacilar, mientras por sus filas circulaban rumores de que habían sido traicionados. Al caer la noche, la victoria turca era completa. El rey Lázaro cayó prisionero y fue sacrificado en la tienda en que Murad había muerto. Bayaceto se proclamó sultán y dio órdenes para que su hermano fuese estrangulado en el acto. No podía tratarse de compartir la soberanía [23].

Durante los treinta años de su reinado, Murad I, por haberse servido magníficamente de su ejército y por la organización que le legó su padre, transformó un emirato *ghazi* en la potencia militar más fuerte del sudeste de Europa. Su mismo carácter era un símbolo de la transformación operada en su Estado. Al contrario de su padre y de su abuelo, sentía pasión por la pompa y la etiqueta; se consideró como emperador. Fue duro, incluso cruel, con su matiz de cinismo, heredado, quizá, de sus antepasados griegos. Pero era a veces generoso y siempre justo, aunque estricto en la disciplina.

Bayaceto, su heredero, fue también, al parecer, hijo de madre griega; mas, contrariamente a Nilúfer, fue probablemente una esclava llamada Gulchichek, es decir, Rosa. Heredó el gusto de su padre por el boato, aunque era más

sibarita e irascible, y nada liberal con los demás, y tuvo menos éxito como ordenancista riguroso. Sus violentas reacciones le granjearon el apodo de Yilderim, o sea, el rayo, pero no fue un gran adalid. Su reinado comenzó brillantemente. La victoria en Kossovo le dio el total dominio sobre los Balcanes. Parece verosímil que en pocos años llegase a absorber toda la península, incluidas esas zonas de Grecia y Albania en las que todavía no habían penetrado los turcos. El hijo de Lázaro, Esteban, le sucedió en el trono serbio, aunque con el modesto título de déspota y como vasallo del sultán, a quien otorgó en matrimonio a su hermana María. El reino búlgaro de Tirnovo se extinguió en 1393. Un ejército turco invadió el Peloponeso en 1394, reduciendo a los príncipes locales a servidumbre. En 1396 Bayaceto proyectó la conquista de la misma Constantinopla, pero mientras avanzaba hacia las murallas de la ciudad, le llegaron noticias de la cruzada organizada por el rey Segismundo de Hungría y los caballeros de todo el Occidente. Volvióse y acudió apresuradamente al Norte, justificando su nombre de rayo y cayendo de improviso sobre el ejército occidental de Nicópolis. La estupidez de los occidentales le favoreció para conseguir una aplastante victoria que le permitió anexionarse el reino búlgaro de Vidin que quedaba, y reducir a vasallaje al príncipe de Valaquia, allende el Danubio. Habiendo afianzado su autoridad por toda la frontera del Danubio, volvió hacia Constantinopla, si bien no se aventuró a atacarla de nuevo, aparentemente por haber oído rumores de que se había fletado una armada por parte de las potencias marítimas italianas [24]. En su lugar intentó, en vano, enfrentar al coemperador Juan VII con su tío Manuel II, con quien —contra la costumbre ordinaria bizantina— compartía el trono en perfecta armonía.

La única ayuda occidental que ahora llegaba a Bizancio era el puñado de tropas que traía el mariscal Boucicault. Permanecieron un año en Constantinopla y no se acreditaron por sus proezas [25]. Cuando partieron, Bayaceto, considerando cuán débiles eran los esfuerzos occidentales para proporcionar ayuda, se dispuso a intentar otro nuevo ataque contra la imperial ciudad. En este momento acababa de terminar el castillo conocido por Anadolu Hisar en la parte asiática de los estrechos del Bósforo. En la primavera de 1402 envió un altanero mensaje al emperador ordenándole que rindiera su capital. Manuel II seguía en su gira por Europa occidental, mas Juan VII replicó a los enviados del sultán con piadosa valentía: «Decid a vuestro amo que somos débiles, pero confiamos en Dios, que puede hacernos fuertes y derribar a los poderosos de sus tronos. Que vuestro amo obre como le plazca» [26].

La confianza de Juan en Dios era más segura por las nuevas que llegaban del Este. Timur, el tártaro, conocido en la literatura por Tamerlán, era, en realidad, turco, aunque descendiente por línea materna del clan del Gran Mogol, Gengis Kan. Nació en Kesh, en el Turquestán, en 1336. A fines del siglo XIV levantó un imperio que se extendía desde las fronteras de China y del golfo de Bengala hasta el mar Mediterráneo. Con sus brillantes hazañas militares se parecía al mismo Gengis Kan, así como también por su cruel barbarie. Pero carecía de aquella habilidad para organizar sus conquistas que los kanes mogoles habían demostrado. Su muerte fue causa de la disgregación de su reino, pero en vida fue un adversario fiero y formidable. Si bien fue un piadoso musulmán, nada tenía de un *ghazi*. Luchó por su propio engrandecimiento, no por la fe: las principales víctimas de sus matanzas fueron mahometanos. Se sintió mucho tiempo

sibarita e irascible, y nada liberal con los demás, y tuvo menos éxito como ordenancista riguroso. Sus violentas reacciones le granjearon el apodo de Yilderim, o sea, el rayo, pero no fue un gran adalid. Su reinado comenzó brillantemente. La victoria en Kossovo le dio el total dominio sobre los Balcanes. Parece verosímil que en pocos años llegase a absorber toda la península, incluidas esas zonas de Grecia y Albania en las que todavía no habían penetrado los turcos. El hijo de Lázaro, Esteban, le sucedió en el trono serbio, aunque con el modesto título de déspota y como vasallo del sultán, a quien otorgó en matrimonio a su hermana María. El reino búlgaro de Tirnovo se extinguió en 1393. Un ejército turco invadió el Peloponeso en 1394, reduciendo a los príncipes locales a servidumbre. En 1396 Bayaceto proyectó la conquista de la misma Constantinopla, pero mientras avanzaba hacia las murallas de la ciudad, le llegaron noticias de la cruzada organizada por el rey Segismundo de Hungría y los caballeros de todo el Occidente. Volvióse y acudió apresuradamente al Norte, justificando su nombre de rayo y cayendo de improviso sobre el ejército occidental de Nicópolis. La estupidez de los occidentales le favoreció para conseguir una aplastante victoria que le permitió anexionarse el reino búlgaro de Vidin que quedaba, y reducir a vasallaje al príncipe de Valaquia, allende el Danubio. Habiendo afianzado su autoridad por toda la frontera del Danubio, volvió hacia Constantinopla, si bien no se aventuró a atacarla de nuevo, aparentemente por haber oído rumores de que se había fletado una armada por parte de las potencias marítimas italianas [24]. En su lugar intentó, en vano, enfrentar al coemperador Juan VII con su tío Manuel II, con quien —contra la costumbre ordinaria bizantina— compartía el trono en perfecta armonía.

La única ayuda occidental que ahora llegaba a Bizancio era el puñado de tropas que traía el mariscal Boucicault. Permanecieron un año en Constantinopla y no se acreditaron por sus proezas [25]. Cuando partieron, Bayaceto, considerando cuán débiles eran los esfuerzos occidentales para proporcionar ayuda, se dispuso a intentar otro nuevo ataque contra la imperial ciudad. En este momento acababa de terminar el castillo conocido por Anadolu Hisar en la parte asiática de los estrechos del Bósforo. En la primavera de 1402 envió un altanero mensaje al emperador ordenándole que rindiera su capital. Manuel II seguía en su gira por Europa occidental, mas Juan VII replicó a los enviados del sultán con piadosa valentía: «Decid a vuestro amo que somos débiles, pero confiamos en Dios, que puede hacernos fuertes y derribar a los poderosos de sus tronos. Que vuestro amo obre como le plazca» [26].

La confianza de Juan en Dios era más segura por las nuevas que llegaban del Este. Timur, el tártaro, conocido en la literatura por Tamerlán, era, en realidad, turco, aunque descendiente por línea materna del clan del Gran Mogol, Gengis Kan. Nació en Kesh, en el Turquestán, en 1336. A fines del siglo XIV levantó un imperio que se extendía desde las fronteras de China y del golfo de Bengala hasta el mar Mediterráneo. Con sus brillantes hazañas militares se parecía al mismo Gengis Kan, así como también por su cruel barbarie. Pero carecía de aquella habilidad para organizar sus conquistas que los kanes mogoles habían demostrado. Su muerte fue causa de la disgregación de su reino, pero en vida fue un adversario fiero y formidable. Si bien fue un piadoso musulmán, nada tenía de un *ghazi*. Luchó por su propio engrandecimiento, no por la fe: las principales víctimas de sus matanzas fueron mahometanos. Se sintió mucho tiempo

ofendido por la existencia del sultanato otomano, en parte por la envidia de que hubiera cualquier otro potentado turco y en parte también porque temía que pusiera en peligro el control de sus provincias occidentales. Ya en 1386 avanzó hacia la Anatolia oriental y derrotó a un ejército enviado por los emires de Anatolia en Erzinján. Tuvo que retirarse, pero amenazó con volver. Ocho años más tarde, Bayaceto, que se había unido en matrimonio con una princesa Germiyán y tomado posesión de las tierras de su familia como dote, fue personalmente a Erzinján para comprobar las defensas de la península. Sin embargo, en 1395, Timur reapareció y se abrió camino hacia Sivas, asesinando a la población, incluyendo a un hijo de Bayaceto que había sido gobernador de la provincia. Para alivio de Bayaceto, el ejército tártaro se trasladó hacia el Este para saquear Alepo, Damasco y Bagdad. Empero, los sinsabores del sultán otomano no terminaron; Timur estaba en más estrecho contacto con sus enemigos del que suponía. Cuando las fuerzas otomanas se hallaban concentradas ante las murallas de Constantinopla, llegaron al campamento enviados de Timur con una dura orden: que Bayaceto devolviese al emperador cristiano todas las tierras usurpadas. Bayaceto replicó con palabras muy injuriosas. Luego levantó el sitio de Constantinopla y trasladó su ejército a Anatolia. El de Timur ya había ganado Sivas. La batalla decisiva tuvo lugar en Ankara, el 25 de julio de 1402. Bayaceto se perjudicó desde el punto de vista táctico con esta insolencia, ya que sus soldados eran indisciplinados y se sentían ofendidos por su tacañería. Cuando la gran fuerza de Timur, reforzada con una unidad de elefantes de la India, lanzó un furioso ataque, las fuerzas otomanas fueron desbaratadas y huyeron, dejando a Bayaceto y a su segundo hijo, Musa, que cayeron pri-

sioneros en manos de Timur. El único regimiento que se mantuvo en su puesto fue un contingente serbio mandado por el déspota Esteban. Pudo salvar al hijo mayor del sultán, Solimán, y a uno de los hermanos de este. Un cuarto hermano, Mustafá, desapareció durante la refriega. Los supervivientes pudieron ponerse a salvo en el castillo de Anadolu Hisar, en tanto Timur atravesaba triunfalmente la Anatolia occidental, saqueando sus ciudades, incluyendo la antigua capital otomana de Brusa, donde las mujeres del harén del sultán cayeron en su poder. Llevó cautivo en su litera al sultán, transformada luego por la leyenda en una jaula de oro. De hecho, Bayaceto fue tratado con deferencia y, al morir, probablemente por su propia mano, en marzo de 1403, su hijo Musa fue puesto en libertad y se le permitió llevar el cadáver al mausoleo familiar de Brusa. El mismo Timur abandonó Anatolia aquel mismo año y regresó a su principal capital, Samarkanda, donde murió en 1405, a la edad de setenta y dos años, mientras hacía proyectos para conquistar China [27].

Este fue el momento en que, si las potencias europeas hubieran sido capaces y hubiesen estado dispuestas a reunirse en una gran coalición, se habría desbaratado para siempre la amenaza otomana contra la Cristiandad. Empero, si bien la dinastía pudo desaparecer, el problema turco habría de subsistir. Los historiadores que censuran a los cristianos por haber desperdiciado una ocasión enviada del cielo, olvidan que había ya centenares de miles de turcos establecidos sólidamente en Europa. Habría sido una tarea ingente someterlos y casi imposible expulsarlos. Desde luego, la intervención de Timur aumentó su fuerza, pues las familias, e incluso tribus enteras, huyeron ante sus ejércitos para salvación de las provincias europeas, al mismo tiempo que los genoveses hacían su

agosto con el transporte facilitado por ellos. Alrededor de 1410, según cree el historiador Ducas, había más turcos en Europa que en Anatolia. Por otra parte, Bayaceto había dejado importantes fuerzas armadas para que guardasen las fronteras y vigilasen las provincias. La dinastía otomana había sido humillada en Ankara y debilitado su dispositivo militar, pero no destruido [28].

Manuel II hizo el mejor uso que pudo del arma bizantina de la diplomacia, acreditada por el tiempo. Los hijos de Bayaceto iniciaron sus luchas por el trono. Solimán, el mayor, se proclamó sultán, pero peligraba. Para lograr el apoyo de Manuel, le devolvió Tesalónica y varias ciudades de la costa de Tracia y le prometió otras de Asia, que de hecho no controlaba. Envió a su hermano más joven, Kasim, como rehén a Constantinopla y, a cambio, se le otorgó por esposa la sobrina del emperador, hija legítima de Teodoro I, déspota de Morea. Derrotó y dio muerte a su hermano Isa en 1405, aunque era un neurótico dado a los excesos de la bebida y a la inacción. Sus soldados le perdieron el respeto y otorgaron su fidelidad a su hermano Musa, quien logró llegar a ser paladín del Islam contra la política probizantina de Solimán. En 1409 Solimán fue abandonado por sus tropas y asesinado al intentar huir a Constantinopla. Le sucedió Musa como sultán. Arrasó brutalmente Serbia por haber apoyado a su hermano. Reconquistó y saqueó Tesalónica, que había sido defendida para los cristianos por el hijo de Solimán, Orchán, hecho prisionero y a quien sacaron los ojos. Aunque derrotado en una batalla naval, llevó a sus tropas terrestres hasta las murallas de Constantinopla. Pero un hermano más joven, Mahomet, que había restablecido la dominación otomana en Anatolia, marchaba ahora contra él y, con ayuda de los bizantinos, serbios y de los regimientos tur-

cos disgustados por la brutalidad de Musa, derrotó y dio muerte a su hermano en 1413 y se hizo sultán[29].

Mahomet, a quien sus contemporáneos llaman Chelebi —la palabra más adecuada para traducirlo sería «caballero»—, demostró ser un buen soldado, pero por temperamento era pacífico. Devolvió Tesalónica y otras ciudades anexionadas por Musa a Manuel, con quien siguió durante su vida entera en cordiales relaciones de amistad. Se vio forzado a una guerra poco convincente con Venecia, en 1416, y a otra con Hungría en 1419, y tuvo que aplastar una rebelión de uno que pretendía ser su hermano, Mustafá, y superviviente de la batalla de Ankara. La mayor parte de su tiempo la pasó edificando fortalezas por todas sus fronteras, en consolidar la administración y embellecer las ciudades de su imperio. La exquisita Mezquita Verde de Brusa es el último testimonio de este amable y culto sultán. Murió de apoplejía en Andrinópolis en diciembre de 1421[30].

El hijo mayor de Mahomet, Murad, actuó como virrey de su padre en Anatolia. Se silenció la noticia de la muerte del sultán hasta que pudo llegar a Andrinópolis y tomar posesión del gobierno. Como Mahomet, Murad era un hombre pacífico por temperamento. Se decía que había pertenecido a una orden de derviches y anhelaba retirarse a una vida de meditación[31]. Pero era un jefe consciente y las circunstancias le exigieron que fuese también soldado y administrador. El pretendiente, Mustafá, gozaba de plena libertad, y Murad sospechaba que conseguía ayuda de Constantinopla. Envió a Manuel quejas por ello y le pidió que la amistad existente entre el emperador y su hermano continuase. Manuel lo habría aceptado con alegría, si bien ya era viejo y estaba cansado y permitía que le gobernase su hijo, Juan VIII, quien, con el apoyo del Senado bizantino, creía que se podría provocar prove-

chosamente la agitación dentro de la dinastía otomana. Con todo, Juan exigió que dos de los hermanos del sultán fuesen enviados a Constantinopla en calidad de rehenes. Murad se negó —y no sin humanidad— a seguir la sugerencia y, habiendo dispuesto de Mustafá, puso sitio a Constantinopla en junio de 1422. Empero las murallas eran demasiado fuertes para un ejército carente de máquinas de asedio, y los cálculos de Juan tuvieron cierta justificación. Estalló una revuelta en Anatolia, nominalmente bajo la dirección del hermano de Murad, Mustafá, de trece años de edad, pero instigada por los emires envidiosos, Germiyán y Karamán. Murad abandonó el asedio para tratar con los rebeldes, a los que contentó enviando un ejército para que devastase el Peloponeso [32].

Pudo permitirse un corto período de paz, que anhelaba. En 1428 tuvo que rechazar una invasión de allende el Danubio dirigida por los reyes de Hungría y Polonia. En 1430 sus tropas penetraron en Janina, en el Epiro. Ese mismo año conquistaron Tesalónica a los venecianos, que la tuvieron en sus manos siete años. Serbia, en la que Jorge Brankovich sucedió a su tío Esteban Lazarovich como déspota en 1427, fue reducida a un riguroso vasallaje y se obligó al déspota a rescindir una alianza con los húngaros, a quienes había cedido Belgrado. También se le dijo que entregara su hija Mara como esposa al sultán; su demora en cumplirlo motivó una expedición turca contra él. Murad recelaba del déspota. En 1440 condujo otro ejército contra él y destruyó la fortaleza de Semendria, junto al Danubio, la misma que había permitido levantar a los serbios. Siguió sitiando a Belgrado, pero sus defensas eran demasiado fuertes para él y se vio forzado a retirarse [33].

La resistencia de Belgrado animó a los enemigos de

Murad. El Papa, satisfecho del éxito del Concilio de Florencia, organizó una cruzada. El rey Ladislao de Hungría se apresuró a aceptarla. El déspota serbio consintió en ayudar a los húngaros. El caudillo albanés Jorge Castriota, apodado Scanderberg, declaró la guerra al sultán y el emir Karamán estaba decidido a atacarle en Asia [34]. Mientras Murad estaba ocupado en castigar a los karamanianos, el ejército húngaro con sus aliados, al mando del bastardo real Juan Corvino Hunyade, vaivoda de Transilvania, atravesó el Danubio y arrojó a los turcos del despotado. Murad volvió apresuradamente a Europa con el grueso de su ejército y avanzó hacia el Danubio. Pero no le acuciaba el deseo de aventurarse a una batalla y encontró al rey Ladislao del mismo talante. A los húngaros se habían unido las tropas reclutadas en Occidente por el Papa, al mando de su legado, el cardenal Julián Cesarini, aunque Ladislao esperaba más. Él y Murad acordaron entrevistarse en Szegedin en junio de 1444. Allí cada cual juró —Murad sobre el Corán y Ladislao sobre los Evangelios— guardar una tregua durante diez años, durante los cuales ninguno de los dos intentaría cruzar el Danubio. Hunyade, quien desaprobó la tregua, no quiso verse comprometido.

Murad comprendió ahora que podía retirarse a la vida contemplativa que desde hacía tanto tiempo deseaba. Mas tan pronto como retiró su ejército de la frontera y anunció sus proyectos de abdicación, llegaron noticias de que el rey de Hungría había atravesado el Danubio y avanzaba por Bulgaria. El cardenal Cesarini sentenció que un juramento prestado a un infiel era inválido y la oportunidad era demasiado buena como para no aprovecharla. El perjurio escandalizó a los cristianos ortodoxos tanto como a los turcos. El emperador Juan VIII se negó a facilitar

ayuda. Jorge Brankovich, de Serbia, retiró sus fuerzas e impidió a Scanderberg que se reuniese con los aliados. Hunyade siguió la expedición de mala gana y el cardenal no quiso saber nada de sus consejos sobre la estrategia. Murad, que había estado poniendo en orden sus asuntos en Anatolia para disponerse a su retiro, volvió precipitadamente con su ejército al Norte. El 11 de noviembre de 1444 cayó sobre los cristianos en Varna con fuerzas tres veces superiores a las de estos, que fueron derrotados. El rey Ladislao y el cardenal fueron muertos. Sólo Hunyade y sus regimientos se libraron de la matanza. La victoria devolvió al sultán el dominio del territorio al norte del Danubio [35].

Inmediatamente después, Murad abdicó de modo formal en favor de su hijo, Mehmed, de doce años, y se retiró a Manisa. Pero pronto se acabó la paz. Sus ministros y el ejército estaban descontentos con su nuevo jefe, feroz, terco y altanero, al mismo tiempo que seguía la agitación por toda la frontera europea. La opinión pública y la necesidad de gobierno movieron a Murad a volver al trono. Scanderberg seguía imbatido en Albania y las expediciones turcas contra él continuaban sin interrupción. En 1446 Murad mandó un ejército que penetró en Grecia y arrasó el Peloponeso. En 1448 Hunyade, ahora regente de Hungría, reanudó la ofensiva con un ejército de húngaros, válacos, bohemios y mercenarios alemanes. Se las ingenió para encontrarse con Scanderberg en la llanura de Kossovo. Mas, antes de que los albaneses pudiesen llegar a él, un ingente ejército turco apareció de repente y aniquiló sus fuerzas. Únicamente escapó él, con ayuda de sus tropas alemanas y bohemias. El desastre, tan poco tiempo después del de Varna, desarticuló el poder militar de Hungría durante una generación. La bandera húngara

siguió ondeando en Belgrado, pero ya no habría más expediciones al sur del Danubio. Cuando llegó la crisis, Hunyade no podía hacer nada para ayudar a Constantinopla. En toda la península balcánica únicamente en las montañas de Albania había una oposición constante contra el gobierno turco [36].

Murad obtuvo igualmente éxito en Anatolia. En los últimos años de su reinado, absorbió los emiratos de Aydin, y los germiyanos y karamanianos fueron intimidados. Otros príncipes autónomos, tales como los emires de Sinope y Atalía, reconocieron la supremacía otomana. El emperador de Trebisonda era tan impotente y deferente como su cuñado en Constantinopla [37]. Internamente el Imperio otomano gozaba de orden y prosperidad. La principal reforma militar de Murad consistió en reorganizar los regimientos de jenízaros, hasta entonces compuestos por muchachos cautivos. Ahora organizó un sistema regular mediante el que toda familia cristiana, griega, eslava, válaca o armenia estaba obligada, en caso necesario, a dejar un hijo varón para los oficiales del sultán. Estos muchachos fueron formados en sus propias escuelas como estrictos musulmanes. Algunos con especiales cualidades fueron empleados como técnicos o funcionarios, pero a la mayoría de ellos se los adiestró a fondo como soldados que constituyeron el regimiento de guardias de choque del sultán. Tenían sus propios barracones y les estaba vedado casarse, de suerte que sus vidas estaban por entero dedicadas al servicio del sultán [38]. A pesar de esta imposición amargamente sentida y de sus exigencias, según las circunstancias, de conversiones masivas al Islam, Murad no era impopular entre sus súbditos cristianos, que le consideraban escrupuloso y justo. Tenía muchos amigos cristianos y se decía estar sometido a la gran influencia de su

hermosa mujer, serbia, a la que se había entregado. Indudablemente, para muchos griegos la vida bajo un gobierno tan ordenado y de ordinario tolerante parecía más fácil que en el resto del viejo Imperio cristiano lleno de zozobra y angustia [39].

Murad falleció en Andrinópolis el 13 de febrero de 1451, dejando una magnífica herencia a su sucesor.

NOTAS

[1] Sobre la vida akrítica, véase el sucinto resumen, con referencias en Vasiliev, *History of Byzantine Empire,* págs. 369-371.

[2] Véase Laurent, *Byzance et les turcs seldjoucides,* págs. 27-44.

[3] Véase Houtsma, art. «Tughrilberg», en *Encyclopaedia of Islam,* IV, págs. 828-829.

[4] Laurent, *op. cit.,* págs. 45-59; Cahen, «La Campagne de Mantzikert d'après les sources musulmanes», en *Byzantion,* págs. 613-642.

[5] Laurent, *op. cit.,* págs. 61-101; Cahen, «The Turkish Invasion, The Selchükids», en *A History of the Crusades,* ed. Setton, I, págs. 135-176.

[6] Witteck, *The rise of the Ottoman Empire,* págs. 18-20; Koprulu, *Les origines de l'Empire Ottoman,* págs. 101-107; Cahen, *op. cit.,* págs. 138-139.

[7] Cahen, «The Selchükid State of Rum», en *A History of the Crusades,* ed. Setton, II, págs. 675-690.

[8] Cahen, «The Mongols and the Near East», *ibídem,* II, págs. 690-692, 725-732.

[9] Witteck, *op. cit.,* págs. 25-32, y *Das Fürstentum Mentesche,* págs. 1-14.

[10] Witteck, *op. cit.,* págs. 34-37, y *Das Fürstentum Mentesche,* págs. 15-23; Lemerle, *L'Émirat d'Aydin, Byzance et l'Occident,* págs. 1-39.

[11] Witteck, *op. cit.,* págs. 4-15; Koprulu, *op. cit.,* págs. 82-88.

[12] No es tan fantástico —como sugiere Koprulu— que la dinastía otomana haya tenido antepasados comneniano-seljucíes, pero si esto es exacto, probablemente ocurriría después, por el matrimonio de Bayaceto I con una princesa germiyana.

[13] Witteck, *op. cit.,* págs. 37-43; Kramers, art. «Othman I», en *Encyclopaedia of Islam,* III, págs. 1005-1007.

[14] Babinger, art. «Orkhan», en *Encyclopaedia of Islam,* III, págs. 999-1001.

[15] Respecto a la guerra civil de Bizancio, véase Ostrogorsky, *op. cit.,* págs. 444-475.

[16] Babinger, *loc. cit.;* Koprulu, *op. cit.,* págs. 125-126. La fecha de la muerte de Orchán es incierta. Uzunçarsili, *Osmanli Tahihi,* I, pág. 62, da 1360. Witteck, *op. cit.,* págs. 44, 54, da 1362, basándose en las pruebas de Βρχέα Χρονικά.

[17] Witteck, *op. cit.,* págs. 42-43, 50.

[18] Koprulu, *op. cit.,* págs. 131-132; Pears, «The Ottoman Turks to the Fall of Constantinople», en *Cambridge Medieval History,* IV, págs. 664-665.

[19] Uzunçarsili, *op. cit.,* I, págs. 61 y sigs.; Witteck, *op. cit.,* págs. 44-45; Ostrogorsky, *op. cit.,* págs. 478-479.

[20] Charanis, «The strife among the Palaelogi and the Ottoman Turks», en *Byzantion,* XVI, págs. 288-300.

[21] Koprulu, *op. cit.,* págs. 129-130; Jireček, *Geschichte der Serben,* II, págs. 87 y sigs.

[22] Tafrali, *Thessalonique au quatorzième siècle,* págs. 283-285; Charanis, *op. cit.,* pág. 301; Jireček, *op. cit.,* II, págs. 99 y sigs.; Ostrogorsky, *op. cit.,* pág. 485; Babinger, *Beiträge zur Frühgeschichte der Turkenherrzchart in Rumelien,* págs. 65 y sigs.

[23] Babinger, *op. cit.,* págs. 1, 24; Jireček, *op. cit.,* II, págs. 119 y sigs. Se discute la fecha exacta de la batalla de Kossovo, pero el 15 de junio parece ser cierta. Véase Atiya, *The Crusade of Nicopolis,* pág. 5, y Ostrogorsky, *op. cit.,* pág. 486, núm. 1, para referencias.

[24] Toda la campaña de Nicópolis se describe con gran detalle en Atiya, *op. cit.* Véase igualmente Inalcik, artículo «Bayazid I», en *Encyclopaedia of Islam,* nueva ed., I, págs. 117-119.

[25] *Vide infra,* pág. 20.

[26] Ducas, *op. cit.,* XV, pág. 89.

[27] En cuanto a Timur, véase Grousset, *L'Empire des Steppes,* págs. 486 y sigs.

[28] Ducas, *op. cit.,* XXIII, págs. 177-179. *Vide supra,* pág. 21.

[29] El mejor relato de este período se halla en Jorga, *Geschichte des Osmanischen Reiches,* I, págs. 325 y sigs. Véase asimismo Kramers, art. «Muhammad I», en *Encyclopaedia of Islam,* págs. 657-658.

[30] Ducas, *op. cit.,* XIX-XXII, págs. 129-169.

[31] Ducas, *op. cit.,* XXXIII, pág. 285; Bertrandon de la Broquière, *Voyage d'Outremer,* págs. 181-182, «Ellos me dijeron que no le gustaba la guerra y me parece que es verdad»; Laónico Chalcocondilas, *De Rebus Turcicis,* en C. S. H. B., págs. 351-352, el cual afirma que Murad hizo voto

de ingresar en una orden religiosa en la crisis de la batalla de Varna. La afirmación carece de fundamento, aunque las relaciones de Murad con los jenízaros sugiere que sentía simpatía por los Bektashis.

[32] Ducas, *op. cit.*, XXVIII, págs. 229-237; Chalcocondilas, págs. 231-235; Jorge Frantzés, *Chronicon*, en C. S. H. B., págs. 116-117; Jorga, *op. cit.*, I, págs. 378 y sigs. Juan Canano ofrece un relato contemporáneo del asedio de Constantinopla con milagrosos pormenores, por añadidura; publicado en C. S. H. B., vol. de Frantzés, págs. 457-479.

[33] Ducas, *op. cit.*, XXIX-XXXI, págs. 245-270; Chalcocondilas, páginas 236-248, Jorga, *op. cit.*, I, págs. 236 y sigs.; Jireček, *op. cit.*, págs. 174 y sigs. Juan Anagnostes escribió un relato contemporáneo de los hechos sobre la conquista de Tesalónica, seguido de una *Manodia;* publicado en C. S. H. B., vol. de Frantzés, págs. 483-534.

[34] Para la carrera de Scanderberg, véase Radonic, *Djuradj Kastriot Skenderberg i Albanija u XV veku*, y Gegaj, *L'Albanie et l'invasion turque au XVe siècle.*

[35] Babinger, *Mehmed der Eroberer und Zeit*, págs. 19-33. La utilidad de este importante libro queda neutralizada por la total ausencia de referencias a las fuentes. En el relato más completo y actual de la campaña de Varna (Halecki, *The Crusade of Varna)* hay muchas aseveraciones muy controvertidas. Véase Pall, «Autour de la Croisade de Varna», en *Bulletin Historique de l'Académie Roumaine*, XXII, págs. 144 y sigs., y Babinger, «Von Amurath zu Amurath. Vor-und Nachspiel der Schlacht dei Varna», en *Oriens*, III, págs. 22 y sigs.

[36] Babinger, *Mehmed der Eroberer*, págs. 51-55.

[37] *Ibid.*, págs. 42-43.

[38] Mortmann, art. «Dewshirme», y Huart, art. «Janissaries», en *Encyclopaedia of Islam*, I, págs. 952-953, y II, págs. 572-574. Véase Birge, *The Bektashi Order of Dervishes*, págs. 45-48, respecto a las historias que relacionan la fundación del cuerpo de los jenízaros con la orden Bektashi. Bartolomé de Jano, *Epistola de crudelitate Turcarum*, en M. P. G., CLVIII, col. 1065-1066, afirma que Murad reorganizó el cuerpo en 1438.

[39] Ducas, *op. cit.*, XXXIII, pág. 285; Chalcocondilas, *op. cit.*, pág. 375; Frantzés, *op. cit.*, págs. 92, 211.

Capítulo III

EL EMPERADOR Y EL SULTÁN

El penúltimo emperador, Juan VIII, fue el mayor de seis hermanos, hijos de Manuel II y de la emperatriz Elena, hija de un príncipe serbio con tierras en Macedonia y de mujer griega. El segundo en edad fue Teodoro; luego venían Andrónico, Constantino, Demetrio y Tomás. Teodoro y Andrónico murieron antes que él. El último era enfermizo e insignificante. Su obra importante había sido la venta a los venecianos, en 1423, de Tesalónica. Luego se retiró al monasterio del Pantocrátor, en Constantinopla, con el nombre monástico de Acacio, y aquí murió en marzo de 1428 [1]. Teodoro fue más notable. Heredó de su padre sus gustos intelectuales y fue un excelente matemático. Pero era extravagante y neurótico, enérgico y ambicioso en ocasiones y, por último, ansioso de dejar el mundo por la santa paz de un monasterio. Había sucedido a su tío Teodoro I como déspota de Morea en 1407, siendo todavía un niño, y durante varios años su padre empleó mucho tiempo en el despotado procurando restablecer el orden y construyendo las grandes fortificaciones conocidas por Hexamilión, que se extendían por el istmo de Corinto, tan sólo para verlas destruidas por los turcos

en una incursión en 1423[2]. Teodoro fue un buen gobernante en la medida en que se lo permitieron sus humores y recelos. En 1421 se casó con una princesa italiana, Cleope Malatesta, prima del papa Martín V. Su vida no era fácil, debido al temperamento de su marido. Se incorporó a la Iglesia griega ante la cólera del Papa, que recriminó a su marido por ello. Mas su conversión parece, de hecho, que fue voluntaria. Ella y Teodoro mantuvieron una corte austera, de alto nivel cultural, en Mistra, si bien decayó su brillantez tras la muerte de ella en 1433. Su personaje más destacado era Plethon, adicto a ambos. Siguiendo en edad a Juan, Teodoro se consideró como el heredero del Imperio y, en 1443, cuando se evidenció que Juan no tendría descendencia, cambió su despotado por el de la ciudad de Selimbria, en Tracia, a unas cuarenta millas de la capital, para tenerlo más a mano cuando Juan muriese. Mas el destino le jugó una mala pasada. Cayó enfermo de peste en el verano de 1448 y murió en julio, tres meses antes que el emperador[3]. Su único descendiente fue una hija, Elena, que se había desposado diez años antes con el rey Juan II de Chipre[4].

Los dos hermanos más jóvenes, Demetrio y Tomás, eran caracteres poco recomendables. Demetrio era inquieto, ambicioso y sin escrúpulos. Se consideró como el paladín de la fe griega contra las tendencias latinizantes de su hermano Juan, a quien acompañó al concilio de Florencia. Se había unido en matrimonio a una dama de la ilustre familia grecobúlgara de los Asen, contra los deseos de su familia y la de ella. Tenía amigos en la corte turca, y en 1442 intentó atacar Constantinopla con ayuda de los soldados turcos, y el emperador sólo se salvó por la repentina llegada de su hermano Constantino con refuer-

nos. Se perdonó a Demetrio y se le permitió seguir en Constantinopla. Al morir su hermano Teodoro heredó Selimbria[5].

Tomás era más juicioso, pero más débil. De joven fue enviado, en 1430, en auxilio de sus hermanos en Morea. Aquí se casó con Catalina Zaccaria, heredera del último príncipe franco de Aquea y se le otorgó por patrimonio un territorio, aparte de las antiguas tierras de su familia. Siguió con diáfana y constante lealtad la dirección de su hermano Constantino[6].

Constantino fue el más capaz de los hermanos. Había nacido en 1404 y, de joven, se le hizo donación de Selimbria y las ciudades limítrofes de Tracia como patrimonio. En 1427 fue al Peloponeso en ayuda de Juan VIII para conquistar las últimas tierras francas. Su presencia se hizo muy necesaria cuando su hermano Teodoro manifestó su intención de retirarse a un monasterio. Teodoro en seguida pensó en algo mejor, pero mientras tanto, en marzo de 1428, Constantino hizo un matrimonio político con la sobrina de Carlos Tocco, señor del Epiro y de gran parte de la Grecia occidental. Por dote había recibido las tierras de Tocco en el Peloponeso y, si bien la joven princesa Magdalena, rebautizada con el nombre de Teodora en su matrimonio, murió sin hijos dos años después, Constantino retuvo sus tierras e hizo de ellas el centro de operaciones desde el que planeó la conquista del resto de la península. Sus relaciones con Teodoro solían ser tirantes. Teodoro se sintió especialmente ofendido cuando Juan VIII requirió a Constantino para que gobernase Constantinopla durante su ausencia en Italia a causa de los concilios, pues era una indicación de que Juan se proponía que Constantino fuese su heredero. Las aguas no podían volver a su cauce hasta que Constantino intercam-

biase sus posesiones de Tracia y sus pretensiones al Imperio por Mistra y el despotado. Desde entonces Constantino fue constituido déspota de Mistra con Tomás, déspota de Clarenza en la costa occidental, para respaldarle. La conquista del Peloponeso, con excepción de cuatro ciudades venecianas de Argos, Nauplia, Crotón y Modón, quedó terminada en 1433. Ahora Constantino proyectaba anexionarse Ática y Beocia. En 1444, animado por las noticias del triunfo de Hunyade en Serbia, se dirigió hacia el Norte desde Corinto, mientras su más capacitado general, Juan Cantacuzeno, penetraba en Focia desde Patras. Muy pronto toda Grecia, hasta los confines del Pindo, estaba en su poder, exceptuada la acrópolis de Atenas, cuyo duque, Nerio II, se había atrincherado allí pidiendo ayuda a los turcos. Desgraciadamente estos pudieron prestarle auxilio al punto, pues mientras Constantino arrasaba Beocia, el sultán Murad obtenía su gran victoria en Varna. En 1446 el mismo sultán condujo un ejército hacia Grecia. Constantino se replegó hacia el Hexamilión, que había fortificado. Pero Murad había traído consigo artillería pesada. Después de quince días de intenso bombardeo, sus soldados se abrieron camino a través de las murallas. Constantino y Tomás tuvieron justo el tiempo de escapar con vida. Sus tropas, especialmente los mercenarios albaneses, se portaron con evidente falta de lealtad y valor. El sultán destruyó la muralla una vez más y siguió por Patras y Clarenza matando a la población a su paso. Luego se retiró tras haber obtenido nuevas promesas de vasallaje y un tributo anual de los déspotas [7].

El daño causado al despotado y la pérdida de vidas humanas fueron incontables. Constantino ya no podía embarcarse en aventuras imperialistas. En lugar de esto trató de protegerse con una red de alianzas extranjeras. Se casó

en segundas nupcias en 1441. Su esposa fue Catalina, hija de Dorino Gattilusi, príncipe de Lesbos, de la dinastía genovesa, cuyo fundador, Francesco, se casó con la hermana del emperador Juan V y se helenizó por completo. Pero la mujer murió sin hijos al año siguiente. Ahora buscó otra mujer con dote y relaciones útiles. Pidió la mano de Isabel Orsini, hermana del señor de Tarento. Sus embajadores en Nápoles se informaron sobre una infanta de Portugal. Un embajador veneciano sugirió que una hija del dux Francesco Foscari podría servir. Pero ninguna princesa vendría a compartir su precario trono ni era posible establecer una sólida alianza con ninguna potencia occidental. Entretanto, su fiel secretario y amigo, Jorge Frantzés, sospechoso a los occidentales, removió Roma con Santiago en Trebisonda para obtener para su amo la mano de una hija del gran Comneno. El padre de ella era débil políticamente, es cierto, pero seguía siendo rico con sus minas de plata y el comercio que pasaba por su capital. La joven aportaría, probablemente, una buena dote, y las princesas de Trebisonda tenían fama por su belleza. Su tía, la emperatriz de Juan VIII —se afirmaba—, era la mujer más atractiva de su época, si bien De la Broquière, que la vio, deploró el excesivo —y según creía innecesario— uso de afeites. Pero Frantzés fracasó en su misión[8]. Constantino mandó a su sobrina Elena, la hija mayor de Tomás, a casarse con el hijo de Jorge Brankovitch, déspota de Serbia. Mas incluso Jorge era demasiado prudente para provocar a los turcos concertando un pacto con los déspotas de Morea[9].

Cuando Juan VIII murió, Constantino se hallaba en Mistra, aunque Tomás estaba en camino para visitar Constantinopla. Su llegada a ella, el 13 de noviembre de 1448, exactamente dos semanas después del fallecimiento

del emperador, aún era oportuna, pues su hermano Demetrio, saliendo apresuradamente de su patrimonio de Selimbra, ya había reclamado el trono. Esperó ayuda de los enemigos de la unión de las Iglesias. Pero a falta de un emperador constitucional coronado, la costumbre atribuía la soberanía a la emperatriz coronada. La anciana emperatriz madre, Elena, se sirvió de su autoridad para insistir en la proclamación de Constantino, su hijo mayor superviviente, y la opinión pública la apoyó. Las esperanzas de Demetrio se desvanecieron, y cuando Tomás apareció, admitió su derrota y se unió a los que reconocían a Constantino. Frantzés, quien se hallaba en Constantinopla, donde uno de sus hijos acababa de morir, fue enviado por la emperatriz a anunciar la elevación al trono de su hijo al sultán Murad, el cual, benignamente, dio su aprobación. Dos altos funcionarios, Alejo Lascaris Filantropeno y Manuel Paleólogo Yagro, fueron a Mistra con el soberano imperial. Allí, el 6 de enero de 1449, fue coronado Constantino en la catedral por el metropolita local [10]. Era la primera coronación imperial desde hacía miles de años —si exceptuamos el período niceno— que no se efectuaba en Constantinopla y la primera no protagonizada por un patriarca. Si bien no había ningún rival contra la soberanía de Constantino, sí existía alguna duda sobre la legitimidad de la ceremonia. Pero se consideró necesario que debía dársele autoridad lo más pronto posible, mientras que una coronación en Constantinopla hubiera sido difícil de disponer, ya que el patriarca, Gregorio Mammas, le obstruía la mayor parte de su clero [11].

Constantino llegó a la capital imperial el 12 de marzo, habiendo viajado con su séquito desde Morea en galeras catalanas. Algunos días después invistió a sus hermanos Demetrio y Tomás como copartícipes déspotas de Morea.

A Demetrio había de corresponderle Mistra y la mitad sudeste de la península, y a Tomás la mitad occidental con Clarenza y Patras. En la solemne ceremonia, a la que asistió la emperatriz madre y los altos funcionarios del Imperio, ambos hermanos juraron pleitesía al emperador y eterna amistad entre ellos. Aunque habían de romper con frecuencia sus promesas de amistad, su salida dejó a Constantino por dueño de Constantinopla [12].

El emperador frisaba ahora en los cuarenta y cinco años. No poseemos una completa descripción de su fisonomía. Al parecer fue más bien alto y enjuto, con los rasgos fuertes y regulares de su familia, y de tez morena. No se interesó de modo especial por las cuestiones intelectuales, filosóficas o teológicas, si bien mantuvo buenas relaciones con Plethon en Mistra, y su última actuación antes de salir para Constantinopla fue confirmar a los hijos de Plethon en las posesiones que su padre les había otorgado. Demostró ser buen soldado y administrador competente. Sobre todo fue íntegro. Nunca hizo nada deshonroso. Dio pruebas de generosidad y paciencia tratando a sus difíciles hermanos. Sus amigos y oficiales le eran adictos, aunque a veces no estaban de acuerdo con él, y tuvo el don de inspirar admiración y afecto entre todos sus súbditos. Su llegada a Constantinopla fue acogida con auténtico regocijo [13].

Necesitaba este afecto en la amarga y melancólica ciudad adonde había llegado. El odio contra la unión oficial de la Iglesia con Roma no había cambiado. Constantino se consideraba obligado por los compromisos de su hermano en Florencia. Pero en un principio no tomó ninguna medida radical. Esto se debió, probablemente, a la influencia de su madre, pues confiaba mucho en ella. La muerte de esta, el 23 de marzo de 1450, significó una

cruel pérdida para él. Procuró rodearse de ministros de todos los partidos. El más antiguo ministro, el megadux, gran almirante de la flota, era Lucas Notaras, opuesto a la unión, sin ser fanático. Juan Cantacuzeno, íntimo amigo de sus tiempos en el Peloponeso y denodado defensor de la unión, fue hecho estratopedarca. El gran logotetes, Metoquites, y el protostrátor, Demetrio Cantacuzeno, parecen haber dudado de lo prudente de la unión, pero estaban dispuestos a aceptar la política que dictase el emperador. Su secretario Frantzés, con toda probabilidad su más íntimo confidente, compartía su opinión [14]. El patriarca Gregorio se sentía defraudado por la falta de apoyo por parte del emperador. En agosto de 1451 se retiró a Roma, donde era más estimado y donde dio rienda suelta a sus quejas contra la apatía del régimen imperial [15].

Constantino seguía buscando esposa. Probablemente y, por sugerencia de su madre, con el fin de apaciguar los sentimientos antilatinos de su pueblo, decidió encontrar una en el mundo ortodoxo. En 1450 se envió otra vez al fiel Frantzés al Este, a las cortes de Georgia y Trebisonda. Consideraba a la princesa georgiana muy adecuada. Pero quedó desconcertado cuando el padre de ella, el rey Jorge, anunció que en su país era costumbre que los maridos aportaran dotes a sus mujeres y no al revés. Con todo, su majestad siguió diciendo que no podía explicarse los usos de las diversas razas. Después de todo —señaló— en Gran Bretaña una mujer suele tener varios maridos y un marido varias mujeres. Prometió ser generoso en esta ocasión, e incluso llegó a ofrecer que adoptaría a la propia hija de Frantzés.

Mientras estaba en Georgia, Frantzés oyó hablar de la muerte del sultán Murad, y al llegar a Trebisonda y discutir las noticias con el emperador Juan, se enteró de que la

viuda cristiana del sultán, María de Serbia, sobrina de la emperatriz de Trebisonda, había sido enviada a su patria por su padre, cargada de regalos y honores. Frantzés tuvo una excelente idea: escribió inmediatamente a Constantino para comunicarle que esta era la esposa adecuada para él. La sultana era todavía joven, rica y había sido muy popular en la corte turca y se decía que tenía ascendiente sobre su hijastro, el nuevo sultán. Indicó asimismo que tampoco era indigno del emperador casarse con una viuda de un príncipe infiel, pues la madrastra de Constantino, segunda mujer del emperador Juan, había sido esposa de un señor turco y le habían nacido hijos incluso antes de casarse con el emperador. Frantzés se apresuró a volver al país para poner en práctica esta sugerencia. El emperador estaba interesado en ella, pero se quejaba de que todos sus ministros le daban diferentes consejos. Su madre, que podía haberlo decidido por él, había muerto, y su íntimo amigo, Juan Cantacuzeno, acababa de fallecer. Sin embargo, la misma sultana desbarató el plan: había prometido que, si alguna vez escapaba del harén de los infieles, se consagraría el resto de sus días a las buenas obras en la continencia. Constantino entonces escogió a la princesa georgiana. Se envió una embajada a Georgia a ultimar el contrato y traer la esposa a Constantinopla. Pero hubo retraso. Antes de que ella abandonase su país supo que ya era demasiado tarde [16].

El emperador de Trebisonda había esperado a Frantzés para congratularse con él de las noticias de la muerte del sultán Murad. Pero Frantzés adoptó una actitud contraria: Murad —indicó— fue esencialmente un hombre pacífico que ya no quería la violencia ni el esfuerzo de la guerra. No obstante, del nuevo sultán se sabía que había sido enemigo de los cristianos desde su más tierna infancia; era

seguro que intentaría atacar y destruir los imperios cristianos: Trebisonda lo mismo que Constantinopla. Los temores de Frantzés eran compartidos por su amo imperial. Informes de agentes pagados por los bizantinos en la corte turca advirtieron cumplidamente del peligro [17].

La alarma estaba justificada. El nuevo sultán, Mahomet II, contaba al presente diecinueve años. Había nacido en Andrinópolis el 30 de marzo de 1432. Su niñez fue desgraciada. Su madre, Huma Hatun, fue una joven esclava, casi con seguridad turca, si bien la leyenda posterior —no del todo desmentida por el mismo Mahomet— la transformó en una dama franca de alta alcurnia. Su padre se interesó poco por él y prefería a los hijos con esposas más nobles. Pasó tranquilamente en Andrinópolis los primeros años de la pubertad con su madre y su aya, una estupenda y piadosa dama turca conocida por Daye Hatun. Su hermano mayor, Ahmed, murió repentinamente en Amasia, en 1437, y el segundo, Ala ed-Din, fue asesinado misteriosamente en la misma ciudad seis años después. Mahomet quedó a la edad de once años como heredero del trono y único príncipe superviviente de la dinastía otomana, aparte del sultán y un primo lejano, Orchán, nieto del sultán Solimán, desterrado en Constantinopla. Murad llamó al chico a la corte y se disgustó al ver lo abandonada que había estado su educación. Se contrató un verdadero ejército de instructores para formarle, encabezado por un ilustre profesor curdo: Ahmed Kurani. Cumplieron perfectamente con su cometido. Mahomet fue instruido en las ciencias, en la filosofía y muy preparado en la literatura islámica y griega. Amén de su turco nativo, aprendió a hablar corrientemente en griego, árabe, latín, persa y hebreo. Muy pronto su padre comenzó a iniciarle en el arte de gobernar [18].

Mahomet contaba veinte años cuando Murad, luego de firmar la tregua con el rey Ladislao, decidió retirarse de la vida activa, dejando a su hijo al cargo del Imperio. Primero había que reprimir los desórdenes en Anatolia, y Murad se ocupaba de ello cuando llegaron noticias del avance cristiano por Varna. El visir, Chalil Bajá, le requirió inmediatamente para que volviese hacia Europa con tanto mayor anhelo cuanto que estaba alarmado por la conducta del joven Mahomet. Murad quiso que su hijo estuviese bajo la tutela de Chalil, viejo amigo y de confianza. Mas el muchacho manifestó su determinación de seguir su propio camino. Apenas Murad hubo abandonado Anatolia, donde había una crisis sobre un derviche hereje persa a quien Mahomet protegía, pero de quien Chalil, hijo y nieto de visires y mahometano chapado a la antigua, se lamentaba mucho, Mahomet se veía obligado a abandonar al hereje al primer muftí, Faredin, que incitó al populacho a quemar al brujo. Tan ansioso estaba el muftí de que el fuego estuviera bien atizado, que se acercó demasiado y se chamuscó la barba [19].

Con todo, al regresar Murad de su victoria en Varna, no se le disuadiría de su determinación de retirarse y Mahomet se quedó como jefe del Imperio bajo la tutela de Chalil. Una vez más la experiencia resultó desastrosa. Había guerras en las fronteras albanesa y griega. Mahomet estaba furioso contra sus tutores, que habían rechazado un plan irrealizable para atacar Constantinopla. Sus modales arrogantes y su difícil trato ofendieron tanto a la corte como al populacho. Pero sobre todo el ejército era el que mostraba más descontento. Con el fin de evitar una rebelión militar declarada, Chalil convenció a Murad que volviera a Andrinópolis y tomase otra vez el mando. Su llegada en el otoño de 1446 fue acogida con alegría general.

Mahomet fue enviado a Manisa, escenario del retiro interrumpido de su padre [20].

Es posible que pensase en desheredar a Mahomet, porque tenía una esposa de noble alcurnia, hija de Ibrahim, el emir Chandaroghlu, de una familia vinculada ya a la casa otomana, que pronto le daría un hijo [21]. Sin embargo, tuvo otra idea mejor: tras dos años de exilio, Mahomet volvió a ser llamado a tomar parte en la campaña contra Hunyade, que desembocó en la victoria de Kossovo. Un año antes, una joven esclava, Gulbehar, hija de Abdulá, probablemente un converso albanés al Islam, le dio un hijo, Bayaceto [22]. Murad desaprobó estas relaciones. En 1450 ordenó a Mahomet que se casara con la hija del rico príncipe turco Solimán Zulkadroghlu, señor de Malatía. La boda se celebró con toda pompa. Pero Mahomet nunca se preocupó de Sitt Hatun, la esposa que le impusieron. Pasó el resto de sus días abandonada y sin hijos en el harén del palacio de Andrinópolis [23].

Durante el resto del reinado de su padre, Mahomet fue tratado con la mayor cordialidad. De cuando en cuando aparecía en la corte y acompañaba al sultán en una o dos campañas. Pero él solía retirarse a su palacio de Manisa. Aquí se encontraba al morir su madre en agosto de 1450 y asistió a su honroso sepelio en Brusa con un epitafio que easi no mencionaba a Murad. Igualmente se hallaba allí cuando falleció el mismo Murad de un ataque de apoplejía en Andrinópolis el 2 de febrero de 1451 [24].

Nadie dudaba de que Mahomet sería el heredero del trono. Una carta lacrada que le envió Chalil Bajá le hizo salir rápidamente de Manisa. En los días en que atravesó los Dardanelos supo que su sucesión no había de ser discutida; se detuvo dos días en Gallípoli mientras se le preparaba una digna recepción en Andrinópolis. Aquí llegó

el 18 de febrero. El gran visir y todos los altos funcionarios cabalgaron a marchas forzadas para salir a su encuentro; a una legua de las puertas desmontaron para regresar a la ciudad, en procesión, delante de su caballo. Al llegar a palacio celebró una recepción. Los ministros de su padre se mantuvieron en segundo término, nerviosos, hasta que dijo a Shehab ed-Din, jefe de los eunucos, que les mandase ocupar sus puestos habituales. Luego confirmó al gran visir en su cargo. El segundo visir, Isa Bajá, que había sido el más íntimo amigo de Murad, fue nombrado gobernador de Anatolia, puesto de gran dignidad e importancia, ya que le apartaría de su deudo Chalil. Saruja Bajá y Saragas Bajá, ambos adictos a Murad, pero menos favorables a Chalil, fueron nombrados ayudantes del visir junto con Shehab ed-Din. Inmediatamente después, la viuda de su padre, hija de Ibrahim Bey, vino a darle el pésame a Mahomet por la muerte de Murad y a felicitarle por su sucesión. Mientras él le dispensaba una graciosa bienvenida, sus sirvientes corrieron al harén a ahogar en el baño a su hijito. A la afligida madre se le dio la orden de que se casara con Isa Bajá y que se retirase con él a Anatolia. En cuanto Frantzés se enteró en Trebisonda, la viuda cristiana de Murad, María de Serbia, fue devuelta con todos los honores a su padre [25].

Habiendo afianzado la administración y adecentado su palacio, el joven sultán se puso a planear su política. El mundo exterior únicamente sabía de él que era un joven inexperto cuyos primeros pasos habían sido lamentables. Pero los que le vieron ahora quedaron impresionados. Era apuesto, de mediana estatura, pero de fuerte complexión. En su rostro dominaban un par de ojos penetrantes enmarcados por arqueadas cejas y una nariz aguileña sobre una boca de labios intensamente rojos. En los últimos

años de su vida, sus rasgos recordaban a los hombres un loro comiendo cerezas maduras. Sus modales eran dignos y más bien fríos, excepto cuando había bebido demasiado, pues participaba de las impías aficiones de su familia por el alcohol. Pero siempre quiso ser afable, incluso cordial, con todo aquel cuyo saber respetaba, y gustaba de la compañía de artistas. Su reserva era manifiesta. Los desgraciados acontecimientos de su niñez le enseñaron a no fiarse de nadie. Era imposible afirmar lo que podía estar pensando. Nunca sería amado; no deseaba la popularidad. Empero, su inteligencia, su energía y su determinación imponían respeto. Nadie que le conociese podría atreverse a esperar que este excelente joven permitiese alguna vez que se le apartase de sus obligaciones, de las cuales, la primera y la más primordial era la conquista de Constantinopla [26].

NOTAS

[1] Frantzés, *op. cit.*, págs. 121-122, 134.

[2] Zakitinos, *Le despotat grec de Morée*, I, págs. 165-174.

[3] Zakitinos, *op. cit.*, I, págs. 165-225, 299-302, y II, págs. 322-334. Frantzés, que nos facilita la mayor parte de la información sobre Teodoro, detestaba a este como rival de su héroe, Constantino, y suele ser injusto con él.

[4] Respecto a la reina Elena, véase Hill, *History of Cyprus*, III, páginas 527-544.

[5] En cuanto al papel de Demetrio en el Concilio de Florencia, véase Gill, *op. cit.*, págs. 108-109, 252, 262 y sigs. Sobre su matrimonio, Frantzés, págs. 193-194. Se había casado anteriormente con Zole Paraspondiles, la cual murió cuando él estaba en Italia. *Ibíd.*, págs. 161, 191-192.

[6] Sobre la primera carrera de Tomás, véase Zakitinos, *op. cit.*, I, especialmente págs. 241 y sigs.

[7] Zakitinos, *op. cit.*, I, págs. 204-240.

[8] Frantzés, *op. cit.*, I, pág. 203 y págs. 324-325, en las que sugiere que el fracaso de Constantino en casarse con la hija del dux fue causa de que empeorasen sus relaciones con Venecia. La historia no la confirma fuente veneciana alguna. Véase también Lambros, ¡Ο Κωνσταντῖνος Παλαιολόγος ὡς σύζυγος', *Neos Hellenomnemon*, IV, págs. 433-436.

[9] Frantzés, *op. cit.*, pág. 202; Chalcocondilas, *op. cit.*, pág. 342; Krekic, *Dubrovnik (Raguse) et le Levant au Moyen Âge, Regestes*, núm. 1.110, página 349.

[10] Frantzés, *op. cit.*, págs. 204-206; Chalcocondilas, *op. cit.*, págs. 373-374.

[11] Ducas, *op. cit.*, XXXIV, pág. 293, dice que Constantino, aun con el título de emperador, no fue nunca coronado. Véase Voyatzidis, 'Τὸ ζήτημα τῆς στέψεως Κωνσταντίνου τοῦ Παλαιολόγου', Λαογραφία, VII, páginas 449-456.

[12] Frantzés, *loc. cit.*; Chalcocondilas: *loc. cit.*

[13] Todos los escritores contemporáneos, latinos y eslavos, así como helenos, hablan con respeto de Constantino. Pero no existe un retrato auténtico del emperador; véase Lambros, 'Αἱ εἰκόνες Κωνσταντίνου τοῦ Παλαιολόγου', *Neos Hellenomnemon*, III, págs. 229-242, y IV, págs. 238-240.

[14] En cuanto a los consejeros de Constantino, véase Frantzés, págs. 229 y sigs. Recuérdese los prejuicios de Frantzés contra Lucas Notaras.

[15] Frantzés, *op. cit.*, pág. 217. Véase Gill: *op. cit.*, pág. 376, núm. 3.

[16] Frantzés, *op. cit.*, págs. 206 y sigs.

[17] Frantzés, *op. cit.*, págs. 211-213.

[18] Babinger, *Mehmed der Eroberer*, págs. 1-12, 22-23.

[19] *Ibíd.*, págs. 34-37.

[20] *Ibíd.*, págs. 45-47.

[21] Sobre la identidad de esta dama, cuyo nombre era Hadije, véase Alderson, *The Structure of the Ottoman Dynasty*, pág. 94 y las tablas XXV, XXVI y LIV. Ducas, *op. cit.*, XXXIII, pág. 287, la llama hija de Spentiar (Isfendyar), señor de Sinope.

[22] Babinger, *op. cit.*, pág. 53.

[23] *Ibíd.*, págs. 60 y sigs. Para la fecha exacta, véase Inalcik: «Mehmed the Conqueror (1432-1481) and his time», en *Speculum*, XXXV, pág. 411.

[24] Babinger, *op. cit.*, págs. 62-64.

[25] Ducas, *op. cit.*, XXXIII, págs. 281-283, 287-289, es un relato vivo y convincente. Ashikpashade (Derwish Ahmed, gennant 'Asik-Pasa-Sohn), *Denkwürdigkeiten und Zeitläufte des Hauses Osman*, ed. y versión alemana Kreutel, págs. 195-197.

[26] La medalla, en el «Cabinet des Médailles» de la Biblioteca Nacional de París (Col. IIb), muestra a Mahomet joven. Es probable que fuese acuñada inmediatamente después de 1453. El medallón de Gentile Bellini, en el Museo Británico, y el de Costanzo de Ferrara en París, data de 1480 y 1481 y le representa al final de su vida.

Capítulo IV

EL PRECIO DE LA AYUDA OCCIDENTAL

El emperador de Trebisonda no fue el único en dar un suspiro de alivio cuando se enteró de la muerte del sultán Murad. En Occidente también se sintió un optimismo semejante. Embajadores que acababan de estar en la corte de Murad informaron del fracaso de Mahomet en los primeros momentos de su toma de posesión del trono. Era improbable que este joven incapaz —pensaban— constituyese una amenaza para la Cristiandad. Esta ilusión parecía afirmarse por la amistosa prontitud del sultán en confirmar tratados hechos por su padre. En el verano de 1451, cuando las noticias de su advenimiento al trono circularon por Europa, llegó a Andrinópolis una riada de embajadas. El 10 de septiembre Mahomet recibió una misión veneciana y renovó formalmente el tratado de paz que su padre había firmado con la república cinco años antes. Diez días después firmó un pacto con los representantes de Juan Hunyade, concertando una tregua que duraría tres años. La embajada de Ragusa fue acogida con especial benevolencia por traer un ofrecimiento de aumentar el tributo pagado por la ciudad anualmente al sultán en quinientas monedas de oro. A los enviados del gran

maestre de los caballeros de Rodas, del príncipe de Valaquia, del señor de Lesbos y del gobierno de Quíos, todos los cuales venían cargados de generosos presentes, se les dio muestras de benevolencia. Al déspota serbio no sólo se le devolvió su hija, sino que se le permitió reocupar alguna de las ciudades en la parte alta del valle del Struma. Incluso los embajadores del emperador Constantino, los primeros en llegar un tanto alarmados al enterarse del carácter del sultán, cobraron ánimos con su recepción. El sultán no sólo juró sobre el Corán ante ellos que respetaría la integridad del territorio bizantino, sino que prometió pagar al emperador la suma anual de tres mil ásperos de las rentas de algunas ciudades griegas en las zonas más bajas del valle del Struma. Las ciudades pertenecían legalmente al príncipe Orchán y el dinero había de emplearse en mantenerle tanto tiempo como durase su honroso cautiverio en Constantinopla. Incluso a la comunidad monástica del monte Athos, que reconoció prudentemente la soberanía otomana, tras la conquista de Tesalónica por Murad, se le garantizó que no se perturbaría su autonomía [1].

Se evidenció que el nuevo sultán estaba bajo la influencia del antiguo ministro de Murad, Chalil, del que se sabía compartía la inclinación de su amo por la paz. Los diplomáticos bizantinos fomentaron cuidadosamente la amistad de Chalil. Era una satisfacción ver sus esfuerzos recompensados. Pero sagaces observadores podrían percatarse de que las demostraciones de paz de Mahomet no eran auténticas. Le convenía mantener la paz en todas sus fronteras mientras planeaba su gran campaña. El ascendiente de Chalil no era tan grande como se imaginaban los cristianos. Nunca fue perdonado del todo por Mahomet por la parte que tuvo en 1446. Su aliado, Isa Bajá, estaba fuera, en Anatolia. Saragos Bajá, ahora segundo vi-

sir, había mantenido relaciones frías con él durante varios años y era amigo íntimo de Shehab ed-Din, el eunuco, íntimo de Mahomet y defensor de la guerra [2].

Sin embargo, el mundo europeo ignoraba la política interna de la corte otomana. La Cristiandad occidental se complacía en escuchar lo que se decía desde Venecia y Budapest acerca de la amabilidad del sultán. Tras las humillaciones de Nicópolis y Varna ningún soberano occidental se inquietaba por tener que salir de nuevo a luchar contra los turcos. Era más agradable creer que no había necesidad de ello. En realidad, ninguno de ellos estaba en condiciones de emprender una acción; todos se divertían en casa. En Europa central, Federico III de Habsburgo estaba demasiado ocupado en preparar su coronación imperial en Roma, que tuvo lugar en 1452, y para ello había vendido la libertad de la Iglesia alemana catorce años antes. Había, además, reivindicado sus pretendidos derechos a los tronos de Bohemia y de Hungría y, por consiguiente, nunca había soñado en una cooperación con Juan Hunyade, regente en lugar de su rival, Ladislao V, todavía un muchacho. El rey Carlos VII de Francia bastante hacía con intentar rehacer su país tras la convulsión de la guerra de los Cien Años y tenía un vasallo poderoso y peligroso: su primo Felipe el Bueno, duque de Borgoña, cuyas tierras y riquezas eran con mucho mayores que las suyas. Felipe soñó con ser cruzado; sin embargo, aun cuando se hubiera arriesgado a ausentarse de su ducado, recordaba perfectamente la triste historia del cautiverio de su padre, Juan, hecho prisionero por los turcos en Nicópolis. Inglaterra, debilitada por los desastres de las guerras con Francia y gobernada por un santo rey medio imbécil, era improbable que derrochase soldados en aventuras de fuera. Tampoco se podía esperar ayuda im-

portante de monarcas tan lejanos como los reyes escandinavos o del rey de Escocia; y los reyes de Castilla y Portugal tenían que combatir al infiel enemigo en su propia casa. El único monarca que podía interesarse por el Oriente era Alfonso V de Aragón, quien había tomado posesión del trono de Nápoles en 1443. Manifestó su afán por dirigir una expedición a Oriente. Pero en cuanto reveló de modo abierto su ambición por hacerse emperador de Constantinopla, sus ofrecimientos de ayuda fueron sospechosos y difícilmente viables [3].

Incluso en la corte pontificia existía la creencia esperanzadora de que el nuevo sultán no merecía tenerse en cuenta, si bien los refugiados griegos en ella urgían para que se actuase antes de que el sultán adquiriese experiencia en el gobierno. Su portavoz era un italiano, Francesco Filelfo de Tolentino, casado con una hija del profesor griego Juan Crisóloras y cuya madrastra vivía en Constantinopla. El primero escribió un apasionado llamamiento al rey Carlos de Francia, habiendo sido elegido este por haber llevado Francia en el pasado la dirección de las cruzadas. Apremió al rey para que organizase al punto un ejército y lo lanzase hacia el Oriente. Los turcos no serían capaces de oponer ninguna resistencia —sostenía—. Pero el rey Carlos no dio respuesta [4]. El papa Nicolás V, sucesor de Eugenio IV en 1447, era un erudito y hombre pacífico, cuya más noble realización fue la fundación de la Biblioteca Vaticana. Su amistad con Besarión, cuya ciencia admiraba grandemente, le hizo simpatizar con la causa griega. Pero ignoraba a qué soberano secular había de dirigirse para prestar ayuda; tampoco se apresuraba a enviar socorros a una ciudad que seguía negándose a realizar la unión firmada por su emperador, en nombre suyo, en Florencia [5].

El emperador Constantino se daba cuenta de esta dificultad. En el verano de 1451 envió un embajador a Occidente, Andrónico Briennio Leontaris, quien se dirigió antes a Venecia para recabar la autorización para el emperador de reclutar arqueros en Creta para su ejército. Siguió luego a Roma con un mensaje de amistad de Constantino para el Papa y una carta también dirigida al Papa, escrita por una comisión de antiunionistas. Se llamaban *Synaxis,* pues la palabra *sínodo* no se podía usar legítimamente como una corporación que actuase sin el patriarca. El emperador les apremió para que enviasen su llamamiento, aparentemente por consejo de Lucas Notaras. La Synaxis propuso la celebración de un nuevo concilio, esta vez en Constantinopla, que sería propiamente ecuménico, con plena representación de los patriarcados orientales y una delegación romana en número reducido. Fue firmado por muchos antiunionistas, si bien Jorge Scholarios Gennadio se negó a suscribirlo, creyendo que de ello no resultaría beneficio alguno. Tenía razón. El Papa no estaba dispuesto a invalidar el concilio de Florencia ni a perdonar los agravios de los disidentes. Fue una especial desgracia que en este momento, probablemente mientras Briennio estaba todavía en Roma, el patriarca Gregorio Mammas llegase de Constantinopla como desterrado voluntario. Sus quejas no movieron a Nicolás V a ser conciliador. No se respondió a la Synaxis, pero el emperador fue informado de que, cuando se percataron en Roma de lo delicado de su situación, él había exagerado manifiestamente la dificultad de imponer la unión. Era preciso actuar enérgicamente. Tenían que llamar de nuevo al patriarca y restablecerle. Los griegos que se negaran a comprender el decreto de unión serían enviados a Roma para reformarlos. La decisiva sentencia pontificia rezaba

así: «Si vosotros con vuestros nobles y pueblo de Constantinopla aceptáis el decreto de unión, encontraréis a Nos y a nuestros venerables hermanos, los cardenales de la Santa Iglesia Romana, siempre dispuestos a defender vuestro honor e Imperio. Mas si vosotros y vuestro pueblo os negáis a recibir el decreto de unión, Nos obligaréis a tomar las medidas necesarias para vuestra salvación y honor nuestro» [6].

No era probable que semejante ultimátum facilitase la tarea al emperador. En cambio afianzó la posición de Gennadio frente a la oposición. Varios meses después llegó a Constantinopla un enviado de la Iglesia husita de Praga, un hombre llamado Constantino Platris y apodado el *Inglés*, tal vez por ser hijo de un lolardo huido de Inglaterra. Hizo una profesión de fe en medio del entusiasmo popular y se le mandó que regresase a Praga con una carta que atacaba enérgicamente las pretensiones pontificias, firmada por los más representativos miembros de la Synaxis, incluido Gennadio. Al mismo tiempo creció la angustia en la ciudad cuando se desvanecieron las ilusiones sobre la incompetencia de Mahomet [7].

El mismo emperador sería censurado por el empeoramiento de las relaciones entre el Imperio y los turcos. En el otoño de 1451 el emir karamaniano, Ibrahim Bey, creyendo —como los príncipes occidentales— en la incompetencia del nuevo sultán, organizó un levantamiento de común acuerdo entre los emiratos recién sometidos de Aydin y Germiyán y el emirato de Menteshe contra él. Los jóvenes príncipes de cada dinastía fueron enviados a reclamar sus tronos familiares, mientras el mismo Ibrahim invadía el territorio otomano. El jefe local otomano, Isa Bey, era perezoso e ineficaz, e Ishak, como gobernador de Anatolia, suplicó al sultán que viniese en per-

sona a aplastar la rebelión. Su rápida llegada a Asia surtió efecto. La resistencia se vino abajo. Ibrahim Bey envió al punto a pedir perdón en tanto que Ishak condujo un regimiento, que se apoderaría del territorio de Menteshe. Pero mientras el sultán continuaba su camino de vuelta a Europa, tuvo que enfrentarse a la agitación en sus regimientos de jenízaros, que exigían mejor paga. Mahomet admitió algunas de sus peticiones, pero destituyó a su jefe y destinó a los regimientos gran número de perreros y halconeros de la provincia del montero mayor, en cuya lealtad podía confiar [8].

Alentado, aparentemente, por las dificultades del sultán, Constantino le envió delegados para quejarse de que los pagos prometidos para el mantenimiento del príncipe Orchán no se habían efectuado e insinuar que no se debía olvidar que había un pretendiente otomano en la corte bizantina. Al llegar la embajada ante el sultán, probablemente en Brusa, Chalil Bajá estaba desconcertado y furioso. Conocía muy bien a su amo para percatarse de sus reacciones ante tal impertinencia. Se pondría en peligro toda su política de paz y su misma posición se hacía insostenible. Y ante los embajadores se salió de sus casillas. No obstante, Mahomet le contestó con una fría respuesta de que estudiaría el asunto a su vuelta a Andrinópolis [9]. No debía deplorar la demanda insolente e inútil; le ayudaría a justificarle en romper el juramento de no invadir el territorio bizantino. Quiso retornar a Europa por el habitual camino seguido por los turcos a través de los Dardanelos, pero se enteró de que una escuadra italiana cruzaba el estrecho de punta a cabo. Así que se trasladó al Bósforo y se embarcó con su ejército desde el castillo de Bayaceto en Anadolu Hisar. La tierra de la costa europea era oficialmente aún bizantina, pero Mahomet desdeñó

pedir autorización al emperador para desembarcar. En cambio, su mirada de lince observó qué práctico habría sido erigir una fortaleza en este paraje del estrecho enfrente de Anadolu Hisar.

Una vez de vuelta a Andrinópolis, Mahomet ordenó la expulsión de los griegos de las ciudades de la zona baja del Struma y la confiscación de todas sus rentas. Luego, en el invierno de 1451, dio órdenes en todos sus dominios de reunir un millar de hábiles albañiles y otra cantidad proporcionada de obreros inexpertos que habían de juntarse a principios de la próxima primavera en el lugar que había elegido, en lo más angosto del Bósforo, precisamente al otro lado del pueblo llamado Asomaton y ahora Bebek, donde había un promontorio que avanzaba hacia el estrecho. Ya había casi terminado el invierno antes de que los agrimensores examinasen el terreno y los peones comenzasen la demolición de las iglesias y monasterios contiguos, recogiendo de ellos bancadas que podrían servirle después [10].

Tales órdenes fueron motivo de consternación en Constantinopla. Estaba claro que este era el primer paso para el asedio de la ciudad. El emperador se apresuró a enviar una embajada al sultán para indicarle que estaba rescindiendo un tratado solemne y recordarle que el sultán Bayaceto había pedido al emperador Manuel permiso antes de edificar su castillo en Anadolu Hisar. Los embajadores fueron despedidos sin ser recibidos en audiencia. El sábado 15 de abril comenzaron las obras para construir la nueva fortaleza. Constantino replicó encarcelando a todos los turcos que se hallaban en Constantinopla, luego se dio cuenta de lo inútil de su acto y los soltó. En cambio mandó enviados cargados de presentes para pedir que, por lo menos, no sufriesen daños los pueblos griegos del

Bósforo. El sultán no hizo caso. En junio, Constantino hizo las últimas tentativas para lograr de Mahomet la seguridad de que la construcción del castillo no significaría que se siguiese un ataque contra Constantinopla. Sus embajadores fueron metidos en prisión y decapitados. Esto era, virtualmente, una declaración de guerra [11].

El castillo, conocido por los turcos como Boghazkesen, la cuchilla del estrecho o, de otra forma, la cuchilla en la garganta, y ahora llamado Rumili Hissar, quedó acabado el jueves 31 de agosto de 1452. Mahomet pasó los días anteriores en sus inmediaciones, luego se dirigió con su ejército hacia las murallas de Constantinopla. Aquí permaneció durante tres días examinando cuidadosamente las fortificaciones. Ya no había duda de sus intenciones. En el ínterin, hizo pública una proclama: todo barco que pasase de un lado a otro del Bósforo debía detenerse a la altura del castillo para ser inspeccionado. El que desobedeciese, sería echado a pique. Para que esta orden fuese efectiva, disponía de tres grandes cañones, los mayores que nunca se habían visto, emplazados en una de las torres, cerca del agua. No eran una vana amenaza. A principios de noviembre dos barcos venecianos que zarparon del mar Negro se negaron a detenerse. Los cañones los enfilaron, pero lograron escapar incólumes. Quince días más tarde un tercero intentó hacer lo mismo, pero fue hundido por una bala de cañón, y el capitán, Antonio Rizzo, y la tripulación hechos prisioneros y llevados a Didimótico, donde residía el sultán. Rizzo fue sentenciado a empalamiento y su cuerpo expuesto al borde del camino [12].

El destino de los marinos venecianos terminó con toda ilusión que el Occidente siguiese manteniendo sobre el carácter y la ambición del sultán. Venecia se consideró en

una difícil postura. Tenía su derecho de cuarta en Constantinopla y sus privilegios comerciales fueron confirmados por Constantino en 1450. Pero comerciaba con mucho provecho en los puertos otomanos y había venecianos que creían que la conquista de Constantinopla por los turcos traería una gran estabilidad y prosperidad para el comercio en Oriente. Por otra parte, una vez conquistada Constantinopla, el sultán pondría sus ojos de codicia, sin duda, en las vecinas colonias venecianas de Grecia y del Egeo. En un debate, en el Senado, a finales de agosto, sólo se computaron siete votos en favor de una moción que recomendaba abandonar Constantinopla a su suerte; setenta y cuatro senadores pensaron de otra manera. Mas ¿qué podía hacer Venecia? Tenía entre manos una guerra intrascendente pero costosa en Lombardía. Sus relaciones con el Papa no eran cordiales, en especial por no haberle pagado unas galeras alquiladas a la República en 1444. La cooperación con Génova era imposible. Al embajador veneciano en Nápoles se le comunicó que solicitase ayuda a Alfonso V, pero la respuesta del rey fue vaga. La flota veneciana estaba demasiado ocupada en proteger las colonias. Era muy costoso convertir los barcos mercantes en buques de guerra. Ahora la dignidad de la República exigía que se rompieran las relaciones con el sultán. Pero los jefes venecianos en Oriente daban órdenes equívocas. Iban a ayudar y proteger a los cristianos sin atacar ni provocar a los turcos. En este intervalo el emperador otorgó el permiso de reclutar soldados y marineros cretenses [13].

Génova se hallaba en idéntico apuro y reaccionó incluso más nerviosamente. También tenía agitaciones en Europa; necesitaba barcos para defender sus aguas jurisdiccionales tanto como sus colonias orientales. El go-

bierno publicó una o dos exhortaciones a los pueblos de la Cristiandad para que se enviase ayuda contra los turcos, mas Génova no estaba preparada para mandar ninguna. A los ciudadanos genoveses, individualmente, se les dio permiso para actuar como quisieran. Se temía, especialmente, por Pera y por las colonias del mar Negro. El podestá de Pera había recibido instrucciones para que hiciera cualquier componenda, que considerase mejor, con los turcos, en la esperanza de que, aun en el caso de que cayese Constantinopla, fuese perdonada la colonia. Otras instrucciones similares se habían dado a la Mahona, comité que gobernaba Quíos. En cualquier caso, no se había de provocar a los turcos [14].

A los ragusanos —lo mismo que los venecianos— acababa el emperador de confirmarles sus privilegios en Constantinopla, aunque también traficaban en los puertos otomanos. No iban a exponer cualquiera de sus flotillas contra las del sultán sino, tal vez, como parte de una gran coalición [15].

Por todo este descontento con los bizantinos, el papa Nicolás se sentía ofendido ante la evidencia de las intenciones del sultán. El Papa indujo a Federico III, al llegar a Roma para ser coronado emperador, en marzo de 1452, a que enviase un ultimátum en duros términos al sultán. Pero la respuesta de Federico fueron palabras vanas y ampulosas; todos sabían que Federico ni tenía poder ni deseos de cumplirlas. Alfonso estaba más comprometido: era el rey de Nápoles con intereses y reivindicaciones en Grecia, y los catalanes que comerciaban en Constantinopla eran súbditos suyos. Hizo muchas promesas y las cumplió hasta mandar una flotilla de diez barcos —cuyos gastos, en su mayor parte, pagó el Papa— a las aguas del Egeo, pero la mandó retirar, meses después, al aliarse con

los venecianos contra Francesco Sforza de Milán, excitado por las reacciones genovesas. El papa Nicolás V, secundado por Besarión, en vano buscó ayuda por doquier. Ni sus embajadores ni Constantino dieron respuesta a su llamamiento. En tal momento se sentía acuciado por hacer cuanto pudiese en favor del emperador, pues había recibido una carta de este, escrita inmediatamente después de que el sultán hubiese terminado de edificar Rumili Hissar, en cuya carta Constantino se comprometía a realizar la unión de las Iglesias [16].

Isidoro, el repudiado metropolita de Kiev y de todas las Rusias, recientemente creado cardenal de la Iglesia romana, fue nombrado legado pontificio ante el emperador en mayo de 1452. Salía ahora hacia Constantinopla. En su viaje se detuvo en Nápoles, donde reclutó por cuenta del Papa una fuerza de doscientos arqueros; y en Mitilene, donde se reunió con él el arzobispo, Leonardo de Quíos, genovés de origen. El cardenal llegó a Constantinopla el 26 de octubre. Su escolta militar, insignificante, fue una señal de que el Papa enviaría ayuda efectiva al pueblo que reconociese su autoridad. El gesto surtió efecto. No sólo fue acogido Isidoro con deferencia por el emperador y su corte, sino que hasta levantó entusiasmo entre el populacho. El emperador tenía prisa por ponerlo en práctica. Fueron nombrados comités representantes de los habitantes de la ciudad y nobles para que expresasen su adhesión a la unión. El comité del pueblo asintió, mientras que los adversarios de la unión se negaron a estudiarlo. El comité de nobles, en el que las discusiones eran más serias, hubiera preferido un compromiso por el que se recordase el nombre del Papa en la liturgia y que se aplazase la actual promulgación de la unión, pero el emperador, presionado por Isidoro, prevaleció sobre

ellos. Es casi seguro que Lucas Notaras fue quien dirigió las negociaciones, obrando con mucho tacto, pero no le dieron las gracias por ello. A Gennadio y a los intransigentes adversarios de la unión les pareció que había abandonado la causa, mientras Isidoro y los latinos dudaban de su sinceridad. Tenían tanta razón incluso, que les pareció que defendía la práctica de la economía, doctrina a la que los teólogos ortodoxos eran tan aficionados, que permite disimular las divergencias para bien superior de la comunidad cristiana, y también que habían insinuado que trataría de nuevo todo el problema cuando terminase la crisis. Gennadio sentía amarga pena. Antes de llegar Isidoro, había dirigido una vehemente arenga al pueblo, pidiéndole que no abandonara la fe de sus padres con la esperanza de ayuda material, que sería de poco valor. Pero la vista de los soldados del cardenal les hizo vacilar. Gennadio, sin embargo, se retiró a su celda en el monasterio del Pantocrátor, luego de haber fijado en la puerta de dicho monasterio un virulento *manifiesto** en el que amonestaba al pueblo una vez más sobre la locura criminal de abandonar la verdadera religión. Lucas Notaras le escribió para decirle que su oposición era inútil; pero otra vez comenzó a dejarse sentir su influencia. Hubo alborotos contra los latinos en las calles y, al no llegar de Occidente más tropas, los enemigos de la unión recuperaron su fuerza.

El cardenal Isidoro, también griego, actuó con paciencia y tacto, tanto que Frantzés, confidente del emperador, sugirió que tal vez fuese prudente nombrarle patriarca en lugar de Gregorio Mammas. Pero Constantino sabía que

---

* En español en el texto. *(N. del T.)*

Isidoro no consentiría nunca en ello. El arzobispo Leonardo, sin embargo, con desdén muy latino hacia los griegos, quedó insatisfecho. Pidió al emperador que arrestase a los jefes de la oposición y nombrase jueces que los condenaran. Fue una sugerencia insensata, pues únicamente haría mártires. Constantino se contentó con emplazar a los miembros de la Synaxis para que se entrevistaran con él en palacio el 15 de noviembre y expusiesen sus objeciones. A su requerimiento redactaron y firmaron un documento en el que exponían los motivos de su negativa a aceptar la unión de Florencia. Reiteraron su desaprobación teológica de la fórmula sobre el Espíritu Santo, pero aceptarían —afirmaban— otro concilio que se celebrase en Constantinopla y al que asistirían representantes cualificados de todas las iglesias orientales. El único obstáculo era la mala voluntad de los latinos. Recibirían con gozo —agregaron— la vuelta del patriarca Gregorio si les garantizase que compartiría su fe. No se sabe si Gennadio estuvo presente en la entrevista con el emperador. Desde luego, no estuvo presente entre los quince firmantes del documento que incluía a cinco obispos, tres altos dignatarios del patriarcado y siete abades y monjes. Su actitud no era ilógica, si la unión no había de provocar un cisma entre la Iglesia de Constantinopla y todas las otras Iglesias ortodoxas. Mas para los políticos la unidad con Occidente, que acarrearía tal vez ayuda material, prevaleció sobre la unidad con las Iglesias orientales, que no podían facilitar apoyo.

Algunos días después ocurrió el hundimiento de los barcos mercantes venecianos por los cañones de Rumeli Hissar. Una nueva ola de pánico invadió la ciudad; la necesidad de la ayuda occidental era, a lo que se ve, más urgente que nunca. El partido unionista prevaleció sobre los

defensores de la ortodoxia. Gennadio, temiendo —como él mismo admitió— que el deseo de ayuda se extendiese como fuego en el bosque, dio a conocer un panfleto para poner de relieve que la ayuda occidental implicaría la unión. Reiteró en él que, personalmente, no permitiría que su fe se mancillase con la esperanza de ayuda, de cuya eficacia dudaba mucho. Sus palabras se leyeron y registraron.

El 12 de diciembre de 1452 se celebró una liturgia solemne en la gran catedral de Santa Sofía, en presencia del emperador y de la corte. El Papa y el patriarca ausente fueron recordados en las oraciones y se leyeron en alta voz los decretos de la Unión de Florencia. El cardenal Isidoro, ansioso de demostrar que sus compatriotas griegos habían sido ganados del todo, informó que la iglesia estaba abarrotada; únicamente Gennadio y otros ocho monjes estaban ausentes. Pero otros miembros de su partido presentaron un cuadro diferente: no había entusiasmo entre los griegos, y en adelante sólo algunos entrarían en la catedral, donde únicamente a los sacerdotes que habían aceptado la unión se les permitiría realizar las funciones sagradas. Al arzobispo Leonardo incluso el emperador parecía demostrar frialdad y poco entusiasmo en sus esfuerzos por reforzar la unión, en tanto que Lucas Notaras era —según pensaba— su enemigo declarado. Si Notaras hizo en realidad esa observación suya tan frecuentemente citada de que prefería el turbante del sultán al capelo del cardenal, se debía, sin duda, a la irritación provocada por la intransigencia de los latinos como Leonardo, que no querían entender sus esfuerzos por la reconciliación.

Una vez proclamada la unión, ya no hubo oposición abierta. Gennadio guardó silencio en su celda. La masa del pueblo aceptó el hecho consumado con hosca pasivi-

dad, pero únicamente asistían al culto en las iglesias cuyos sacerdotes no se habían contaminado. Incluso muchos de sus defensores confiaron en que, en caso de que la ciudad fuese perdonada, el decreto se rectificaría. Si a la unión hubiese seguido inmediatamente la presencia de barcos y soldados de Occidente, tal vez estas ventajas prácticas hubieran recabado la aprobación general. Los griegos con su doctrina de la economía en sus mentes podían haber caído en la cuenta de que, si abandonaban su fidelidad religiosa, quedarían bien recompensados en la salvación del Imperio cristiano. Mas, por lo que se veía, pagaron el precio exigido por la ayuda occidental y quedaron defraudados [17].

NOTAS

[1] Ducas, *op. cit.*, XXXIII, págs. 375-376; Thirier, *Regestes des délibérations du Sénat de Venise concernant la Romanie*, III, núm. 2.862, páginas 167-168; Bebinger, *Mehmed der Eroberer*, págs. 69-70; Hasluck, *Athos and its Monasteries*, pág. 50.

[2] Véase Inalcik, *Faith Devri üzerinde Tetikler ve Vesikalar*, págs. 110-111.

[3] Para un breve compendio de la situación internacional, véase Gill, *op. cit.*, págs. 382-383.

[4] La carta de Filelfo se halla en Jorga, *Notes et extraits pour servir à l'Histoire des Croisades*, IV.

[5] Gill, *op. cit.*, pág. 187.

[6] Gill, *op. cit.*, págs. 377-380, con referencias.

[7] Paulova nos da un relato admirable, pormenorizado y lleno de referencias de la misión de Platris en «L'Empire Byzantin et les tcheques avant la chute de Constantinople», en *Byzantinoslavica*, XIV, págs. 158-225, especialmente 203-224. El único escritor occidental contemporáneo

que registra el episodio es Ubertino Pusculus de Brescia, que vivía en Constantinopla por ese tiempo; Pusculus, *Constantinopoleos,* en Ellissen, *Analekten der mittel-und neugriechischen Literatur,* págs. 36-37.

[8] Ducas, *op. cit.,* XXXIV, págs. 291-293; Chalcocondilas, *op. cit.,* páginas 376-379.

[9] Ducas, *op. cit.,* XXXIV, págs. 293-295.

[10] Ducas, *op. cit.,* XXXIV, págs. 295-297; Chalcocondilas, *op. cit.,* págs. 380-381; Critóbulo (Kritovoulos), *History of Mehmed the Conqueror,* trad. inglesa de Briggs: págs. 15-20.

[11] Ducas: *op. cit.,* XXXIV, págs. 301-303; Chalcocondilas, *op. cit.,* págs. 380-381; Critóbulo, *op. cit.,* págs. 20-22; Frantzés, *op. cit.,* págs. 233-234. Véase Inalcik, *op. cit.,* págs. 121-122.

[12] Ducas, *op. cit.,* XXXV, pág. 309; Nicolo Barbaro, *Giornale dell'assedio di Constantinopoli,* ed. Cornet, págs. 1-5.

[13] Thiriet, *Regestes,* III, núms. 2.281, 2.896, 2.897, págs. 173, 177-178; Heyd, *Histoire du comerce du Levant,* II, págs. 302-305; Thiriet, *La Romanie Vénitienne au Moyen Âge,* págs. 380-381.

[14] Documentos citados en Jorga, *Notes et extraits,* II, págs. 271-273; Heyd, *op. cit.,* II, págs. 285-286; Argenti, *Occupation of Chios by the Geoese,* I, págs. 201-202.

[15] Krekic, *Dubrovnik (Raguse) et le Levant,* págs. 59-62.

[16] Gill, *op. cit.,* págs. 378-379; Marinescu, «Le Pape Nicolas V et son attitude envers l'Empire Byzantin», en *Bulletin de l'Institut Archéologique Bulgare,* X, págs. 333-334, y «Notes sur quelques ambassadeurs byzantins en Occident à la veille de la chute de Constantinople», en *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves,* X, págs. 419-428; Chillant, «Les appels de Constantin XI Paléologue à Rome et à Venise pour sauver Constantinople», en *Byzantinoslavia,* XIV, págs. 226-244.

[17] Gill, *op. cit.,* págs. 382-387, con referencias completas. Véase también Paulova, *op. cit.,* págs. 192-203, para penetrar más profundamente en la psicología de Gennadio. Creo que Gill simplifica la cuestión suponiendo que todos en Constantinopla se percataban de que la ayuda de Occidente no llegaría a menos de realizar la unión de las Iglesias. El procedimiento de Gennadio de moderar el regocijo del populacho a la vista de los soldados occidentales, lo cual le alarmó por cierto, les hizo ver a las claras que la ayuda occidental implicaba la unión y que no podía zanjarse la cuestión con buena voluntad y economía —como al parecer creyó Notaras—. Gill subraya acertadamente la influencia moderada de Notaras, a quien Ducas trató con la mayor injusticia (cuya información provenía principalmente de fuentes genovesas, *vide infra,* nota 1 del Apéndice 1), y los escritores occidentales, especialmente Leonardo de Quíos y Pusculus (el cual llama a Notaras aborrecedor de las bellas artes y nieto de pescaderos; extraños insultos

contra un hombre de alta alcurnia, el cual, si bien personalmente austero, vivía en un hermoso palacio a la vista de todos). Las principales fuentes originales para las negociaciones son: *Oeuvres complètes de Gennade Scholarios*, III, págs. 165-193; Ducas, XXXVI, págs. 315-319; Frantzés, pág. 325; Leonardo de Quíos, *Historia Constantinopolitanae Urbis captae*, en M. P. G., CLIX, col. 929-930; Isidoro de Rusia, Carta al Papa; Jorga, *Notes et extraits*, II, págs. 522-524; Pusculus, *op. cit.*, págs. 21, 23.

Capítulo V

PREPARATIVOS DEL ASEDIO

A lo largo de los últimos meses de 1452 el sultán estuvo rumiando sus planes. Ninguno de sus ministros supo siquiera lo que pretendía exactamente. ¿Estaba satisfecho ahora de que su fortaleza de Rumeli Hissar pusiese en sus manos el control del Bósforo y le diese la posibilidad de poner sitio a Constantinopla hasta el punto de que a su debido tiempo habría de rendirse? Había trazado los planes para construir un nuevo y espléndido palacio en Andrinópolis, en una isla del río Maritsa. ¿Significaba esto que por el momento no pensaba trasladar el gobierno a la antigua capital imperial? Así lo esperaba su visir Chalil. A este, ya recibiese o no continuamente presentes de los griegos —como se sospechaba generalmente—, le disgustaba la idea de una campaña contra Constantinopla. Un asedio costaría mucho y, en caso de fracasar, la humillación del prestigio otomano sería desastrosa. Además, Constantinopla en la actual situación era políticamente poderosa y beneficiosa desde el punto de vista comercial. Chalil tenía quienes le apoyasen entre los otros antiguos ministros de Murad. Pero existía un fuerte partido que le era contrario, dirigido por soldados como Saragos y Tura-

han Bajá con el eunuco Shehab ed-Din tras ellos. Y eran precisamente los que tenían vara alta con el sultán [1].

El mismo Mahomet pasó muchas noches en vela ese invierno para meditar sobre dicha campaña. Se decía que se le veía a media noche correteando por las calles de Andrinópolis disfrazado de soldado raso y todo el que le reconociese o saludase era ejecutado en el acto. Una noche, en la segunda guardia, ordenó de pronto a Chalil que compareciese ante él. El anciano visir llegó temblando, temiendo oír de boca del sultán su dimisión. Para aplacar a su amo trajo consigo una bandeja que llenó apresuradamente de monedas de oro: «¿Qué es esto, maestro?», preguntó el sultán. Chalil musitó que era costumbre entre los ministros llamados repentinamente a su presencia traer consigo regalos. Mahomet apartó a un lado la bandeja. No acostumbraba a tales regalos. «Sólo quiero una cosa —exclamó—; entrégame Constantinopla.» Entonces le reveló lo que su mente acababa de excogitar. Atacaría la ciudad lo más pronto posible. Chalil, nervioso y desesperado, prometió su apoyo leal [2].

Algunos días más tarde, hacia finales de enero, el sultán reunió a todos sus ministros y les dirigió un largo discurso en el que evocó las hazañas de sus antepasados. Pero declaró que el Imperio turco nunca estaría seguro hasta que poseyese Constantinopla. Los bizantinos podían ser débiles, pero, pese a todo, habían demostrado lo bien que podían maquinar con los enemigos de los turcos y, en su debilidad, podían poner la ciudad en manos de aliados que no serían tan ineficaces. Constantinopla no era inexpugnable. Los primeros asedios fracasaron debido a causas ajenas. Pero ahora había llegado el momento. La ciudad estaba dilacerada por disensiones religiosas. Los italianos no eran de fiar como aliados, y

muchos de ellos eran traidores. Además, los turcos, en última instancia, mandaban en los mares. En cuanto a él —decía— si no podía gobernar un imperio que incluyese Constantinopla, muy pronto no gobernaría ninguno en absoluto.

La audiencia fue agitada. Incluso los miembros del Consejo que desaprobaban sus planes no se atrevieron a manifestar sus dudas. Unánimemente los ministros del sultán siguieron sus directrices y votaron a favor de la guerra [3].

Una vez aprobada la guerra, el sultán ordenó al gobernador militar de las provincias europeas, Dayi Karadya Bey, que reuniese un ejército y atacase las ciudades bizantinas y poblaciones de la costa de Tracia. Las ciudades de la costa del mar Negro, Mesembria, Anquialo y Bizo se rindieron al punto y así evitaron el saqueo. Pero otras pocas, en las márgenes del Mármara, tales como Selimbria y Perinthon, intentaron resistir. Fueron tomadas al asalto, saqueadas y demolidas sus fortificaciones [4]. Ya anteriormente, en octubre, Turahan Bey y sus hijos se habían apostado en el istmo de Corinto para hacer incursiones por el Peloponeso y así distraer a los hermanos del emperador, quienes nunca podrían enviarle socorros [5].

En su discurso al Consejo el sultán había puesto de relieve que ahora tenía el dominio de los mares. Los primeros intentos contra la ciudad se habían efectuado solamente desde tierra. Los bizantinos siempre habían podido recibir refuerzos por mar y no hacía mucho incluso los turcos se vieron obligados a alquilar barcos cristianos para transportar sus ejércitos entre Europa y Asia. Mahomet estaba decidido a cambiar esta situación. Durante todo el mes de marzo de 1453 comenzaron a concentrarse navíos de todo tipo cerca de Gallípoli. Había viejos na-

víos, muchos de ellos reparados y recalafateados, pero otros muchos eran nuevos, construidos apresuradamente durante los últimos meses en los astilleros de las ciudades de la costa del mar Egeo. Había trirremes en los que, al contrario de los antiguos, los bancos estaban todos al mismo nivel. Cada fila, situada en un ángulo ligeramente oblicuo al costado del buque, contenía tres remeros, con un corto remo en su tolete, si bien los tres salían por una porta o escalamera. El bote era lento en el agua, pero se usaban velas cuando el viento era favorable. Había igualmente birremes, ligeramente más pequeños, con un solo mástil, en el que los remeros se sentaban por parejas, unos frente a otros. Había fustas o botes largos, más rápidos que los birremes y más ligeros, con sendos remeros por cada lado frente al mástil y lo mismo a popa. Se veían asimismo galeras, término que se solía emplear vagamente para significar un gran navío, ya trirreme, birreme o velero sin remos, pero que técnicamente significaba un gran buque, más alto fuera del agua, con una sola fila de largos remos. Igualmente había *parandarias,* pesadas barcazas de vela usadas como transportes [6].

La capacidad de la *armada* * del sultán se interpreta de modo diverso. Las cifras que facilitan los historiadores bizantinos son muy exageradas, mas, según el testimonio de los marinos italianos presentes en Constantinopla, comprendía, al parecer, seis trirremes y diez birremes, alrededor de quince galeras con remos, unas setenta y cinco *fustas* y veinte *parandarias,* juntamente con muchas chalupas y cúteres, usados principalmente para llevar avisos. Al gobernador de Gallípoli, un renegado

---

* En español en el texto. *(N. del T.)*

oriundo de Bulgaria, Solimán Balta Oghe, se le puso al frente de ella. Algunos de los remeros y marineros eran prisioneros o esclavos, pero muchos de ellos eran voluntarios con el reclamo de generosas soldadas. El sultán personalmente puso empeño en nombrar a los oficiales, considerando a su flota incluso de mayor trascendencia que su ejército [7].

Hacia fines de marzo dicha armada enfiló rumbo a los Dardanelos, hacia el mar de Mármara, ante la consternación de cristianos, griegos e italianos a la vez. No se habían percatado hasta ese momento de la fuerza de la potencia naval del sultán [8].

Mientras la flota atravesaba el mar de Mármara, el ejército turco se reunía en Tracia. Lo mismo que de la marina, el sultán se ocupó personalmente de pertrecharla. Durante el invierno, armadores de todos sus dominios pusieron manos a la obra fabricando escudos, yelmos, petos, jabalinas, espadas y flechas, en tanto que ingenieros construían ballestas y arietes. La movilización fue rápida y completa. Se reunieron regimientos de todas las provincias, así como todos los soldados licenciados en sus feudos militares. Tropas no regulares fueron alistadas a millares. Solamente se dejaron en retaguardia las guarniciones indispensables para defender las fronteras o vigilar las provincias, al igual que las fuerzas que Turahan mantenía en Grecia. El conjunto del ejército inspiraba terror. Los griegos declararon que de tres a cuatrocientos mil hombres se habían concentrado en el campamento del sultán; e incluso, los más moderados de entre los venecianos hablaron de unos quinientos mil. Lo más verosímil, a juzgar por las fuentes turcas, es que las tropas regulares alcanzasen la cifra de unos ochenta mil, excluidas las no regulares, los bashi-bazuks que las en-

grosarían en otras veinte mil y los vivanderos no combatientes, de los que habría unos miles. Los regimientos de jenízaros eran los que más orgullosos estaban de su destino. Desde que fueron reorganizados por el sultán Murad II, ya hacía veinte años, eran veinte mil, de los cuales unos pocos eran técnicos o funcionarios administrativos, perreros y halconeros agregados por el mismo Mahomet. Todos los jenízaros eran, por ese tiempo, de origen cristiano, pero fueron educados desde la niñez para devotos musulmanes, considerando a su regimiento como a su familia y al sultán como a su caudillo y padre. Algunos jenízaros podían recordar a sus familias y darles alguna muestra esporádica de afecto, pero su fanatismo por la fe islámica era indiscutible y magnífica su disciplina. Mahomet no les había dado todo su beneplácito en el pasado, pero acogieron con impaciencia una campaña contra el infiel [9].

El ejército era impresionante en sí mismo. Todavía más alarmantes eran las nuevas máquinas con garfios con que iba equipado. La decisión de Mahomet de efectuar el ataque a Constantinopla en la primavera de 1453 se debía, en gran parte, a los recientes triunfos del hundimiento de los barcos por su artillería. El cañón se había usado en Europa occidental durante más de cien años, desde que un fraile alemán, llamado Schwartz, construyera un cañón cuyos proyectiles se disparaban con pólvora. Pronto se percataron del valor del cañón en una guerra de asedio, aunque las experiencias de los alemanes en el sitio de Cividale, en Italia del norte, en 1321, y de Inglaterra en Calais, en 1347, no fueron muy halagüeñas. Los cañones no eran lo suficientemente fuertes como para abrir brecha en un sólido muro. En los cien años siguientes la nueva arma se usó, principalmente, para dispersar a las tropas enemi-

gas en los campos o para demoler ligeras barricadas. Los venecianos intentaron emplear el cañón en la guerra naval contra los genoveses en 1377 [10], pero los navíos de la época no podían soportar el peso de máquinas apropiadamente grandes y las balas de cañón disparadas desde los barcos raras veces eran lo suficientemente potentes como para echar a pique un buque, si bien podían dañarlo gravemente. El sultán Mahomet, cuyo interés por las ciencias despertó su médico, Jacobo de Gaeta, judío italiano, se percató de la importancia de la artillería. En los primeros años de su reinado mandó que en sus fundiciones se hicieran experiencias en la producción de grandes cañones [11].

En el verano de 1452, un ingeniero húngaro llamado Orbón llegó a Constantinopla y ofreció sus servicios al emperador como fabricante de cañones. No obstante, Constantino no pudo pagarle los honorarios que a su juicio consideraba justos ni tampoco podía proporcionarle las materias primas que necesitaba. Por esto, Orbón abandonó Constantinopla y acudió al sultán. Inmediatamente fue llevado a su presencia y se trató de sonsacarle. Al declarar que deseaba construir un cañón que volaría las murallas de la misma Babilonia, se le dieron unos honorarios cuatro veces mayores de los que habría deseado recibir y se le facilitó toda la ayuda técnica que necesitaba. En tres meses construyó el gran cañón que el sultán colocó en las murallas de su castillo en Rumeli Hissar y hundió el barco veneciano que había intentado romper el bloqueo. Mahomet le ordenó, pues, que construyese un cañón dos veces mayor que el primero. Fue fundido en Andrinópolis y terminado en enero. Se calculaba la longitud de dicho cañón en cuarenta palmos, es decir, veintiséis pies y ocho pulgadas. El grosor del bronce era de un palmo, a saber,

ocho pulgadas, y su circunferencia de cuatro palmos por la parte más ancha del cañón, por donde se encajaba la pólvora, y doce palmos por la mitad de la parte delantera por donde se introducían las balas. Se decía que estas pesaban doce quintales. Una vez lista una compañía de cien hombres, a los que se encomendó la tarea, se colocó el cañón sobre una carreta tirada por quince pares de bueyes. Lo arrastraron con cierta dificultad hasta las cercanías del palacio de Mahomet, donde se probaron diversas clases de pólvora. Se advirtió a los ciudadanos de Andrinópolis que escucharían un ruido infernal, pero que no debían tener pánico. En realidad, cuando se encendió la mecha y se disparó la primera bala, el estampido fue oído en cien estadios a la redonda; la bala fue lanzada por el aire hasta una milla, y luego abrió un boquete en el suelo de seis pies de profundidad. Mahomet estaba contento. Envió a doscientos hombres a nivelar el camino que conducía a Constantinopla y a reforzar los puentes, y en marzo emprendió la marcha el cañón tirado por sesenta bueyes, con doscientos hombres que caminaban a su lado para mantener en posición el afuste. Mientras tanto, las fundiciones bajo la dirección de Orbón fabricaron otro cañón sin ser tan grande ni tan famoso como el primer monstruo [12].

Durante el mes de marzo, el gran ejército del sultán se trasladó en destacamentos por Tracia al Bósforo. No era fácil subvenir a todas las necesidades de hueste tan formidable, pero todo se había previsto cuidadosamente. La disciplina era buena y muy alta la moral de las tropas. Todo musulmán creía que el Profeta en persona concedería un puesto en el paraíso al primer soldado que consiguiera entrar en la antigua capital cristiana. «Conquistarán *Qostantiniya* (Constantinopla)», afirmaba la tradición.

«¡Gloria al príncipe y al ejército que lo lleven a cabo!» Otra tradición, acomodada a las circunstancias por los predicadores, presentaba al Profeta que decía a sus discípulos: «¿Habéis oído hablar de una ciudad que tiene una parte de tierra y otras dos de mar? No sonará todavía la hora del Juicio hasta que setenta mil hijos de Isaac la conquisten». Del entusiasmo del sultán no se podía dudar. Se oyó repetidas veces que había manifestado su determinación de ser el príncipe que llevaría a cabo este supremo triunfo para el Islam [13]. Abandonó Andrinópolis el 23 de marzo. El 5 de abril llegó con los últimos destacamentos del ejército frente a las murallas de Constantinopla [14].

Dentro de la ciudad, el ambiente era distinto: la vista de la gran flota turca en su travesía por el mar de Mármara y los grandes cañones precedidos por el monstruo de Urbano, que avanzaban pesadamente hacia las murallas de tierra, hizo comprender a los habitantes de la ciudad lo que les esperaba. Hubo uno o dos temblores de tierra y algunas lluvias torrenciales, todo ello interpretado como siniestros presagios, mientras que mujeres y hombres evocaban todas las profecías que predecían el final del Imperio y la venida del Anticristo [15]. Sin embargo, pese a todos los sentimientos de desesperación, no faltaba valor. Incluso los que pensaban que tal vez, en fin de cuentas, sería menos peligroso para los griegos quedar absorbidos dentro del Imperio turco que seguir con la presente situación de división, pobreza e impotencia, se asociaron intrépidamente a los preparativos de la defensa. Durante los meses de invierno, con el emperador que los alentaba, había que ver a hombres y también a mujeres cómo reconstruían las murallas y limpiaban los fosos. Se recogieron todas las armas que había en la

ciudad para distribuirlas allí donde fueran más necesarias. Se constituyó un fondo, al que contribuyeron todos, no sólo el Estado, sino las iglesias, monasterios y personas particulares, destinado a gastos extraordinarios. La ciudad contaba todavía con ingentes riquezas y algunos italianos eran del parecer que ciertos griegos podían haber facilitado más. Pero de hecho no había tanto dinero como se necesitaba para las fuerzas de combate, armamentos y comida, y ahora no se los podía comprar con dinero [16].

El emperador hizo lo que pudo. Se enviaron embajadores a Italia en el otoño de 1452 a pedir ayuda urgente. La respuesta fue mezquina [17]. Se mandó otra embajada a Venecia, pero el Senado replicó el 16 de noviembre que estaban profundamente consternados por las noticias de Oriente, y si el Papa y otras potencias tomasen alguna medida, ellos cooperarían con gusto. Los venecianos no se habían enterado aún del fatal destino de la galera de Rizzo la semana anterior, pero ni siquiera esas noticias, ni los mensajes urgentes enviados desde la colonia veneciana en Constantinopla, los movieron a tomar medidas decisivas [18]. Un enviado a Génova, el mismo mes, recibió la promesa de un barco, y el Gobierno se ofreció a pedir más ayuda al rey de Francia y a la república de Florencia. Las promesas del rey Alfonso de Aragón fueron incluso más vagas, aunque dio permiso al embajador bizantino para que recogiese trigo y otros víveres en Sicilia para transportarlos a Constantinopla. Estaba muy atareado en esto cuando comenzó el asedio y ya no pudo ver más su país natal. El papa Nicolás estaba impaciente por ayudar, pero no quería ir demasiado lejos hasta estar seguro de llevar a cabo efectivamente la unión de las Iglesias, y poco podía hacer sin los venecianos. Por otra

parte, una revuelta en Roma, en enero de 1453, había distraído su atención. Hasta que la ciudad no estuviese pacificada, no podía prever ninguna acción en el extranjero [19].

Las cartas cruzadas entre Roma y Venecia producen una penosa impresión. Los venecianos no olvidarían que el papado aún les debía dinero por el alquiler de las galeras en 1444, y el Papa no confiaba en la buena voluntad de los venecianos. Sólo el 19 de febrero de 1453 fue cuando el Senado veneciano, al recibir las últimas noticias del Oriente, votó el urgente envío a Constantinopla de dos transportes con cuatrocientos hombres a bordo y la orden de que los siguiesen quince galeras reequipadas cuando estuvieran listas. Cinco días más tarde, el Senado publicó un decreto que imponía especiales contribuciones a los comerciantes dedicados al comercio con Oriente para sufragar los gastos de esta *flotilla**. El mismo día se enviaron cartas al Papa, al emperador de Occidente y a los reyes de Hungría y de Aragón, en las que les decían que, de no facilitar urgente ayuda, Constantinopla estaría perdida. Con todo, el 2 de marzo aún discutía el Senado la organización de dicha flotilla. Se decidió ponerla al mando de Alvino Longo, aunque bajo la suprema autoridad del capitán general de la Marina, Giacomo Loredan. Al cabo de una semana, el Senado publicó otra disposición que urgía actuar con la mayor rapidez. Mas pasaron los días y nada se hizo. En los primeros días de abril se recibieron, por fin, cartas de Roma, en las que se daba cuenta de los propósitos del Papa de enviar cinco galeras a Oriente. Una respuesta de Vene-

---

* En español en el texto. *(N. del T.)*

cia, fechada el 10 de abril, felicitaba a los cardenales por tal decisión, si bien les recordaba la falta de pago del Papa. Añadía que —según los últimos informes desde Constantinopla— lo que necesitaba ahora urgentemente eran víveres más que hombres, y recordaba a Roma, aunque tardíamente, que los barcos habrían de llegar a los Dardanelos antes del 31 de marzo, ya que en adelante el viento reinante del Norte haría más difícil la travesía de los estrechos. Por fin se decidió la salida de la flotilla para el 17 de abril, aunque siguieron las demoras y aplazamientos. Cuando por fin los navíos zarparon de Venecia, ya hacía una quincena que Constantinopla estaba asediada [20].

El papa Nicolás estaba realmente extrañado de estas dilaciones. Había comprado a sus expensas un cargamento de armas y víveres. Lo expidió hacia Constantinopla en tres barcos genoveses que zarparon a fines de marzo, aproximadamente [21].

Ningún otro gobierno hizo caso de los llamamientos del emperador de Constantinopla. Con la esperanza de atraer a los mercaderes genoveses para que llevaran alimentos a la ciudad, anunció que los artículos importados estarían exentos de derechos de entrada. Pero se respondió con el silencio. Las autoridades genovesas persistieron en su política de neutralidad equívoca. Confiaban en que el gran soldado cristiano Juan Hunyade, regente de Hungría, aprovecharía el momento en que los turcos habían casi desguarnecido de tropas la frontera del Danubio. Sin embargo, los húngaros habían quedado diezmados por los desastres al final del reinado de Murad, y el mismo Hunyade se hallaba en una difícil posición, ya que su pupilo, el rey Ladislao V, había cumplido la mayoría de edad el 14 de febrero y se resentía de la tutela. Ninguno de los príncipes ortodoxos podían prestar auxi-

lio [22]. El gran príncipe de Rusia estaba demasiado lejos y había perturbaciones en su país; los llamamientos que se le hicieron fueron inútiles [23]. Además, Rusia estaba muy ofendida por la proclamación de la unión de las Iglesias. Los príncipes de Moldavia, Pedro III y Alejandro II, estaban enzarzados en mutuas guerras. El príncipe de Valaquia, Vladislao II, era vasallo del sultán y, desde luego, no se enfrentaría a él sin ayuda de Hungría [24]. Jorge, déspota de Serbia, incluso más dudoso vasallo, llegó hasta mandar un destacamento de soldados para que se incorporasen al ejército de Mahomet. Lucharon bravamente por su soberano a pesar de su simpatía hacia sus correligionarios de Constantinopla [25]. En Albania, Scanderberg seguía siendo una espina en el bando del sultán, pero estaba en malas relaciones con los venecianos, y los turcos habían atizado a jefes rivales contra él. Los señores del Egeo y los caballeros de San Juan de Rodas no estaban en condiciones de intervenir sino como miembros de una gran coalición. A los déspotas de Morea los tenían en jaque las fuerzas de Turahan Bey. El rey de Georgia y el emperador de Trebisonda se las veían y deseaban para defender sus propias fronteras. Los emires de Anatolia, por muy agraviados que estuviesen por el sultán, acababan de probar su poder como para no enfrentarse tan pronto contra él [26].

Sin embargo, aunque fallaron los gobiernos, hubo hombres que estaban dispuestos a luchar por la Cristiandad en Constantinopla. La colonia veneciana en Constantinopla ofreció un incondicional apoyo al emperador. En una reunión a la que asistió Constantino, su Consejo y el cardenal Isidoro, el bailío veneciano, Girolamo Minotto, se comprometió a participar plenamente en la defensa y a

vigilar para que ningún navío veneciano saliese del puerto sin permiso. Asimismo garantizó que una flotilla sería enviada de Venecia y escribió allí para pedir la urgente ayuda inmediata. Dos capitanes mercantes venecianos, Gabriel Trevisano y Alviso Diedo, cuyos barcos estaban anclados en el Cuerno de Oro, a su regreso de un viaje por el mar Negro, prometieron que se quedarían para incorporarse a la batalla. En total, seis bajeles venecianos y tres de la colonia veneciana de Creta estaban retenidos en el puerto con el consentimiento de sus capitanes y fueron transformados en buques de guerra «para honra de Dios y honor de toda la Cristiandad», como afirmó Trevisano con orgullo al emperador. Entre los venecianos que se comprometieron a defender la gran ciudad que sus antepasados habían saqueado dos siglos y medio antes, había muchos que llevaban los más eminentes apellidos de la república: Cornaro, Mocenigo, Contarini y Vernier. Todos habían de ser evocados entre los muertos por la patria, como su compatriota el médico de la armada Nicolo Barbaro, cuyo diario, sin adornos, presenta probablemente el más sincero relato del asedio [27].

Estos venecianos ofrecieron sus servicios por encontrarse en Constantinopla al iniciarse la guerra y cuando no era demasiado honroso y altivo evadirse. Pero hubo genoveses que estaban avergonzados de la timidez de su gobierno y vinieron por su propia voluntad de Italia a luchar por la Cristiandad. Entre ellos estaban Maurizio Cattaneo, los dos hermanos Jerónimo y Leonardo di Langasco y los tres hermanos Bocchiardi —Paolo, Antonio y Troilo—, que equiparon y trajeron a sus propias expensas una pequeña compañía de soldados. El 29 de enero de 1453 la ciudad se regocijaba con las noticias de la llegada de un famoso soldado genovés: Giovanni Giustiniani Longo, jo-

ven perteneciente a una de las más grandes familias de la república y pariente de la poderosa familia de los Doria. Trajo consigo setecientos soldados bien armados, cuatrocientos que había reclutado en Génova y trescientos alistados en Quíos y Rodas. El emperador lo recibió con alegría, ofreciéndole el señorío de Lemnos con tal de que arrojase a los turcos. Tenía fama de muy experto en la defensa de ciudades amuralladas; por eso, inmediatamente fue destinado a tomar el mando de toda la zona contigua a las murallas terrestres. No perdió el tiempo en saber cómo tenía que emprender su misión, inspeccionándolas todas atentamente y tratando de consolidarlas allí donde era necesario. Aunque era difícil persuadir a los venecianos de que trabajaran con los genoveses, tenía tanta personalidad que logró su cooperación. A su requerimiento, Trevisano abrió de nuevo y limpió el foso que se extendía desde el Cuerno de Oro, frente a las murallas de Blaquerna, hasta el terreno que comenzaba a elevarse. Muchos ciudadanos de Pera se unieron a la defensa, creyendo que la caída de Constantinopla —según escribió su podestá después— significaría el final de su colonia[28].

Unos pocos soldados pertenecían a países más lejanos. La colonia catalana en Constantinopla se organizó al mando de su cónsul Peré Juliá y algunos marinos catalanes se unieron a ellos[29]. De Castilla vino un bravo noble, don Francisco de Toledo, que pretendía descender de la casa imperial de Comneno y, por consiguiente, llamaba al emperador primo suyo[30]. En la compañía de Giustiniani había un ingeniero llamado Juan Grant, habitualmente presentado como alemán, pero que pudo muy bien ser un aventurero escocés que se abrió camino a través de Alemania hacia Oriente[31]. El pretendiente otomano Orchán, quien había vivido desde su infancia en Constan-

tinopla, ofreció sus servicios y los de su casa al emperador [32].

No todos los italianos de la ciudad demostraron el coraje de Minotto o de Giustiniani. En la noche del 26 de febrero siete buques, seis de Creta y otro de Venecia, al mando de Pietro Davanzo, se escaparon del Cuerno de Oro con seiscientos italianos a bordo. Esta huida supuso un serio golpe para la defensa. Ningún otro, griego o italiano, siguió su ejemplo [33].

Allí permanecieron, cuando comenzó el asedio, veintiséis buques pertrechados para la batalla en el Cuerno de Oro, aparte de una reducida fuerza naval y los barcos mercantes de los genoveses de Pera anclados junto a las murallas de su colonia. Cinco eran venecianos, cinco genoveses, tres cretenses, uno de Ancona, otro de Cataluña y otro de Provenza, y diez pertenecientes al emperador. Casi todos eran barcos con puentes altos, sin remos, y dependían de las velas. Era una reducida flota comparada con la armada turca [34]. La desproporción entre las fuerzas de combate terrestres era incluso mayor.

A fines de marzo, cuando el ejército turco marchaba por Tracia, Constantino mandó a buscar a su secretario Frantzés y le dijo que hiciera un censo de todos los hombres de la ciudad —incluyendo monjes— que fuesen capaces de portar armas. Cuando Frantzés totalizó las listas, descubrió que únicamente había cuatro mil novecientos ochenta y tres griegos útiles y ligeramente por debajo de dos mil extranjeros. Constantino se quedó aterrado de la cifra y encargó a Frantzés que no lo divulgara. Pero los testigos italianos llegaron a idéntica conclusión [35]. Contra el ejército del sultán de unos ochenta mil hombres y sus hordas de tropas irregulares, la gran ciudad, con sus catorce millas de murallas, habría de ser defendida por menos de siete mil hombres.

NOTAS

[1] *Vide supra,* nota 1 del capítulo III.

[2] Ducas, *op. cit.,* XXXV, págs. 311-313.

[3] Critóbulo: *op. cit.,* págs. 23-33, extensa disertación redactada por el autor que hace referir al sultán toda la historia otomana hasta la fecha; Taci Bey zade Cafer Celebi, *Mahrusa-i Istanbul Fetihnames,* ed. 1331 A. H., págs. 6-8, breve versión, redactada asimismo por el autor, pero que puede reconocerse por sus mismos fundamentos; véase Inalcik, *op. cit.,* págs. 125-126.

[4] Ducas, *op. cit.,* XXXVI, pág. 321; Pusculus, *op. cit.,* pág. 49, el cual afirma erróneamente que Mesembria era una de las torres que resistieron a los turcos.

[5] Frantzés, *op. cit.,* págs. 234-236; Chalcocondilas, *op. cit.,* págs. 381-382.

[6] Sobre los navíos de guerra de la época, véase Yule, *Travels of Marco Polo,* ed. Cordier, I, págs. 31-41 *(Viajes de Marco Polo);* Pears, *The Destruction of the Greek Empire,* págs. 232-235; Sottas, *Les messageries maritimes de Venise,* págs. 52-102.

[7] Barbaro, *op. cit.,* págs. 21-22, que presenta 12 galeras y de 70 a 80 grandes navíos; Jacobo Tetaldi, *Informations,* Martene y Durand, *Thesaurus Novus Anecdotorum,* I, col. 1820-1821; de 16 a 18 y de 60 a 80 grandes navíos; Leonardo de Quíos, col. 930; 6 trirremes y 10 birremes y un total de 250 barcos; Frantzés, *op. cit.,* pág. 237, 30 grandes y 330 pequeños navíos, pero págs. 239-240, un total de 480 buques; Ducas, *op. cit.,* XXXVIII, pág. 333, un total de 300; Chalcocondilas, *op. cit.,* pág. 384, 30 trirremes y 200 buques pequeños; Critóbulo, *op. cit.,* págs. 37-38, un total de 350, excluidos los transportes. Critóbulo resalta el interés personal de Mahomet por la flota.

[8] Critóbulo, *op. cit.,* pág. 38.

[9] En cuanto a la organización del ejército turco, véase Pears, *op. cit.,* págs. 222-231; Babinger, *Mehmed der Eroberer,* págs. 91-92. Entre las fuentes cristianas, Ducas, *op. cit.,* XXXVIII, pág. 333, da un número global de tropas turcas de más de 400.000; Chalcocondilas, *op. cit.,* pág. 383, como 400.000; Critóbulo, *op. cit.,* pág. 38, como 300.000, sin contar los vivanderos; Frantzés, *op. cit.,* pág. 240, como 262.000; Leonardo de Quíos, col. 927, como 300.000, incluidos 15.000 jenízaros; Tetaldi, col. 1820, como 200.000, incluidos 60.000 vivanderos; Barbaro, *op. cit.,* pág. 18, como 160.000. Las autoridades turcas dan como unas 80.000; *vide* Khairullah Effendi, *Tarikh,* págs. 61-63. Véase Mordtmann, *Belagerung und Ero-*

berung Konstantinopels, pág. 39. Babinger indica que, por razones demográficas, el Imperio otomano no habría podido movilizar en campaña más que unos 80.000 hombres en ese tiempo.

[10] Omán, *History of Art of War in the Middle Ages,* II, págs. 205 y sigs.

[11] Babinger, *op. cit.,* pág. 88.

[12] Ducas, *op. cit.,* XXXV, págs. 305-307; Frantzés, *op. cit.,* págs. 236-238; Chalcocondilas, *op. cit.,* pág. 385; Critóbulo, *op. cit.,* págs. 43-46; Barbaro, *op. cit.,* pág. 21; Leonardo de Quíos, col. 927. Véase Babinger, *op. cit.,* págs. 86, 88.

[13] Mordtmann, art. «Constantinople», en *Encyclopaedia of Islam,* I, pág. 867; Hammer, *Geschichte des Osmanischen Reiches,* I, págs. 397-398.

[14] Ducas, *op. cit.,* XXXVII, pág. 327; Barbaro, *op. cit.,* pág. 18; Zorzo Dolfin, *Assedio i Presa de Constantinopoli,* ed. Thomas, págs. 12-13; Frantzés, *op. cit.,* pág. 237, da la fecha de la llegada de los turcos como el 2 de abril, cuando llegó probablemente la vanguardia; Leonardo de Quíos, col. 927, que da la fecha del 9 de abril, al llegar, según parece, los refuerzos.

[15] Critóbulo, *op. cit.,* pág. 35.

[16] Critóbulo, *op. cit.,* págs. 34-35. Leonardo de Quíos, col. 934, acusa a los griegos de amontonar dinero. Muchos trenos que lamentan la caída de Constantinopla, presentan la avaricia como uno de los pecados de los helenos, castigados con el desastre, pero la acusación es puramente retórica, sin concretar.

[17] Véase Marinescu, «Notes sur quelques ambassades», págs. 426-427.

[18] Thiriet, *Regestes,* III, núm. 2.905, pág. 130.

[19] Marinescu, *op. cit.,* págs. 424-425, y «Le Pape Nicolas V», páginas 336-337.

[20] Thiriet, *op. cit.,* núms. 2.909-2.912, 2.917, 2.919, págs. 182-184.

[21] Véanse notas 16 del capítulo VI y 1 del capítulo VII.

[22] Csuday, *Die Geschichten der Ungarn,* I, págs. 422-426. Frantzés: *op. cit.,* 323-328, afirma que los húngaros enviaron una embajada al sultán, señalando que un ataque a Constantinopla empeoraría las buenas relaciones con él, pero que Hunyade pidió al emperador ya Selembria, ya Mesembria, como precio de esta ayuda. Añade que Alfonso de Aragón exigió igualmente Lemnos.

[23] Ostrogorsky, *op. cit.,* pág. 492.

[24] Jorga, *Histoire des Roumains,* IV, págs. 124 y sigs.

[25] Frantzés, *op. cit.,* págs. 325-326. «El Jenízaro Polaco» narra la indignación de las tropas serbias cuando oyeron que iban a unirse a las fuerzas turcas. *Pamietniki Janczara Polaka Napisane,* ed. Galezowski, en *Zbior Pisarzow Polskich,* V, págs. 123 y sigs.

[26] Miller, *Los latinos en Levante,* págs. 407 y sigs.

[27] Barbaro, *op. cit.,* págs. 14-18.

[28] Frantzés, *op. cit.*, pág. 241; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, pág. 331; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 39-40; Barbaro, *op. cit.*, págs. 13-15; Leonardo de Quíos, col. 928; Dolfin, *op. cit.*, pág. 14; Tetaldi, col. 1821; Montaldo, *Constantinopolitanum Excidium: Slavic Chronicle of the Siege of Constantinople*, edic. Desimondi, en *Atti della Società Ligure di Storia*, X, página 334; edic. Jorga, «Une source negligée de la prise de Constantinople», en *Bulletin Historique de l'Académie Roumaine*, XII, págs. 91-92 (versión rusa) y pág. 78 (versión rumana); *Historia Politica Constantinopoleos*, en C. S. H. B., págs. 18-19, que pone en boca de Giustiniani un elegante discurso de circunstancias. *Vide infra*, nota 7 del Apéndice I, sobre los hombres de Pera.

[29] Frantzés, *op. cit.*, págs. 252-253.

[30] Frantzés, *op. cit.*, págs. 256. Francisco pretendía ser descendiente de Alejo I Comneno. No he podido averiguar su descendencia.

[31] Frantzés, *op. cit.*, pág. 244, que lo llama Juan el Alemán; Leonardo de Quíos, col. 928, le otorga el sobrenombre de Grande; Dolfin, pág. 14, lo transcribe como Grando.

[32] Barbaro, *op. cit.*, pág. 19.

[33] Barbaro, *op. cit.*, págs. 13-14; Frantzés, *op. cit.*, pág. 241, dice que muchas familias griegas de toda condición abandonaron Constantinopla anticipadamente para evitar el asedio.

[34] Barbaro, *op. cit.*, pág. 20; Frantzés, *op. cit.*, pág. 238; Dolfin, página 20. Sus cifras coinciden con pequeñas diferencias, aunque Barbaro da más detalles.

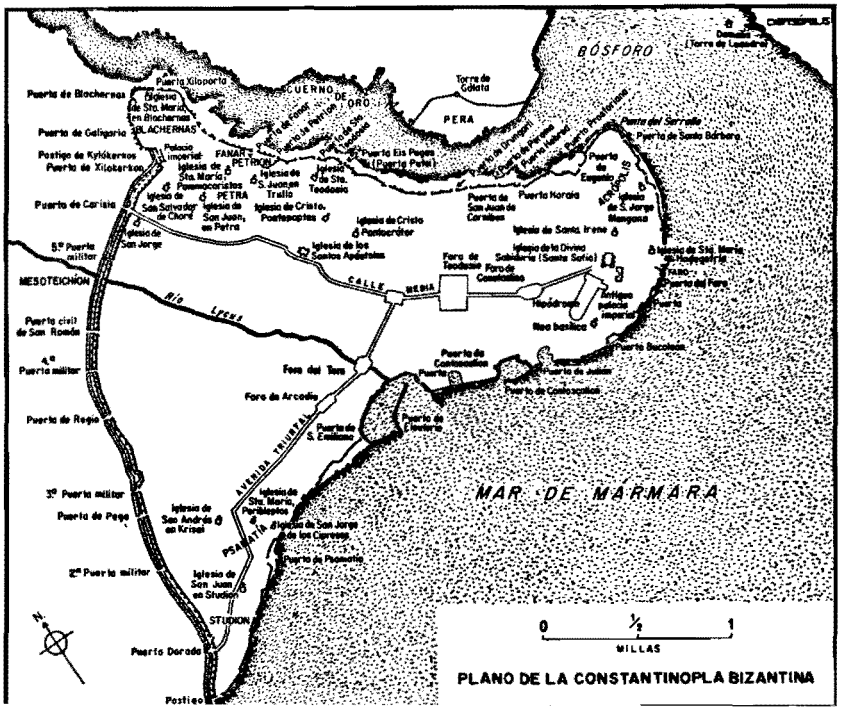
[35] Frantzés, *op. cit.*, pág. 241. Tetaldi, col. 1820, da la cifra de 6.000 a 7.000, conforme a un ms. «y nada más»; Leonardo de Quíos, col. 933, seguido de Dolfin, da 6.000 griegos y 3.000 italianos, incluidos, probablemente, en estos los combatientes inmovilizados en Pera. Tetaldi estima la totalidad de la población constantinopolitana en unos 30.000 hombres; no es seguro que quisiera excluir a las mujeres. Descontando las mujeres, ancianos y niños y clero, la cifra de 5.000 hombres hábiles para llevar armas responde mejor a la población global de 40.000 a 50.000 personas; aunque algunos monjes fueron alistados después, es probable que no fueran incluidos en las listas de Frantzés; Critóbulo, *op. cit.*, pág. 76, afirma que casi 4.000 habitantes fueron muertos en la caída de Constantinopla, y los restantes —no más de 50.000— capturados. Estas cifras —como las de la mayoría de los escritores medievales— son siempre exageradas.

CAPÍTULO VI

COMIENZA EL ASEDIO

La Pascua es la gran fiesta de la Iglesia Ortodoxa, cuando todos los cristianos se alegran al conocer la resurrección de su Salvador. Pero había poca alegría en los corazones de los constantinopolitanos aquel domingo de Pascua de 1453. Cayó en 1 de abril. Tras un tormentoso invierno, llegaba la primavera al Bósforo. En los huertos, por toda la ciudad, los árboles frutales estaban en plena floración. Los ruiseñores volvían a cantar en los matorrales y las cigüeñas a edificar sus nidos en lo alto de los tejados. Surcaban el cielo bandadas de aves migratorias volando hacia las tierras cálidas del Norte. Pero Tracia se estremecía con el estruendo de un gran ejército en marcha: hombres, caballos y bueyes que arrastraban, chirriantes, sus carretas.

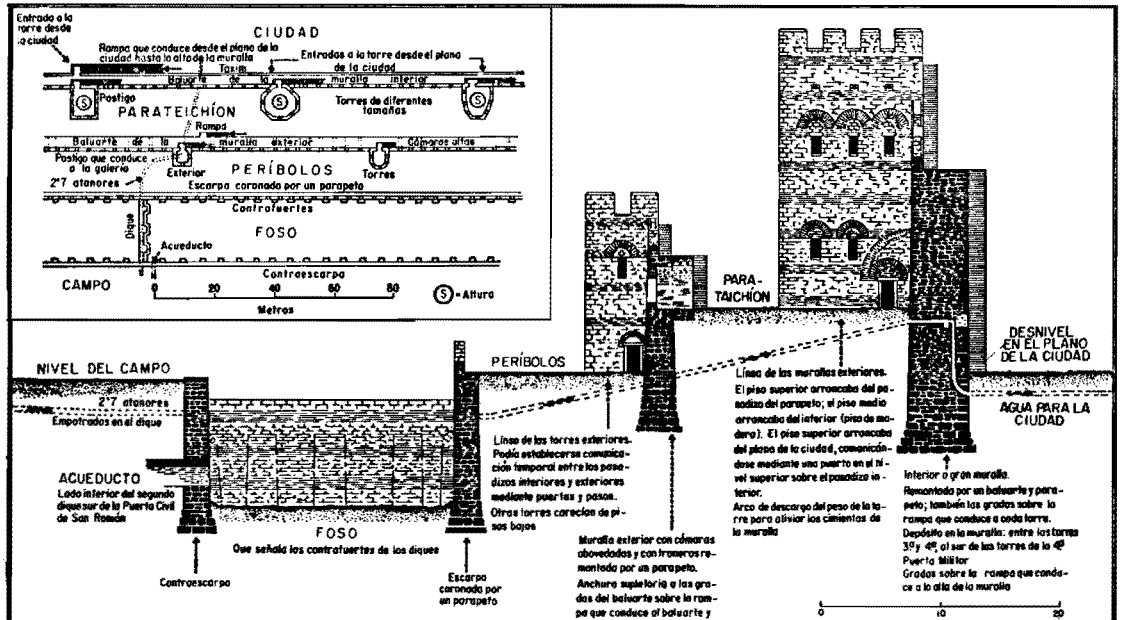
Durante muchos días los constantinopolitanos rezaron para que, al menos, se les permitiese cumplir los ritos de la Semana Santa en paz. Todo eso se les concedería. Fue un lunes, 2 de abril, cuando el primer destacamento enemigo se dejó ver. Una pequeña compañía de defensores hicieron una salida contra ellos, matando a algunos e hiriendo a otros varios. Mas a medida que aparecían más y


BÓSFORO
CUERNO DE ORO
PERA
GALATA
BLACHERNAS
PETRION
FANAR
MAR DE MARMARA
MESOTEICHION
CALLE MEDIA
Río Lykos
AVENIDA TRIUNFAL
STUDION
Puerta Dorada
Puerta de Blachernas
Puerta de Caligaria
Puerta de Kyrkoportos
Puerta de Xilokerkos
Puerta de Carisio
5ª Puerta militar
Puerta civil de San Román
4ª Puerta militar
Puerta de Regio
3ª Puerta militar
Puerta de Pege
2ª Puerta militar
Puerta de Psamatia
Puerta de Teodosio
Puerta de Constantino
Puerta de Teodosio
Puerta de Cariskion
Puerta de Eleuterio
Puerta de Kontoskalion
Puerta de Julián
Puerta Bucoleon
Puerta de Eleusis
Puerta de San Juan de Carisio
Puerta Neorio
Puerta del Serrallo
Puerta de Santa Bárbara
Torre de Galata
Torre de Leandro
Iglesia de Sta. María en Blachernas
Iglesia de Sta. María Peribleptos
Iglesia de San Andrés en Krisei
Iglesia de San Juan en Studion
Iglesia de San Jorge de los Cipreses
Iglesia de San Salvador de Chora
Iglesia de San Jorge
Iglesia de San Juan en Petra
Iglesia de Cristo Pantocrátor
Iglesia de los Santos Apóstoles
Iglesia de Sta. Irene
Iglesia de la Divina Sabiduría (Santa Sofía)
Iglesia de S. Jorge Mangana
Iglesia de Sta. María Hodegetria
Foro de Teodosio
Foro de Constantino
Foro de Arcadio
Foro del Toro
Hodegon
Nea basílica
Palacio imperial
Palacio Hormisdas
Monasterio de Pantocrátor
Monasterio de Pammakaristos
Monasterio de Sta. María
Monasterio de S. Juan Teólogo
Monasterio de Sto. Teodosio
Monasterio de Cristo Philanthropos
0 ½ 1
MILLAS
PLANO DE LA CONSTANTINOPLA BIZANTINA

más tropas turcas, la compañía retrocedió a la ciudad y el emperador ordenó destruir los puentes sobre los fosos y cerrar las puertas de Constantinopla [1]. El mismo día también dio instrucciones para que se tendiera una gran cadena de puerto por la entrada al Cuerno de Oro. Consistía en la susodicha cadena sujeta por uno de los extremos a la Torre de Eugenio, debajo de la Acrópolis, y por el otro a una torre de las murallas marítimas de Pera, sostenida por boyas de madera. Un ingeniero genovés, Bartolomeo Soligo, era el responsable de colocarla [2].

Hacia el jueves, 5 de abril, el grueso del ejército turco llegó frente a las murallas al mando personal del sultán. Este acampó temporalmente a una distancia aproximada de milla y media. Al día siguiente avanzó más hasta sus posiciones definitivas. Los defensores ocuparon asimismo los puestos militares señalados [3].

La ciudad de Constantinopla ocupa una península escarpada, de forma triangular con sus lados ligeramente ondulados. Las murallas terrestres se extienden desde el barrio de Blachernas, en el Cuerno de Oro, hasta el barrio del Studion en el mar de Mármara, siguiendo una línea curva ligeramente convexa en una longitud de unas cuatro millas. Las murallas a lo largo del Cuerno de Oro eran de unas tres millas y media de longitud y se extendían en forma de curva cóncava desde Blachernas a la punta de la Acrópolis, que suele ahora conocerse por punta del Serrallo y mira al norte del Bósforo. Desde la punta de la Acrópolis hasta el Studion había una distancia de unas cinco millas y media, aproximadamente; las murallas rodeaban el extremo liso de la península que está frente al Bósforo y luego seguían en línea ligeramente cóncava a lo largo del Mármara. Las murallas a lo largo del Cuerno de Oro y del Mármara eran sencillas. En toda la extensión del Már-

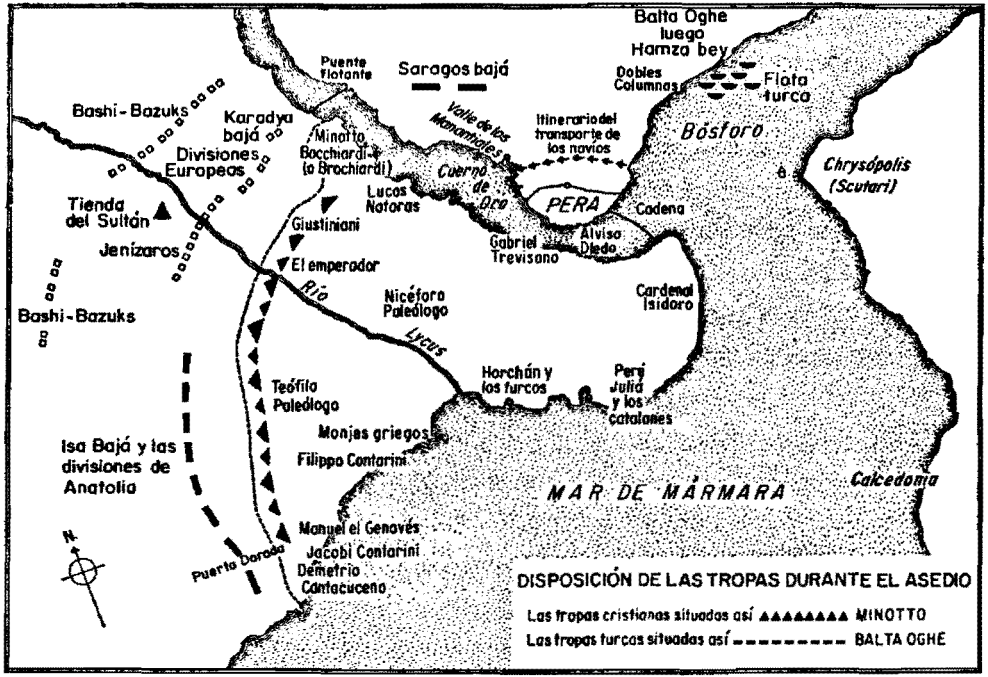


SECCIÓN APROXIMADA Y RESTAURACIÓN DE LAS MURALLAS DE TEODOSIO II

mara se elevaban en línea recta frente al mar. Once puertas se abrían en ellas al mar y había dos pequeños puertos fortificados para resguardar a los buques ligeros que no podían rodear el cabo para adentrarse en el Cuerno de Oro contra el viento Norte reinante. A todo lo largo de la costa del Cuerno de Oro había emergido una costa abrupta en el transcurso de los siglos, cubierta ahora por almacenes. Dieciséis puertas se abrían a él. Por el extremo occidental, para proteger el vulnerable barrio de Blachernas, Juan Cantacuzeno había construido un foso a través del fango, que se extendía directamente por debajo de la muralla. Estas murallas marítimas estaban en muy buen estado de conservación. Era muy improbable que sufriesen un duro ataque. Aunque los francos y venecianos habían forzado la entrada a la ciudad en 1204 desde el Cuerno de Oro, sólo era posible asalto semejante de parte de un enemigo que controlase perfectamente el puerto. En torno al promontorio de la ciudad, la corriente era demasiado impetuosa para que una fuerza naval de desembarco pudiera subir fácilmente a la base de las murallas, mientras bajíos y arrecifes constituían, además, una defensa de las murallas del Mármara.

Por las murallas terrestres era por donde se esperaba el más duro ataque. Por el lado norte, el barrio de Blachernas sobresalía de la línea principal. En su origen fue un suburbio, pero en el siglo VII se le rodeó de una muralla sencilla, la cual fue reconstruida en los siglos IX y XII y reforzada con las fortificaciones del palacio imperial levantadas por Manuel I enfrente. Por el extremo inferior estaba protegido por el foso de Juan Cantacuzeno y, al parecer, dicho foso bordeaba el ángulo por donde la muralla llegaba al Cuerno de Oro hasta las estribaciones de una escarpada pendiente por donde la muralla se encara-

maba antes de girar en ángulo recto para encontrar la línea principal de las murallas. Se habían abierto en ella dos puertas llamadas puertas de Caligaria y Blachernas y un pequeño postigo, que estaba cerrado, conocido por Kylókerkos en el ángulo por donde se unía con la vieja muralla de Teodosio. Esta muralla de Teodosio, erigida por el prefecto Antemio, durante el reinado de Teodosio II, se extendía desde este punto sin interrupción, hasta el mar de Mármara. Era una triple muralla. Por la parte de fuera había un foso profundo, de unos sesenta pies de ancho, parte del cual podía inundarse en caso de necesidad. En el interior del foso había un parapeto bajo, almenado, a través del cual había un pasadizo de unos cuarenta a cincuenta pies de anchura que se extendía a todo lo largo de las murallas, conocido por Peribolos. Luego se levantaba la muralla, ordinariamente descrita como la muralla exterior, de unos veinticinco pies de alto, con torres cuadradas colocadas a lo largo de ella, a intervalos, que iban desde algo más de cuarenta y cinco metros a noventa y uno. Dentro había otro espacio conocido por el Parateicon, que variaba de cuarenta a sesenta pies de anchura. Después se elevaba la muralla interior, de unos cuarenta pies de altura, con torres, unas cuadradas y otras octogonales, de alrededor de sesenta pies de altura, lo suficientemente espaciadas para colmar los intersticios entre las torres de la muralla exterior. En esta línea de murallas se abrían varias puertas, unas usadas por el público en general y otras reservadas a los militares. Había un pequeño postigo sobre la costa del Mármara. Luego, subiendo hacia el norte, estaba la puerta de Oro, que tenía la categoría de primera puerta militar, usada tradicionalmente por el emperador al efectuar alguna entrada solemne en la ciudad. A continuación se hallaba la segunda puerta militar,


Balta Oghe luego Hamza bey
Puente flotante
Saragos bajá
Dobles Columnas
Flota turca
Bashi-Bazuks
Karadya bajá
Minotto Bocchiardi (o Brochiardi)
Valle de los Manantiales
Itinerario del transporte de los navíos
Bósforo
Divisiones Europeas
Cuerno de Oro
Chrysópolis (Scutari)
Lucas Notaras
PERA
Tienda del Sultán
Giustiniani
Cadena
Jenízaros
Gabriel Trevisano
Alviso Diedo
El emperador
Río Lycus
Nicéforo Paleólogo
Cardenal Isidoro
Bashi-Bazuks
Horchán y los turcos
Perj Julia y los catalanes
Teófilo Paleólogo
Monjas griegos
Isa Bajá y las divisiones de Anatolia
Filippo Contarini
MAR DE MÁRMARA
Calcedonia
Manuel el Genovés
Jacobi Contarini
Puerta Dorada
Demetrio Contacuceno
DISPOSICIÓN DE LAS TROPAS DURANTE EL ASEDIO
Las tropas cristianas situadas así ▲▲▲▲▲▲▲▲ MINOTTO
Las tropas turcas situadas así ---------- BALTA OGHE

después la puerta civil de Pegae, conocida ahora por puerta de Silivria. Contigua a esta, se encontraba la tercera puerta militar. Ahora el terreno se elevaba hacia la puerta Regia y más allá la cuarta puerta militar. La puerta de San Romano, la actual Top Kapusi, estaba situada en lo más alto de la almena. Luego el terreno descendía aproximadamente unos cien pies hacia el valle del río secundario Lico, el cual atravesaba un canal subterráneo bajo las murallas, unos ciento ochenta metros al sur de la quinta puerta militar. Así pues, esta puerta se hallaba en el mismo plano del valle y era conocida de los bizantinos con el nombre de San Kiriake, por la proximidad de la iglesia de dicho nombre. Sin embargo, a lo que parece, popularmente se la llamó la puerta militar de San Román, y los escritores que narran el asedio la confunden continuamente con la puerta civil de San Romano. Desde aquí el terreno subía de nuevo hacia otra loma, en cuya cumbre estaba la puerta Carisia, la puerta de Andrinópolis de hoy. La extensión de murallas que atravesaban el valle del Lico era conocida por Mesoteichion, y siempre se consideró como el sector más vulnerable. A puerta Carisia se la llamaba algunas veces el Poliandrion, y la extensión de las murallas que continuaban a lo largo de la loma hacia la puerta Xilokerkon, precisamente antes de unirse a la muralla de Blachernas, era denominada el Miriandrion[4].

Cuando el sultán Murad atacó la ciudad en 1422, los bizantinos concentraron su defensa en la muralla exterior en la que los turcos no pudieron abrir brecha. Giustiniani y el emperador consintieron, a la vista de las escasas tropas de que disponían, en que esta sería la estrategia adecuada. La muralla interior tampoco podía guarnecerse, si bien podían dispararse proyectiles de grueso calibre

desde sus torres. El daño inferido a la muralla exterior en 1442 fue reparado con creces durante los años siguientes, y Giustiniani hizo un asunto personal de la inspección para comprobar si se había terminado su reconstrucción. El arzobispo Leonardo, que se tenía por estratega, declaró posteriormente que todos los estrategas militares eran malos; habrían debido defender la muralla interior. Pero esta —agregó con su característica malignidad contra los griegos— fue restaurada pésimamente, ya que el dinero reservado para este fin lo malversaron dos griegos, a los que él denomina Jaragos, y el monje Neolito. Era una monstruosa calumnia. Jaragos, cuyo verdadero nombre fue Manuel Paleólogo Yagro, fue un pariente del emperador y un respetable estadista cuyo nombre aparece actualmente en muchas inscripciones en puntos donde las murallas fueron restauradas cuidadosamente. Por esa época había un monje muy conocido, Neófito, amigo del emperador, mas adversario de la unión. Vivía por el momento pacífica y piadosamente en el monasterio de Charsianites y no tomaba parte en los asuntos públicos. Es difícil comprender cómo habría podido impedir un contrato de construcción. Pero el arzobispo creía que no había enormidad de que no fuese capaz el clero cismático[5].

El 5 de abril los defensores ocuparon los puestos asignados por el emperador. Este se apostó con sus mejores tropas griegas en el Mesoteichion, donde las murallas atravesaban el valle del Lycus, con Giustiniani a su flanco derecho en la puerta de Carisia y el Miriandrion. Cuando se evidenció que el sultán iba a concentrar su ataque sobre el Mesoteichion, Giustiniani y sus genoveses bajaron a reunirse con él allí y los hermanos Bocchiardi y sus hombres ocuparon el Miriandrion. El bailío veneciano, Minotto, y su plana mayor, se acantonaron en el palacio

imperial en Blachernas y fueron responsables de su defensa, ya que su cometido esencial era limpiar y rellenar el foso. Un compatriota suyo de más edad, Teodoro Caristo, vigilaba el sector de murallas entre la puerta Caligaria y la muralla de Teodosio. Los hermanos Langasco, con el arzobispo Leonardo, se apostaron tras el foso que se extiende hacia el Cuerno de Oro. En el flanco izquierdo del emperador estaba Cattaneo con sus tropas genovesas y, junto a él, el pariente del emperador, Teófilo Paleólogo, con tropas griegas, que custodiaban la puerta Pegae. El veneciano Filippo Contarini estaba encargado de la puerta Pegae a la puerta de Oro, defendida por un genovés llamado Manuel. A su siniestra, junto al mar, estaba Demetrio Cantacuzeno.

Las murallas marítimas estaban más débilmente defendidas. Jacobo Contarini estaba encargado del Studion. Cerca de él, a lo largo de un sector que probablemente no sería atacado, las murallas estaban custodiadas por monjes griegos, quienes posiblemente mantendrían la vigilancia y serían llamados como reservas en una eventualidad. Cerca de ellos, junto al puerto de Eleuterios, estaban el príncipe Orchán y sus turcos. En el extremo oriental de la costa del Mármara, más abajo del Hipódromo y del antiguo palacio sagrado estaban los catalanes al mando de Peré Juliá. El cardenal Isidoro se había apostado con doscientos hombres en la punta de la Acrópolis. Las márgenes del Cuerno de Oro estaban custodiadas por los marinos al mando del capitán Gabriel Trevisano, mientras que su compatriota, Alviso Diedo, fue nombrado capitán de los barcos surtos en el puerto. En la ciudad habían quedado dos destacamentos de reserva, uno al mando del megadux Lucas Notaras, acantonado en el barrio de Petra, inmediatamente detrás de las murallas terrestres, provisto

de cañones móviles, y otro al mando de Nicéforo Paleólogo, cerca de la iglesia de los Santos Apóstoles, en la loma central. Diez barcos fueron separados de la flota para cubrir la cadena de puerto; cinco de ellos eran genoveses, tres cretenses, uno de Ancona y otro griego. Se había confiado el mando a un genovés, probablemente a Soligo, quien sujetó la cadena. Era esencial tener alguien allí que estuviese en buenas relaciones con los genoveses de Pera, puesto que la cadena estaba sujeta a un extremo de sus murallas. En general, parece ser que el emperador trató de entremezclar a sus tropas griegas, venecianas y genovesas, de suerte que se dieran cuenta de su interdependencia y evitasen querellas nacionalistas [6].

Los defensores estaban perfectamente pertrechados de jabalinas, flechas, culebrinas y catapultas lanzapiedras. Asimismo había algunos cañones en la ciudad, pero se comprobó que servían de poco. Escaseaba el salitre y pronto se percataron de que, al dispararlos desde las murallas y las torres —lo cual era necesario si se quería que los proyectiles alcanzasen las líneas enemigas— el estampido dañaba las fortificaciones. Cada soldado, al parecer, estaba bien equipado, mejor que la mayoría de las tropas turcas [7].

En la mañana del 6 de abril los soldados estaban en sus puestos y las guarniciones en las murallas observaron que el ejército turco hacía lo mismo. El sultán ya había destacado un importante contingente de su ejército bajo el mando de Saragos Bajá hacia la costa norte del Cuerno de Oro, desde donde se diseminaron por las colinas contiguas al Bósforo; de este modo quedaba aislada Pera y podía controlar cualquier movimiento que pudieran efectuar los genoveses. Se construyó un camino sobre el pantanal en la cabeza del Cuerno de Oro, de suerte que Saragos

pudiera comunicarse rápidamente con el grueso del ejército. Frente a las murallas de Constantinopla, desde el Cuerno de Oro hasta la colina contigua a la puerta Carisia, se habían situado las tropas regulares europeas del ejército al mando de Karadya Bajá, quien disponía de varios cañones pesados que emplearía contra la muralla de Blachernas únicamente, y en especial contra el vulnerable ángulo por donde la muralla se unía con la de Teodosio. Desde las pendientes meridionales del valle del Lycus que se deslizan hacia el mar de Mármara se situaban las tropas regulares de Anatolia, al mando de Isa Bajá, ayudado —sin duda por no fiarse del todo el sultán de él— por Mahmud Bajá, un renegado medio griego, medio eslavo, que descendía de la antigua familia imperial de los Angeli, el cual se estaba convirtiendo en el amigo más íntimo y consejero del sultán. Este tomó personalmente el mando del sector del valle del Lycus, frente al Mesoteichion. Plantó su tienda roja y oro alrededor de un cuarto de milla de las murallas. Frente a esta estaban los jenízaros y otros regimientos selectos, junto con los mejores cañones, incluida la gran obra maestra de Orbón. Los bashi-bazuks acampaban en varios grupos justamente detrás de las primeras líneas, dispuestos a trasladarse a donde fuere necesario. Frente a sus puestos, a todo lo largo de las murallas, los turcos cavaron una trinchera, protegida por un parapeto de tierra, sobre el cual levantaron una pequeña empalizada de madera con frecuentes aberturas [8].

La flota al mando de Balta Oghe tenía órdenes de no permitir que llegaran socorros a la ciudad por mar. Se patrullaba continuamente a poca distancia de la costa del Mármara, para que ningún navío pudiese acercarse a los pequeños puertos de la costa. Pero la misión fundamental

de Balta Oghe era abrirse camino a través de la cadena que protegía el Cuerno de Oro. Estableció su cuartel general en el Bósforo, a poca distancia del muelle conocido por las Dobles Columnas, donde se levanta ahora el palacio de Dolma Buché. Aquí se unieron a él, diez días después de que comenzase el asedio, varios grandes barcos de los puertos del norte de Anatolia, todos ellos equipados con cañones pesados [9].

Tan pronto como el emperador se percató de que las tropas turcas se habían concentrado delante de las murallas, sugirió a Trevisano que sus marinos, luciendo sus trajes distintivos, desfilasen en número de casi un millar, a lo largo de todas las murallas, con el fin de que el sultán se diese cuenta del todo de que también había venecianos entre sus enemigos. Los venecianos lo llevaron a cabo con alegría [10]. El sultán, por su parte, de acuerdo con la ley islámica, mandó un ultimátum en una bandera blanca a la ciudad. Deseaba —decía en ella—, como manda la ley, ahorrar vidas y no causar daño ni a sus familias ni a sus bienes, con tal de que se rindieran voluntariamente. En caso contrario, no habría piedad. Pero los ciudadanos confiaban poco en sus promesas y tampoco deseaban abandonar a su emperador [11].

Una vez cumplida dicha formalidad y luego que los cañones estuvieron emplazados, los turcos comenzaron la batalla disparando los pesados cañones contra las murallas. Al anochecer de ese primer día, 6 de abril, se causaron graves daños en una porción de la muralla cercana a la puerta Carisia, y el fuego graneado al otro día la derribó. Empero, entrada la noche, los defensores se las arreglaron para reconstruirla convenientemente. Entonces Mahomet decidió esperar a que se trajesen más cañones para comprobar la resistencia de los puntos más débi-

les de las murallas. En este intervalo ordenó a sus soldados poner manos a la obra para inundar el gran foso al objeto de ocupar inmediatamente toda brecha abierta por la artillería. Ordenó, además, que se dispusieran a minar las partes de la muralla cuyo terreno ofreciera más posibilidades. Al mismo tiempo, se avisaba a Balta Oghe que pusiese a prueba la resistencia de la cadena. Probablemente fue el 9 de abril cuando sus barcos atacaron por primera vez. Pero no tuvieron éxito y Balta Oghe se resolvió a esperar la llegada de la escuadra del mar Negro [12].

Durante la espera, el sultán tomó algunas de sus mejores tropas y algunos cañones para atacar dos pequeñas fortalezas fuera de las murallas que defendía el emperador. Una estaba en Terapia, en una colina por debajo del Bósforo, y la otra en el pueblo de Studio, cerca de la costa del Mármara. La fortaleza de Terapia resistió durante dos días hasta que sus murallas fueron pulverizadas a cañonazos y la mayor parte de la guarnición fue diezmada. Los supervivientes, unos cuarenta, se rindieron de modo incondicional. Todos ellos murieron empalados. La pequeña fortaleza de Studio fue demolida en pocas horas. Sus treinta y seis supervivientes fueron apresados entre las ruinas y empalados igualmente. Esto se llevó a cabo a la vista de las murallas para que los ciudadanos pudiesen ver lo que les ocurriría a los que se opusiesen al sultán. Entretanto, se envió a Balta Oghe para que ocupase las islas Príncipes en el mar de Mármara. Únicamente en la mayor de dichas islas, Pinkipo, hubo un conato de resistencia. Allí, en lo alto de la colina, junto al principal monasterio de la isla, había una fuerte torre que los monjes erigieron para refugio contra los piratas, probablemente en la época de las incursiones de las compañías catalanas (almogávares) contra el Imperio. Ahora esta reducida

guarnición de treinta hombres se negó a rendirse. Balta Oghe había traído consigo algunos cañones, pero los proyectiles no hicieron impacto en los espesos muros. Por eso, en cuanto el viento fue favorable, amontonó broza que fue colocando alrededor de las murallas y prendió fuego, echando azufre. Rápidamente las llamas cubrieron todo el edificio. Algunos de los defensores perecieron dentro de las murallas y los que pudieron escapar a través de las llamas fueron capturados y les dieron muerte. Entonces, Balta Oghe hizo una redada entre todos los habitantes civiles de la isla y los vendió a todos como esclavos para castigarlos por haber permitido la resistencia en su suelo [13].

El 11 de abril el sultán se hallaba de nuevo en su tienda frente a las murallas y todos los grandes cañones apuntaban hacia su objetivo. Al día siguiente comenzó el bombardeo que duraría monótonamente y sin interrupción más de seis semanas. Los cañones eran pesados. Era muy difícil mantenerlos en posición sobre sus plataformas de madera y piedra. Continuamente resbalaban por el lodo de las lluvias de abril. Los más grandes, incluido el monstruo de Orbón, exigían tantas atenciones que sólo podían dispararse siete veces al día. Sin embargo, cada disparo causaba graves daños. Los proyectiles que atravesaban el foso, entre nubes de negro humo y un estruendo ensordecedor, hacían saltar en añicos las murallas a su impacto, y el muro no podía menos de ceder. Los defensores intentaban amortiguar el impacto con tiras de cuero y balas de lana sobre las murallas, pero fueron poco eficaces. En menos de una semana la muralla exterior que atravesaba el valle de Lycus había quedado completamente destrozada en varias partes e inundado el foso frente a ellas, de modo que los trabajos de restauración resultaban muy di-

fíciles. Con todo, Giustiniani y sus auxiliadores se las arreglaron para levantar una barricada. Hombres, e incluso mujeres, venían todas las noches de la ciudad, entre las sombras, con tablas, barriles y sacos terreros. La barricada la hacían principalmente de madera, con barriles llenos de tierra, para colocarlos a guisa de almenas. La susodicha barricada era destartalada y frágil, pero al menos servía de alguna protección a los defensores [14].

En el puerto las cosas iban mejor con la cadena. El 12 de abril, una vez que llegaron los refuerzos del mar Negro, Balta Oghe enfiló sus grandes barcos hacia la cadena. Al acercarse, sus arqueros lanzaron una lluvia de flechas a los barcos anclados para protegerla y los cañones dispararon los proyectiles. Luego, al juntarse, los marineros arrojaron teas sobre los barcos cristianos, mientras unos intentaban cortar las maromas de las anclas, y otros las subían a bordo con ayuda de rezones y estalas. Pero el éxito no les acompañó del todo. Los proyectiles no pudieron tomar altura suficiente para dañar a las altas galeras cristianas. El megadux Lucas Notaras había sido enviado con reservas para ayudar en la defensa. Estaba bien organizada. Con cubos de agua que se pasaban de mano en mano en turnos de relevo, los hombres apagaron el fuego. En cambio las flechas y jabalinas cristianas lanzadas desde los puntos más elevados de los puentes y de los «nidos de urraca» fueron más eficaces que los de los turcos, y las catapultas causaron mucho daño. Espoleados por estos éxitos y con la colaboración de marinos más expertos que los de los adversarios, la flota cristiana dejó la formación para estrechar a los barcos turcos lo más cerca de la cadena. Para salvarlos, Balta Oghe dejó de atacar y retrocedió hacia el fondeadero, junto a las Dobles Columnas [15].

La derrota humilló al sultán. Su despierta inteligencia

le dio a entender al punto que, a menos que sus cañones elevasen la puntería, de poco servirían contra los altos navíos cristianos. Así que se ordenó a las fundiciones que mejorasen sus diseños. Era difícil calcular la obligada trayectoria, mas algunos días después se llevaron a cabo pruebas que dejaron satisfecho al sultán. Se colocó un cañón de trayectoria más alta al otro lado de la punta Gálata y comenzó a disparar sobre los barcos anclados a lo largo de la cadena. El primer disparo falló, pero el segundo cayó en el mismo centro de la galera y la hundió con gran pérdida de vidas humanas. Los barcos cristianos se vieron obligados a mantenerse dentro de la cadena, donde las murallas de Pera los protegían.

Sin embargo, en tierra era donde Mahomet tenía mejores perspectivas. Daba por descontado que el daño causado a las murallas terrestres le facilitaría la entrada en la ciudad de Constantinopla sin necesidad de forzar la cadena. El 18 de abril, dos horas antes de la puesta de sol, ordenó un asalto al Mesoteichion. Al resplandor de las llamas, al redoble de tambores, resonar de címbalos y a los gritos de guerra, destacamentos de infantería pesada, lanzadores de jabalina, arqueros y hombres de a pie de la guardia jenízara se lanzaron por el foso cegado hacia la barricada. Traían teas para prender las tablas y habían sujetado ganchos en el extremo de las lanzas para derribar los barriles llenos de tierra en lo alto de las barricadas. Algunos traían escalas que adosarían en aquellas partes de las murallas que seguían en pie. La batalla era confusa. En los sitios estrechos del terreno donde se había lanzado el ataque, la superioridad numérica de los turcos era insignificante, mientras que la armadura que llevaban los cristianos resultaba más eficaz que la de los turcos y los primeros podían exponerse con mayor arrojo. Gius-

tiniani seguía al mando y demostró su valía como jefe. Los griegos, tanto como los italianos, se sentían animados por su energía y coraje y le secundaron con lealtad. El emperador no estaba presente. Temía que fuese un ataque en toda la línea de las murallas y efectuaba un rápido recorrido de inspección para comprobar si todos estaban listos.

La lucha duró cuatro horas. Luego se ordenó a los turcos que retrocedieran a sus líneas. El veneciano Barbaro calculó en su diario que dejaron sobre el campo doscientos hombres. Ni siquiera uno de los cristianos murió [16].

El fracaso de este primer asalto a las murallas, inmediatamente después del ataque a la cadena, infundió nuevos ánimos a los defensores. Si bien continuaba el implacable bombardeo, reemprendieron la reconstrucción de las murallas con renovado entusiasmo. Con tal de que llegasen pronto socorros de fuera, aún había esperanzas de salvar a Constantinopla.

Dos días después aumentaron sus esperanzas.

NOTAS

[1] Critóbulo, *op. cit.*, pág. 40. Algunos de los fosos los llenaron, al parecer, de agua. Callistus, *Monodia*, en M. P. G., CLXI, col. 1124.

[2] Barbaro, *op. cit.*, págs. 15-16; Leonardo de Quíos, col. 930; Frantzés, *op. cit.*, pág. 238; Ducas, XXXVIII, pág. 333.

[3] Barbaro, *op. cit.*, págs. 18-20.

[4] La más completa y mejor descripción de las murallas de Constantinopla sigue siendo la de Van Millingen, *Byzantine Constantinople: the Walls of the City.* Sin embargo, acepto sin reservas la opinión de Pears de que la puerta de Román, que se menciona en los relatos del asedio, ha de identifi-

carse, por lo general, con la quinta puerta militar. Como señala este autor, el antiguo nombre de «Pempton» nunca aparece a no ser después del siglo XVII, como tampoco el nombre posterior de puerta de San Kiriake en los relatos del sitio. Sin embargo, es la única puerta en el valle del Lycus, en el sector de las murallas donde tuvieron lugar las más enconadas luchas. Parece obvio que fuese conocida en ese tiempo por la puerta militar de San Román y que, al aludir los escritores contemporáneos a la puerta de Román, solían referirse a esta más que a la puerta civil de San Román, la actual Kapu Superior, en lo alto de la colina hacia el Sur. Pears, *Destruction of the Greek Empire,* págs. 429-435.

[5] Leonardo de Quíos, col. 936; Chalcocondilas, *op. cit.,* pág. 384. Sobre las restauraciones de las murallas desde 1422, incluidas las reparaciones con inscripciones que menciona Iagro, véase Van Millingen, *op. cit.,* págs. 104-108. Frantzés, *op. cit.,* pág. 225, cita a Neófito con gran respeto, si bien criticaba duramente a cualquier sospechoso de deslealtad.

[6] Barbaro, *op. cit.,* págs. 16-19; Leonardo de Quíos, col. 934-935; Frantzés, *op. cit.,* págs. 252-256, que coinciden en general en los diferentes puestos militares, aunque Leonardo evita mencionar a los griegos en lo posible y Frantzés sólo menciona a Manuel el Genovés en la puerta Dorada. Asimismo Frantzés coloca a Notaras en el Petrion y sitúa a Cantacuzeno, junto con Nicéforo Paleólogo, al mando de la reserva móvil. Tal vez Manuel fuese reemplazado después por Cantacuzeno y la zona de Notaras incluyese, posiblemente, tanto a Petrion como a Petra. Únicamente Barbaro cita el puesto de Orchán. Pusculus, págs. 64-65, y Dolfin, págs. 23-24, ofrecen otra distribución; pero el primero escribió de memoria muchos años después y el segundo no estuvo presente en el asedio.

[7] Véase Pears, *op. cit.,* págs. 250-252.

[8] Critóbulo, *op. cit.,* págs. 41-42; Tetaldi, col. 1822. Ninguna fuente turca da detalle alguno sobre la colocación del ejército otomano, si no es el relato, tan fantástico, escrito por Evliya Chelebi, dos siglos más tarde, del cual ofrece extractos apropiados Turkova, «Le Siège de Constantinople d'après le Seyahatname d'Evliya Çelebi», en *Byzantinoslavica,* XIV, páginas 1-13, en especial págs. 7-9.

[9] Critóbulo, *op. cit.,* pág. 42; Frantzés, *op. cit.,* pág. 240; Barbaro, *op. cit.,* pág. 21. Las Dobles Columnas *(Diplokion)* figuran en el plano de Constantinopla (1422) de Buondelmonte, justamente a través del torrente que solía descender con ímpetu hacia el valle, entre Taksim y Macka, donde se levanta actualmente el ala suroeste del palacio de Dolma Bahce.

[10] Barbaro, *op. cit.,* págs. 19-20.

[11] Critóbulo, *op. cit.,* págs. 40-41.

[12] Barbaro, *op. cit.,* págs. 18-20.

[13] Critóbulo, *op. cit.,* págs. 47-48.

[14] Barbaro, *op. cit.*, pág. 21; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 48-49; Frantzés, *op. cit.*, págs. 238-239; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, pág. 339; Chalcocondilas, *op. cit.*, págs. 386-387.

[15] Barbaro, *op. cit.*, págs. 21-22; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 50-51, que fecha la batalla tras el primer asalto a las murallas. La fecha exacta la da Barbaro. Critóbulo ha confundido, al parecer, este ataque a la cadena con el ataque más ligero efectuado por Balta Oghe el 18 de abril.

[16] Barbaro, *op. cit.*, pág. 23; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 49-50.

CAPÍTULO VII

PÉRDIDA DEL CUERNO DE ORO

Durante las primeras dos semanas de abril sopló un fuerte viento del Norte. Las tres galeras genovesas alquiladas por el Papa con cargamento de armas y provisiones fueron detenidas por el temporal en Quíos. El 15 de abril el viento cambió repentinamente desde el Sur y los navíos tomaron rumbo a los Dardanelos. Al acercarse a los estrechos, se les unió inmediatamente un gran buque imperial de transporte cargado de trigo comprado por los embajadores imperiales en Sicilia y al mando de un experto marino llamado Flatanelas. Los Dardanelos estaban desguarnecidos, ya que la totalidad de la flota turca se hallaba ahora cerca de Constantinopla. Los barcos atravesaron a marchas forzadas el mar de Mármara. En la mañana del 20 de abril, viernes, los vigías sobre las murallas marítimas los vieron acercarse hacia la ciudad. También fueron vistos por los centinelas turcos y les faltó tiempo para avisar al sultán, quien saltó sobre su caballo y corrió a las colinas para dar órdenes a Balta Oghe. Las instrucciones al almirante eran capturar los navíos en lo posible o, en caso contrario, echarlos a pique. No podía permitírseles en modo alguno llegar a

Constantinopla. Si el almirante fracasaba en la empresa, no regresaría vivo.

Balta Oghe dispuso inmediatamente sus barcos. Decidió no usar los navíos que dependían exclusivamente de velas, dado que podía serles contrario el viento fresco del Sur; el resto de la flota había de reunirse con él. El sultán trajo consigo lo más granado de sus soldados. Estos fueron embarcados en los grandes transportes. Algunos de los navíos iban provistos de cañones. Otros estaban protegidos por defensas y escudos. Al cabo de dos o tres horas la gran armada se puso en movimiento, impulsada por miles de remeros, para capturar a las inermes víctimas. Avanzaba, confiada en la victoria, tocando tambores y trompetas. En la ciudad de Constantinopla todos los habitantes dispensados de la defensa de las murallas se concentraban en las faldas de la Acrópolis o en lo más alto de las ingentes ruinas del Hipódromo, con la mirada angustiada puesta en los barcos cristianos, mientras que el sultán y su estado mayor vigilaban desde las costas del Bósforo, justo al otro lado de las murallas de Pera.

En las primeras horas de la tarde, cuando los turcos se aproximaron a ellos, los buques cristianos ya estaban cerca del extremo sureste de la ciudad. Balta Oghe desde el trirreme insignia les gritó que arriasen las velas. Los cristianos se negaron y no detuvieron su marcha. Después de lo cual, los barcos turcos de la vanguardia los cercaron. Ahora había marejada y el viento soplaba a barlovento de la corriente del Bósforo. Era difícil maniobrar los trirremes y birremes entre esas aguas. Por otra parte, los navíos cristianos tenían la ventaja de ser más pesados y estar mejor armados. Desde los puentes, popas, proas y nidos de urracas los marineros podían lanzar sus flechas, jabalinas y piedras sobre las embarcaciones turcas debajo

de ellos y los turcos podían hacer muy poco a no ser intentar el abordaje o incendiar el casco de los buques. Durante casi una hora los barcos cristianos siguieron su rumbo que entorpecían los turcos, pero eran rechazados continuamente. Luego, de súbito, cuando ya iban a doblar el cabo por debajo de la Acrópolis, el viento se desató e hinchó las velas lentamente. Aquí, un brazo de mar que se precipita hacia el sur del Bósforo azota el cabo y tuerce hacia el Norte en dirección de la costa de Pera; su empuje es muy fuerte cuando sopla el viento del Sur. Los navíos cristianos quedaron atrapados en él. Tras casi tocar las murallas de la ciudad, comenzaron a derrotar despaciosamente hacia el mismo lugar donde el sultán contemplaba la batalla.

Ahora le parecía fácil a Balta Oghe hacerse con su presa. Se había dado cuenta del daño que causaría a sus barcos el fuego cristiano, si se acercaban demasiado. Así que reunió sus grandes barcos para rodear al enemigo a poca distancia y dispararles los proyectiles y lanzas portallamas con ánimo de acercarse a ellos otra vez, cuando estuviesen agotados. Sus esfuerzos fueron vanos. Su artillería ligera no alcanzaba la altura necesaria y los incendios provocados los apagaba en seguida la tripulación cristiana perfectamente adiestrada. Así pues, conminó a sus hombres para que avanzaran y abordaran a los buques cristianos. Balta Oghe se propuso como objetivo el transporte imperial. Era el mayor de los bajeles cristianos y el peor armado. Dirigió la proa de su trirreme hacia la popa del primero mientras otros barcos suyos acudieron e intentaron trincarse a ella con rezones y ganchos lanzados a los cables de las anclas. De los barcos genoveses, se vio uno cercado por cinco trirremes, otro por treinta fustas y un tercero por cuarenta parandarias repletas de soldados,

pero en medio de la confusión nadie podría decir lo que pasaba desde lejos. Era formidable la disciplina de los barcos cristianos. Los genoveses llevaban una eficaz armadura y se proveían de grandes toneles de agua para apagar el fuego y de hachas que empleaban para cortar cabezas y manos de los pelotones de abordaje. El transporte imperial, si bien menos adaptado para el combate, llevaba barriles llenos de líquido inflamable conocido como fuego griego, arma que salvó a Constantinopla en muchos combates navales en los últimos ocho siglos. Tenía efectos devastadores. Los turcos, por su parte, se veían obstaculizados por sus remos. Los de un barco se enredaban con los de otro y muchos eran destrozados por los proyectiles que llovían desde arriba. Mas cada vez que un barco turco quedaba inutilizado, otro ocupaba siempre su lugar.

En torno al buque imperial era donde la batalla se presentaba más desesperada. Balta Oghe no se apartaría de él. Sus hombres, en oleada tras oleada, intentaban abordarle, rechazados únicamente por Flatanelas y su tripulación. Pero las armas iban escaseando. Los capitanes genoveses, pese a sus propios problemas, comprendieron sus apuros. Como pudieron, abarloaron sus barcos y muy pronto los cuatro buques estuvieron trincados unos con otros. A los observadores de la costa les daba la impresión de ver una fortaleza de cuatro torres que emergía en medio de la confusión de la flota turca.

Durante toda la tarde los constantinopolitanos contemplaron la batalla con creciente angustia desde sus murallas y torres. También el sultán miraba, muy nervioso, desde la costa, unas veces lanzando gritos de aliento, otras maldiciones, y otras instrucciones que Balta Oghe fingía no oír. Para su majestad y para todos su valoración

del poder naval demostraba su inexperiencia casi absoluta en las cosas del mar. En su impaciencia, Mahomet lanzó su caballo al mar, precipitándose en un bajío hasta que la túnica se arrastraba por el agua, como si quisiera tomar parte en la misma batalla.

Al caer la tarde cundía la impresión de que los barcos cristianos no podían sobrevivir mucho tiempo. Habían causado graves daños, pero continuamente acudían al ataque buques turcos de refresco. Luego, de pronto, al ponerse el sol, sopló de nuevo el viento racheado del Norte. Las grandes velas de los buques cristianos se hincharon una vez más y pudieron pasar precipitadamente en medio de la fuerza naval turca para ponerse a salvo en la cadena. En medio de la oscura confusión, Balta Oghe no logró reorganizar su flota. Mientras el sultán profería órdenes e imprecaciones contra él, Balta Oghe ordenó la retirada hacia el fondeadero cerca de las Dobles Columnas. Cuando llegó la noche, se abrió la cadena y tres galeras venecianas, al mando de Trevisano, se hicieron a la mar con gran estruendo de trompetería, de modo que los turcos creyesen que serían atacados otra vez por la totalidad de la flota cristiana y permaneciesen a la defensiva. Los navíos victoriosos fueron escoltados, pues, a los fondeaderos seguros del Cuerno de Oro.

Había sido una grande y alentadora victoria. En medio de su entusiasmo, los cristianos declararon que habían perecido diez o doce mil turcos y ni un solo cristiano, si bien murieron dos o tres marineros a consecuencia de las heridas sufridas, unos días después. Según un cálculo aproximado, las pérdidas turcas sobrepasaron ligeramente el centenar de muertos y más de trescientos heridos, y las cristianas, veintitrés muertos y casi la mitad de los tripulantes sufrieron algunas heridas. Sin embargo,

los barcos habían conseguido traer un refuerzo tan esperado de fuerzas de combate e inestimable suministro de armas y víveres. Demostraron, además, la superioridad de la marina cristiana [1].

El sultán estaba rabioso. Aunque sus pérdidas no habían sido considerables, la humillación y el detrimento de la moral turca eran graves. En una carta que le escribió inmediatamente uno de los principales jefes religiosos en el campamento, el jeque Ak Shemseddin, se le decía que el pueblo le censuraba por sus errores y falta de autoridad, con la orden severa de castigar a los culpables responsables para que no se repitieran semejantes desastres también entre las fuerzas de tierra [2]. Al día siguiente, el sultán hizo comparecer en su presencia a Balta Oghe y públicamente le motejó de traidor, de cobarde y mentecato, y ordenó que se le decapitase. El desgraciado almirante, el cual fue gravemente herido en un ojo por una piedra lanzada desde uno de sus propios barcos, fue librado de la muerte únicamente por el testimonio que dieron sus oficiales de su tesón y coraje personales. Se le sentenció, no sólo a quedar privado de sus cargos de almirante y gobernador de Gallípoli, que se otorgaron a uno de los íntimos del sultán, Hamza Bey, sino también de todos sus bienes personales, que se repartieron entre los jenízaros. Luego fue apaleado y soltado, pasando el resto de sus días en el más completo olvido [3].

Desde que sus barcos fracasaron en forzar la cadena, Mahomet se preguntaba cómo lograría controlar el Cuerno de Oro. Esta amarga derrota le determinó a actuar inmediatamente. Mientras la batalla naval era más encarnizada, el 20 de abril, no cesó el bombardeo de las murallas. El 21 se reanudó más implacablemente que nunca. En el transcurso del día fue derrumbada una gran torre,

cerca del valle del Lycus, conocida por Bactatinia, y gran parte de la muralla exterior, más abajo, fue destruida. Si los turcos hubiesen ordenado un asalto general, habría sido imposible —así pensaban los defensores— haberlos detenido. Pero el sultán no estaba presente ese día y por tanto no se dio la orden. Al llegar la noche taparon la brecha con tablones, tierra y cascotes[4].

Mahomet había pasado el día en las Dobles Columnas. Su ingenio acabó laboriosamente por hallar la respuesta al problema: fue, probablemente, un italiano a su servicio quien le sugirió que los barcos podían ser transportados por tierra. Los venecianos, en una de sus recientes campañas lombardas, llevaron triunfalmente toda una flotilla sobre plataformas giratorias desde el río Po al lago Garda. Pero allí el terreno era llano. Transportar barcos desde el Bósforo hasta el Cuerno de Oro por una loma que tenía una altura de no menos de doscientos pies sobre el nivel del mar, era un arduo problema. Empero, el sultán no carecía ni de fuerzas de combate ni de material. Durante los primeros días de asedio sus ingenieros construyeron un camino que, al parecer, iba desde Tofane hacia el alto valle que conduce a la actual plaza de Taksim, luego torcía un poco hacia la izquierda y descendía por el valle debajo de la actual embajada británica hacia el terreno bajo, cerca del Cuerno de Oro, que los bizantinos llaman el valle de los Manantiales, conocido actualmente por Kasimpasa. Aunque los marineros en el Cuerno de Oro o los habitantes de Pera se dieron cuenta de que se construía el camino, indudablemente supondrían que lo que deseaba el sultán sencillamente era facilitar el acceso a su base naval de las Dobles Columnas. Aquí se había almacenado madera para construir plataformas rodantes para los barcos y una especie de tranvía; se fundieron ruedas de me-

tal y se reunieron yuntas de bueyes. Mientras tanto, se emplazaron varios cañones en el valle de los Manantiales.

El 21 de abril se aceleraron las obras. Mientras miles de artesanos y obreros ultimaban los preparativos, el sultán ordenó que los cañones detrás de Pera bombardeasen continuamente la cadena para que los barcos allí surtos pudiesen ser distraídos, en tanto que el negro humo formaría una cortina que impidiese ver el Bósforo y ocultase las actividades desarrolladas allí. Por un error de cálculo deliberado, algunos de los proyectiles cayeron en las mismas murallas de Pera con el fin de mantener apartados de ellas a los habitantes de la ciudad y que así no pudiesen espiar.

Fue en los primeros albores del amanecer del domingo 24 de abril cuando se inició el extraño desfile de barcos. Las plataformas fueron arriadas en el agua y los barcos amarrados sobre ellas; luego los desembarcaron por medio de poleas y delante de cada uno se engancharon yuntas de bueyes con equipos de hombres para desatollarlos en los trayectos del camino más fragosos y difíciles. En cada embarcación, los remeros ocupaban sus puestos, accionando los remos en el aire cuando los oficiales iban de arriba abajo dando las voces de mando. Llevaban las velas izadas exactamente como si los navíos navegaran. Ondeaban las banderas, redoblaban los tambores y sonaban los pífanos y las trompetas mientras los barcos eran arrastrados hacia la colina como si se tratase de un carnaval fantástico. Una pequeña fusta iba en cabeza. Una vez que logró coronar la primera la empinada loma, unos setenta trirremes, birremes, fustas y parandarias se sucedieron con rapidez [5].

Mucho antes del mediodía, los marineros cristianos del

Cuerno de Oro y los vigías de las murallas sobre el puerto contemplaron horrorizados el extraño desfile de barcos que bajaban la colina, frente a ellos, hacia las aguas del Cuerno de Oro, cerca del valle de los Manantiales. En la ciudad hubo consternación. Antes de que el último bajel se hubiera deslizado hacia el puerto, el bailío veneciano había consultado con el emperador y Giustiniani y por consejo de ellos convocó a los capitanes de barco venecianos a una discusión confidencial a la que únicamente asistía Giustiniani como profano. Se hicieron varias sugerencias. Se propuso que los genoveses de Pera fueran inducidos a efectuar un ataque general contra la flota turca surta en el puerto. Con ayuda de sus barcos, que hasta ese momento no habían tomado parte en la lucha, se podría fácilmente vencer a los turcos en combate abierto. Mas era improbable que Pera abandonase su neutralidad y, en cualquier caso, se perdería tiempo en las imprescindibles negociaciones. Se hizo otra propuesta que consistía en desembarcar hombres en la orilla opuesta para destruir los cañones turcos del valle de los Manantiales y así tratar de incendiar sus naves. Pero no había suficientes fuerzas de combate en la ciudad para aventurarse a una operación tan arriesgada. Finalmente, el capitán de una galera procedente de Trebisonda, de nombre Giacomo Coco, propuso que se llevara a cabo inmediatamente y durante la noche un intento de quemar los barcos, y se ofreció a conducir personalmente la expedición. Se aceptó su ofrecimiento por el Consejo, que decidió actuar sin avisar a los genoveses de Pera. Había que mantener el secreto a toda costa y los venecianos estaban dispuestos a facilitar los buques necesarios.

El plan de Coco consistía en enviar dos grandes transportes al frente con sus costados protegidos contra los

proyectiles por balas de algodón y lana. Los seguirían dos grandes galeras para rechazar cualquier ataque. Ocultas tras estos grandes barcos, dos pequeñas fustas, movidas por remeros, se deslizarían sin ser vistas por entre los navíos turcos, cortando las amarras de las anclas y derramando líquido inflamable sobre ellos. Pese a la contrariedad de Coco, se decidió esperar hasta la noche del 24 de abril para llevar a cabo la intentona con el fin de que los barcos venecianos tuviesen tiempo de prepararse. Desgraciadamente, no se guardó el secreto; no se sabe cómo se enteraron los genoveses de Pera y estallaron en cólera al verse excluidos, sospechando que los venecianos les querían arrebatar el triunfo. Para apaciguarlos, se llegó a un acuerdo para que los genoveses suministrasen un navío. Pero no tenían ninguno disponible, así que insistieron en que hubiera otro aplazamiento hasta el 28 de abril. Fue una decisión desastrosa. Todo ese tiempo lo pasaron los turcos aumentando el número de cañones en el valle de los Manantiales, y era imposible mantener en secreto todos los preparativos. Las noticias llegaron a Pera y a un genovés a sueldo del sultán.

El sábado, 28 de abril, dos horas antes del alba, dos grandes transportes, uno veneciano y otro genovés, acolchados con balas de algodón y lana, salieron silenciosamente del refugio de las murallas de Pera, acompañados por dos galeras venecianas, cada una de las cuales llevaba cuarenta remeros, al mando personal de Trevisano y de su lugarteniente, Zaccaria Grioni. Iban seguidos por tres fustas ligeras, cada una de las cuales contaba con setenta y dos remeros, acompañados por Coco en el buque insignia y por unos cuantos pequeños navíos que transportaban materiales inflamables. Al iniciar la salida, los marineros observaron un leve y brillante resplandor desde una de

las torres de Pera. ¿Sería una señal para los turcos? Mas, conforme se acercaban a la flota turca, todo parecía tranquilo. Los transportes pesados y las galeras avanzaban entre las serenas aguas y Coco estaba cada vez más impaciente. Se dio cuenta de que su barco los podía dejar atrás; por eso, ávido de pelear y de gloria, pasó con las fustas a través de la línea y se abrió camino hacia los turcos. Sonó un gran estampido cuando los cañones turcos abrieron fuego desde la costa. Habían sido descubiertos. Fue alcanzado el barco de Coco por uno de los primeros disparos. Minutos después, un disparo certero en pleno centro del buque lo echaba a pique. Algunos marineros pudieron nadar hasta la orilla, pero muchos de ellos, incluido Coco, perecieron. Otras fustas con las pequeñas embarcaciones que le seguían la pista contribuían a la defensa facilitada por las galeras. Pero en el mismo momento en que avanzaban, los cañones turcos mantenían un fuego graneado, orientando la puntería por la luz de los resplandores y sus fogonazos. Fueron alcanzados repetidas veces dos transportes que estaban enfrente. Las balas de algodón los preservaron de graves daños, pero sus marineros estaban demasiado ocupados en apagar el fuego provocado por los disparos para hacer algo por las pequeñas embarcaciones, muchas de las cuales se hundieron. Los turcos concentraron toda su atención en la galera de Trevisano. Dos disparos desde la falda de la colina la golpearon con tal violencia que empezó a hacer agua. Trevisano y su tripulación comenzaron a lanzar los botes salvavidas, abandonándola. Tras este éxito, a la mortecina luz de la amanecida, los barcos turcos se lanzaron al ataque. Pero los cristianos lograron desembarazarse de ellos. Tras hora y media de combate, dos escuadras regresaron a los fondeaderos.

Cuarenta marineros cristianos nadaron hacia la orilla

donde se hallaban las líneas turcas. Después, durante el día, fueron sacrificados a la vista de la ciudad. Como venganza, doscientos sesenta prisioneros turcos que estaban en la ciudad fueron conducidos a las murallas y degollados a la vista de los turcos.

La batalla demostró una vez más la superioridad de los cristianos sobre los turcos en cuanto a calidad de barcos y de marina. Mas no por ello habían dejado de sufrir una gran derrota. Habían perdido una galera, una fusta y, aproximadamente, unos noventa de sus mejores marineros. Únicamente fue destruido un barco turco. El desaliento de la ciudad fue enorme. Era obvio que los turcos no podían ser desalojados del Cuerno de Oro. No habían logrado aún el dominio completo sobre él y la flota cristiana seguía manteniéndose a flote. Pero el puerto ya no estaba seguro y la extensa línea de las murallas, frente a él, tampoco estaba libre del peligro de un ataque. A los griegos, que recordaban que por estas murallas fue por donde, en 1204, penetraron los cruzados, la perspectiva les parecía muy sombría, y el emperador y Giustiniani estaban desesperados por saber cómo podrían ahora defender todos los baluartes.

Habiendo introducido casi la mitad de su flota en el Cuerno de Oro y frustrado la intentona de los cristianos de desalojar a los intrusos, Mahomet había obtenido una gran victoria. Parecía que seguía creyendo que podría apoderarse de Constantinopla abriendo brecha en las murallas, mas ahora podía amenazar siempre las murallas del puerto, mientras siguiese manteniendo bastantes barcos fuera de la cadena para el bloqueo de la ciudad. Además, si una flota de socorro llegase y se las arreglase para forzar el bloqueo, no habría paz en el puerto. La nueva situación le dio, asimismo, un control más riguroso de Pera. El papel representado por los genoveses había sido des-

honrosamente ambiguo. El gobierno de Génova dejó manos libres a las autoridades locales, si bien les aconsejase, probablemente, que siguieran una política neutral. Y así lo hicieron de modo oficial. Todas las simpatías de la colonia iban hacia sus correligionarios cristianos del puerto. Muchos de los ciudadanos se unieron a Giustiniani. Los comerciantes de la colonia seguían comerciando con Constantinopla, enviándole cuantos artículos podían reservar. Otros, desde luego, traficaban igualmente con los turcos, aunque muchos de ellos actuaban como espías, trayendo a Giustiniani la información que recogían en el campo turco. Las autoridades comprometieron tanto su neutralidad, que permitieron que la cadena del puente se sujetase a un extremo de sus murallas y, si bien sus barcos no habían tomado parte alguna en la lucha —al parecer—, sus marinos solían prestar pequeños servicios a los barcos en la cadena. Pero era duro para todo genovés estimar a los griegos y, más todavía, a los venecianos. Unos cuantos heroicos soldados, como Giustiniani y los hermanos Bocchiardi se lanzaron con todo el corazón a la batalla; sin embargo, en Pera, donde el ciudadano corriente no se consideraba amenazado de momento, tal heroísmo parecía un tanto extravagante.

Griegos y venecianos les pagaban con la misma moneda, aunque admiraban sinceramente a Giustiniani, estaban dispuestos a seguir sus órdenes y elogiaban generosamente a otros valientes genoveses. Pero les parecía Pera como un nido de traidores a la Cristiandad. Sin duda, el sultán mantenía sus espías allí, como lo demostró la historia de la última batalla. Según se creía, seguramente alguno en Pera pudo enterarse de los preparativos del sultán para trasladar sus barcos por un camino tan próximo a las murallas de Constantinopla. Aun cuando no hubiera

podido evitarse, probablemente hubiera sido posible enviar algún aviso sobre los preparativos a través del puerto. El arzobispo Leonardo, también genovés, escribió con cierto apuro sobre el comportamiento de sus paisanos [6].

Empero, si bien los cristianos de Constantinopla estaban descontentos de los ciudadanos de Pera, mucho más lo estaba el sultán. No intentaría ocupar la colonia hasta tener en sus manos las riendas del asedio de Constantinopla. Para tomarla por asalto, consumiría más hombres y máquinas de los que podía ahorrar por el momento, y cualquier paso que diese contra ella es probable que atrajese a alguna flota genovesa camino de Oriente, y perdería el dominio de los mares. Mas ahora que sus barcos ya estaban en el Cuerno de Oro, cercó a Pera. Los mercaderes ya no podían transportar sus mercancías a través del puerto de Constantinopla trayendo las últimas noticias sobre el campamento turco. A menos que Pera se dispusiese a romper su neutralidad, poco más podía hacer para ayudar a la causa cristiana y, al parecer, el sultán estaba satisfecho al saber por sus agentes destacados allí que las autoridades no correrían tal riesgo [7].

Asimismo, el sultán mejoraría ahora las comunicaciones con el ejército de Zaganos, en las alturas detrás de Pera, y con el cuartel general naval. Hasta entonces el único camino daba un largo rodeo por la cabecera pantanosa del Cuerno de Oro, si bien había un atajo a través de un difícil vado, aguas arriba. Ahora, con sus barcos en el Cuerno de Oro para protegerle, podía levantar un puente a lo largo del puerto, justo más arriba de las murallas de la ciudad. Se trataba de un pontón construido con cerca de cien barriles de vino amarrados unos con otros fuertemente por pares a todo lo largo del puerto, formando un ancho pasadizo y dejando un corto espacio entre cada par.

Sobre los barriles se habían colocado vigas, y sobre estas, tablones. Cinco hombres podían caminar de frente sobre ellos y podían soportar pesados carros. Sujetas al pontón había plataformas flotantes, cada una de las cuales era lo suficientemente sólida como para aguantar el peso de un cañón. De esta forma era posible trasladar rápidamente tropas desde la costa de Pera hasta las murallas de Constantinopla, protegidas por el cañoneo, en tanto que había la posibilidad de resguardar los cañones en otro recodo frente a las murallas del barrio de Blachernas [8].

Los cristianos siguieron manteniendo la mayoría de sus navíos en la cadena para impedir la unión de las dos flotas turcas y acoger a cualquier flotilla de refresco que llegase, tal vez, y los turcos no se arriesgarían a atacarlos en varios días. Mas su presencia no podía disimular el hecho de que la defensa había perdido el control del Cuerno de Oro.

NOTAS

[1] Frantzés, *op. cit.*, págs. 247-250; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 52-55; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, pág. 335; Chalcocondilas, *op. cit.*, págs. 389-390; Barbaro, *op. cit.*, págs. 23-26; Leonardo de Quíos, col. 930-931; Dolfin, *op. cit.*, págs. 17-18; Pusculus, *op. cit.*, págs. 68-69. Ducas afirma que había cuatro navíos genoveses y uno imperial, y Chalcocondilas, uno genovés y otro imperial; mas los relatos de los testigos oculares coinciden en que había tres genoveses y uno imperial: Barbaro habla de que los genoveses acudieron seducidos por el ofrecimiento del emperador de que podrían importar víveres libres de derechos. Leonardo afirma que trajeron soldados, armas y dinero para la defensa, y Critóbulo asevera que los había enviado el Papa.

[2] Sobre la carta del jeque y la reacción del general turco, véase Inalcik, «Mehmed the Conqueror», en *Speculum*, XXXV, págs. 411-412, y *Fateh Devri*, pág. 217.

[3] Barbaro, *op. cit.*, pág. 26; Critóbulo, *op. cit.*, pág. 55; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, pág. 336.

[4] Barbaro, *op. cit.*, pág. 26; Frantzés, *op. cit.*, págs. 246-247; Leonardo de Quíos, col. 931.

[5] Barbaro, *op. cit.*, págs. 27-28; Frantzés, *op. cit.*, págs. 250-252; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 55-56; Leonardo de Quíos, col. 930, que vitupera a un veneciano por haber sugerido la idea al sultán; Tetaldi, col. 1820-1821; Pusculus, *op. cit.*, págs. 69-70; Dolfin, *op. cit.*, pág. 16; «El Jenízaro Polaco», cap. XXIV; Ashikpashazade, pág. 198; Saad ed-Din, *The Capture of Constantinople*, trad. inglesa de Gibb, págs. 20-21. Ashikpashazade dice que fueron transportados 70 navíos, si bien las fuentes de Saad ed-Din sugieren un número mucho mayor; Evliya Chelebi habla de 50 galeras y 50 buques pequeños (en Turkova, «Le Siège de Constantinople», págs. 5-6). «El Jenízaro Polaco» habla de 30 navíos. Las fuentes cristianas contemporáneas oscilan entre 67 buques (Critóbulo) y 80 (Tetaldi). Yo sigo a Pears, *The Destruction of the Greek Empire*, págs. 443-446, en la creencia de que los navíos fueron subidos por el empinado y estrecho valle detrás de Tofane antes que por el más amplio valle hacia Sisli, camino mucho más largo.

[6] Barbaro, *op. cit.*, págs. 28-33; Frantzés, *op. cit.*, págs. 257-258; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 56-57; Leonardo de Quíos, col. 932-933; Tetaldi, col. 1821; Pusculus, *op. cit.*, págs. 72-75; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, págs. 347-348. Critóbulo, cuyas pruebas provienen, probablemente, de fuentes turcas, y Ducas, cuyos testimonios proceden, en gran parte, de fuentes genovesas, afirman que el sultán recibió un mensaje de Pera para prevenirle. Barbaro, cuyo odio a los genoveses lo hace sospechoso, afirma que el podestá de Pera en persona envió un mensaje al sultán. Leonardo de Quíos, también genovés, insinúa que los genoveses eran censurables.

[7] En cuanto a las relaciones del sultán con Pera, véase nota 6 del capítulo VIII.

[8] Frantzés, *op. cit.*, pág. 252; Critóbulo, *op. cit.*, pág. 57; Barbaro, *op. cit.*, págs. 43-44; Leonardo de Quíos, col. 931; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, pág. 349; Chalcocondilas, *op. cit.*, pág. 388; Kodja Effendi, Ms., pág. 170, citado en Lebeau, *Histoire du Bas Empire*, XXI, pág. 265. La placa erigida en 1953 para señalar el lugar por donde el puente se extendía hasta la costa de Estambul tiene que estar en sitio erróneo, ya que el puente no conducía, con evidencia, a un estrecho litoral dominado por las potentes fortificaciones de Blanchernas, separado por el canal de Diedo del resto del ejército turco, sino a un lugar allende las líneas de las máquinas de guerra sobre las murallas. No obstante, Barbaro, que nos da la más completa descripción, así como la fecha de su ejecución, afirma que, al final, se estrechaba bajo la «barricada», con lo cual quiere significar por lo visto la muralla de Blachernas.

Capítulo VIII

LAS ESPERANZAS SE DESVANECEN

El sultán no secundó su victoria con una intentona cualquiera de asaltar la ciudad, sino que por el momento prefirió acosar y agotar a la defensa. Nunca cesaba el bombardeo de las murallas terrestres. Todas las noches, equipos de ciudadanos tenían que acudir a hacer los arreglos que podían. Los cañones desde las plataformas del nuevo pontón batían el barrio de Blachernas. De cuando en cuando los navíos turcos saldrían de sus fondeaderos por el Cuerno de Oro y actuarían como si atacasen las murallas más arriba del puerto. Los barcos griegos y venecianos habían de estar alertas para interceptarlos. Apenas si en una semana se daba alguna batalla cuerpo a cuerpo y sin pérdida de vidas humanas. Mas Constantinopla se encaraba con otros problemas. Las provisiones escaseaban cada vez más. Los hombres que debían ocupar sus puestos en las murallas pedían continuamente permiso para regresar a la ciudad a buscar comida para sus mujeres e hijos. En los primeros días de mayo, la penuria llegó a tal extremo, que el emperador se vio obligado a reunir de nuevo fondos procedentes de las iglesias y per-

somas particulares, y con este dinero comprar todas las provisiones que pudo hallar, estableciendo una comisión que cuidase de su equitativo reparto, la que llevó a cabo perfectamente su cometido. Aunque las raciones eran reducidas, cada familia recibió su parte y ya no hubo graves quejas. Pero las huertas de la ciudad daban poco rendimiento en esta estación del año y los barcos pesqueros ya no podían hacerse a la mar con seguridad, incluso en el Cuerno de Oro. El número de cabezas de ganado bovino y ovino nunca fue elevado, y cada vez disminuía más, así como las reservas de trigo. Al menos que les enviasen víveres desde fuera —incluso más que hombres—, los soldados y ciudadanos estarían condenados irremisiblemente a la rendición [1].

Obsesionado por ello, el emperador convocó a los principales venecianos, así como a sus notables, y propuso que había que expedir un barco ligero, Dardanelos abajo, al encuentro de la flota que Minotto había prometido que enviaría Venecia. Esto ocurrió el 26 de enero cuando Minotto escribió a Venecia solicitándolo, pero no se había recibido respuesta alguna. En Constantinopla todos ignoraban las demoras de Venecia, pues desde que la carta de Minotto llegó a manos del Senado, alrededor del 19 de febrero, ya habían transcurrido dos meses antes de que zarpase la flota de socorro. El emperador tenía mucha confianza en el capitán general Loredan, quien —según se decía— era un valiente capitán cristiano. Este ignoraba las instrucciones dadas al almirante Alviso Longo el 13 de abril, a saber: que trasladase la flota lo más rápidamente posible hasta Ténedos, deteniéndose únicamente un día en Modon para reavituallarse. En Ténedos permanecería en el fondeadero hasta el 20 de mayo para tenerle al corriente de la fuerza y movimientos de la flota turca.

En esa fecha se reuniría con él el capitán general con sus galeras y las de Creta. Entonces toda la flota se haría a la vela hacia los Dardanelos y se abriría camino hacia la ciudad sitiada. Tampoco se sabía en Constantinopla que sólo se dio orden a Loredan de dejar Venecia el 7 de mayo. Navegó hasta Corfú, donde se reuniría con él la galera del gobernador y lo conduciría a Negroponte. Aquí se unirían a él dos galeras cretenses y todas juntas zarparían hacia Ténedos. En caso de que Longo ya hubiera salido de Constantinopla, una galera iría tras él para informarle y escoltarle estrechos arriba. Empero, no debía provocar a los turcos hasta llegar a Constantinopla, donde habría de ponerse a disposición del emperador, subrayando ante él los grandes sacrificios hechos por Venecia para venir en su ayuda. En caso de que Constantino hubiese ya firmado la paz con los turcos, el capitán general iría a Morea y emplearía sus fuerzas para obligar al déspota Tomás a restituir algunos de los pueblos que se había anexionado ilegítimamente. El 8 de mayo, el Senado tomó varias decisiones suplementarias. Si Loredan tuviese noticias durante el viaje de que el emperador no había firmado la paz, debería verificar si Negroponte se hallaba en adecuada situación de defenderse. Además iría acompañado por un embajador, Bartolomeo Marcello, quien habría de dirigirse inmediatamente a la corte del sultán y tranquilizar a Mahomet de las intenciones pacíficas de la república, ya que el capitán general y sus fuerzas habían venido, simplemente, como escolta de los buques mercantes dedicados al comercio de Oriente y a velar por los legítimos intereses venecianos. Había que instar al sultán a firmar la paz con el emperador y a este a que aceptase cualquier condición razonable. Mas en caso de que Mahomet estuviese determinado a continuar con su empresa, el em-

bajador no debía insistir, sino que volvería a informar al Senado.

Las instrucciones del Senado fueron cuidadosamente pensadas y hubieran sido eficaces si se hubiera dispuesto de tiempo ilimitado. Pero nadie en Venecia entendía aún la tenacidad del carácter del sultán ni la magnífica clase de sus armas bélicas. Se conocía la amenaza contra Constantinopla, mas todos creían que la gran ciudad fortificada resistiría de cualquier forma indefinidamente [2].

El Papa, pese a su ansiedad, estaba aún más tranquilo. Sólo el 5 de junio —una semana después de que todo hubiera terminado— fue cuando su representante, el arzobispo de Ragusa, informó al Senado de la propuesta de Su Santidad sobre las cinco galeras que habían de prestarle los venecianos para la liberación de Constantinopla. Pagaría catorce mil ducados, montante de los salarios de las tripulaciones durante cuatro meses. Se hizo saber al arzobispo que no era suficiente. Este regresó a Roma con la petición de que el Papa había de sufragar igualmente parte del armamento, pero entretanto debían disponerse las galeras para el viaje [3].

Ignorando todos estos retrasos y con la esperanza de establecer rápidamente contacto con la flota veneciana, un bergantín véneto de la flotilla del Cuerno de Oro, con doce voluntarios a bordo, todos ellos disfrazados de turcos, fue remolcado hacia la cadena en la tarde del 3 de mayo. A medianoche se retiró la cadena para dejarle pasar. Enarbolando el pabellón turco, navegó sin dificultad con viento del Norte a través del mar de Mármara y se adentró por el Egeo [4].

En la ciudad de Constantinopla la tensión empezaba a delatar el nerviosismo de sus defensores. La mutua antipatía entre venecianos y genoveses estalló en querellas

públicas. Los venecianos echaban en cara a los genoveses el desastre del 28 de abril. Estos replicaban que la culpa fue de la imprudencia de Coco. Así pues, acusaban a los venecianos de haber puesto fuera de peligro a sus barcos en cuanto la ocasión se presentó. Los venecianos indicaban que tenían que desmontar los timones de varias galeras y repararlos, así como las velas en la ciudad. ¿No hacían lo mismo los genoveses? Estos hicieron notar que no era su intención subestimar la eficacia de sus bajeles, especialmente teniendo en cuenta que muchos de ellos tenían mujeres e hijos en Pera. Cuando los venecianos improperaban cada vez más a los genoveses de mantener contacto con el campamento del sultán, los genoveses replicaron que todas las negociaciones llevadas a cabo por ellos lo fueron con pleno conocimiento del emperador, cuyos intereses coincidían con los suyos. Las recriminaciones fueron tan manifiestas que el emperador, desesperado, conminó a los jefes de ambos bandos y les rogó que se aplacase: «¡Ya tenemos bastante con la guerra fuera de nuestras puertas! —exclamó—. ¡Por Dios misericordioso, no se hagan la guerra unos a otros!» Estas palabras surtieron efecto. Se mantuvo la cooperación con el exterior, pero siguió la malevolencia[5].

Es probable que durante esos días el emperador tratase de negociar con el sultán. Al parecer, los genoveses de Pera intentaron explorar el terreno en nombre del emperador. Mas el ofrecimiento del sultán siguió inalterable: Constantinopla debía rendirse incondicionalmente; el sultán garantizaría a los ciudadanos sus vidas y haciendas. El emperador podía retirarse, si lo deseaba, a Morea. Las condiciones eran inaceptables. Nadie en la ciudad, cualesquiera que fuesen sus miras políticas, reconsideraría ahora la humillación de una rendición ni nadie confiaba

demasiado en la clemencia del sultán. Sin embargo, entre los consejeros del emperador había varios que creían que este huiría de la ciudad. Sería mejor organizar una campaña contra los turcos desde fuera que desde dentro. Sus hermanos y muchos simpatizantes de todos los puntos de los Balcanes se agruparían con seguridad bajo sus banderas, incluyendo tal vez al bravo Scanderberg, y animaría a la Europa occidental a cumplir con su deber. Mas Constantino, tranquila y firmemente se negó a escucharlos. Temía que, en caso de abandonar Constantinopla, se desintegrara la defensa; si la ciudad tenía que perecer, perecería con ella [6].

Los genoveses de Pera tenían buenas razones para desear la paz. El 5 de mayo, los cañones turcos iniciaron el bombardeo por encima de la ciudad contra los barcos cristianos que estaban junto a la cadena. Su objetivo especial eran los navíos venecianos, mas un proyectil de doscientas libras de peso cayó sobre un buque mercante genovés, que llevaba un valioso cargamento de seda, y lo hundió. Dicho buque pertenecía a un comerciante de Pera y estaba fondeado muy cerca de las murallas. El municipio presentó inmediatamente sus quejas al sultán, declarando lo que valía para él la neutralidad de Pera. Los ministros del sultán acogieron la misión con despotismo. Sus artilleros no podían saber —afirmaron— si se trataba de un barco hostil o de un barco «pirata» que venía a ayudar a sus enemigos. Pero si el dueño pudiese probarlo ante el sultán, una vez conquistada Constantinopla, se estudiaría el asunto y se le compensaría con creces [7].

Durante los primeros días de mayo el gran cañón de Orbán se había descompuesto. Hacia el 6 de mayo quedó arreglado y el cañoneo contra las murallas de la parte de tierra se hizo más intenso, mientras los navíos turcos

—como era obvio— se disponían al combate. Los defensores sospechaban que serían atacados al día siguiente y se preparaban para ello. Cuando llegó el asalto, cuatro horas antes de la puesta del sol, el 7 de mayo, sólo iba dirigido contra el sector del Mesoteichion, en las murallas terrestres. Gran contingente de turcos armados como de ordinario con escalas y ganchos en las puntas de sus lanzas, se lanzaron hacia el foso cegado. La encarnizada batalla duró tres horas, pero no lograron forzar la entrada por las ruinosas murallas y la barricada. Se hablaba de prodigios de valor por parte de los soldados griegos llamados *rhangabe,* de los que se afirmaba que habían partido en dos al portaestandarte del sultán, Amir Bey, que se había rendido y a quien se dio muerte[8].

Aunque la marina turca no había atacado esa noche, la situación en el Cuerno de Oro parecía tan incierta que al otro día los venecianos decidieron descargar todo el material bélico guardado en sus barcos y almacenarlo en el arsenal imperial. El 9 de mayo se resolvieron, además, a que todos sus barcos —excepto los necesarios para custodiar la cadena— se trasladarían a un pequeño puerto conocido por Neorion o el Prosforiano, justo dentro de la cadena, por debajo de la Acrópolis, y las tripulaciones serían llevadas en auxilio de los defensores de los barrios de Blachernas, donde las murallas habían sufrido serios daños por el fuego de los cañones del pontón. Algunos marineros en un principio lo aceptaron de mala gana. Hasta el 13 de mayo no se ultimó el acuerdo. La misión esencial de los marineros era procurar reconstruir la muralla que protegía el barrio[9].

Por poco no llegaron a tiempo. La tarde anterior los turcos habían desencadenado un ataque en gran escala, esta vez en el terreno elevado, cerca del punto de unión

entre la muralla de Blachernas con la de Teodosio. Se acercaba la media noche cuando se inició el asalto. Fue rechazado y pronto se disuadió a los turcos: las murallas por este lado seguían siendo un baluarte inexpugnable [10].

El 14 de mayo el sultán, satisfecho ante la perspectiva de que el traslado de los venecianos no supondría un ataque a sus navíos en el Cuerno de Oro, llevó sus baterías desde las colinas detrás del valle de los Manantiales y las transportó a través del nuevo puente para bombardear la muralla de Blachernas en el sector por donde se empinaba la loma. Aquí causaron poco daño. Por ello, uno o dos días más tarde, las trasladó de nuevo para reunirlas con las del valle del Lycus. Aquí pudo comprobar el sultán que este era el sector más vulnerable al ataque. Desde ese momento el bombardeo de otros sectores de las murallas fue sólo intermitente, mas aquí, al aumentar el número de cañones, podía continuar indefinidamente [11].

El día 16 y luego el 17, el grueso de la flota turca zarpó de las Dobles Columnas para hacer una prueba contra la cadena. Esta seguía bien defendida y las dos veces los barcos se retiraron sin disparar una flecha ni un tiro. Idéntica maniobra se realizó el 21. Vino toda la flota tocando tambores y trompetas. Era tan amenazadora que repicaron las campanas de Constantinopla para avisar a todos. Una vez más, tras recorrer de arriba abajo toda la cadena, los barcos tomaron puerto tranquilamente en su fondeadero. Esta fue la única ocasión en que la cadena estuvo amenazada. Es probable que la moral de los marineros —algunos de los cuales eran turcos de nacimiento— no fuese muy alta y ni el sultán ni su almirante deseaban exponerse a la humillación de otra derrota [12].

Entretanto, a las operaciones de tierra se habían añadido los intentos de poner minas bajo las murallas. El sul-

tán inició tales operaciones durante los primeros días del asedio, pero carecía de suficientes zapadores expertos. Ahora Saragos Bajá entresacó de sus tropas muchos zapadores profesionales de las minas de plata de Novo Brodo, en Serbia. A estos se les ordenó que pusieran una mina bajo las murallas, en un sitio cerca de la puerta Carisia, donde se pensaba que el terreno ofrecía más posibilidades. Comenzaron a trabajar con mucho retraso en la esperanza de que la noticia no trascendería, pero la empresa de poner minas bajo el foso lo mismo que bajo las murallas era demasiado ardua. Se abandonó esta mina y en su lugar se empezó a minar bajo la muralla de Blachernas únicamente, junto a la puerta Caligaria. El 16 de mayo los defensores descubrieron estos trabajos. El megadux Lucas Notaras, cuya ocupación consistía en paliar tales eventualidades, recurrió a los servicios del ingeniero Juan Grant. A su requerimiento, Grant puso una contramina y consiguió penetrar en la mina turca, donde quemó las entibaciones. La cumbrera se derribó sepultando a varios mineros. Este fracaso desanimó a los zapadores turcos durante varios días, pero el 21 de mayo continuaron minando en varios puntos de la muralla, principalmente en el sector próximo a la puerta Caligaria. El contraminado estaba a cargo de las tropas griegas de Notaras y la dirección la llevaba Grant. En algunos casos fue posible ahuyentar de los túneles a los zapadores enemigos fumigándolos fuera; en otros, inundando las minas con el agua de las cisternas destinadas a llenar el foso [13].

El sultán ya había empleado otro recurso. En la mañana del 18 de mayo los defensores quedaron espantados al ver una gran torre de madera sobre ruedas, en pie, fuera de las murallas del Mesoteichion. Los turcos la habían montado durante la noche. Consistía en un tinglado de

madera recubierto de tiras de piel de buey y cuero de camello, con peldaños en su interior que conducían a la plataforma superior, de la misma altura que la muralla exterior de la ciudad. La plataforma iba bien provista de escalas, que se emplearían en el momento en que la torreta avanzase contra la muralla, aunque su objetivo principal era proteger a los obreros ocupados en terraplenar el foso. La experiencia dio resultado en los primeros intentos de un asalto y de ella aprendió el sultán que el foso era un obstáculo y debía construir un camino firme a través de él. Todo el día 18 sus hombres trabajaron en construir un camino sobre el foso, mientras la torreta se mantenía en pie sobre ellos, al borde de la zanja, frente a una torre destruida por su artillería y cuyos cascotes se habían desplomado dentro de la zanja. Al oscurecer, la obra ya estaba casi terminada, a pesar de la encarnizada oposición. Se había colmado parte del foso con los cascotes, piedras, tierra y broza, y se había avanzado la torreta de lado hacia el terraplén para probar su resistencia. Pero durante la noche algunos de los defensores se deslizaron y colocaron barriletes de pólvora en el terraplén. Cuando prendieron fuego se oyó una gran explosión y la torreta de madera quedó envuelta en llamas y se vino abajo matando a los hombres que estaban en ella. A la mañana siguiente ya estaba medio desescombrado el foso otra vez y reconstruida la muralla contigua y la empalizada. Idéntico fracaso sufrieron otras torretas construidas por los turcos. Unas fueron destruidas y las restantes retiradas [14].

Estos éxitos contribuyeron a levantar la moral de los defensores. El 23 de mayo llevarían a cabo su última alentadora experiencia. Ese día, como en los anteriores, los turcos intentaron minar la muralla de Blachernas, pero

en esta circunstancia los griegos pudieron acorralarlos y capturar a muchos mineros, incluido un oficial mayor. Sometido a tormento, les reveló el lugar donde se habían colocado todas las minas turcas. Grant pudo destruirlas una tras otra durante ese día y los siguientes. La última que se destruyó fue una cuya entrada había sido disimulada con una de las torretas de madera del sultán. Si no se hubieran revelado los planes, se habría ignorado el emplazamiento de dicha mina. Desde ese momento los turcos abandonaron las operaciones de destruir con minas [15].

Tal vez se percataran de que la tensión de los defensores trabajaba en su favor. Ya habían muerto muchos cristianos; otros muchos habían sido heridos y todos estaban cansados y hambrientos. Cada vez escaseaba más el suministro de armas y pólvora, y la penuria de alimentos era cada vez mayor. Y, precisamente el 23, día de la victoria contra las minas, las esperanzas cristianas sufrieron un terrible golpe. Esa tarde fue avistado un buque, que viraba de bordo hacia el Mármara perseguido por varios barcos turcos. Logró librarse de ellos y al amparo de la oscuridad se abrió la cadena para dejarle paso. En un principio se pensó que se trataba del precursor de una flota de socorro, pero era el bergantín que había zarpado veinte días antes en busca de los venecianos. Había navegado de un lado a otro a través de las islas del Egeo, pero no halló ningún barco veneciano, ni siquiera rastro de ellos en alta mar. Cuando pareció inútil indagar ya más, el capitán preguntó a los marineros cuáles eran sus deseos. Uno de ellos dijo que era una insensatez volver a una ciudad que, probablemente, ya estaba en poder de los turcos. Pero otros le hicieron callar. Era su deber —afirmaron— regresar a decir al emperador que podía disponer de ellos a vida o muerte. Cuando estuvieron en su pre-

sencia, el emperador lloró mientras les daba las gracias. Ninguna potencia cristiana acudía a librar batalla en favor de la Cristiandad. Constantinopla únicamente podía ahora poner su fe —confesó— en Cristo, en su Madre y en San Constantino, su fundador [16].

Incluso esta fe se sometería a prueba. Había indicios de que el Cielo mismo se volvía contra la ciudad. Durante estos días todos rememoraban las profecías sobre la destrucción del Imperio. El primer emperador cristiano fue Constantino, hijo de Elena; el último llevaba el mismo nombre. Los hombres recordaban, asimismo, una profecía: la ciudad no caería nunca mientras la luna estuviese en cuarto creciente. Esto reconfortó a los defensores cuando tuvieron que afrontar el ataque de las semanas anteriores. Pero el 24 de mayo la luna estaría en plenilunio y con el cuarto menguante volvería el peligro. La noche del plenilunio hubo un eclipse y tres horas de tinieblas. Fue con probabilidad al día siguiente cuando todos los ciudadanos se enteraron del mensaje sin esperanza que trajo el bergantín y el eclipse había deprimido los ánimos, ya desmoralizados, cuando se acudió a la Madre de Dios como último recurso. Su más sagrado icono fue llevado a hombros por los fieles a través de las calles de Constantinopla y todos los que quedaban libres de las murallas se unieron a la procesión. Mientras caminaban lenta y solemnemente, el icono se escurrió súbitamente de las andas que lo transportaban. Cuando los hombres se apresuraron a levantarlo, parecía como si fuera de plomo; sólo con grandes esfuerzos se le pudo colocar de nuevo. Luego, mientras la procesión seguía dando vueltas, estalló sobre la ciudad una tempestad de truenos. Era casi imposible protegerse contra el granizo, y la lluvia caía a torrentes, hasta el extremo de que todas

las calles quedaron inundadas y los niños estuvieron a punto de ser arrastrados por las aguas. Hubo que suspender la procesión. Al otro día, como si tales presagios no hubieran sido suficientes, toda Constantinopla quedó cubierta de una espesa niebla, fenómeno desconocido en estas latitudes en el mes de mayo. La Divina Presencia se ocultaba en la nube para encubrir su salida de la ciudad. Aquella noche, al disiparse la niebla, se observó un resplandor extraño sobre la cúpula de la gran iglesia de Santa Sofía. Se vio también desde el campamento turco lo mismo que por los constantinopolitanos, y los turcos se inquietaron igualmente. El mismo sultán tuvo que ser tranquilizado por sus sabios, quienes interpretaron la señal como prueba de que la luz de la verdadera Fe iluminaría pronto el sagrado templo. Para los griegos y sus aliados italianos esta interpretación no era tan consoladora.

Asimismo se vieron desde las murallas resplandores a lo lejos, tras el campamento turco, donde no podía haber luces. Algunos vigías, confiados, declararon que eran fogatas de campamento de las tropas que venían con Juan Hunyade a liberar la ciudad sitiada. Pero no apareció ningún ejército. Nunca pudieron explicarse estas extrañas luces [17].

Ahora, una vez más, los ministros del emperador vinieron a suplicarle que huyera mientras fuese posible y organizase la defensa de la Cristiandad desde algún lugar seguro donde hallase apoyo. El emperador se hallaba tan abrumado que, durante la conversación de los ministros, se desvaneció. Al volver en sí les repitió una vez más que no abandonaría a su pueblo; moriría con él [18].

El mes de mayo tocaba a su fin y en los jardines y setos vivos las rosas renacían. Pero la luna estaba en cuarto

menguante y hombres y mujeres de Bizancio, la antigua ciudad cuyo símbolo había sido la luna, se disponían a afrontar el desenlace que sabían todos sobrevendría.

NOTAS

[1] Frantzés, *op. cit.*, pág. 256; Barbaro, *op. cit.*, págs. 33-34; Leonardo de Quíos, col. 935.

[2] Barbaro, *op. cit.*, pág. 35; Thiriet, *Regestes*, núms. 2.919-2.923, páginas 185-186.

[3] *Ibíd.*, núm. 2.927, págs. 186-187.

[4] Barbaro, *loc. cit.*; *Slavic Chronicle*, pág. 114 (versión rusa, pág. 95; versión rumana, pág. 79), dice que el emperador pidió ayuda a Morea, a las otras islas y a los territorios de los francos.

[5] Frantzés, *op. cit.*, pág. 258; Leonardo de Quíos, col. 932-933.

[6] Este episodio sólo se refiere en la *Crónica Eslava*, pero el relato del cronista lleva el sello de la autenticidad. *Slavic Chronicle*, pág. 118 (versión rusa, pág. 95; versión rumana, págs. 79-80).

[7] Frantzés, *op. cit.*, págs. 259-260; Barbaro, *op. cit.*, págs. 35-36; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, pág. 347.

[8] Barbaro, *op. cit.*, págs. 36-37; *Slavic Chronicle*, págs. 118-119 (versión rusa, págs. 95-96; versión rumana, págs. 80-81), menciona el heroísmo de Rhangabe.

[9] Barbaro, *op. cit.*, págs. 37-39.

[10] Barbaro, *op. cit.*, pág. 39; *Slavic Chronicle*, págs. 119-120 (versión rusa, págs. 96-97; versión rumana, pág. 81), narra una exagerada y poco convincente historia, según la cual el emperador habría celebrado un consejo en el atrio de Santa Sofía al oír que los turcos entraban de hecho en Constantinopla. Luego luchó con éxito y los rechazó.

[11] Barbaro, *op. cit.*, págs. 39-40.

[12] Barbaro, *op. cit.*, págs. 40-42, 44-45.

[13] Barbaro, *op. cit.*, págs. 42-43; Frantzés, *op. cit.*, págs. 243-245; Leonardo de Quíos, col. 936.

[14] Barbaro, col. 936; Chalcocondilas, *op. cit.*, págs. 388-389.

[15] Barbaro, *op. cit.*, págs. 46-47.

[16] Barbaro, *op. cit.*, pág. 47. Alude a ello en detalle en las págs. 33-34, al hablar de la salida del buque; lo cual demuestra que debió de haberlo interpolado en su diario original, haciendo una digresión.

[17] Barbaro, *op. cit.*, pág. 46, que establece la fecha del eclipse el 22 de mayo. Pero el plenilunio y el eclipse ocurrieron el 24 de mayo. Una vez más en este punto tuvo que modificar el diario original. Frantzés habla de otros portentos: *op. cit.*, págs. 264-265; Pusculus, *op. cit.*, pág. 79; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 58-59; Barbaro, *ibídem*, pág. 48, y con mucha exageración la *Slavic Chronicle*, pág. 122.

[18] Esta historia se halla únicamente en la *Slavic Chronicle*, págs. 122-123 (versión rusa, pág. 98; versión rumana, pág. 82). Salvo los detalles tan fantásticos como la presencia de un patriarca, es probable que dicha historia sea auténtica.

Capítulo IX

ÚLTIMOS DÍAS DE BIZANCIO

La esperanza se desvanecía entre los cristianos. En el campo turco también reinaba el pesimismo y un sentimiento colectivo de fracaso. El asedio ya duraba siete semanas y, pese a todo, el imponente ejército turco, con sus magníficos ingenios bélicos, había logrado muy poco. Los defensores debían de estar ya exhaustos, desprovistos de hombres y de material, y las murallas de la ciudad habían sufrido graves desperfectos. Pero ni un solo soldado había penetrado por ellas. Existía, además, el peligro de que llegasen socorros del Occidente. Los agentes de Mahomet le informaron de que se habían dado órdenes para que una flota se hiciera a la vela desde Venecia y corrían rumores de que había llegado a Quíos [1]. Siempre existía la posibilidad de que los húngaros atravesasen el Danubio. Durante los primeros días del asedio, llegó una embajada de Juan Hunyade al campamento turco y sugirió que, toda vez que Hunyade ya no era regente de Hungría, tampoco tenía carácter obligatorio el armisticio firmado por tres años con el sultán [2]. Además, incluso la moral entre las tropas del sultán empezaba a decaer. Sus marine-

ros habían sufrido humillantes reveses. Sus soldados no habían conseguido todavía triunfos. Cuanto más esquivaba la ciudad al sultán más decaía el prestigio de este.

En su corte, el viejo visir Chalil y sus amigos seguían desaprobando totalmente la aventura. Mahomet se opuso a su consejo al emprenderla. ¿Sería posible que tuvieran razón? Tal vez fuese, en parte, para demostrarles que la empresa no era disparatada y, en parte, para dar satisfacción a su conciencia de buen musulmán por lo que él evitaría la guerra a menos que el infiel se obstinase en negarse a la rendición. Por eso haría una última propuesta de paz, aunque impondría sus propias condiciones. Había en el campo del sultán un joven noble llamado Ismail, hijo de un renegado griego, a quien hizo príncipe vasallo de Sinope. Este fue el delegado que ahora enviaba a Constantinopla. Ismail tenía amigos entre los griegos e hizo cuanto pudo para persuadirles de que aún había tiempo de salvar sus vidas. Ante su apremio, nombraron un embajador para que regresase al campamento turco con él. No se recordaba su nombre; sólo se sabía que no era de alta alcurnia ni familia. El trato que dio el sultán a los embajadores fue a todas luces ambiguo, y se comprendía, sin duda, que ninguno de los notables saliese indemne de tan arriesgada misión. Dicho hombre fue recibido, no obstante, con cortesía por Mahomet, el cual lo volvió a mandar con el mensaje de que se levantaría el sitio de Constantinopla si el emperador se comprometía a pagar un tributo anual de cien mil bezantes de oro; o, si lo prefería, que los ciudadanos abandonasen la ciudad con todo lo que se pudiesen llevar consigo y nadie recibiría ningún daño. Cuando el ofrecimiento llegó a oídos del Consejo del emperador, uno o dos de sus miembros creyeron que se ganaría tiempo con la pro-

mesa de que se pagaría el tributo. Pero la mayoría se dio cuenta de que un tributo de esa índole nunca se podría reunir y que, si no se le daba inmediata satisfacción, el sultán seguiría sitiando a la ciudad, y ninguno de ellos deseaba ahora permitirle que se apoderase de Constantinopla sin agotar toda su resistencia. Tal vez ocurriese que —según las fuentes turcas— respondiese el emperador con el ofrecimiento de que entregaría todo lo que poseía, excepto la misma Constantinopla, la cual constituía, de hecho, cuanto le quedaba. A esto replicó el sultán que la única alternativa que se dejaba a los griegos era: entregar Constantinopla, morir por la espada o convertirse al Islam[3].

Estas insinceras negociaciones tuvieron lugar, probablemente, el viernes 25 de mayo. El sábado Mahomet convocó a Consejo a sus íntimos. El visir, Chalil Bajá, fiándose de su larga y brillante hoja de servicios en la administración, se arrojó a sus pies y le pidió que desistiera del asedio. Nunca aprobó tal campaña y los acontecimientos le habían dado la razón. Los turcos habían conseguido pocos éxitos; en cambio, habían sufrido humillantes reveses. En cualquier momento vendrían los príncipes de Occidente para liberar Constantinopla. Venecia ya había mandado una gran flota. Génova, aun a regañadientes, se vería obligada a hacer lo mismo. Que el sultán ofreciese condiciones que fuesen aceptables para el emperador y se retirase antes de que sobrevinieran desastres peores. El venerable visir imponía respeto. Muchos de los oyentes, al recordar la ineficacia de los barcos de guerra turcos, demostrada en los combates navales contra los cristianos, habían de echarse a temblar al pensar en los grandes navíos italianos que arribaban sobre ellos. Después de todo, el sultán sólo era un joven de veintiún años.

¿Iba acaso a poner en peligro su gran herencia con la impetuosa temeridad de la juventud?

El segundo en hablar fue Saragos Bajá. Detestaba a Chalil y sabía que el sultán compartía este aborrecimiento. Observando el semblante de indignada desesperación de su amo, provocada por el discurso de Chalil, declaró que no se fiaba de los temores del gran visir. Las potencias europeas siempre estaban enconadamente divididas entre sí como para emprender una acción conjunta contra los turcos y, aun cuando se acercase una flota veneciana —lo cual ponía en duda—, sus navíos y hombres serían superados con creces por los turcos. Habló igualmente de los presagios que predecían la ruina del Imperio cristiano. Habló de Alejandro Magno, el joven que con tan reducido ejército conquistó medio mundo. Había que apresurar el ataque sin pensar en retroceder. Muchos de los más jóvenes generales se levantaron para apoyar a Saragos; el jefe de los bashi-bazuks fue muy virulento en exigir una acción más enérgica. Mahomet levantó el ánimo; era lo que deseaba oír. Dijo a Saragos que se mezclase entre las tropas y les preguntase lo que querían. Saragos volvió al punto con la deseada respuesta: todos —afirmó— insisten en que se inicie inmediatamente el ataque. Entonces el sultán anunció que el asalto se llevaría a cabo en cuanto estuviese listo.

Desde ese momento Chalil tuvo que darse cuenta de que sus días estaban contados. Había sido siempre un cordial amigo de los cristianos, con la tolerancia de un piadoso musulmán de vieja escuela, tan distinto de los advenedizos renegados como Saragos y Mahmud. Que hubiese recibido en ese momento presentes de parte de los griegos no es seguro. Pero sus enemigos insinuaban ahora que así era, y el sultán se alegraba de creerles [4].

Muy pronto las noticias sobre la decisión del sultán llegaban a Constantinopla. Los cristianos en el campo turco lanzaron flechas sobre las murallas con mensajes en los que se contaba la reunión del Consejo celebrado en torno suyo[5].

Durante viernes y sábado se intensificó más que nunca el bombardeo de las murallas de tierra. Mas los desperfectos causados eran reparados rápidamente. Hacia la tarde del sábado la barricada era tan fuerte como nunca lo había sido. Pero durante la noche vieron a los turcos, al resplandor de las llamas, que acarreaban materiales de todas clases para cegar el foso de forma compacta y que sus cañones avanzaban sobre las plataformas que habían construido. El domingo el cañoneo se concentró en la barricada frente al Mesoteichion. Tres disparos certeros del gran cañón derribaron parte de él. Giustiniani, que había estado inspeccionando los trabajos de restauración, fue herido levemente por una astilla y retirado durante unas horas hasta que se le curó la herida. Volvió a su puesto antes de que anocheciera[6].

El mismo día, 27 de mayo, el sultán se paseó a caballo entre su ejército para anunciar que muy pronto se llevaría a cabo el gran ataque. Sus heraldos le seguían, deteniéndose acá y acullá para proclamar —a usanza del Islam— que se permitiría a los soldados de la Fe saquear libremente durante tres días consecutivos Constantinopla. El sultán había jurado por el Dios Eterno y su Profeta, por los cuatro mil profetas y espíritus de su padre y sus hijos que todos los tesoros hallados en la ciudad se distribuirían equitativamente entre sus tropas. El anuncio fue recibido entre gritos de júbilo. Desde dentro de las murallas los cristianos podían oír cómo las huestes mahometanas exclamaban con júbilo: «¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta!»[7].

Aquella noche, como la del sábado, fuegos y antorch iluminaban enjambres de obreros que arrojaban más más material en el foso y amontonaban armas al ot lado. Esa noche trabajaron febrilmente, vociferando cantando, en tanto que pífanos y trompetas, caramillos laúdes los animaban. Tan fulgurantes eran las llamas, qu en un momento de esperanza los sitiados creyeron que campamento turco se había incendiado y se precipitaro a las murallas para ver el incendio. Cuando se percataro de la verdadera causa del fuego cayeron de hinojos y s pusieron a rezar[8].

A media noche, súbitamente, cesó el trabajo y se apa garon todas las luces. El sultán había ordenado que el lu nes sería un día de descanso y de expiación, en el que su guerreros se dispondrían para el asalto final el jueves. E sultán en persona pasó el día revistando todas sus tropas y dando órdenes. Primeramente cabalgó con una gran escolta sobre el puente a través del Cuerno de Oro, cerca de las Dobles Columnas, para entrevistarse con su almirante Hamza Bey. A este se le dijo que a la mañana siguiente sus navíos habían de extenderse por toda la cadena y rodear toda la costa del Mármara contigua a la ciudad. Los hombres llevarían escalas e intentarían donde fuese posible, tanto desde los mismos barcos como desde las pequeñas embarcaciones, desembarcar y escalar las murallas o, en caso de resultar imposible, fingir al menos que atacaban sin interrupción, de suerte que ninguno de los defensores pudiese abandonar su puesto. Al volver cabalgando para dar idénticas órdenes a sus barcos en el Cuerno de Oro, Mahomet se detuvo delante de la puerta principal de Pera y convocó a los magistrados de la ciudad a su presencia. Se les mandó severamente que cuidasen de que ninguno de sus ciudadanos facilitara ayuda a

Constantinopla al día siguiente. Si desobedecían, serían castigados en el acto. Luego se retiró a su tienda para reaparecer por la tarde lanzándose a caballo por toda la extensión de las murallas terrestres, hablando con los oficiales y arengando a sus hombres mientras estaban sentados por todo el campamento [9]. Cuando comprobó que todo estaba a la medida de sus deseos reunió a sus ministros y jefes del ejército en su tienda y platicó con ellos.

Su discurso nos lo transmite el historiador Critóbulo, quien, como todos los bizantinos cultos, era estudioso de Tucídides y, por tanto, puso en boca de sus héroes los discursos que pensó pronunciarían o habrían debido pronunciar. Pero, aunque las palabras sean del historiador, reflejan el sentido que quiso darles el sultán al pronunciarlas. Evocó ante la asamblea las riquezas que todavía encerraba Constantinopla y el botín que muy pronto sería suyo. Les recordó que durante siglos fue el sagrado deber de los creyentes conquistar la capital cristiana y que las tradiciones prometieron la victoria. Constantinopla no era inexpugnable —afirmó—. Los enemigos eran pocos en número y estaban exhaustos; escaseaban las armas y los víveres y estaban divididos entre ellos; de seguro que los italianos no desearían morir por una tierra que no era la suya. Declaró que al día siguiente lanzaría en oleada tras oleada a sus hombres al ataque hasta que sin descanso y a la desesperada aplastasen a los defensores. Apremió a sus oficiales para que diesen pruebas de valor y mantuviesen la disciplina. Les invitó a retirarse a sus tiendas a descansar y a estar preparados para la señal del ataque que se daría. Los principales jefes se quedaron con el sultán para recibir sus instrucciones finales. El almirante Hamza ya conocía la tarea a él asignada. Saragos, tras procurarse

hombres para reforzar a los marineros que habían de atacar las murallas a lo largo del Cuerno de Oro, tenía que conducir el resto de su ejército a través del puente para atacar a Blachernas. Karadya Bajá se situaría a su derecha, hasta la puerta Carisia. Isa y Mahmud con las tropas asiáticas atacarían la franja desde la puerta civil de San Román, descendiendo hacia el Mármara, concentrándose en la zona que se extiende en torno a la tercera puerta militar. El sultán en persona con Chalil y Saruya dirigiría el ataque principal, que se llevaría a cabo en el valle del Lycus. Habiendo expresado los consabidos votos, el sultán se retiró a cenar y descansar [10].

Durante todo el día hubo una extraña calma fuera de las murallas. Incluso los grandes cañones enmudecieron. Algunos en la ciudad declararon que los turcos se disponían a retirarse, pero su optimismo era sólo un vano intento de levantar el ánimo. Todos se dieron cuenta de que, de hecho, había llegado el momento del desenlace. Durante los últimos días quedó patente que los nervios de los defensores estaban agotados por las querellas y mutuas acusaciones entre griegos, venecianos y genoveses. Tanto a venecianos como a griegos la neutralidad de Pera no les inspiraba confianza en los genoveses. La arrogancia de los venecianos ofendía por igual a genoveses y griegos. Los venecianos estaban construyendo tablachinas en los talleres de su barrio y Minotto ordenó a los operarios griegos que las llevasen a las líneas defensivas de Blachernas. Dichos operarios se negaron a obedecer, a menos que se les pagase, y no por codicia —como optaban por creer los venecianos—, sino por sentirse ofendidos de que estas órdenes tajantes viniesen de un italiano y por necesitar realmente dinero o tiempo libre si querían encontrar alimentos para sus hambrientas familias. Algu-

nos venecianos tenían a sus familias con ellos y las mujeres y niños genoveses vivían cómodamente en Pera. Los italianos nunca se percataron de que la tensión a la que se veían sometidos los griegos provenía de la certeza de que sus mujeres e hijos corrían su misma fatídica suerte. A veces había discusiones sobre la estrategia a seguir. Una vez que estaba claro que el gran ataque había de sobrevenir, Giustiniani exigió del megadux Lucas Notaras que trasladase los cañones, que él controlaba, al Mesoteichion, donde se necesitaban todos. Notaras se opuso. Creía, no sin motivo, que las murallas del puerto serían atacadas también y estaban ya insuficientemente defendidas. Se cambiaron palabras acerbas y el emperador tuvo que intervenir enérgicamente. Giustiniani impuso, al parecer, su punto de vista. El arzobispo Leonardo, en su odio hacia los ortodoxos, declaró que los griegos estaban envidiosos de que la gloria de la defensa redundara en honor de los latinos y por eso se mostraban morosos e indiferentes. Prefería olvidar que había tantos griegos como italianos luchando en el valle del Lycus, y tampoco admitía que a los griegos no les faltaron pruebas de valor cuando empezó la batalla [11].

Aquel lunes, a sabiendas de que el desenlace se avecinaba, soldados y ciudadanos olvidaron sus rencillas. Mientras los hombres de las murallas proseguían los trabajos de reparación de las deterioradas defensas, se formó una gran procesión. En contraste con el silencio del campo turco, en Constantinopla tocaban las campanas de las iglesias y sonaban los tantanes de madera mientras los iconos y reliquias eran sacados a hombros de los fieles y llevados a través de las calles y por toda la extensión de las murallas, deteniéndose para bendecir con su santa presencia los lugares donde los desperfectos eran mayores,

el peligro más amenazador; y el tropel de gente que los seguía, griegos e italianos, ortodoxos y católicos, cantaban himnos y repetían el *Kyrie eleysón*. El emperador en persona vino a unirse a ellos en la procesión y, al terminar, convocó a sus notables y jefes, griegos e italianos, para hablarles. Su discurso lo retuvieron dos hombres presentes: su secretario Frantzés y el arzobispo de Mitilene. Cada uno puso por escrito el discurso del emperador, a su modo, añadiendo pedantescas alusiones y piadosos aforismos para darle una forma retórica de que carecería con toda probabilidad. Mas sus relatos concuerdan lo suficiente como para darnos a conocer lo esencial. Constantino habló a sus oyentes de que el gran ataque estaba a punto de iniciarse. A sus súbditos griegos les dijo que un hombre debe siempre estar dispuesto a morir por su fe o por su patria, por su familia o por su soberano. Ahora su pueblo debía disponerse a dar la vida por las cuatro causas. Habló de las glorias y de las ilustres tradiciones de la gran ciudad imperial. Habló, asimismo, de la perfidia del infiel sultán que había provocado la guerra con el fin de destruir la verdadera Fe y colocar a su falso profeta en el puesto de Cristo. Los apremió para que recordaran que ellos eran los descendientes de los héroes de la antigua Grecia y de Roma y tenían que ser dignos de sus mayores. Por su parte, afirmaba que estaba dispuesto a morir por su Fe, su ciudad y su pueblo. Luego se dirigió a los italianos, dándoles las gracias por los grandes servicios prestados y afirmó su confianza en ellos para la lucha que iba a comenzar. Rogó a todos, griegos e italianos, que no temiesen el ingente número de enemigos y los bárbaros ingenios de fuego y estruendo destinados a alarmarlos. Que estuviesen a la altura de las circunstancias, tuviesen valor y resolución. Vencerían con la ayuda

de Dios. Todos los asistentes se levantaron para asegurar al emperador que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas y hogares por él. Luego recorrió lentamente la cámara, rogando a cada uno que le perdonasen las ofensas que les hubiera causado. Los demás siguieron su ejemplo, intercambiando abrazos como hombres que esperan la muerte [12].

El día tocaba a su fin. Tropeles de gente ya se trasladaban hacia la gran iglesia de Santa Sofía. Durante los últimos cinco meses ningún piadoso griego había franqueado sus puertas para asistir a la sagrada liturgia profanada por latinos y renegados. Pero esa tarde había terminado la virulencia. Apenas un ciudadano, salvo los soldados de las murallas, se dispensó de asistir a esta liturgia de intercesión. Los sacerdotes que habían sostenido que la unión con Roma era un pecado mortal, acudieron ahora al altar a oficiar con sus hermanos unionistas. También estaba presente el cardenal y, tras él, los obispos que nunca reconocieron su autoridad. Todos los fieles se confesaron y recibieron la comunión sin preocuparse de si la distribuían ortodoxos o católicos. Igualmente había italianos y catalanes junto con los griegos. Los mosaicos dorados tachonados de imágenes de Cristo y de sus Santos, de los emperadores y emperatrices de Bizancio, refulgían a la luz de mil lámparas y cirios, y debajo de ellos, por última vez, los sacerdotes con sus magníficos ornamentos evolucionaban al ritmo solemne de la liturgia. En este momento había unión en la Iglesia de Constantinopla [13].

Cuando el Consejo del emperador se despidió, los ministros y jefes cabalgaron por toda la ciudad para asociarse al servicio religioso. Tras confesar y comulgar, cada cual fue a su puesto, resuelto a vencer o morir. Al llegar Gius-

tiniani y sus compañeros griegos e italianos a los puestos asignados, atravesando de la muralla interior a la exterior y barricada, se dieron órdenes a las puertas de las murallas interiores para que cerraran tras ellos y cortar toda posible retirada [14].

Después, por la tarde, el emperador cabalgó en su yegua árabe hacia la gran catedral a ponerse a bien con Dios. Luego regresó por las oscuras calles a su palacio de Blachernas y reunió a su casa. Como lo había hecho con sus ministros, les pidió perdón por las veces que mostró severidad con alguno y les dijo adiós. Ya se acercaba la media noche cuando montó en su caballo y cabalgó acompañado de su fiel Frantzés, descendiendo a todo lo largo de las murallas de la parte de tierra para verificar si todo estaba en orden y si las puertas de las murallas interiores estaban cerradas. En el camino de regreso a Blachernas, el emperador desmontó cerca de la puerta Caligaria y se llevó a Frantzés consigo para subir a una torre, en el ángulo extremo de la muralla de Blachernas, desde donde podían escudriñar en medio de la oscuridad los dos caminos: a la izquierda el que conducía al Mesoteichion, a la derecha, el que descendía hacia el Cuerno de Oro. Bajo sus pies podían oír estrépitos a medida que subían los cañones sobre el terraplén del foso. Estos trabajos comenzaron sin interrupción desde la puesta del sol, como informaron los vigías. A lo lejos pudieron distinguir luces vacilantes mientras los barcos turcos se movían por el Cuerno de Oro. Frantzés acompañó a su amo como una hora aproximadamente. A continuación, Constantino le despidió y ya nunca más se volvieron a ver. Comenzaba la batalla [15].

NOTAS

[1] Critóbulo, *op. cit.*, pág. 60.

[2] Frantzés, *op. cit.*, págs. 263-264, 327; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, págs. 341-343. El embajador húngaro dio al sultán un consejo útil sobre el uso de la artillería.

[3] Chalcocondilas, *op. cit.*, págs. 390-392, refiere la historia completa de las negociaciones de Ismail; Ducas, *op. cit.*, XXXVIII, págs. 345, 349; Saad ed-Din, pág. 20.

[4] Frantzés, *op. cit.*, págs. 265-270; Leonardo de Quíos, col. 937-938; Tetaldi, col. 1821-1822.

[5] Tetaldi, *loc. cit.*

[6] Barbaro, *op. cit.*, págs. 48-49; *Slavic Chronicle*, pág. 124 (versión rusa, pág. 100; versión rumana, pág. 84). Sólo la fuente eslava menciona la herida de Giustiniani.

[7] Frantzés, *op. cit.*, pág. 270; Leonardo de Quíos, col. 938.

[8] Barbaro, *op. cit.*, págs. 48-49.

[9] Barbaro, *op. cit.*, págs. 49-51; Critóbulo, *op. cit.*, pág. 60; Ducas, *op. cit.*, XXXIX, págs. 351-353; Leonardo de Quíos, col. 938; Dolfin, pág. 20, es el único que menciona la visita del sultán a Pera.

[10] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 60-65, cita por extenso el discurso que pensó había de pronunciar el sultán en esta ocasión. Sin duda recibió esta información de su amigo Hamza Bey, quien estuvo presente en tal coyuntura; por ello, podemos suponer que el sultán diría algo similar a las líneas que cita; Frantzés, págs. 269-270, ofrece un breve discurso.

[11] Barbaro, *op. cit.*, págs. 262-263; Leonardo de Quíos, col. 937.

[12] Frantzés, *op. cit.*, págs. 271-279; Leonardo de Quíos, col. 938-939.

[13] Frantzés, *op. cit.*, págs. 279. Critóbulo, Chalcocondilas y la *Crónica Eslava* aluden al servicio nocturno permanente al hablar del saco de Constantinopla. Véase, nota 5 del capítulo XI.

[14] Frantzés, *op. cit.*, pág. 280; Andrés Cambini, *Libro della origine de turchi* (ed. 1529), págs. 8-10.

[15] Frantzés, *op. cit.*, pág. 280. La yegua del emperador con las patas blancas se encuentra en la poesía popular griega 'Ο Θάνατος τοῦ Κωνσταντίνου Αράγαζη, pág. 74.

CAPÍTULO X

CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

La tarde del lunes, 28 de mayo, había sido clara y luminosa. Mientras el sol comenzaba a hundirse en el horizonte hacia el Oeste, iluminaba de lleno los rostros de los defensores en las murallas, casi deslumbrándolos. Ahora era cuando el campamento turco estallaba en actividad. Avanzaban hombres a millares para colmar los fosos, en tanto que otros arrastraban cañones y máquinas de guerra. El cielo se cubrió de nubarrones inmediatamente después del ocaso y comenzó a llover a torrentes, pero los trabajos no se interrumpieron y los cristianos nada podían hacer para impedirlo. Como a la una y media de la mañana el sultán comprendió que todo estaba a punto y dio la orden de ataque [1].

De pronto se oyó un estruendo horripilante. A todo lo largo de las murallas los turcos se lanzaban al asalto entre gritos de guerra, mientras tambores, trompetas y pífanos los animaban a la lucha. Las tropas cristianas habían estado esperando en silencio, mas, cuando los vigías de las torres dieron la señal de alarma, las iglesias cercanas a las murallas comenzaron a tocar las campanas y todas las

iglesias de la ciudad, una a una, repetían el aviso hasta que sonaron todos los campanarios. A tres millas de distancia, en la iglesia de Santa Sofía, los devotos se enteraron de que había comenzado la batalla. Todo hombre en edad de combatir volvió a su puesto y las mujeres —incluidas las monjas— acudieron a las murallas para ayudar a acarrear piedras y tablones, para reforzar las defensas y llevar cubos de agua para refrescar a los defensores. Los ancianos y los niños salieron de sus hogares y se hacinaron en las iglesias confiados en que los santos y ángeles los protegerían. Unos fueron a su parroquia, otros a la empinada iglesia de Santa Teodosia, cerca del Cuerno de Oro. El jueves era su fiesta y el sacro recinto estaba adornado con rosas cortadas de los jardines y setos vivos. Estaban seguros de que la santa no abandonaría a sus devotos. Otros regresaron a la gran catedral recordando la vieja profecía que afirmaba: aunque el infiel entre en la ciudad y vaya derecho al sagrado templo, aparecerá el Ángel del Señor y le rechazará con su fúlgida espada para su ruina. Durante las horas nocturnas antes del alba, la muchedumbre esperaba y rezaba.

Pero en las murallas no había tiempo para rezar. El sultán había trazado sus planes con mucho esmero. A pesar de sus arrogantes palabras al ejército, la experiencia le había enseñado que debía respetar al enemigo. En la presente coyuntura le desgastaría antes de exponer a sus mejores tropas en la lucha. Por eso lanzó primero sus tropas irregulares, los bashi-bazuks. Eran muchos miles, aventureros de toda nación y raza; unos, turcos, y otros muchos de países cristianos, eslavos, húngaros, alemanes, italianos e, incluso, griegos; todos ellos suficientemente dispuestos a luchar contra sus correligionarios cristianos por la paga que el sultán les daba y por el botín que les había

prometido. Muchos de ellos se habían procurado por sí mismos sus armas, extraña colección de cimitarras y hondas, arcos y algunos arcabuces, pero se les había distribuido gran cantidad de escalas. No eran tropas de las que se pudiera uno fiar, excelentes a la primera embestida, pero que pronto se desanimaban si no alcanzaban un éxito inmediato. Conociendo su debilidad, Mahomet colocó tras ellas un cordón de policía militar, armada de correas y porras, a la que se había ordenado que aguijonease, golpease y castigase a todo el que diese señales de vacilar. Tras la policía militar se situaban los propios jenízaros del sultán. Si algún irregular despavorido se abriese paso entre las filas de la policía, los jenízaros lo abatirían con sus cimitarras.

El ataque de los bashi-bazuks se había desencadenado a todo lo largo de la línea, pero donde se presionaba más fuerte era únicamente en el valle del Lycus. En otros puntos las murallas seguían siendo muy sólidas y el ataque iba dirigido, principalmente, a distraer a los defensores para que no pudieran reforzar a sus compañeros en este sector vital. Aquí la lucha era encarnizada. Los bashi-bazuks tenían que habérselas contra soldados mucho mejor armados y adiestrados que ellos, aunque los primeros los superaban en número. Los hostigaban por todas partes. Las piedras que les arrojaban mataban o ponían fuera de combate a muchos de ellos. A pesar de que algunos intentaron la retirada, la mayoría no se detuvo, adosando las escaleras a las murallas y a la barricada y trepando por ellas, sólo para ser derribados de un tajo antes de que llegasen arriba. A Giustiniani y a sus griegos e italianos se les proveyó de todos los mosquetes y culebrinas que pudieron encontrarse en la ciudad. El emperador en persona vino a animarlos. Tras casi dos horas de lucha Mahomet

ordenó a los bashi-bazuks que se retiraran. Habían sido contenidos y rechazados, pero habían conseguido su propósito de agotar al enemigo.

Algunos de los cristianos esperaban que este no sería más que un ataque nocturno aislado dirigido únicamente para compulsar su resistencia, y todos ellos suspiraban por la hora del descanso. Pero no se les concedió. Apenas si tuvieron tiempo de rehacer las líneas y reponer tablones y barriles de tierra en la barricada antes de que se desencadenara un segundo ataque. Los regimientos turcos de Anatolia, del ejército de Ishak, fácilmente reconocibles por sus especiales uniformes y petos, se iban desparramando por la colina, desde las afueras de la puerta civil de San Román hasta el valle, y convergían enfilando la barricada. Una vez más las campanas de las iglesias contiguas a las murallas repicaron dando la señal de alarma. Pero su sonido quedó apagado por el estampido del gran cañón de Orbón y sus comparsas, puesto que comenzaban de nuevo a batir las murallas. En unos minutos los anatolios atacaban en tromba. Al contrario de las tropas irregulares, estaban bien armados y disciplinados, y todos ellos, devotos musulmanes, ambicionaban la gloria de ser los primeros en entrar en la Constantinopla cristiana. Con la desaforada música de sus trompeteros y gaiteros, que los animaban, se lanzaron hacia la barricada agarrándose unos a otros por los hombros en su afán de fijar las escaleras en el espaldón y abrirse camino a cuchilladas por arriba. A la débil luz de las llamas, con las nubes que ocultaban obstinadamente la luna, era difícil ver lo que ocurría. Los anatolios —como las tropas irregulares antes— estaban en desventaja en ese estrecho frente a causa de su elevado número. Su disciplina y tenacidad fueron las únicas causas de que las pérdidas no fue-

ran más graves, ya que los defensores les arrojaban piedras, echaban hacia atrás las escaleras de mano o luchaban cuerpo a cuerpo. Aproximadamente una hora antes del amanecer, cuando este segundo ataque comenzaba a amainar, una bala del cañón de Orbón cayó de lleno sobre la barricada derribándola en una longitud de varios metros. Se levantó una polvareda al ser arrojados al aire cascotes y tierra y el humo negro de la pólvora cegó a los defensores. Una partida de trescientos anatolios se precipitaron por la brecha abierta, vociferando que Constantinopla era suya. Mas los cristianos, con el emperador al frente, los cercaron, degollando a la mayor parte y haciendo retroceder a los restantes hacia el foso. El descalabro desconcertó a los anatolios. Así se les disuadió para que interrumpieran el ataque y se retirasen a sus líneas. Con gritos de victoria los defensores se pusieron una vez más a reconstruir la barricada.

Los turcos tampoco tuvieron más éxito en otros sectores. En toda la extensión sur de las murallas terrestres, Isa consiguió no cejar en su empuje para impedir a los defensores que se trasladasen al valle del Lycus, pero con sus mejores tropas que fueron a combatir allí no pudo efectuar un ataque en regla. A lo largo del mar de Mármara, Hamza Bey tenía dificultades en acercar sus barcos a la costa. Los pocos destacamentos de desembarco que pudo mandar fueron repelidos con facilidad por los monjes, a quienes se había confiado la defensa, o por el príncipe Orchán y sus seguidores. Había simulacros de ataque en toda la línea del Cuerno de Oro, pero no un intento de ataque en toda regla. En torno al barrio de Blachernas la lucha era más encarnizada. En los terrenos más bajos, cerca del puerto, las tropas que Saragos había pasado por el puente, mantenían un continuo ataque, mientras que

los hombres de Karadya Bajá subían por la colina. Pero Minotto y sus venecianos pudieron mantener su sector de murallas contra Saragos, y los hermanos Bocchiardi contra Karadya.

Se decía que el sultán estaba indignado por la derrota de los anatolios. Pero es probable que se propusiese con estos —como con las tropas irregulares— agotar al enemigo, en vez de que entrasen en Constantinopla. Había prometido una gran recompensa al primer soldado que lograse abrirse paso por la barricada y deseaba que este privilegio correspondiese a algún miembro de su regimiento favorito, los jenízaros. Ahora les tocaba a estos el turno de entrar en batalla. El sultán estaba ansioso, pues en caso de defraudarle, casi no sería posible continuar con el asedio. Dio las órdenes al punto. Antes de que los cristianos pudieran rehacerse y reconstruir apresuradamente la barricada, una lluvia de proyectiles, flechas, jabalinas y piedras cayó sobre ellos, y tras ella los jenízaros avanzaban a paso gimnástico no precipitándose violentamente —como los bashi-bazuks y anatolios—, sino guardando la formación en perfecto orden, impávidos ante los proyectiles del enemigo. La música marcial, que los excitaba, era tan estrepitosa que se podía oír entre el estruendo de los cañones a la derecha, frente al Bósforo. Mahomet personalmente los condujo hasta el foso y allí se mantuvo animándolos a voces mientras pasaban ante él. Estos hombres flamantes, magníficos, fuertemente armados, en sucesivas oleadas se lanzaron hacia la barricada a derribar los barriles de tierra de lo alto, a destrozar los tablones que los sostenían y colocar las escaleras adosadas a ella allí donde no se podía derribar abriendo camino, impávida, cada oleada a la siguiente. Los cristianos estaban agotados. Habían luchado con sólo unos minutos

de respiro durante más de cuatro horas, pero lo hacían
la desesperada, comprendiendo que, si cedían, sería el fi
de todo. Tras ellos, en la ciudad, las campanas de las igle
sias seguían tocando a rebato y subía al cielo un gra
murmullo de plegarias.

En la barricada se luchaba ahora cuerpo a cuerpo. Du
rante una hora, más o menos, los jenízaros no consiguie
ron avanzar. Los cristianos empezaron a pensar que e
asalto cedía un tanto. Pero el destino estaba contra ellos
En el ángulo de la muralla de Blachernas, precisament
antes de unirse con la doble muralla de Teodosio, existía
medio oculta por una torre, una poterna conocida por Ky
lókerkos. Había sido tapiada varios años antes, aunqu
los ancianos la recordaban. Justamente antes de que se
iniciase el asedio fue abierta de nuevo para permitir surti
das por el flanco enemigo. Durante la refriega, los Boc
chiardi y sus hombres se sirvieron con eficacia de ella
contra las tropas de Karadya Bajá. Pero ahora, alguien
que volvía de una surtida se olvidó de echar la tranca a la
pequeña puerta. Algunos turcos se enteraron de que es
taba abierta y se precipitaron dentro del patio y comenza
ron a subir escaleras arriba hasta lo alto de la muralla.
Los cristianos que estaban precisamente fuera de la
puerta observaron lo que ocurría y acudieron en masa a
hacerse de nuevo con la situación e impedir la entrada de
más turcos. En medio de la confusión, unos cincuenta tur
cos se quedaron dentro de la muralla, donde hubieran po
dido ser reducidos y eliminados si en ese momento no hu
biera ocurrido otro desastre peor.

Poco antes de salir el sol fue cuando un disparo a que
marropa, procedente de una culebrina, abatió a Gius
tiniani y le acribilló el peto. Sangrando copiosamente y
sufriendo mucho, como podía verse, pidió a sus hombres

que le sacaran del campo de batalla. Uno de ellos acudió al emperador, que luchaba allí cerca, a preguntarle por una llave de una puerta que conducía a la muralla interior. Constantino corrió al lado de Giustiniani para discutir con él y que no desertara de su puesto, mas los nervios de Giustiniani estaban deshechos; el emperador insistió en seguir luchando. Se abrió la puerta y su guardia de corps le trasladó a la ciudad, por las calles que bajan hacia el puerto; aquí lo colocaron en un navío genovés. Las tropas de Giustiniani se dieron cuenta de su marcha. Algunos llegaron a pensar que se había retirado para defender la muralla interior, pero otros llegaron a la conclusión de que la batalla estaba perdida. Alguien lanzó, aterrorizado, el grito de que los turcos habían atravesado la muralla. Antes de que se cerrase el postigo de nuevo, los genoveses se precipitaron por él. El emperador y sus griegos quedaron abandonados en el campo de batalla.

Frente al foso el sultán notó el pánico y, gritando: «¡Constantinopla es nuestra!», ordenó a los jenízaros que cargaran de nuevo e hizo señas a una compañía mandada por un gigante llamado Hasán. Este se abrió camino a machetazos por encima de la ruinosa barricada y creyó que ya había conseguido la recompensa prometida. Unos treinta jenízaros le siguieron. Los griegos se batían en retirada. El mismo Hasán tuvo que arrodillarse herido por una piedra y murió; diecisiete entre sus compañeros perecieron con él. Pero los restantes mantuvieron sus posiciones en la barricada y muchos más jenízaros engrosaron sus filas. Los griegos resistían encarnizadamente. Pero la fuerza del número los obligó a retroceder a la muralla interior. Frente a esta había otro foso, excavado en varias partes para sacar tierra para reforzar la barricada. Muchos griegos fueron rechazados hacia esos agujeros y difícil-

mente pudieron trepar a la superficie ante la gran muralla interna que se alzaba tras ellos. Los turcos, que ahora se hallaban en lo alto de la barricada, dispararon contra ellos e hicieron una carnicería. Pronto varios jenízaros alcanzaron la muralla interior y se encaramaron por ella sin resistencia. De repente alguien miró y vio las banderas turcas que ondeaban en la torre que domina la Kylókerkos. Inmediatamente se oyó un grito: «¡Han tomado Constantinopla!»

Mientras hablaba con Giustiniani, al emperador se le informó de la entrada de los turcos por Kylókerkos. Acudió allí en el acto en su caballo, pero ya era tarde. Había cundido el pánico entre los genoveses. En medio de la confusión resultaba imposible cerrar la puerta. Los turcos se precipitaban en masa y los hombres de Bocchiardi eran demasiado pocos para rechazarlos. Constantino hizo volver a su caballo y galopó al valle del Lycus y a las brechas de la barricada. Le acompañaban el arrogante español que pretendía ser su primo, don Francisco de Toledo; su verdadero primo, Teófilo Paleólogo, y su fiel compañero de armas, Juan Dálmata. Juntos trataron de reunir a los griegos en vano; la matanza había sido demasiado grande. Desmontaron y durante unos minutos los cuatro lograron aproximarse a la puerta por donde había sido trasladado Giustiniani. Pero la defensa había quedado desarticulada. Por la puerta se apretujaban soldados cristianos, tratando de escapar, mientras que más y más jenízaros la tomaban al asalto. Teófilo gritó que valía más morir que vivir y desaparecer entre las hordas que se acercaban. En este momento comprendió Constantino que el Imperio estaba perdido y no deseaba sobrevivir a él. Arrojó las insignias imperiales y acompañado de don Francisco de Toledo y Juan Dálmata, todavía a su lado, siguió a Teófilo. Nunca más se supo de él [2].

El grito «¡Se ha perdido Constantinopla!» se repitió como un eco por las calles de la ciudad. Desde el Cuerno de Oro y desde sus costas, cristianos y turcos veían las banderas turcas ondear en las altas torres de Blachernas, en las que sólo unos minutos antes habían ondeado el águila imperial y el león de San Marcos. Acá y acullá seguía la batalla por algún tiempo. En las murallas, cerca de Kylókerkos, los hermanos Bocchiardi y sus hombres continuaban la lucha, pero pronto se dieron cuenta de que ya no se podía hacer nada. Así que se abrieron paso entre las filas enemigas, bajando hacia el Cuerno de Oro. Paolo fue capturado y muerto, pero Antonio y Troilo consiguieron llegar a un navío genovés que los transportó, sin notarlo los barcos turcos, al puerto de salvación de Pera. Por el lado del palacio de Blachernas, Minotto y sus venecianos se habían rendido. Muchos fueron muertos; el mismo bailío y sus principales notables fueron hechos prisioneros [3].

Señales luminosas que anunciaban la entrada de los turcos por las murallas circularon por todo el ejército turco. Los navíos turcos surtos en el Cuerno de Oro se apresuraron a desembarcar sus hombres en las orillas y a atacar a las murallas del puerto. Encontraron poca resistencia, si se exceptúa la puerta Horaya, junto a la Aivan Serai de hoy. Aquí, las compañías de dos barcos cretenses fueron sitiadas en tres torres y se negaron a rendirse. Por otras partes, los griegos huyeron a sus hogares con la esperanza de proteger a sus familias, y los venecianos se fueron a sus barcos. No mucho antes una compañía de turcos había logrado abrirse paso hasta la puerta Platea, al pie del valle que todavía domina el gran acueducto de Valente. Otra compañía atravesó la puerta Horaya. Por dondequiera que penetrasen, se habían enviado antes destacamentos por dentro de las murallas para abrir de im-

proviso otras puertas a sus camaradas que esperaba fuera. Allí cerca, viendo que todo estaba perdido, los pe cadores locales abrieron ellos mismos las puertas del b rrio de Petrion, con la esperanza de que respetarían su hogares [4].

Por toda la extensión de las murallas de la parte de tie rra, al sur del Lycus, los cristianos habían rechazado to dos los ataques turcos. Mas ahora penetraba un regi miento tras otro por las brechas abiertas en la barricada y se extendían en abanico por ambos lados para abrir todas las puertas. Los soldados en las murallas fueron cercados. Muchos fueron muertos al intentar escapar de la trampa, pero la mayoría de los jefes, incluidos Filippo Contarini y Demetrio Cantacuzeno, fueron atrapados vivos [5].

Lejos de la costa del Mármara, los buques de Hamza Bey vieron las señales y enviaron pelotones de desembarco a las murallas. En Studion y Psamatia no hubo, según parece, resistencia. Los defensores se rindieron en el acto en la confianza de que sus hogares e iglesias no serían saqueados [6]. Por el lado izquierdo, el príncipe Orchán y sus turcos seguían combatiendo, pues sabían cuál sería la suerte que les esperaba si caían en manos del sultán [7], y los catalanes situados por encima del palacio imperial resistieron hasta que todos fueron apresados o muertos [8]. En la Acrópolis, el cardenal Isidoro comprendió que era más prudente abandonar su puesto. Se disfrazó e intentó escapar [9].

El sultán mantenía el control de algunos de sus regimientos que actuaban como escolta personal y policía militar. Empero, la mayoría de sus tropas ya estaban impacientes por comenzar el pillaje. Los marineros sentían una especial impaciencia por temor a que les cogiesen la delantera. Confiando en que la cadena impediría a los barcos cristianos huir del puerto y de que los podrían cap-

turar a voluntad, abandonaron los navíos para trepar a tierra firme. Su codicia salvó muchas vidas cristianas. Mientras muchos marineros griegos e italianos, incluido Trevisano, fueron cogidos antes de que pudiesen evadirse de las murallas, otros pudieron reunirse con los restos de tripulaciones que quedaron en los barcos sin ser estorbados por ninguna acción turca y disponerse para la lucha, si era necesario.

Otros consiguieron encaramarse a los buques antes de zarpar o llegar a ellos a nado, como el florentino Tetaldi. Al conocer Alviso Diedo que había caído Constantinopla, en calidad de comandante de la flota, navegó en un pequeño bote hasta Pera para preguntar a las autoridades genovesas si pensaban avisar a sus compatriotas que se mantuviesen en el puerto y combatiesen o se hicieran a la mar. Prometió que sus barcos venecianos cooperarían, cualesquiera que fuese su decisión. El podestá de Pera recomendó que se enviaría una embajada al sultán para averiguar si permitiría salir libremente a los buques o si se expondría a una guerra con Génova y Venecia. Difícilmente podía ponerse en práctica la sugerencia en semejante coyuntura; con todo, en ese intervalo, el podestá cerró las puertas de Pera y, Diedo, con el que se encontraba el cronista Barbaro, logró ganar sus barcos. Pero los marineros genoveses de los navíos anclados bajo las murallas de Pera, le hicieron saber que pensaban hacerse a la vela y deseaban obtener el apoyo de los venecianos. Ante su insistencia, a Diedo se le autorizó a marcharse en su chalupa. Se fue derecho a la cadena, que seguía cerrada. Dos de sus marineros la cortaron a hachazos por los extremos que la sujetaban a las murallas de Pera y fue arrastrada por las boyas. Habiendo hecho señas a los barcos surtos en el puerto de que le siguiesen, Diedo atravesó

por el espacio abierto. Siete buques genoveses le siguieron desde Pera muy de cerca e, inmediatamente después, se les unieron la mayoría de los navíos de guerra venecianos, cuatro o cinco galeras del emperador y uno o dos buques de guerra genoveses. Todos esperaron cuanto les permitió su audacia para recoger refugiados que venían nadando hacia ellos, y luego que pasaron a través de la cadena, toda la flotilla permaneció durante una hora, más o menos, a la entrada del Bósforo para ver si escapaba algún otro navío. Luego, aprovechando el viento del Norte que soplaba, navegaron Mármara abajo a través de los Dardanelos hacia la libertad [10].

Tantos fueron los barcos abandonados por los marineros de Hamza Bey en su precipitación por saquear Constantinopla, que no fue capaz de detener la huida de la flota de Diedo. Con los navíos todavía tripulados, navegaron a través del espacio abierto en la cadena hacia el Cuerno de Oro. Aquí, en el puerto, atrapó los navíos abandonados, otras cuatro o cinco galeras imperiales, dos o tres galeras genovesas y a todos los mercaderes venecianos inermes. La mayor parte de estos buques estaban abarrotados de refugiados más de lo que soportaba su capacidad, hasta el extremo de que nunca habrían podido hacerse a la mar. Unos cuantos barcos pequeños se las arreglaron para escabullirse hacia Pera. Mas a plena luz del día no fue tan fácil eludir a los turcos. Al mediodía, todo el puerto y cuanto en él había cayó en poder de los conquistadores [11].

En Constantinopla quedaba un foco de resistencia. Los marineros cretenses en las tres torres, cerca de la entrada al Cuerno de Oro, seguían resistiendo y no era posible desalojarlos. En las primeras horas de la tarde, viendo que estaban totalmente aislados, se rindieron de mal talante a los oficiales del sultán a condición de que sus vidas y ha-

ciendas permaneciesen inviolables. Dos buques de ellos arribaron a la playa debajo de las torres. Sin ser molestados por los turcos, cuya admiración se habían ganado, los botaron y tomaron rumbo hacia Creta [12].

El sultán Mahomet ya sabía, hacía varias horas, que la gran ciudad de Constantinopla era suya. Fue al alba cuando sus hombres se abrieron camino a través de la barricada e inmediatamente después, a la luz pálida de la luna, que todavía brillaba en el cielo, fue a ver la brecha por la que habían entrado [13]. Sin embargo, esperó hasta la tarde para hacer su entrada triunfal en la ciudad, cuando terminasen los excesos de las matanzas y saqueos y se hubiese restablecido un cierto orden. Entretanto, tornóse a su tienda, en la que recibió delegaciones de atemorizados ciudadanos y al podestá de Pera [14]. Asimismo deseaba saber el paradero del emperador. Nunca pudo esclarecerse. Por las colonias italianas de Oriente circuló después la especie de que dos soldados turcos, que pretendían haber matado a Constantino, trajeron una cabeza al sultán, que cortesanos capturados, allí presentes, reconocieron ser la de su amo. Mahomet la expuso por algún tiempo en lo alto de una columna en el Foro de Augusto o Augusteum, luego la disecó y la mandó para que fuera exhibida en las principales cortes del mundo islámico. Los escritores que asistieron a la caída de Constantinopla dieron versiones diferentes. Barbaro refiere que algunos pretendieron haber visto el cuerpo del emperador entre un montón de muertos; otros sostuvieron que nunca más se le encontró. El florentino Tetaldi escribió igualmente que algunos dijeron que la cabeza del emperador fue descuartizada y otros que murió en la puerta tras haberse desplomado en el suelo. Cualesquiera de estas historias pudo ser cierta, pues desde luego el emperador murió entre la

confusión y los turcos decapitaron a la mayoría de los cadáveres. Su abnegado amigo Frantzés intentó averiguar más pormenores, pero sólo supo que, al enviar el sultán a buscar el cuerpo del emperador, se lavaron muchos cadáveres y cabezas con la esperanza de identificarle. Por último, se descubrió un cuerpo con un águila bordada en las medias y espinilleras. Se supuso que era el del emperador y el sultán lo entregó a los griegos para que le sepultaran. El mismo Frantzés no lo vio, y dudó un tanto si era realmente de su amo; tampoco descubrió dónde lo habían enterrado. En los siglos posteriores se mostraba a los devotos un sepulcro sin nombre en el barrio de Vefa como supuesta sepultura del emperador. Su autenticidad nunca pudo demostrarse y ya se ha abandonado y olvidado [15].

Sean cuales fueren los detalles que se pueden aducir, el sultán Mahomet estaba satisfecho de que el emperador hubiese muerto. Ahora ya no era sólo sultán, sino heredero y poseedor del antiguo Imperio Romano.

NOTAS

[1] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 66-67.

[2] He tomado este relato de varias fuentes: primeramente del testigo ocular, Frantzés, *op. cit.*, págs. 280-287; Barbaro, *op. cit.*, págs. 51-57; Leonardo de Quíos, col. 940-941; Tetaldi, col. 1822-1823; Pusculus, *op. cit.*, págs. 80-81; Montaldo, *op. cit.*, págs. 335-338; Riccherio, *La presa di Constantinopoli,* en Sansovino, *Dell'Historia Universale,* II, págs. 64-66; «El Jenízaro Polaco», págs. 132-134. Los relatos de Critóbulo, *op. cit.*, págs. 67-71, y de Ducas, *op. cit.*, XXXIX, págs. 351-361, provinieron, sin duda, inmediatamente después de testigos oculares. Las fuentes turcas dan relatos breves reproducidos en Saad ed-Din, págs. 21-28. Chalcocondilas,

op. cit., págs. 354-356, trae un corto relato que nada aporta. La *Crónica Eslava*, págs. 124-125, da una confusa descripción de la batalla. Únicamente Ducas proporciona algún pormenor de la penetración por la Kylókerkos, pero Saad ed-Din corrobora brevemente la historia. Sobre la situación exacta de Kylókerkos, véase Van Millingen, *Byzantine Constantinople*, págs. 89-94. Las fuentes no concuerdan sobre la herida de Giustiniani. Frantzés dice que fue herido en el pie, y Chalcocondilas, en la mano; pero Leonardo de Quíos, en la axila por una flecha y Critóbulo por una bala que perforó su peto. Se trataba, probablemente, de una herida grave en alguna parte del cuerpo. Barbaro, en su aversión hacia todos los genoveses, jamás menciona la herida, y afirma simplemente que abandonó su puesto. Por lo demás, es notable la coincidencia entre todas las fuentes.

[3] Frantzés, *op. cit.*, págs. 287-288; Barbaro, *op. cit.*, págs. 57-58. Frantzés cita a Paolo y Troilo, que escaparon y no hace alusión a Antonio; sin embargo, el podestá de Pera, en su carta al gobierno genovés, ed. de Sacy, *Notices et extraits des manuscripts de la Bibliothèque du Roi*, XI, I, pág. 77, afirma que Paolo intentó esconderse, pero fue apresado y pereció. Así pues, Frantzés, probablemente, cita a Paolo confundiéndolo con Antonio.

[4] Saad ed-Din, pág. 23. Véase Ahmed Muktar Bajá: *The Conquest of Constantinople*, pág. 228. Sobre los pescadores de Petrion, véase el apéndice II.

[5] Barbaro, *op. cit.*, págs. 59-61; Frantzés, *op. cit.*, pág. 293.

[6] Véase el apéndice II.

[7] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 74-75; Ducas, *op. cit.*, XXXIX, pág. 379; Chalcocondilas, *op. cit.*, pág. 398.

[8] Leonardo de Quíos, col. 943; podestá de Pera, pág. 77.

[9] Riccherio, *op. cit.*, pág. 66; «Rapporto del superiore dei franciscani», citado en la *Crónica de Bologna* (Muratori, R. I., Sc., XVIII, págs. 701-702); Chalcocondilas, *op. cit.*, pág. 399. Tres cartas enviadas desde Roma al cardenal de Ferrara, que trae Jorga, *Notes et extraits*, II, págs. 518-520, cuentan la historia pormenorizada. Tetaldi, al escribir este relato, creía que el cardenal había perecido: col. 1823.

[10] Barbaro, *op. cit.*, págs. 57-58; podestá de Pera, pág. 75; Ducas, *op. cit.*, XXXIX, págs. 371-373, el cual asevera que escaparon únicamente cinco navíos genoveses.

[11] Barbaro, *op. cit.*, págs. 58-59; Ducas: *op. cit.*, XXXIX pág. 373.

[12] Frantzés, *op. cit.*, págs. 387-388. Véase nota 7 del capítulo XI.

[13] La tradición dice que la bandera turca mostraba la media luna con una estrella en el centro porque el sultán entró en la ciudad bajo una luna semejante; lo cual explica por qué la media luna es menguante y no creciente. De hecho, la luna estaría en su tercer cuarto.

[14] Ducas, *loc. cit.* Véase apéndice II. El podestá de Pera no aclara del todo que fue en persona, como afirma Ducas (podestá de Pera, pág. 76).

[15] Frantzés, *op. cit.*, págs. 290-291; Ducas, *op. cit.*, XI pág. 377; Chalcocondilas, *op. cit.*, pág. 399; *Historia Política*, pág. 23; Barbaro, *op. cit.*, pág. 53; Tetaldi, col. 1823; Pusculus, *op. cit.*, pág. 81; Montaldo, pág. 338; Saad ed-Din, pág. 31; *Slavic Chronicle*, pág. 126 (versión rusa, pág. 102; versión rumana, pág. 87), afirma que la cabeza fue enterrada bajo el altar de Santa Sofía y el cuerpo inhumado en Pera. «El Jenízaro Polaco», pág. 133, dice que la cabeza fue reconocida por un transeúnte llamado Andrés. La pretendida tumba del emperador, que es costumbre mostrar en Vefa Meidan, en Estambul, carece de base histórica.

Capítulo XI

DESTINO DE LOS VENCIDOS

Desde los días del califa Omar y de las primeras grandes conquistas por la fe, la tradición islámica dictaba el tratamiento adecuado que había de darse a los pueblos conquistados. Si una ciudad o distrito se rendía por propia voluntad al conquistador, no sería saqueada, aunque sí debía entregar una indemnización, y sus habitantes, cristianos o judíos, podían conservar sus lugares de culto, si bien sujetos a ciertas prescripciones referentes a los edificios. Aun cuando la capitulación sea exigida por una terrible necesidad, ya que la defensa no podía resistir por más tiempo, la regla sigue siendo válida, si bien el conquistador puede imponer ahora duras condiciones, exigiendo más graves sanciones e imponiendo el castigo a sus más obstinados enemigos. Mas cuando una ciudad es tomada por asalto, sus habitantes no tienen ningún derecho. El ejército conquistador encuentra las manos libres para entregarse al pillaje tres días consecutivos, y los antiguos lugares del culto, junto con otros edificios, se convierten en propiedad del caudillo conquistador; este puede disponer de ellos como le plazca.

El sultán Mahomet había prometido a sus soldados tres

días de pillaje, al que tenían derecho. Estos se desparramaron por la ciudad. Una vez que sus tropas se abrieron camino a través de las murallas, insistió en mantener cierta disciplina. Los regimientos entraban uno tras otro tocando la música y ondeando las banderas. Pero una vez dentro de Constantinopla, todos se unieron en la caza salvaje del pillaje. En un principio no podían creer que hubiera terminado la defensa. Mataban a todos los que encontraban en las calles, tanto hombres como mujeres y niños, sin distinción. La sangre corría a raudales, regando las calles, desde las alturas de Petra hasta el Cuerno de Oro. Mas pronto se apagó la sed de carnicería. Los soldados se dieron cuenta de que los cautivos y los objetos de valor les reportarían mucho beneficio [1].

De los soldados que asaltaron la barricada o atravesaron por Kylókerkos, muchos se desviaron para saquear el palacio imperial en Blachernas. Redujeron su guarnición veneciana y comenzaron a arramblar con todos sus tesoros, quemando libros e iconos una vez que arrancaron las cubiertas y figuras enjoyadas, y acribillando a machetazos los mosaicos y mármoles de las paredes en derredor. Otros se dirigieron a las iglesias, pequeñas pero magníficas, próximas a las murallas: la de San Jorge, cerca de la puerta Carisia; la de San Juan, en Petra; y la graciosa iglesia del monasterio del Divino Salvador, en Chora, para despojarlas de sus reservas de láminas, ornamentos y cualquier otro objeto que podían arrancarles. En Chora no tocaron los mosaicos y frescos, pero destruyeron el icono de la Madre de Dios, la Hodegetría, la más venerable pintura en todo Bizancio, pintada —según decían sus habitantes— por el mismo San Lucas. Se la había sacado de su iglesia, cerca del palacio, al principio del asedio, para que con su bienhechora presencia, tan cercana, ani-

mase a los defensores de las murallas. Fue sacada de su marco y dividida en cuatro pedazos. Luego los soldados no cesaron en su violencia; unos penetraban en las casas vecinas, otros en los bazares y grandes edificios en el extremo oriental de Constantinopla [2].

Los marineros de los barcos del Cuerno de Oro ya habían atravesado la puerta Platea y estaban desvalijando los almacenes a lo largo de las murallas. De pronto algunos de ellos cayeron sobre una patética procesión de mujeres que se dirigían hacia la iglesia de Santa Teodosia a impetrar su protección en el día de su fiesta. Las mujeres fueron cercadas y repartidas entre sus captores, los cuales siguieron después saqueando la iglesia engalanada de rosas y atraparon a los devotos en ella [3]. Otros treparon por la colina para unirse a los soldados de las murallas de la parte de tierra en el pillaje de la triple iglesia del Pantocrátor y los edificios del monasterio a ella anejos, así como la vecina iglesia del Pantepoptes [4]. Los que penetraron por la puerta Horaya se detuvieron a saquear el barrio de los bazares, encaramándose a la colina frente al Hipódromo y la Acrópolis. Los marineros de los barcos surtos en el Mármara, mientras tanto, habían avanzado hasta el Sacro Antiguo Palacio. Sus aposentos estaban abandonados y medio en ruinas, pero había magníficas iglesias, como la Nea Basálica, que mandó edificar Basilio I casi quinientos años antes. Todas ellas fueron totalmente saqueadas. Posteriormente, los marineros de ambas flotas y los primeros contingentes de soldados de las murallas de la parte de tierra confluyeron en la mayor iglesia de Bizancio: la catedral de Santa Sofía [5].

La iglesia estaba aún rebosante. La sagrada liturgia había terminado y se comenzaba a cantar el oficio de maitines. Al estruendo del tumulto exterior cerraron las enor-

mes puertas de bronce del edificio. Dentro, la asamble pedía el milagro que sólo podía salvarlos. Pero su súplic resultó vana. No hacía mucho que las puertas habían sid forjadas. Los devotos estaban atrapados. Algunos de lo ancianos y débiles fueron asesinados allí mismo, pero l mayoría fueron maniatados y encadenados unos co otros. Arrancaron los velos y los chales de las mujere para usarlos como cuerdas. Muchas de las más agraciada doncellas y jóvenes, muchos nobles ricamente vestido fueron casi despedazados, pues sus captores se peleaba por ellos. Pronto una larga procesión de desordenado grupos reducidos de hombres y mujeres bien atados uno con otros eran arrastrados a los vivaques de los soldado para disputárselos una vez más. Los sacerdotes seguía salmodiando en el altar hasta que fueron asimismo apre sados. Si bien en el último momento —como creían lo fieles— algunos de ellos cogieron los vasos sagrados y se trasladaron al muro sur del santuario. Lo abrieron y los escondieron tras él y allí permanecerían hasta que el sagrado recinto se convirtiese en iglesia otra vez[6].

El pillaje continuó durante todo el día. Monasterios y conventos fueron invadidos y arramblaron con sus moradores. Algunas de las monjas más jóvenes prefirieron el martirio a la deshonra y salieron al encuentro de la muerte abatidas a flechazos, pero los monjes y las monjas de más edad se sometieron a la tradición pasiva de la Iglesia Ortodoxa y no ofrecieron resistencia. Las casas particulares fueron saqueadas sistemáticamente, dejando cada pelotón de saqueo un banderín cerca de la entrada para indicar que habían quedado desvalijadas del todo. Los habitantes fueron transportados con todos sus bienes. Los que desfallecían eran sacrificados junto con muchos niños que, según ellos, no servían para nada. Mas, en general, ahora

las vidas eran respetadas. Había aún grandes bibliotecas en la ciudad; algunas civiles y otras muchas anejas a los monasterios. La mayoría de los libros fueron quemados, aunque los turcos fueron lo suficientemente astutos como para comprender que se trataba de objetos comerciables y salvaron muchos, que luego se vendieron por unos centavos a cualquiera que le interesara. Hubo escenas de escarnio en las iglesias. A muchos crucifijos enjoyados se los llevaron y les pusieron en son de burla turbantes turcos a guisa de coronas. Muchos edificios sufrieron daños irreparables [7].

Por la tarde ya había poco que expoliar y ninguno protestó cuando el sultán declaró que el pillaje había de terminar. Los soldados tenían bastante en que ocuparse, durante los dos días siguientes, repartiendo el botín y contando los cautivos. Se rumoreó que ascendían a unos cincuenta mil, de los cuales únicamente quinientos eran soldados. El resto del ejército cristiano había perecido, excepción hecha de unos cuantos hombres que huyeron por mar. Los muertos, incluyendo las víctimas civiles de la matanza, se cifraban —según se decía— en unos cuatro mil [8].

El sultán en persona entró en Constantinopla ya avanzada la tarde. Escoltado por los más aguerridos jenízaros de su guardia y de sus ministros cabalgó despaciosamente a través de las calles hasta la iglesia de Santa Sofía. Desmontó ante sus puertas y se inclinó a recoger un puñado de tierra que echó sobre su turbante como acto de humillación con su Dios. Penetró en el templo y permaneció en silencio unos instantes. Luego, mientras avanzaba hacia el altar, observó cómo un soldado turco intentaba arrancar un trozo de mármol del pavimento. Se volvió hacia él airadamente y le dijo que el permiso para saquear

no implicaba la destrucción de los edificios. Estos se los reservaba para sí. Aún había algunos griegos agachados en los rincones que los turcos no habían atado ni sacado. El sultán ordenó que se les permitiese ir en paz a sus hogares. Inmediatamente después, algunos sacerdotes salieron de los pasadizos secretos detrás del altar e imploraron la clemencia del sultán. También estos pudieron marchar bajo su protección. Pero insistió en que el templo debía ser transformado inmediatamente en mezquita. Uno de sus ulemas subió al púlpito y proclamó que no había más Dios que Alá. A continuación se alzó sobre el ara y rindió pleitesía a su Dios victorioso [9].

Cuando el sultán abandonó la catedral, atravesó a caballo la plaza hacia el sacro antiguo palacio. Mientras atravesaba sus aposentos y galerías medio en ruinas, repitió —según decían— las palabras de un poeta persa: «La araña teje su tela en el palacio de los césares y la lechuza llama a los centinelas en las torres de Afrasiab» [10].

Con la marcha del sultán por la ciudad se restablecía el orden en Constantinopla. Su ejército estaba saciado de botín y la policía militar procuró que los hombres regresasen a sus vivaques. El sultán cabalgó hacia su campamento, de regreso, a través de las tranquilas calles.

Al día siguiente ordenó que se le presentase todo el botín recogido y escogió la parte a la que tenía derecho como jefe y procuró que se distribuyese una porción adecuada a los miembros de su ejército cuyos servicios no les permitieron tomar parte en el pillaje. El sultán se reservó todos los cautivos miembros de las grandes familias de Bizancio y algunos de sus oficiales superiores supervivientes de la matanza. Libertó al punto a la mayoría de las mujeres nobles, entregando a muchas de ellas dinero para que pudiesen redimir a sus familias, pero se reservó los más

apuestos de sus hijos e hijas para su serrallo. A muchos otros jóvenes se les ofreció la libertad y puestos en su ejército a condición de renunciar a la religión cristiana. Algunos apostataron, si bien la mayor parte prefirió sufrir penalidades por su lealtad a Cristo. Entre los cautivos griegos descubrió a Lucas Notaras, el megadux, y a otros nueve ministros del emperador. El sultán personalmente los libró de sus captores y los recibió benignamente, soltando al megadux y a otros dos o tres. Pero muchos de los oficiales de Constantino, entre los cuales se contaba Frantzés, no pudieron ser identificados y siguieron en cautividad [11].

En cambio con los prisioneros italianos no mostró el sultán piedad semejante. A Minotto, el bailío veneciano, se le dio muerte junto con unos de sus hijos y siete de sus principales compatriotas. Entre estos se encontraba Catarino Contarini, quien ya había sido rescatado de las tropas de Saragos Bajá, pero fue apresado de nuevo y exigieron otras siete mil monedas de oro por su libertad, suma que ninguno de sus amigos podía pagar. El cónsul catalán, Peré Juliá, fue ejecutado también con cinco o seis de sus compatriotas. El arzobispo Leonardo fue capturado, aunque no reconocido, y pronto rescatado por mercaderes de Pera que acudieron apresuradamente al campamento turco a redimir a sus compatriotas. El cardenal Isidoro fue incluso más afortunado: se despojó de sus hábitos eclesiásticos cambiándolos por los andrajos de un mendigo. El mendigo fue apresado y ejecutado y su cabeza fue exhibida como la del cardenal, en tanto que Isidoro fue vendido prácticamente por nada a un mercader de Pera que le había reconocido. El príncipe turco Orchán intentó, asimismo, escapar disfrazado; pidió un hábito a un monje griego confiando en que su perfecto conoci-

miento del idioma griego lo salvaría de toda sospecha. Pero fue capturado, traicionado por un compañero de prisión, y decapitado en el acto.

La galera genovesa a la que fue llevado Giustiniani herido era una de las que se las arreglaron para escapar del Cuerno de Oro. Recaló en Quíos y aquí murió uno o dos días después. Para sus seguidores fue un héroe, pero los griegos y venecianos, si bien admiraban en gran manera su energía, bizarría y caudillaje durante el asedio, consideraban que, a la postre, demostró ser un desertor. Debió haber tenido el valor de enfrentarse al sufrimiento y a la muerte antes de exponer al derrumbamiento total la defensa con su evasión. Incluso muchos de los genoveses sintieron vergüenza de él. El arzobispo Leonardo le vituperó duramente por su pánico intempestivo.

El destino de los cautivos griegos fue diverso. Al cabo de tres días, cuando terminó el período oficial para el saqueo, el sultán publicó una proclama en la que se decía que los griegos que no fueron capturados o ya fueron rescatados, podían volver a sus hogares, donde no serían molestados en sus vidas y haciendas, aunque ya no quedaban muchos ni sus casas eran habitables. Se dijo que Mahomet había enviado cuatrocientos niños griegos como donativo a cada uno de los tres principales potentados mahometanos de la época: al sultán de Egipto, al rey de Túnez y al rey de Granada [12]. Muchas familias no habrían de reunirse jamás. Mateo Camariotes, en sus lamentaciones sobre Constantinopla, habla de la desesperada búsqueda que él y sus amigos efectuaron para encontrar a sus parientes. Él mismo perdió hijos y hermanos. Luego supo que algunos habían sido muertos; otros, que habían desaparecido simplemente, y tuvo la vergüenza de descubrir que su sobrino había sobrevivido renegando de su fe [13].

La bondad demostrada por Mahomet con los ministros supervivientes del emperador duró poco. Habló de hacer a Lucas Notaras gobernador de la ciudad conquistada. Si su intención fue verdadera, pronto cambió de parecer. Su generosidad quedaba siempre empobrecida por la sospecha y sus consejeros le previnieron de que desconfiase del megadux. El sultán puso a prueba su lealtad. Cinco días después de la caída de Constantinopla, dio un banquete, durante el cual, en medio de la euforia del vino, alguien le susurró al oído que el hijo de Notaras, de catorce años, era un muchacho extraordinariamente apuesto. Al punto el sultán envió a un eunuco a casa del megadux para exigir que se le enviase el chico para refocilarse con él. Notaras, cuyos dos hijos mayores murieron en la batalla, se negó a sacrificar al muchacho a tamaña suerte. Así que el sultán mandó a la policía que trajeran a su presencia a Notaras con su hijo y su joven yerno, hijo del gran doméstico Andrónico Cantacuzeno. Como Notaras siguiera desafiando al sultán, este dio órdenes para que Notaras y los dos muchachos fuesen decapitados en el acto. Notaras sólo pidió que fueran ejecutados en su presencia, por temor a que la vista de su muerte los hiciera vacilar. Cuando ambos hubieron muerto, Notaras presentó su cuello al verdugo. Al día siguiente otros nueve griegos notables fueron detenidos y enviados al cadalso. Posteriormente se dijo que el sultán había lamentado estas muertes, ya que había castigado a los consejeros que despertaron sus sospechas. Pero es probable que diese largas deliberadamente a su arrepentimiento. Había decidido eliminar a los principales oficiales civiles del viejo Imperio [14].

Sus mujeres fueron otra vez reducidas al cautiverio y formaron parte del largo desfile de prisioneros que acompañó a la corte de regreso a Andrinópolis. La viuda de

Notaras murió en el camino, en el pueblo de Mesene. Era de sangre imperial y la primera dama de Bizancio tras la muerte de la emperatriz madre, profundamente respetada incluso por los adversarios de su esposo a causa de su dignidad y caridad [15]. Una de sus hijas, Ana, ya había huido a Italia con algunos de los tesoros de la familia [16].

Frantzés, cuyo odio al megadux no había quedado satisfecho incluso con sus mutuos infortunios y que escribió un relato tan duro e insincero de su muerte, tuvo que padecer una tragedia semejante. Fue esclavo durante dieciocho meses en casa del caballerizo mayor del sultán antes de que se redimiesen él y su mujer, pero sus dos hijos, ambos ahijados del emperador Constantino, pasaron a formar parte del harén del sultán: la hija, Thamar, murió cuando era todavía una niña, y el hijo asesinado por el sultán al negarse a satisfacer su voluptuosidad [17].

El 21 de junio el sultán y su corte abandonaron la ciudad conquistada rumbo a Andrinópolis. Ahora se hallaba medio en ruinas, vacía y desierta, así como ennegrecida por el fuego y en un extraño silencio. Allí donde los soldados habían estado reinaba la desolación. Las iglesias fueron profanadas y expoliadas; las casas ya no eran habitables; las tiendas y almacenes, destruidos y despojados. El mismo sultán, mientras cabalgaba por las calles, se conmovió hasta las lágrimas: «¡Pobre ciudad, que hemos entregado al pillaje y la destrucción!», murmuró.

Sin embargo, pudo comprobar que toda Constantinopla no había quedado reducida a ruinas. Los barrios populosos, por toda la loma central; los barrios comerciales en toda la mitad oriental de la línea costera del Cuerno de Oro; el palacio de Blachernas y las casas nobles contiguas, así como los viejos palacios e iglesias vecinos al Hipódromo y a la Acrópolis, habían sufrido daños. Con

todo, luego de haber leído la horripilante historia del pillaje que nos cuentan los agoreros escritores contemporáneos cristianos, es sobremanera sorprendente descubrir que hubo distritos en los que las iglesias no fueron tocadas en apariencia. Los cristianos siguieron usándolas sin solución de continuidad. No habría quedado santuario para ellos en una ciudad tomada al asalto. La contradicción se explica si recordamos la índole de Constantinopla, con sus grandes espacios que aislaban a los pueblos y barrios entre sí. Al saber que los turcos se habían abierto paso entre las murallas, los funcionarios locales, en ciertos distritos, se rindieron con prudencia y rapidez a los asaltantes y les abrieron sus puertas. Parece ser, pues, que fueron enviados bajo escolta con las llaves de los distritos al campamento del sultán y este aceptó su sumisión y les proporcionó policías responsables que vigilasen para que sus iglesias, y probablemente sus casas, no fuesen saqueadas. De este modo las iglesias en Petrion, donde los pescadores abrieron voluntariamente las puertas, y en el barrio limítrofe de Fanar, no sufrieron daño alguno ni tampoco las de toda la zona de Psamatia y Studio, junto al mar de Mármara, donde los defensores se sometieron al punto a los marineros de la flota de Hamza Bey. Igualmente era obvio que los ciudadanos en estos distritos podían reunir dinero con que rescatar a muchos de sus compatriotas de las zonas menos afortunadas. A no dudarlo, habrían sufrido el pillaje si no les hubiera sido posible encontrar el dinero para rescatar a los cautivos [18].

Aún más extraordinario es el hecho de que la gran catedral de los Santos Apóstoles, la segunda en magnitud y veneración de Constantinopla, se libró del pillaje y conservó indemne sus tesoros. Dicha iglesia se elevaba cerca de la calle principal que venía desde la puerta Carisia, e

innumerables soldados turcos debieron de pasar frente ella. Es de suponer que el sultán decidiese que fuese r servada a sus súbditos cristianos cuando les quitó la igl sia de Santa Sofía y, por este motivo, envió inmedi tamente guardias para protegerla [19].

Posteriormente el sultán había de mostrarse menos in dulgente con los cristianos, y les fue quitando una tr otra las iglesias. Pero Mahomet, el Conquistador, una ve terminada la conquista, quiso demostrar que considerab a los griegos lo mismo que a los turcos, como sus leale súbditos. Había concluido el Imperio cristiano. Sin em bargo, se consideró heredero de sus emperadores y com tal era consciente de sus deberes [20].

Entre los principales estaba mirar por el bienestar de l Iglesia Ortodoxa. Mahomet estaba muy al corriente d sus dificultades en los últimos años y ahora podía infor marse por completo en todos sus pormenores. Supo que el patriarca unionista, Gregorio Mammas, había huido de Constantinopla en 1451 y que la opinión general de los griegos era que de este modo había perdido su derecho a la sede. Había que elegir un nuevo patriarca y era obvio que había un hombre adecuado para el cargo: el respetado jefe de la oposición a la unión, el sabio Jorge Scholarios Gennadio.

Al caer Constantinopla, Jorge Scholarios se encontraba en su celda del monasterio del Pantocrátor. Su gran triple iglesia atrajo al punto a las hordas invasoras. Mientras unos saqueaban los edificios, otros arramblaron con los monjes para venderlos como esclavos. Al enviar el sultán a buscar a Jorge para que compareciese en su presencia, no se le pudo hallar. Casualmente se supo que había sido comprado por un turco rico de Andrinópolis, el cual quedó admirado y desconcertado un tanto por la compra

de un esclavo tan venerable y sabio, que lo trataba con la mayor deferencia. Se informó al sultán de esta adquisición y algunos días después llegaron enviados a su casa para escoltar a Jorge de regreso a Constantinopla.

Mahomet ya había definido las líneas generales de su política con sus súbditos griegos. Tenía que formar un *milet*, o sea, una comunidad autónoma dentro de su Imperio, bajo la autoridad de su cabeza religiosa, el patriarca, que sería responsable de su buen comportamiento ante el sultán. Tras algunas discusiones, Jorge Scholarios fue persuadido para que aceptase el patriarcado. Formarían el Santo Sínodo aquellos obispos reunidos que se hallasen cerca y, a requerimiento del sultán, eligieron canónicamente a Jorge, con el nombre monástico de Gennadio para la sede patriarcal. Esto tendría lugar, probablemente, antes de que el sultán dejase Constantinopla, a finales de junio, aunque la fecha es un tanto insegura. Según parece, transcurrieron varios meses antes de la entronización oficial de Gennadio. La ceremonia se celebró, probablemente, el 6 de enero de 1454. El procedimiento era un trasunto de la época bizantina. En calidad de emperador, el sultán recibió en audiencia al nuevo patriarca y le confirió las insignias de su cargo, las vestiduras, el báculo y la cruz pectoral. La antigua cruz había desaparecido o se perdió en el saco de Constantinopla, o el anterior patriarca, Gregorio Mammas, se la llevó consigo en su huida a Roma; por consiguiente, el sultán en persona se procuró una nueva y espléndida cruz. Se desarrolló una fórmula que pronunciaría el sultán y rezaba así: «¡Queda constituido patriarca en buena hora y cuenta con nuestra amistad; conserva todos los privilegios que gozaron los patriarcas antes que tú!» A continuación el nuevo patriarca montó en un hermoso corcel —obsequio del sul-

tán— y cabalgó hasta la iglesia de los Santos Apóstoles, que ahora sería la iglesia patriarcal, ya que la iglesia de Santa Sofía había quedado como mezquita. Allí, conforme a la antigua tradición, fue entronizado por el metropolita de Heraclea. Luego salió en procesión por la ciudad, regresando a tomar posesión de su residencia dentro del recinto de los Santos Apóstoles.

En el ínterin, el sultán y el patriarca elaboraron juntos una nueva constitución para el *milet* griego. Según Frantzés, quien obtuvo, probablemente, estos informes cuando aún estaba en cautividad, Mahomet entregó a Gennadio un documento escrito en el que le prometía inviolabilidad personal —excepción del pago de impuestos—, garantía absoluta de no ser depuesto, libertad completa de movimientos y el derecho a transmitir estos privilegios a sus sucesores para siempre. Privilegios similares habían de gozar los metropolitas más antiguos y prelados que constituyesen el Santo Sínodo. No hay motivos para dudar de la verdad, aunque la libertad de deponer a un patriarca no invalidaría el derecho del Santo Sínodo a deponer a un patriarca declarando que su elección había sido anticanónica, como solía ocurrir en la época bizantina. Los cronistas patriarcales de los siglos posteriores pretendieron que el sultán, en otro documento escrito, prometió a Gennadio que serían sancionados legalmente los usos de la Iglesia concernientes al matrimonio y sepultura; que los ortodoxos celebrarían la Pascua como fiesta y se les permitiría libertad de movimientos durante los tres días de la fiesta y no se convertirían en mezquitas más iglesias. Se daba por supuesto, al parecer, el derecho de la Iglesia a administrar la comunidad cristiana, a juzgar por los últimos *berats* decretados por las autoridades turcas para confirmar la elección de obispos y determinar sus debe-

res. Se facultó a los tribunales eclesiásticos para entender en todos los casos entre ortodoxos que tuvieran alguna trascendencia religiosa, incluidos los concernientes al matrimonio y divorcio, testamentos y tutela de menores. Los tribunales civiles establecidos por el patriarca trataban todos los demás casos entre litigantes ortodoxos. Únicamente los casos criminales en los que estuviese implicado algún mahometano iban a los tribunales turcos. Tampoco la Iglesia había de recaudar los impuestos debidos al Estado por las comunidades griegas; era competencia de los jefes locales. En cambio, se había de pedir a la Iglesia que amenazase con la excomunión y otras penas eclesiásticas a los cristianos que no pagaran los impuestos o dejaran de obedecer por otros conceptos las disposiciones estatales. El clero estaba exento de la obligación de pagar impuestos, si bien podía contribuir con aportaciones nominalmente voluntarias. Únicamente a ellos, entre los cristianos, se les permitía llevar barba, y todos los cristianos habían de portar indumentaria que los distinguiese, y ninguno podía llevar armas. Continuaba el secuestro de niños varones para formar los cuerpos de jenízaros [21].

Por lo general, éstas eran las condiciones que las comunidades cristianas podían esperar tradicionalmente de los conquistadores musulmanes. Mas a los griegos de Constantinopla se les hizo una concesión especial: las patéticas y pequeñas embajadas que se apresuraron a acudir ante el sultán con las llaves de sus distritos, cuando este esperaba penetrar en la Constantinopla conquistada, fueron recompensadas por su hazaña. Oficialmente el conquistador, al parecer, sólo exigió que la gran catedral de Santa Sofía fuese convertida en mezquita. En otros lugares, excepto en los distritos protegidos de Petrion y Fanar,

Studion y Psamatia, los cristianos perdieron, de hecho, sus iglesias. Casi todas ellas fueron completamente saqueadas y profanadas, arrasados los barrios donde se levantaban. Habría sido absurdo intentar restaurarlas y consagrarlas de nuevo, aun cuando se les hubiese otorgado la autorización. Era bastante —y mucho más, desde luego, de lo que los optimistas podían haber esperado— que les dejasen tantas iglesias, lo que tuvo perplejos a los jurisconsultos turcos de épocas posteriores, quienes no acababan de entender por qué en una ciudad tomada al asalto los vencidos habían conservado algunos de sus santuarios.

El arreglo vino como anillo al dedo al sultán conquistador, pues decidió que estos eran los barrios en que sus súbditos griegos en Constantinopla habrían de vivir y poseer edificios donde darían culto a su Dios. Pero a medida que pasaba el tiempo, su compromiso fue relegado al olvido. Una tras otra, les fueron arrebatando las viejas iglesias cristianas para ser convertidas en mezquitas, hasta que hacia el siglo XVIII sólo quedaron en poder de los cristianos tres santuarios bizantinos: la iglesia conocida por Santa María de los Mongoles, preservada por un decreto especial del Conquistador en favor de su arquitecto preferido, Critódulo el griego, y dos capillas, tan reducidas, que pasaron inadvertidas: San Demetrio Kanavou y San Jorge de los Cipreses. En otros lugares los cristianos celebraban el culto en edificios más nuevos, de discreta planta, de manera que no ofendiese las miradas de los musulmanes victoriosos[22].

El patriarca Gennadio había iniciado el proceso. La iglesia de los Santos Apóstoles, a él asignada por Mahomet, estaba en lamentable estado y habría sido muy costoso repararla, si, de veras, a los cristianos se les hubiera permitido adecentar tan gran edificio. El distrito en que

se erigía estaba poblado por los turcos que se sentían ofendidos por la presencia de la iglesia. Así que un día —probablemente en el verano de 1454— encontraron el cadáver de un turco en el atrio. No había duda de que lo habían colocado allí, pero la presencia del cadáver fue un pretexto para que los turcos hicieran manifestaciones de hostilidad. Gennadio, prudentemente, pidió permiso para trasladar su sede. Reuniendo cuantos tesoros y reliquias pudieron salvarse, los llevó consigo al barrio de Fanar, a la iglesia del convento de Pammacaristos. Las monjas fueron trasladadas a los edificios contiguos a la vecina iglesia de San Juan, en Trullo, y Gennadio y sus acompañantes se trasladaron al convento. Pammacaristos siguió siendo la iglesia patriarcal durante más de un siglo. Allí el sultán conquistador iría a visitar a su amigo Gennadio, a quien demostró alta estima. No entraría en la iglesia por temor a que los fanáticos lo utilizasen después como una excusa para apoderarse del edificio, pero él y Gennadio departirían en la capilla lateral, cuyos primorosos mosaicos se están actualmente descubriendo una vez más al mundo. Platicaban sobre política y religión y, a requerimiento del sultán, Gennadio escribió para él un breve tratado irénico, para explicar y demostrar los puntos en que la doctrina cristiana difiere de la mahometana. El tacto del sultán se fue perdiendo. En 1586, su descendiente, Murad III, anexionó la iglesia y la convirtió en mezquita[23].

Entretanto, el sultán Mahomet emprendió la reconstrucción de Constantinopla. En un principio le aterraba su desolación. Sus arquitectos continuaron con el gran palacio que había proyectado en Andrinópolis, en una isla del río Maritsa, pues pretendía hacer de él su principal residencia. Mas pronto cambió de parecer. Ahora era el heredero de los césares y tenía que vivir en la imperial ciudad.

Mandó construir un pequeño palacio en la colina central de Constantinopla, cerca de donde se halla actualmente la Universidad y comenzó a trazar los planos de un gran palacio en el emplazamiento de la antigua Acrópolis. Se animó a los turcos de todas las partes del Imperio a establecerse en Constantinopla. El gobierno promovió la construcción de viviendas y tiendas para ellos. A los griegos que quedaron en Constantinopla y a los cautivos redimidos por ellos se les prometió seguridad y, al parecer, recibieron igualmente ayuda del gobierno. A muchas familias bizantinas huidas en los últimos años a provincias se les persuadió de que volvieran, con la sugerencia de que disfrutarían de los privilegios debidos a su rango, aunque los privilegios garantizados para muchos de ellos fueron la cárcel e, incluso, la muerte, no fuera que su alcurnia los hiciera cabecillas de la subversión. Cuando se extinguieron los últimos focos de la libertad griega, la mayoría de los resistentes se llevaron por la fuerza a Constantinopla. Cinco mil familias fueron trasladadas allí desde Trebisonda y ciudades limítrofes. Dichas familias incluían no sólo las familias nobles, sino también comerciantes y artesanos y, en especial, albañiles para que colaboraran en la construcción de viviendas, nuevos bazares, nuevos palacios y fortificaciones. Después, cuando volvió la tranquilidad, y con ella la prosperidad, cada vez vinieron más griegos por propia voluntad para aprovecharse de la oportunidad dada a los comerciantes y artesanos por el espléndido renacimiento de la ciudad. A los griegos siguieron de cerca los armenios, animados especialmente por el sultán; los cuales rivalizaban con los helenos en su afán de dominar la vida comercial y económica de Constantinopla; y, con ellos, con idéntica esperanza, muchos judíos. Asimismo los turcos siguieron des-

parramándose por la ciudad para gozar de los encantos de la capital conquistada por ellos [24]. Mucho antes de morir, en 1481, el sultán Mahomet pudo contemplar con orgullo la nueva Constantinopla, ciudad en la que se levantaban cada día nuevos edificios; talleres y bazares bullían de actividad. Desde la conquista, la población de Constantinopla se había cuadruplicado; en un siglo, contaría con más de medio millón de habitantes [25]. Había destruido la derruida metrópoli de los emperadores bizantinos y, en su lugar, creado una nueva y espléndida metrópoli en la que deseaba que todos sus súbditos de todos los credos y razas conviviesen en armonía, prosperidad y paz.

NOTAS

[1] Barbaro, *op. cit.*, pág. 55; Frantzés: *op. cit.*, págs. 288-289; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 71-73. La iglesia de Santa María de los Mongoles la conocen tradicionalmente los turcos por Kan Kilisse, o iglesia de la Sangre, a causa de la sangre que corrió por la calle que pasa por delante de ella desde lo alto de Petra.

[2] Ducas, *op. cit.*, XXXIX, pág. 363.

[3] Ducas, *op. cit.*, XXXIX, pág. 369.

[4] Las pruebas arqueológicas demuestran que el Pantocrátor fue saqueado y luego usado como vivaque. Gennadio, al parecer, se retiró en un principio al monasterio de los Charsianites (véase Beck, *Kirche und theologische Literatur*, pág. 760), pero durante el invierno de 1452-1453 se hallaba en el Pantocrátor (Ducas, *op. cit.*, pág. 315).

[5] Ducas, *op. cit.*, XXXIX, pág. 365; Critóbulo, *op. cit.*, pág. 75.

[6] Frantzés, *op. cit.*, pág. 290; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 75-76; Leonardo de Quíos, col. 941-942.

[7] Barbaro, *op. cit.*, pág. 57; Critóbulo, *loc. cit.*; Ducas, *loc. cit.*; informe franciscano, col. 701-702.

[8] Critóbulo, *op. cit.*, pág. 76, cita 4.000 muertos y 50.000 prisioneros; Leonardo de Quíos, col. 942, da 60.000 prisioneros. Las dos cifras de prisioneros tienen que ser excesivas, ya que la totalidad de la población constantinopolitana no ascendía probablemente a más de 50.000. El informe franciscano, *loc. cit.*, estima los muertos en unos 3.000.

[9] La *Crónica Eslava*, pág. 127 (versión rusa, pág. 105; versión rumana, págs. 86-87), refiere pormenores que provienen, según parece, de un relato de un testigo de vista, aunque un patriarca imaginario figure en ella; Ducas, *op. cit.*, XXXIX, pág. 375, trae el relato del soldado turco que levantaba el pavimento, si bien establece la fecha de la visita del sultán hacia el 30 (y por este tiempo el pavimento, sin duda, ya estaría levantado); Frantzés, *loc. cit;* Ashikpashazade, pág. 199, dice, simplemente, que se celebró culto islámico en el edificio al viernes siguiente.

[10] Cantemir, *History of the Othman Empire*, trad. inglesa de Tindal, pág. 102, que trae la cita en persa, pero no su fuente.

[11] Frantzés, *op. cit.*, págs. 291-292; Leonardo de Quíos, col. 942; Critóbulo, *op. cit.*, pág. 82.

[12] Barbaro, *op. cit.*, págs. 57-61; podestá de Pera, pág. 77; Leonardo de Quíos, col. 943. El informe franciscano, col. 702. En cuanto a las referencias sobre los lances de Isidoro, véase nota 9 del capítulo X.

[13] Mateo Camariotes, *De Constantinopoli capta Narratio lamentabilis*, en M. P. G., CLX, col. 1068-1069.

[14] Ducas, *op. cit.*, XI, pág. 381, y Chalcocondilas, *op. cit.*, págs. 402-403, cuya historia he seguido. A Ducas le disgustaba Notaras; por ende, su relato es uno de los más convincentes. Critóbulo, *op. cit.*, págs. 83-84, omite la historia de la lascivia del sultán en su deseo de defender la fama del mismo. Leonardo de Quíos, pese a que menciona la libídine del sultán, da una versión en la que Notaras, a quien odiaba, trata de zaherir a los demás (colección 943). Frantzés, *op. cit.*, págs. 291-293, presenta una historia diferente muy hostil a Notaras. Montaldo, *op. cit.*, pág. 339, acusa a Notaras de felonía, aunque menciona la historia de su hijo.

[15] Ducas, *op. cit.*, XLII, pág. 395. La identidad de la mujer de Notaras es dudosa. En sus cartas a su esposo, como las de Gennadio (e. g. M. P. G., CLX, col. 747), se le llama «yerno del emperador» —'γαμβρὸς τοῦ Βασιλέως'—. Si su esposa fue hija de Manuel II y de la emperatriz Elena, es imposible que Frantzés, que da todos los detalles de la familia, no lo haya mencionado. Ella tuvo que nacer después de 1400, ya que su hijo estaba en su tierna edad en 1453. Es improbable que Manuel, fiel esposo, tuviera hijos ilegítimos después de su matrimonio. Los bizantinos no habrían usado el término —creo— de yerno con el sentido vago de relación matrimonial. De aquí que ella haya sido hija del sobrino de Manuel, el emperador Juan VII, el cual se casó con una princesa Gattilusi, de la que no tuvo descendencia,

desde luego; pero él posiblemente tuviera una hija, legítima o no. Papadopoulos, *Versuch einer Geneologie der Palaiologen,* pág. 90, la hace hija de Demetrio Paleólogo Cantacuzeno, pero su referencia a Frantzés nada aclara sobre su condición. No comprendo sobre qué pruebas Lambros, Συνθήκη, págs. 153, 170, basa su genealogía de la familia Notaras.

[16] Véase pág. 186. Sathas, *Monumenta Historiae Hellenicae,* IX, p. VI, afirma que Ana fue en un tiempo prometida del emperador Constantino. Las pruebas parecen insuficientes.

[17] Frantzés, *op. cit.,* págs. 309-310, 383, 385.

[18] Critóbulo, *op. cit.,* págs. 76-77, 85; Ducas, *op. cit.,* XLII, pág. 395; informe franciscano, col. 702; podestá de Pera, págs. 76-77, que escribió el 23 de junio y dice que el sultán salió la noche anterior. Babinger *Mehmed der Eroberer,* pág. 107.

[19] Véase apéndice II.

[20] Véase apéndice II.

[21] Frantzés, *op. cit.,* págs. 304-307; *Historia Politica,* págs. 27-28; *Historia Patriarchica,* en C. S. H. B., págs. 79-81; Critóbulo, *op. cit.,* págs. 94-95; Cantemir, *op. cit.,* pág. 104. Véase, asimismo, el relato completo —aunque confuso— en Papadopoulos: *Studies and Documents relating to the History of the Greek Church and People under Turkish Domination,* págs. 1-85.

[22] Véase apéndice II.

[23] Frantzés, *op. cit.,* pág. 307; *Historia Politica,* págs. 28-29; *Historia Patriarchica,* págs. 82-83, que da el texto de los tratados de Gennadio (págs. 83-93).

[24] Critóbulo, *op. cit.,* págs. 82-83; Ashikpashazade, *op. cit.,* págs. 124-126; Ducas, *op. cit.,* XLII, pág. 393; *Historia Politica,* pág. 25. Sobre la forzada emigración de Trebisonda, véase pág. 176. Una carta escrita en 1454 por los obispos refugiados en Valaquia habla de 30.000 familias que fueron traídas para establecerse en Constantinopla. Jorga, *Notes et extraits,* IV, pág. 67. 4.000 fueron inmigrantes forzosos y otros 4.000 vinieron del «continente», es decir, de Tracia.

[25] El viajero español Cristóbal de Villalón, que escribió alrededor de 1550, pretendió haber visto las listas municipales en Constantinopla, las cuales demuestran que había 60.000 familias turcas, 40.000 griegas y armenias y 10.000 judías, 4.000 familias en Pera (griegas y occidentales) y 10.000 familias griegas en los arrabales. Villalón, *Viaje de Turquía,* II, páginas 255 y sigs. Véase Jorga, *Byzance après Byzance,* págs. 45-52.

BOSNIA
SERBIA
Belgrado
Río
Danubio
Nish
KOSSOVO
Sofía
Ragusa
Cattaro
MAR
ADRIÁTICO
Kroja
Durazzo
ALBANIA
Ochrida
MACEDONIA
Río
Strama
Vardar
Tesalónica
APULIA
Valona
Janina
CORFÚ
Valo
MAR
JÓNICO
LEUCAS
ITACA
Lepanto
Chalcis
CEFALONIA
Patrás
Tebas
Corinto
Atenas
ZANTE
MOREA
Argos
Nauplia
Mistra
Modon
Crotón
MAINA
Monemvasia
Canea
EL MUNDO GRIEGO
EN EL SIGLO XV
0
100
200
Millas

CRIMEA
Danubio
MAR NEGRO
Varna
Mesembria
Anchialus
Sinope
Ineboli
Amastris
Adrianópolis
Heraclea
Chorlu
Selimbria
Regio
Rodosto
Constantinopla
MAR DE MARMARA
Nicomedia
Nicea
Rio Halys
CYZICUS
Brusa
Angora
KARASI
Eskishehir
SARAKHAN
GERMIYAN
Manisa
Esmirna
Filadelfia
AYDIN
Éfeso
Laodicea
Konya
MENTESHE
KARAMANIA
Attalia
RODAS
CHIPRE

Capítulo XII

EUROPA Y EL CONQUISTADOR

El sábado 9 de junio de 1453, tres navíos hacían rumbo al puerto de Candía, en Creta. Dos llevaban a los marineros cretenses que fueron los últimos en abandonar la lucha en Constantinopla. Consigo portaban las noticias de la caída de Constantinopla, ya hacía once días. Hubo consternación por toda la isla: «¡No hubo ni habrá jamás suceso más terrible!», anota un escriba del monasterio de Agarathos [1].

Otros refugiados ganaron las colonias venecianas de Calcis y Modón y sus gobernadores se apresuraron a enviar mensajes a Venecia. Los mensajeros llegaron a ella el 29 de junio. El Senado fue convocado urgentemente y el secretario leyó en voz alta las cartas de los gobernados a los senadores horrorizados. A la mañana siguiente salió un correo que llevó las noticias a Roma. El 4 de julio se detuvo en Bolonia para hacérselo saber con precaución al cardenal Besarión, que residía allí. Cuatro días después era recibido en audiencia por el papa Nicolás V. Otro correo llegó a Nápoles para avisar al rey Alfonso de Aragón [2].

Poco antes ya sabía toda la Cristiandad de Occidente que la gran ciudad de Constantinopla estaba en poder de

los infieles. El horror fue tanto mayor cuanto que nadie en Occidente se lo esperaba, en realidad. Unos y otros sabían que la ciudad estaba en peligro, pero inmersos como estaban en sus propias preocupaciones, no habían comprendido la gravedad de ese peligro. Habían oído hablar de sus grandes fortificaciones, así como de las valientes compañías que salieron para su liberación y de la armada de Venecia que se hacía a la vela rumbo a Oriente. Ignoraban cuán dramáticamente reducida era su guarnición comparada con las hordas de los infieles, así como que el sultán se había provisto de artillería, frente a la cual no podía quedar en pie ninguna muralla antigua. Incluso los venecianos creyeron, dadas sus fuentes de información y su experiencia práctica —lo mismo que el Papa—, que los defensores resistirían hasta que llegaran fuerzas de refresco [3].

De hecho, las galeras venecianas que el Papa contribuyó a fletar llegaron a las costas de Quíos y anclaron allí esperando viento favorable cuando los navíos genoveses, huidos de Pera, zarparon para notificarles que era demasiado tarde. El almirante veneciano Loredan volvió rápidamente sobre sus pasos con su flota por el mar Egeo a Calcis hasta que llegasen nuevas órdenes de Venecia [4].

Las recibió a mediados de julio. El 4 de julio, el *Collegio,* consejo privado del dux, fue convocado en sesión extraordinaria. Ludovico Diedo, capitán de las galeras de Constantinopla, había llegado el día anterior y ahora hacía una relación del desastre como testigo ocular. El gobierno se determinó por una política de prudencia. Mientras se enviaban instrucciones a los gobernadores de Creta, Calcis y Lepanto, por las que se les comunicaba que comprobasen urgentemente si las defensas eran sólidas e hiciesen provisiones con vistas a un posible ataque

turco, se expidió una carta el 5 de julio a Loredan, mandándole que dispusiese un navío para llevar al embajador Bartolomeo Marcello, quien se hallaba todavía con él, a la corte del sultán. Una semana más tarde el Senado votó para que se proveyese a Marcello de una cantidad de más de doscientos ducados para que sirvieran de presente al sultán y sus ministros. El 17 de julio fueron transmitidas a Marcello amplias instrucciones. Habría de comunicar al sultán que Venecia no deseaba cancelar el tratado concertado entre la república y el sultán Murad II. Pediría la devolución de las galeras capturadas en el Cuerno de Oro, ya que ninguna de ellas —como pondría de relieve— era navío de guerra. Si el sultán se negase a renovar el tratado en las condiciones anteriores, Marcello lo remitiría luego al Senado; en cambio, si el sultán diese muestras de entrar en razón, debía presionar para que volviesen los mercaderes venecianos a Constantinopla con los privilegios que disfrutaban bajo los bizantinos, y garantizaría la liberación de todos los prisioneros retenidos por los turcos.

Algunos días después, el Senado dio autorización al hijo del bailío veneciano, Minotto, para que se dirigiera a Constantinopla a fin de concertar el rescate de su padre, madre y hermano. Posiblemente rescatara a su madre, pero los otros ya habían fallecido. Por la misma época se dio un decreto de que el dinero y bienes guardados por los griegos en los barcos venecianos que sobrevivieron al desastre serían confiscados y empleados en pagar las deudas que seguían debiéndose a los venecianos por los griegos. Venecia necesitaba la compensación que pudiera hallar. Sus pérdidas en Constantinopla se estimaban en doscientos mil ducados y otros cien mil los habían perdido sus súbditos cretenses [5].

En Génova el pánico era aún mayor. Los genoveses,

exhaustos por su larga guerra con Alfonso de Aragón, así como con los franceses y milaneses, que aspiraban —los dos— a reducirlos a vasallaje, no estaban en situación de enviar fuerzas para socorrer a sus colonias orientales. Su angustia creció al recibir el informe que escribió el 17 de junio Angelo Lomellino, podestá de Pera. En él hablaba de la suerte de su ciudad. Describía cómo en el momento de la caída de Constantinopla había abierto sus puertas a Saragos Bajá y cómo —para agradar al sultán— hizo cuanto pudo para persuadir a los ciudadanos de que no huyeran en sus navíos. Inmediatamente después envió dos delegados, Luciano Spínola y Baltasar Maruffo, a presencia del sultán, con órdenes de felicitarle cordialmente por su victoria y pedirle que confirmase a Pera los privilegios otorgados por los bizantinos. Mahomet los recibió airado. Estaba irritado por la lucha de tantos navíos de Pera y vituperó a los ciudadanos por el papel equívoco desempeñado por ellos. Tuvo más éxito una segunda embajada enviada uno o dos días después a las órdenes de Babilano Pallavicini y Marco de Franchi. Por orden de Mahomet, Saragos Bajá les entregó un *firman* imperial. Prometió que la ciudad de Pera no sería destruida. Los ciudadanos conservarían sus casas y tiendas, viñedos y molinos, almacenes y barcos. Tampoco serían tocados sus mujeres y niños ni sus hijos secuestrados para los cuerpos de jenízaros. Sus iglesias seguirían en servicio, pero no se podía tocar las campanas ni construir nuevas iglesias. Ningún turco había de vivir entre ellos si exceptuamos los funcionarios del sultán. Podían viajar y comerciar libremente por los dominios del sultán, por tierra y por mar, y los súbditos genoveses tendrían libre acceso a Pera. Se los exoneraría de impuestos y obligaciones especiales, aunque todo ciudadano varón tendría que pagar

una contribución por cabeza. Podían retener sus usos comerciales, mas, por otro lado, obedecerían las leyes del sultán. Elegirían su propia cabeza o jefe que vigilase su comercio y tratase con las autoridades turcas.

Pera fue de esta forma reducida a la situación de cualquier ciudad cristiana sometida voluntariamente a gobierno musulmán. Las condiciones hubieran sido peores. En todo caso, el podestá tuvo que aceptarlas. El 3 de junio el sultán en persona visitó Pera. Mandó entregar las armas a todos los ciudadanos e insistió en demoler las murallas terrestres, incluida la ciudadela, la torre de la Santa Cruz. Se colocó un gobernador turco. Lomellino dejó su puesto como podestá, pero le pidieron sus conciudadanos que siguiese como jefe hasta que volviese a Génova el próximo septiembre [6].

La pérdida de Pera y el dominio turco de los estrechos ponía en peligro la existencia de las colonias genovesas en la costa septentrional del mar Negro, en particular la ciudad de Caffa, en Crimea. Este fue el puerto del Asia tártara y de los territorios del Asia central y, en caso de abandonarlo la república, muchos de los genoveses con dinero invertido allí pedirían una compensación que el Tesoro ya no tenía medios para dar. Afortunadamente para el gobierno genovés, la poderosa casa de comercio del Consejo de San Jorge consintió en tomar las riendas de la administración de las lejanas colonias. Los directores del Consejo creían que todavía se podía sacar provecho de ellas. Pero, de hecho, cada vez menos marineros estaban dispuestos a emprender la navegación por los estrechos ni los mercaderes estaban dispuestos a pagar los portazgos exigidos por los funcionarios del sultán. De todos modos era imposible prestar a las colonias adecuado apoyo militar. En medio siglo había desaparecido todo el

imperio de Génova en el mar Negro, conquistado por los turcos y sus aliados tártaros [7].

Otra importante colonia genovesa en Oriente fue la isla de Quíos. Estuvo administrada durante muchos años por su Mahona, compañía con privilegios, formada por principales mercaderes genoveses y terratenientes en la isla. Tras la pérdida de Pera y la inminente desaparición de las colonias del mar Negro, Quíos se convirtió en la avanzadilla del imperio genovés, aunque su valor estratégico fue disminuyendo con el declive del comercio del lejano Oriente. También aquí el gobierno genovés ni podía abandonarlo ni conservarlo. Se dieron instrucciones a Mahona para que llegara a un acuerdo con el sultán [8].

Las pequeñas ciudades mercantiles occidentales que habían tratado con Constantinopla, pudieron arreglárselas mejor. Génova y Venecia —si bien de forma distinta— estaban más interesadas en el comercio local que en el del lejano Oriente. La colonia de Ancona había sufrido pérdidas estimadas en más de veinte mil ducados al ser saqueada la ciudad, aunque los de aquella, individualmente, no sufrieron daños, en apariencia porque Mahomet conocía y le gustaba su principal ciudadano, Angelo Boldoni. Así pudieron continuar su comercio con Turquía, aun cuando su soberano, el Papa, lo desaprobase [9]. Los florentinos, cuyas pérdidas se evaluaron aproximadamente en idéntica cantidad, pronto establecieron buenas relaciones con el sultán. Fueron sus favoritos entre los italianos y sentía una admiración especial hacia la familia de los Médicis [10]. Los catalanes, quienes lucharon bien y padecieron mucho, volvieron al punto a Constantinopla, si bien parece ser que su consulado nunca abrió de nuevo las puertas [11]. Los ragusanos estuvieron a punto de abrir un consulado allí, en condiciones muy favorables, estipu-

ladas con el emperador Constantino. Afortunadamente para ellos, hubo demoras administrativas y así no estuvieron implicados en el sitio de Constantinopla. Con todo, hubieron de esperar cinco años antes de poder negociar un convenio comercial con el sultán. Desde entonces representaron un papel primordial en el comercio del Oriente [12].

Para muchos cristianos piadosos la prontitud de las ciudades mercantiles para traficar con el infiel les pareció una traición a la fe. Venecia, en particular, estaba desempeñando un papel equívoco, procurando organizar, por un lado, una cruzada contra los turcos y, por otro, enviando embajadas amistosas al sultán para salvaguardar su comercio. Su embajador, Marcello, logró, tras un año de negociaciones, concertar una tregua que permitiese redimir a los cautivos y barcos venecianos y seguir esperando durante otros dos años en Constantinopla, tratando en vano de recuperar los privilegios comerciales para sus compatriotas. En 1456 fue llamado de nuevo y metido en la cárcel durante un año, con la excusa de que había consentido en soltar algunos prisioneros turcos retenidos en Calcis. Fue sacrificado en un intento poco honrado de demostrar a la Cristiandad que la república era el verdadero enemigo del infiel [13].

A los ojos romanos el asunto estaba claro: había de iniciarse una fuerte y sincera cruzada con todas las potencias occidentales aliadas. El papa Nicolás, pese a que estaba harto y desilusionado, se animó a tomar la dirección. Desde que conoció las fatales noticias de Constantinopla escribió cartas en defensa de una acción inmediata. El 30 de septiembre de 1453, publicó una bula dirigida a todos los príncipes de Occidente para predicar la cruzada. Se intimaba a todos los potentados a derramar su sangre y la

de sus súbditos por la causa y todos habían de proporcionar una décima parte de sus rentas [14]. Los dos cardenales griegos, Isidoro y Besarión, le apoyaron activamente. El mismo Besarión escribió a los venecianos, medio recriminándoles, medio implorándoles que pusiesen fin a las guerras en Italia y concentrasen sus fuerzas en una campaña contra el Anticristo [15]. Mayor actividad todavía desplegaba el legado pontificio en Alemania, el humanista de Siena, Eneas Silvio Piccolomini, quien durante el año 1454 asistió a todas las Dietas, por todo el territorio, en las que hizo cruzada. Ante su insistencia se tomaron varios excelentes acuerdos. Pero no se hizo nada [16]. El emperador Federico III era plenamente consciente de la amenaza turca. Comprendió el peligro que representaba para Hungría, cuyo rey era su primo Ladislao. Si caía Hungría, peligraría toda la Cristiandad occidental. Ya había escrito al Papa, sirviéndose de su secretario como legado, para exponerle su pánico por la caída de Constantinopla, y Eneas Silvio añadió una nota de su puño y letra en la que deploraba —como la denominaba él mismo— «la segunda muerte de Homero y Platón» [17].

No obstante, no hubo cruzada. Si bien los príncipes se apresuraron a reunir informes sobre la caída de Constantinopla y los escritores expusieron sus aterradas lamentaciones, y el compositor francés Guillermo Dufay compuso un canto fúnebre, interpretado por todas las tierras de Francia, nadie se dispuso a entrar en acción. Federico era pobre y carecía de poder y no tenía autoridad efectiva sobre los príncipes alemanes. Así que ni política ni económicamente podía disponer de medios para la cruzada. Carlos VII de Francia estaba ocupado en rehacer su país tras la larga y costosa contienda con Inglaterra. Los turcos estaban muy lejos, y tenía mayores problemas

en su propia casa. En Inglaterra, que padecía mayores males a consecuencia de la guerra de los Cien Años, los turcos parecían estar más lejos todavía. El rey Enrique VI no podía hacer nada. Acababa de perder la razón y todo el país caminaba al caos de las guerras de las Dos Rosas. El rey Alfonso de Aragón, cuyas posesiones italianas quedarían desde luego amenazadas con cualquier desplazamiento turco hacia el Occidente, se contentó con tomar unas cuantas medidas defensivas insignificantes. Ya era hombre viejo; sólo quería conservar su hegemonía en Italia. Ningún otro rey mostró interés alguno, salvo el rey Ladislao de Hungría. Tenías buenas razones para sentirse alarmado. Pero sus relaciones con su gran capitán general, el ex regente Juan Hunyade, eran malas. Sin este y sin aliados no podía lanzarse a una empresa arriesgada [18].

El Papa tenía confianza en el príncipe más rico de Europa, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, ya que este había hablado con frecuencia de sus deseos de realizar una cruzada. En febrero de 1454, Felipe presidió un banquete en Lieja, donde se sirvió en la mesa real un pavo vivo adornado de piedras preciosas, mientras un hombrón disfrazado de sarraceno amenazaba a los huéspedes con un elefante de juguete y el joven Oliver de la Marche, vestido de damisela, representaba mímicamente los dolores de Nuestra Señora la Iglesia.

Toda la concurrencia juró solemnemente ir a la guerra santa. Pero la bonita pantomima no tenía sentido. El Juramento del Faisán —como se le llamó— nunca fue cumplido [19].

Así pues, aunque la Europa occidental se lamentaba piadosamente, la bula pontificia no podía ponerse en práctica. Nicolás V falleció a principios de 1455. Su su-

cesor, el valenciano Calixto III *, era impopular en Italia a causa de su estirpe y decadencia. Sin embargo, con gran esfuerzo armó una flota que envió al Egeo, donde conquistó las islas de Naxos, Lemnos y Samotracia, si bien ninguna potencia cristiana quiso recibir las islas como obsequio y pronto volvieron a poder de los turcos [20]. Eneas Silvio, que le sucedió en 1458 con el nombre de Pío II, se mostró más enérgico aún. Fiado en las promesas que había obtenido, esperaba que una gran expedición cristiana zarparía de seguro hacia Oriente. Murió en 1464, camino de Ancona, para dar la bienvenida a una cruzada que nunca llegó a organizar [21].

El Occidente no se movió cuando hubo que actuar. Eneas Silvio tuvo sinceros motivos para apenarse y hubo algunos románticos —muy cuidadosos de la historia—, como Oliver de la Marche, para quienes el emperador, que cayó en Constantinopla, fue el único emperador auténtico, el verdadero heredero de Augusto y Constantino, diferente al advenedizo de Alemania [22]. Mas no podían hacer nada. El mismo Papado era vituperable por su apatía. Durante más de dos siglos los papas acusaron a los griegos de obstinados cismáticos, y no hacía muchos años se quejaban públicamente de que la adhesión de los bizantinos a la unión de las iglesias no era sincera. Los pueblos occidentales, para los cuales los turcos constituían una lejana amenaza, se sorprendían al pedírseles su dinero y sus vidas para rescatar a esos recalcitrantes. Eran, asimismo, conscientes del airado espíritu de Virgilio, catalogado en Occidente como un cristiano honorífico y profeta mesiánico. Habló de los horrores del saco de

---

* Era de Játiva. *(N. del T.)*

Troya por los griegos. El saqueo de Constantinopla fue su justo castigo. Los autores amantes de la literatura, inclinados a la fraseología clásica, como el cardenal Isidoro, tenían la tendencia a llamar a los turcos teucros. Por consiguiente, ¿no eran acaso los herederos de los troyanos e, incluso, los mismos troyanos? Una supuesta carta que Mahomet II escribiría al papa Nicolás V, circuló por Francia algunas décadas después, y en ella el sultán se proponía manifestar su asombro de que los italianos demostrasen su enemistad contra él, puesto que descendían del mismo tronco troyano que los turcos [23]. Laónicos Chalcocondilas se quejaba amargamente de que en Roma se creyese, por lo general, que los griegos eran castigados por sus atrocidades en Troya [24], y el papa Pío II, cuyo nombre de Eneas le confería autoridad especial, se las veía y deseaba para indicar que teucros y turcos no eran lo mismo. Esta leyenda era perniciosa para los esfuerzos en favor de la cruzada [25].

La Cristiandad occidental no podía demostrar tamaña indiferencia. Durante el último verano de 1453, la corte del sultán, en Andrinópolis, era un hervidero de embajadores de todos los estados cristianos vecinos. A principios de agosto llegaron enviados de Jorge Brankovitch, déspota de Serbia, bien provistos de dinero, no sólo para ofrecerlo al sultán y a sus ministros, sino también para que sirviera —más compasivamente— para redimir a los cautivos. A ellos siguieron embajadas de los hermanos del último emperador de Constantinopla, Demetrio y Tomás, déspotas de Morea; de Juan Comneno, emperador de Trebisonda; de Imaret Dadian, rey de Mingrelia; de Dorino Gattilusi, señor de Lesbos y Tasos, y de su hermano Palamedes, señor de Enos; de la Mahona de Quíos y del gran maestre de los caballeros de San Juan. Encon-

traron al sultán de buen talante. Simplemente exigió de cada príncipe que reconociera su soberanía y un tributo progresivo. El déspota serbio le entregaría veinte mil ducados anuales; los déspotas de Morea, diez mil; la Mahona de Quíos, seis mil, y el señor de Lesbos, tres mil. Al emperador de Trebisonda se le hace el favor de que entregue dos mil. Embajadores traerán al sultán una vez al año las cantidades. Únicamente los caballeros de San Juan rehusaron reconocer la soberanía del sultán o pagar tributo. No podían obrar así —declararon— sin autorización de su soberano, el Papa. Mahomet no se sintió capaz, por el momento, de imponer su voluntad sobre Rodas, y así permitió ir en paz a los enviados de los caballeros [26].

Los hermanos Gattilusi fueron muy afortunados. Inmediatamente después de la caída de Constantinopla, el sultán envió tropas contra la ciudad de Palamedes de Enos, ya en tierra firme de Tracia, y Palamedes se apresuró a pregonar su sumisión. Por la misma época, la flota turca ocupó las islas bizantinas de Imbros y Lemnos. Todos los funcionarios bizantinos escaparon, excepción hecha de un juez de Imbros, el historiador Critóbulo. Hizo buenas migas con el almirante turco Hemza Bey y, como consecuencia de sus ingeniosas intrigas, al señor de Lesbos el sultán le concedió Lemnos mediante un tributo anual de 2.325 ducados; y al señor de Enos, Imbros, mediante otro tributo anual de 1.200 ducados [27].

El Oriente cristiano volvía a respirar de nuevo. Si bien Constantinopla se había perdido, el sultán, al parecer, se mostraba benévolo al permitir a los pequeños estados que vivieran en paz. Pero su inmunidad les costaba cara y el dinero no se encontraba tan fácilmente. Además, hubo nefastos cambios en la corte del sultán.

En agosto de 1453, el visir Chalil Chandarli fue dete-

nido inopinadamente y se le despojó de sus cargos. Algunos días más tarde fue ejecutado. Mahomet no olvidó nunca el papel de Chalil en 1446. Hasta ese momento había sido demasiado poderoso y muy respetado como fiel amigo del sultán Murad y el más antiguo estadista del reino. Hasta que Constantinopla no estuvo segura en sus manos, el sultán no estaba en condiciones de destituirle: hubiera sido peligroso enajenarse las antiguas familias turcas que lo consideraban como su jefe. Pero sus consejos le salieron mal. Primero trató de impedir y luego de levantar el sitio de Constantinopla. Que temiese honradamente que fracasaría la empresa o comprometería a los turcos en una gran guerra contra las potencias occidentales o —como afirmaban sus enemigos— se dejase sobornar torpemente por los griegos, con quienes mantuvo —como se sabía— relaciones amistosas, no podemos afirmarlo al presente. La acusación de traición tuvo que ser hecha para justificar su caída. Incluso los estadistas orientales más venerados estaban predispuestos a aficionarse a recibir regalos. Pudo ocurrir muy bien que Chalil —aun dedicado sinceramente al bienestar de sus compatriotas— estuviese pagado al mismo tiempo por los griegos. Pero cometió un error de cálculo y fue castigado por ello. Con Chalil cayeron los otros ministros de la época de Murad, excepto Isa Bajá, relegado a Anatolia. Ahora Saragos Bajá fue el gran visir, y sus amigos ocuparon los puestos del gobierno. Casi todos ellos eran belicosos conversos al Islam, hombres sin intereses adquiridos y totalmente dependientes del favor del sultán, y todos ávidos de presionar sobre su amo para proseguir ulteriores conquistas tan pronto como el tiempo estuviese en sazón [28].

Al llegar este tiempo, los mismos príncipes cristianos habían de ser muy vituperados. Los serbios fueron los

primeros en sufrir. En 1454 se obligó a Jorge Brankovitch, mediante una demostración de fuerza, a ceder su territorio al sultán. Se encontraba en una posición delicada. Los húngaros, precisamente frente a su frontera septentrional, estaban tan ávidos de dominar sus tierras como los turcos. Serbia se convirtió en el escenario de sus guerras. El fracaso del sultán en arrebatar Belgrado a Juan Hunyade, en junio de 1456, aumentó su desconcierto. Hunyade murió al otro día de la victoria y semanas después Jorge fue herido en una reyerta en el campamento húngaro. Siguió viviendo durante unos meses, falleciendo en vísperas de Navidad, a la edad de noventa años. Su dilatada experiencia diplomática y la influencia de su hija Mara —la venerada madrastra del sultán— le permitieron mantenerse. Su heredero no fue tan sagaz. Jorge legó el despotado a su viuda y a su hijo menor, Lázaro. Compartir la herencia con su madre fue una ofensa para Lázaro. Su muerte repentina y sospechosa, meses más tarde, obligó a Mara a huir a la corte del sultán, mientras sus hermanos mayores, cegados muchos años antes por orden de Murad II, escaparon, uno con ella a Constantinopla, el otro a Roma. Mahomet tenía otras preocupaciones en ese momento y Lázaro murió en enero de 1458, dejando una discutida herencia. Pero, en 1459, un ejército turco penetró en el despotado, bien acogido por muchos serbios, hartos ya de desorden. En pocas semanas toda Serbia estuvo en manos de los turcos, excepción de Belgrado, en poder de los húngaros hasta 1521. El vecino reino de Bosnia, cuya reina era la hija de Lázaro, María, fue conquistado cuatro años después. El rey, Esteban Tomashevitch, fue decapitado y María ingresó en un harén turco[29].

En el ínterin desaparecieron los últimos vestigios de la

independencia griega. Los primeros en desaparecer fueron los territorios confiados a los príncipes, medio griegos, Gattilusi. Dorino y Palamedes murieron en 1455. El hijo y heredero del primero era débil, perverso el del segundo. El sultán dio muchas excusas para anexionarse sus territorios. Hacia 1459, Imbros, Tenedos, Lemnos y la ciudad de Enos estaban en poder de los turcos, si bien Imbros se entregó a un gobernador cristiano en la persona de Cristóbolos. Lesbos llevó una vida precaria hasta 1462, cuando Nicolás Gattilusi, hijo menor de Dorino, el cual ya había estrangulado a su hermano, se vio forzado a entregar sus tierras y fue estrangulado a su vez [30].

El ducado de Atenas fue invadido en 1456. A su duque, Franco, cuya juvenil apostura había admirado el sultán, se le permitió que siguiera, durante más de cuatro años, como señor de Tebas. Luego fue ejecutado; sus tierras, arrebatadas, y sus hijos alistados entre los jenízaros [31].

En Morea, donde los hermanos déspotas, Demetrio y Tomás, sólo dejaban sus querellas cuando amenazaba un peligro del exterior, a las noticias de la caída de Constantinopla siguió una rebelión de todos los albaneses establecidos en la península. Muchos griegos se unieron a los rebeldes y Venecia les facilitó ayuda bajo cuerda. Desesperados, los hermanos solicitaron el apoyo del sultán. El viejo general Turahan Bey atravesó el istmo de Corinto y restableció el orden. Dejó dicho a los hermanos que vivieran en buena armonía. Pero pronto volvieron a las andadas con mutuas querellas y con sus vasallos, y no enviaron al sultán el tributo a que estaban obligados. En la primavera de 1458, condujo personalmente un ejército allende el istmo. Corinto le hizo frente hasta agosto y otras fortalezas le opusieron valiente resistencia, pero fue inútil. Al caer Corinto y al ser arrasada la península, los

déspotas tuvieron que hacer las paces con su soberano. Fueron castigados con la pérdida de la mitad del despotado, incluido Corinto, Patrás, Argólida y la propia capital de Tomás, Caritena, y hubieron de pagar una fuerte indemnización. A su vuelta hacia el Norte, Mahomet se detuvo a visitar Atenas, ciudad cuyo ilustre pasado conocía muy bien, y quería rendirle homenaje.

Apenas la abandonó, cuando los déspotas volvieron a sus pendencias. Demetrio sostuvo que la única salvación de su tierra y de sí mismo era someterse a los turcos. Tomás cifraba sus esperanzas en el nuevo Papa, Pío II, que le prometió ayuda en el concilio de Mantua, celebrado en otoño de 1458. Cuando llegó la ayuda a Morea, al verano siguiente, consistió en trescientos mercenarios; doscientos pagados por el papa Pío II y ciento por Blanca María, duquesa de Milán. Pronto se pelearon con Tomás y entre sí y regresaron a Italia. Entretanto, Demetrio llamó a los turcos. Pero una vez más olvidó pagar el tributo al sultán. Mahomet, disgustado por el caos del despotado y alarmado por la intervención pontificia, se resolvió a eliminarlo.

A principios de mayo de 1460, Mahomet se presentó en Corinto al frente de un gran ejército. Tras breves vacilaciones, Demetrio se rindió y con él su capital, Mistra. Tomás se agazapó, durante algún tiempo en Mesenia; luego escapó por mar a Corfú. Abandonados por sus dirigentes, los peloponenses se sometieron, si bien algunas fortalezas, impulsadas por un heroísmo altivo y desesperado, resistieron y fueron reducidas una tras otra. Tanto si fueron tomadas al asalto como obligadas a la rendición, sus poblaciones fueron asesinadas. Hacia el otoño, toda la península fue ocupada, excepción del castillo de Salmenikon, cuyo jefe, Graitzas Paleólogo, resistió hasta el verano siguiente, y de los puertos venecianos de Modón y

Crotona, que se salvaron, acogiendo al sultán con profusión de regalos y honores, y la ciudad de Monemvasia, rodeada por el mar, que reconoció a Tomás por su señor y, al huir este, entregó el señorío primero a un pirata catalán y luego al Papa, el cual le donó, en 1464, a Venecia [32].

Luego llegó el turno al Imperio de Trebisonda. Juan IV, el gran Comneno, a quien Frantzés había censurado su regocijo por la muerte de Murad II y que obtuvo la inmunidad en 1453 mediante la promesa al sultán de un generoso tributo, falleció en 1458, dejando dos hijas casadas y un hijo, Alejo, de sólo cuatro años. Una larga regencia se reveló a todas luces desastrosa; así que los trebisondanos nombraron emperador a David, el hermano más joven de Juan. David supuso que el sultán estaba demasiado atareado en Europa como para molestarse por Anatolia oriental. Estuvo en contacto con las repúblicas de Venecia y Génova y con el Papado; todos ellos le prometieron ayuda, y puso una confianza especial en la amistad de su familia con el mayor de los jefes locales turcomanos, Uzun Hasán, señor de la tribu de la Oveja Blanca. Uzun Hasán era un príncipe formidable, que se había constituido en jefe de Anatolia oriental frente a los otomanos. Los emires de Sinope y Karamania eran sus aliados, así como el rey de Georgia, yerno del emperador David, y los reyes georgianos de Mingrelia y Abkhazia. Llevaba en sus venas sangre en gran parte cristiana. Su abuela paterna fue una princesa de Trebisonda y su madre una dama cristiana del norte de Siria, y él se había casado con una princesa trebisondana, Teodora, hija del emperador Juan, de la que escribió un viajero veneciano que «era creencia común de que no había mujer más hermosa en esa época». Con Uzun Hasán por amigo, el emperador de Trebisonda creía que estaba seguro.

El sultán Mahomet no podía dejar de ignorar tal

alianza, pero fue David el que provocó la guerra. Pidió a Mahomet la exoneración del tributo que pagó su hermano, e hizo esta petición mediante los embajadores de Uzun Hasán, quienes se hallaban en Constantinopla haciendo peticiones aún más arrogantes en favor de su amo. En el verano de 1461, Mahomet preparó un ejército y una flota para castigar tales impertinencias. Una vez que la flota, al mando del almirante Kasim Bajá, hubo bordeado las costas de Anatolia, en el mar Negro, el sultán se unió a su ejército en Brusa. A la vista de tan ingente fuerza, la gran alianza empezó a derrumbarse. Mientras el ejército se dirigía, en junio, hacia Sinope, la flota se detuvo a destruir el puerto genovés de Amastris. Al terminar el mes, la flota y el ejército se encontraban frente a Sinope. El emir Ismail, cuñado de Mahomet, envió en vano a su hijo Hasán para intentar conjurar el peligro. Mahomet insistió en que Sinope debía rendirse. En compensación, ofreció a Ismail un feudo que se compondría de Filípolis y los pueblos vecinos. Ismail aceptó estas condiciones a regañadientes. Entraron en Sinope sin oposición y el ejército del sultán avanzó hasta el territorio de Uzun Hasán, tomando al asalto su fortaleza fronteriza de Koylu Hisar. Los karamanos no dieron un paso en apoyo de su aliado. Uzun Hasán se replegó hacia el Este, enviando a su madre, Sara Khatun, con valiosos presentes al campamento del sultán. Mahomet acogió a la princesa afablemente. No deseaba todavía competir con la Oveja Blanca. Consintió en hacer las paces a condición de quedarse con Koylu Hisar. Mas los esfuerzos de Sara por salvar la patria de su nuera fracasaron. «¿Por qué te cansas, hijo mío —preguntó su huésped—, por tan poca cosa como Trebisonda?» Replicó que tenía en sus manos la espada del Islam y le daría vergüenza no fatigarse por la fe.

A comienzos de julio, la flota turca arribó a Trebisonda y los marineros desembarcaron para saquear los suburbios. Pero no lograron ningún avance contra las murallas de la ciudad. A principios de agosto, la vanguardia del ejército llegó ante las murallas, a las órdenes del gran visir Mahmud. Este —como la mayoría de los ministros del sultán— era un renegado, hijo de un príncipe serbio y una dama de Trebisonda. Tenía un primo que vivía en la ciudad, el sabio Jorge Amiroutzés, trebisondano de nacimiento. Amiroutzés fue uno de los defensores de la unión en Florencia y el emperador David lo apreciaba mucho; no sólo por su saber, sino porque por sus relaciones con Roma había sido muy útil en las negociaciones con Occidente. Mahmud envió a la ciudad a su secretario griego, Tomás Katabolenou, oficialmente para conminar al emperador a que se rindiera y, secretamente, para ponerse en contacto con Amiroutzés. David se mostró obstinado en un principio. La emperatriz Elena, de la gran familia bizantina de los Cantacuzenos, acababa de dirigirse a Georgia para solicitar ayuda de su yerno. Empero, al decirle Amiroutzés, ya prevenido y sobornado por Mahmud, que Hasán había firmado la paz, al confirmar las noticias las cartas de Sara Khatun y al traer Amiroutzés más noticias de que Mahmud garantizaba que el sultán proveería a la familia imperial de patrimonio en otras partes, el emperador vaciló. Envió legados a Mahomet, quien se acercaba en ese momento con el grueso de su fuerza, para prometerle que le entregaría la ciudad si se le daban tierras de pareja extensión y valor allí donde el sultán las eligiese, y que le enviaría a su hija menor, Ana, por esposa del sultán. Mahomet, irritado por la huida de la emperatriz a Georgia, replicó exigiendo rendición sin condiciones. Ante la continua insistencia de Amiroutzés de que la resis-

tencia era inútil y ante las cartas de Sara que le daban su palabra de que él y su familia serían tratados caballerosamente, David cedió. Sería injusto censurarle. Uzun Hasán y sus aliados turcos le defraudaron. Ninguna potencia occidental le envió ayuda y los georgianos no intervendrían solos. Trebisonda y sus sólidas fortificaciones pudieron resistir durante varias semanas, pero nadie vino en su auxilio[33].

El 15 de agosto de 1461, la última capital de los griegos era invadida por el sultán turco. Hacía doscientos años desde el día en que Miguel Paleólogo reconquistó Constantinopla a los latinos y un nuevo amanecer irrumpía, al parecer, en el mundo griego. Las promesas de Sara Khatun fueron respetadas. El emperador y sus hijos y su joven sobrino, Alejo, fueron recibidos benignamente por el sultán y enviados en un barco especial a Constantinopla, junto con los funcionarios de la corte y todos sus bienes personales, excepto una colección de joyas entregadas a Sara para recompensarle por su amable mediación. No toda la familia imperial gozó de libertad. La cuñada de David, María Gattilusi, casada con su hermano exiliado, Alejandro, en Constantinopla, veinte años antes y al presente retirada en su viudez con su hijo menor en Trebisonda, fue agregada al harén del sultán. Todavía conservaba su llamativa belleza y, según parece, el mismo Mahomet llegó a enamorarse de ella, mientras que su hijo se distinguió como uno de sus pajes favoritos[34].

El resto de la población fue tratada con rigor. Se despojó a las principales familias de sus propiedades y fueron enviadas en un buque a Constantinopla, donde el sultán les proveyó de nuevas casas y dinero suficiente para comenzar una nueva vida. Todos los restantes ciudadanos varones y muchas de las mujeres y niños fueron reducidos

a esclavitud y repartidos entre el sultán y sus ministros. Otras mujeres fueron transportadas a Constantinopla, y ochocientos chicos seleccionados para los cuerpos militares de los jenízaros [35].

Las partes más distantes del Imperio fueron invadidas muy pronto. La ciudad de Kerasount resistió por algún tiempo y se rindió en condiciones honrosas que permitieron a los griegos vivir en paz. Algunas aldeas de las montañas ofrecieron resistencia. El castillo de Kordyle fue defendido durante algunas semanas por una joven campesina, quien había de ser celebrada por mucho tiempo en las viejas baladas pónticas, aunque ningún castillo resistiría por mucho tiempo al poder del ejército turco. Hacia octubre, el sultán Mahomet regresó a Constantinopla ya con todas las posesiones del gran Comneno en su poder [36].

Era el fin del mundo griego libre. «¡Feneció Romania; fue conquistada Romania!», se lamentaban los trovadores [37]. Aún había algunos griegos que vivían bajo ley cristiana en Chipre, en las islas del Egeo y del Jonio, en los puertos marítimos del continente heleno que todavía conservaba Venecia, pero vivían bajo señores de una raza extraña y una forma extraña de cristianismo. Únicamente entre los pueblos salvajes de Maina, al sur del Peloponeso, en cuyas abruptas montañas los turcos no se arriesgaron a penetrar, había cierta apariencia de libertad.

Pronto estuvo en poder de los turcos todo el mundo ortodoxo de los Balcanes. Mientras Scanderberg vivió, los albaneses conservaron una precaria independencia, pero tras su muerte, en enero de 1468, inmediatamente fue invadido el país, y Venecia ya había perdido mucho antes los puertos del litoral albanés. Más al Norte, en el distrito conocido por Zeta, algunos montañeses resistieron, formando el principado conocido después como Montene-

gro, que posiblemente admitiese algunas veces soberanía turca o veneciana, si bien nunca perdiera su autonomía. Serbia y Bosnia fueron reducidas a esclavitud. Allende el Danubio, los príncipes de Valaquia admitieron la soberanía turca en 1391, repudiándola siempre que un ejército húngaro se acercaba. Desde 1456 a 1462, el príncipe Vlad, conocido por el Empalador, por su método de tratar a los que no estaban de acuerdo con él, desafió al sultán, e incluso empaló a sus emisarios, pero al caer fue restablecida sólidamente la soberanía del sultán. En Moldavia, el príncipe Pedro III aceptó su soberanía en 1456. Su hijo, Esteban IV, la rechazó y tuvo con éxito en jaque a los turcos durante su largo reinado, desde 1457 a 1504, pero nueve años después de su muerte, su hijo, el príncipe Bogdan, se sometió al sultán, Selim I [38].

Con todo, existía una potencia ortodoxa en cuyos territorios nunca penetraron los ejércitos del sultán. Mientras Bizancio iba cayendo cada vez más plenamente bajo el imperio turco, los rusos habían rechazado a sus soberanos tártaros y recuperado su independencia. La conversión de Rusia fue una de las glorias de la Iglesia bizantina. Mas ahora, el país hijo se hacía más fuerte que la madre. Los rusos eran plenamente conscientes de ello. Ya alrededor de 1390, el patriarca Antonio de Constantinopla fue obligado a escribir al dirigente principal de los rusos, al gran príncipe Basilio I de Moscovia, para recordarle que, pese a todo, el emperador de Constantinopla seguía siendo el único emperador, el lugarteniente ortodoxo de Dios en la tierra. Mas ahora había caído Constantinopla y su emperador había sido ejecutado. Constantinopla había caído, por lo demás —así pensaban los rusos—, como castigo por sus pecados, pues su apostasía era una consecuencia de su unión religiosa con Occidente. Los rusos rechaza-

ron, indignados, la Unión de Florencia y expulsaron al arzobispo unionista Isidoro, que los griegos les impusieron. Ahora, con un pasado de ortodoxia intachable, era la única soberanía superviviente en el mundo ortodoxo; soberanía cuyo poder crecía continuamente. ¿Acaso no había heredado con toda seguridad el Imperio Ortodoxo? El sultán conquistador podía reinar en Constantinopla y reivindicar los privilegios del emperador bizantino, mas el verdadero imperio cristiano se había desplazado a Moscú. «Ha caído Constantinopla —escribía el metropolitano de Moscú en 1458— por haber abandonado la auténtica fe ortodoxa. Pero en Rusia vive todavía la fe, la fe de los siete concilios, como la entregó Constantinopla al gran príncipe Vladimiro. Sólo existe una verdadera Iglesia en la tierra: la Iglesia de Rusia.» Ahora la misión de Rusia era defender la cristiandad. «Han caído los imperios cristianos —escribió el monje Filoteo en 1512, dirigiéndose a su señor, el gran príncipe o zar Basilio III—; en su lugar se alza sólo el Imperio de nuestro soberano... Han caído dos Romas, pero la tercera está en pie y no habrá una cuarta... Tú solo eres el único soberano en el mundo, el señor de todos los fieles cristianos.» El padre de Basilio III había dado cierta legitimidad a la reivindicación mediante una alianza matrimonial con la casa de los Paleólogos. Mas para los creyentes místicos, el matrimonio fue impertinente. Si eran necesarias las exigencias dinásticas, preferían remontarse al matrimonio de su primer príncipe cristiano, Vladimiro, con la princesa porfirogéneta Ana, cinco siglos antes; matrimonio que, de hecho, fue infecundo. Pero la herencia de Moscú nada tenía que ver con la diplomacia de este mundo; era Dios quien la había dispuesto a todas luces.

Así, sólo los rusos —entre los ortodoxos— sacaron al-

gún provecho de la caída de Constantinopla, y para los ortodoxos del antiguo mundo bizantino —que gemían bajo el yugo— reconocer que aún había un gran jefe ortodoxo — aunque lejano— les daba consuelo y esperanza de que les prometiese protección y algún día quizá vendría en su auxilio y les restituiría la libertad. El sultán conquistador apenas si se daba cuenta de la existencia de Rusia. Sus sucesores en los siglos futuros no imitarían tal desdén [39].

Desde luego Rusia se hallaba muy lejos. El sultán Mahomet tenía otras preocupaciones más inmediatas. La conquista de Constantinopla le había constituido como una de las grandes potencias europeas y tenía que desempeñar su papel en la política de las potencias europeas. Sabía que todos los cristianos eran sus enemigos, mas tenía que procurar que no se unieran contra él.

Este cometido no era tan difícil. El fracaso de las potencias cristianas en acudir a auxiliar a Constantinopla le había demostrado lo mal dispuestas que estaban a luchar por su fe, a no ser que estuviesen comprometidos sus intereses inmediatos. Únicamente el Papado, algunos sabios y románticos dispersos por Occidente se sintieron conmovidos auténticamente al pensar en la gran ciudad histórica cristiana en manos de los infieles. Entre los italianos que colaboraron en la defensa de la ciudad, algunos —como Giustiniani y los hermanos Bocchiardi— pudieron dejarse llevar por un sentimiento cristiano, pero sus gobiernos sólo se echaban buenas cuentas comerciales. Sería desastroso para su comercio que Constantinopla cayese en manos de los turcos, pero también lo sería ofender a los turcos, con los que mantenían ya provechosas relaciones comerciales. Los monarcas occidentales eran indiferentes. Incluso el rey de Aragón, con sus sue-

ños de un imperio oriental, no había sido capaz de poner en práctica dichos sueños. El gobierno turco pronto fue plenamente consciente de ello. Turquía no careció nunca de buenos diplomáticos. Posiblemente el sultán tendría que luchar contra Venecia y Hungría y, tal vez, con algunos aliados que el Papado reuniría, pero los combatiría uno a uno. Ninguno fue en auxilio de Hungría en la fatídica batalla de Mohacs. Tampoco envió ningún refuerzo a los caballeros de San Juan en Rodas. Asimismo les tuvo sin cuidado la pérdida de Chipre para los venecianos. Venecia y los Habsburgos * se confederaron en una campaña naval que llevó a la victoria de Lepanto, pero con escasos resultados. Sólo los príncipes de los Habsburgos estaban ya comprometidos en la defensa de Viena. En Alemania o Italia habría quienes se echasen a temblar durante varias décadas al pensar en lo cerca que estaban los turcos, pero esto no los distrajo de sus guerras civiles. Y cuando el cristianísimo rey de Francia, traicionando la misión desempeñada por este país en la gran época de las cruzadas, prefirió aliarse con el sultán infiel contra el Sacro Romano Imperio, quedó claro a todas luces y a los ojos de todos que ya había pasado el espíritu de las cruzadas.

NOTAS

[1] Apostillas a un códice en el monasterio de Agarathos citadas en Tomadakis: «Répercussion inmédiate de la prise de Constantinople», Atenas, 1953.

---

* Los de España, principalmente, como parece ignorar el autor. *(N. del T.)*

[2] Thiriet, *Regestes*, núm. 2.928. Véase Pastor, *Historia de los Papas* (trad. inglesa de Antrobus), II, págs. 271-274.

[3] Tetaldi, col. 1823, cree que, si la flota hubiese llegado a tiempo, no hubiera caído Constantinopla.

[4] Critóbulo, *op. cit.*, pág. 81; Thiriet, *La Romanie Vénitienne*, pág. 383.

[5] Thiriet, *Regestes*, núms. 2.929-2.936, págs. 187-190.

[6] Podestá de Pera, págs. 76-78; Montaldo, *op. cit.*, pág. 342; Ducas, *op. cit.*, XLII, pág. 393; Critóbulo, *op. cit.*, pág. 76. Sobre el nombre del podestá, Lomellino, véase el prefacio de Desimoni a Montaldo, págs. 306-307.

[7] Heyd, *Histoire du commerce du Levant*, II, págs. 382-407. El acta que cede Caffa al Consejo está en *Notices des manuscripts de la Bibliothèque du Roi*, XI, I, págs. 81-89.

[8] Véase Argenti, *The Occupation of Chios by the Genoese*, I, páginas 205-208.

[9] Heyd, *op. cit.*, II, pág. 308 y núm. 4. Tetaldi, col. 1823, estima las pérdidas de los anconitanos en más de 20.000 ducados.

[10] Heyd, *op. cit.*, II, págs. 308, 336-338. Tetaldi, *loc. cit.*, estima que las pérdidas florentinas ascendieron a 20.000 ducados.

[11] Heyd, *op. cit.* II, págs. 308, 348.

[12] Krekic, *Dubrovnik (Raguse) et le Levant*, pág. 62, y Thiriet, *Regestes*, núms. 1.279 y 1.364, págs. 383, 398.

[13] *Ibíd.*, núms. 2.955-2.956, 3.021, págs. 194-195, 212-213.

[14] Raynaldi, *Annales*, X, págs. 2-3.

[15] Jorga, *Notes et extraits*, II, págs. 518.

[16] *Ibíd.*, IV, págs. 90-91, 101-102, 111-113.

[17] Pío II, *Opera Omnia*, págs. 716-717.

[18] Grunzweig, «Philippe le Bon et Constantinople», en *Byzantium*, XXIV, págs. 51-52.

[19] Olivier de la Marche, *Mémoires*, ed. Beaune et d'Arbaumont, II, págs. 381-382.

[20] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 119-121; Ducas, *op. cit.*, XLV, pág. 423. Véase Miller, *Essays on the Latin Orient*, págs. 340-343, con referencias.

[21] Véase Atiya, *The Crusade in the Later Middle Ages*, págs. 236-240.

[22] Olivier de la Marche, *Mémoires*, II, págs. 336-337.

[23] Jorga, *Notes et extraits*, IV, págs. 126-127.

[24] Chalcocondilas, *op. cit.*, pág. 403.

[25] Pío II, *Opera Omnia*, pág. 394.

[26] Ducas, *op. cit.*, XLII, pág. 395; Critóbulo, *op. cit.*, pág. 85; Babinger, *Mehmed der Eroberer*, págs. 108-109.

[27] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 86-87; Ducas, *loc. cit.*; Miller, *Essays on the Latin Orient*, págs. 334-335.

[28] Frantzés, *op. cit.*, págs. 293-294; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 87-88; Chalcocondilas, *op. cit.*, 403-404; Leonardo de Quíos, col. 943; Ashikpashazade, *op. cit.*, págs. 197-199. Véase Inalcik, *Fatih Devri*, págs. 134-136. El relato de Ashikpashazade es particularmente hostil a Halil, pero los historiadores otomanos posteriores, que escribían cuando su familia, los Chandarli, ya había sido rehabilitada, son más amables. Véase Inalcik, *Fatih Devri*, págs. 132-136. Es probable que la desgracia y muerte de Notaras estuviera relacionada con las de Halil. Ashikpashazade dice que Notaras le sobornó, enviándole dinero dentro de un pescado. Desde luego, estuvieron en buenas relaciones los dos.

[29] Véase Jireček, *Geschichte der Serben*, II, págs. 201 y sigs.; Miller, *Essays on the Latin Orient*, págs. 456-457, y «The Balkan States», en *Cambridge Medieval History*, IV, págs. 575-582; Babinger, *Mehmed der Eroberer*, págs. 112 y sigs.

[30] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 105-111, 138-139; Ducas, *op. cit.*, XLIV, pág. 419; XLV, págs. 423, 427; Leonardo de Quíos, *De Lesbo a Turcis Capta*, ed. Hopf, passim; Miller, *Essays on the Latin Orient*, págs. 335-352.

[31] Miller, *The Latins in the Levant*, págs. 435-441, 456-457.

[32] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 126-137, 149-153; Ducas, *op. cit.*, XLV, págs. 423-425; «Jenízaro Polaco», págs. 155-165; Ashikpashazade, *op. cit.*, págs. 210-213. Véase Zakythinos, *Le despotat grec de Morée*, págs. 247-284.

[33] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 163-174; Frantzés, *op. cit.*, pág. 413; Ducas: *op. cit.*, XLV, págs. 429-431; Chalcocondilas, *op. cit.*, págs. 218-227. Véase Miller: *Trebizond: the Last Greek Empire*, págs. 97-104.

[34] Critóbulo, *op. cit.*, págs. 175-177; *Historia Politica*, págs. 36-37; Miller, *Trebizond*, págs. 105-108.

[35] Frantzés, *loc. cit.*, pág. 308; Critóbulo, *loc. cit.*; Miller, *loc. cit.*

[36] Miller, *loc. cit.* La balada sobre la doncella de Kordyle la da Legrand en *Recueil de chansons populaires grecques*, pág. 78.

[37] Balada sobre la caída de Trebisonda, en Legrand, *Recueil de chansons populaires grecques*, pág. 76.

[38] Jorga, *Histoire des Roumains*, IV, págs. 131 y sigs.

[39] Véase Medlin, *Moscow and East Rome*, págs. 75-95.

Capítulo XIII

LOS SUPERVIVIENTES

La conciencia de la Europa occidental había sido afectada, pero no había despertado. Los cardenales griegos Isidoro y Besarión pudieron predicar y suplicar, y el papa Pío II, llevado de su amor a la cultura griega, pudo hacer acopio de recursos en auxilio de Oriente, pero todo lo que sacaron en limpio fue poner más de manifiesto el patético destino de los refugiados que huyeron frente a los turcos.

No había gran número de ellos. Los más pobres habían de quedar en Oriente y sufrirían mil vicisitudes. Entre los más importantes que desempeñaron un papel en el drama, algunos aceptaron vivir voluntariamente bajo el sultán. Pero otros muchos fueron privados de libertad o ejecutados. Los restantes buscaron refugio en Italia.

Las antiguas dinastías fueron extinguidas virtualmente. De los hermanos supervivientes del emperador Constantino, el déspota Demetrio fue, en un principio, tratado benignamente por el sultán. Se le concedió un territorio dependiente fuera de las tierras pertenecientes a Gattilusi, la ciudad de Enos y las islas de Lemnos e Imbros y parte de Tasos y Samotracia. Le entregaron un impuesto anual sobre la renta de seiscientas mil monedas de plata, la mitad

proveniente de las islas y la otra mitad de Imbros. Aparte de esto, le enviaban anualmente cien mil del tesoro del sultán. Durante siete años vivió pacíficamente en Enos con su mujer Zoe y su hermano, Mateo Asen, quien antaño había sido su gobernador en Corinto y actualmente estaba encargado del monopolio local de la sal. Pasó el tiempo gozando de los placeres de la caza y de la mesa y gastando parte de su salud en favor de la Iglesia. En 1467 se le quitó de modo inopinado su territorio dependiente. Conforme a la historia que creía Frantzés, los subalternos de Mateo Asen habían malversado la renta debida al sultán por las salinas, y Mateo y Demetrio fueron los responsables. No hay memoria del destino de Mateo. Demetrio fue despojado de sus rentas y condenado a llevar una vida de pobreza en Didimótico. Un día en que el sultán pasó junto a él, le reconoció y sintió compasión. Se le concedió una asignación anual de cincuenta mil monedas de plata que se le pagarían aparte del monopolio imperial del grano. Pero no por mucho tiempo. Él y su esposa hicieron pronto los votos religiosos. Él murió en un monasterio, en Andrinópolis, en 1470, y ella sólo sobrevivió unos meses. Su única hija, Elena, fue agregada oficialmente al harén del sultán, mas, al parecer, conservó su virginidad y vivió en su propia residencia de Andrinópolis. Murió unos años antes que sus padres, dejando sus joyas y vestidos al patriarcado [1].

El déspota Tomás huyó con su mujer e hijos a Corfú, llevando consigo la cabeza del apóstol San Andrés, que se conservaba en Patrás. A fines de 1460 pasó con la reliquia a Italia, y el 7 de marzo de 1461 hizo una solemne entrada en Roma. Una semana después el Papa, a quien ofreció la reliquia, le confirmó la Rosa de Oro. Permaneció en Italia, esperando que un día volvería a Morea. El

Papa le otorgó una pensión mensual de trescientos ducados de oro, a los que los cardenales añadieron más tarde otros quinientos, de sus rentas. Su dignidad y su buen aspecto, que mantuvo en edad provecta, impresionó a los italianos y se granjeó su estima abrazando públicamente la fe católica. Su esposa, Catalina Zaccaria, que había dejado en Corfú, murió en agosto de 1462. En 1465 llamó a sus hijos a Roma. Días después de la llegada de ellos falleció, el 12 de mayo, a la edad de cincuenta y seis años [2].

Tomás tuvo cuatro hijos. La mayor, Elena, se casó cuando niña con Lázaro III Brankovitch, del que tuvo tres hijas. En 1459, inmediatamente después de la muerte de su esposo, casó a la mayor, María, con el rey Esteban de Bosnia. Al invadir los turcos Bosnia, la joven reina fue agregada al harén de un general turco, mientras que Elena y sus dos hermanas más jóvenes huyeron a Leucas. Una de las jóvenes, Militza, se casó con el señor de Cefalonia y Leucas, Leonardo III Tocco, pero murió sin hijos meses más tarde. La otra, Irene, se unió en matrimonio con Juan Castriota, hijo de Scanderberg, y tras la muerte de su suegro se retiró con su marido a Italia. Elena permaneció en la corte de su yerno, en Leucas, terminando por ingresar en un convento, donde falleció en 1474 [3].

Los hermanos y hermanas de Elena eran mucho más jóvenes que ella. Andrés había nacido en 1453, Manuel en 1455 y Zoe, probablemente, en 1456. Los huérfanos fueron adoptados por el Papado. En junio de 1466 Zoe contrajo matrimonio con un noble romano de la casa de los Caracciolo, mas pronto dejó una joven viuda. En 1472 el papa Sixto IV logró una victoria diplomática —así creía él— concertando para ella un enlace matrimonial con el zar de Rusia, Iván III. La boda se celebró en el Vaticano, haciéndolo el zar por poderes. El Papa ofreció a la

novia una dote de seis mil ducados de oro. Empero, al llegar Zoe a Rusia, se rebautizó con el nombre de Sofía, olvidó el catolicismo y se entregó con ardor a la política de la Iglesia ortodoxa. Su hija, Elena, volvió al redil de la Iglesia católica casándose con el rey de Polonia, Alejandro Jagellon, aunque su hijo, Basilio III, y sus sucesores siguieron siendo paladines de la Ortodoxia. La reina de Polonia murió sin sucesión. La descendencia de Basilio III se extinguió un siglo después con su bisnieta Anastasia Feodorovna y su tío el zarevich Dmitri.

Los hijos de Tomás tuvieron una vida menos honorable. El más joven, Manuel, pasó su juventud en Italia con una pensión pontificia de cincuenta ducados mensuales. Hacia el año 1477 se marchó inopinadamente a Constantinopla y se confió a la clemencia del sultán. Mahomet lo acogió benignamente y le hizo entrega de una propiedad y de una pensión. Se casó aquí, pero se ignora el nombre de su esposa, así como la fecha de su muerte. De sus dos hijos, el mayor, Juan, murió joven; el menor, Andrés, se convirtió al Islam y terminó sus días como funcionario de la corte con el nombre de Mahomed Bajá. No dejó, al parecer, descendencia. El hijo mayor de Tomás, Andrés, prefirió quedarse en Italia con una exigua pensión semejante a cincuenta ducados mensuales. Fue tratado como heredero del trono imperial y firmaría *Deo gratia fidelis Imperator Constantinopolitanus.* Mas su conducta era poco imperial. En 1480 se casó con una mujer del arroyo, en Roma, llamada Catalina, y contrajo graves deudas. Persuadió al papa Sixto IV para que le entregara dos millones de ducados de oro con objeto de financiar una expedición a Morea y emplear el dinero para otros fines. Pero ni esto ni su facilidad para vender títulos y privilegios a los extranjeros socialmente ambiciosos salvaron su economía. Un viaje

que hizo alrededor de 1490 a la corte rusa de su hermana, fue infructuoso crematísticamente hablando; no le dieron ánimos para que se quedara. Finalmente halló un hermano en el rey Carlos VIII de Francia, a quien visitó en 1491, y el que pagó algunas de sus deudas. Él acogió bien la invasión de Italia por Carlos VIII en 1493 y se apresuró a unirse con él en el Norte. El 16 de septiembre firmó un tratado con Carlos cediéndole generosamente todos sus derechos a los tronos de Constantinopla, Trebisonda y Serbia, conservando únicamente para sí el despotado de Morea. Al establecerse Carlos en Nápoles en mayo siguiente, prometió a Andrés una pensión anual de doscientos ducados de oro. No es seguro que Carlos pagase la pensión inmediatamente después de salir de Italia y, desde luego, terminó cuando falleció el rey en 1498. Andrés volvió a entramparse. A principios de 1502 firmó otra vez una nueva escritura en la que cedía todos sus derechos a los monarcas españoles Fernando e Isabel, pero no recibió dinero de estos. Al morir Andrés en junio del mismo año, su viuda tuvo que suplicar al Papa que le entregase la cantidad de ciento cuatro ducados para pagar los gastos de su funeral. Dejó un hijo, llamado Constantino, muchacho guapo, pero sin dignidad, que durante un tiempo mandó la guardia pontificia. Se ignora la fecha del fallecimiento de Constantino[4].

Con los dos nietos de Tomás: Mahomed Bajá en Constantinopla y el inútil Constantino en Roma, la descendencia imperial de los Paleólogos se extinguió[5]. La rama más joven, que descendía de Andrónico II y gobernó en Montferrate desde principios del siglo XIV, se extinguió por línea masculina en 1536, luego de pasar por herencia femenina sus posesiones a los marqueses de Mantua. La hija del déspota Teodoro, Elena Paleológena, reina de

Chipre, había muerto en 1458, y su hija única, la reina Carlota, exiliada en Roma, y sin hijos, en 1487[6]. Los únicos descendientes del emperador Manuel Paleólogo, que aún viven, pueden hallarse en el sur de Italia, entre las familias descendientes de Juan Castriota, hijo de Scanderberg[7].

El destino de la casa imperial de Trebisonda fue pronto más trágico. El emperador David disfrutó de una buena pensión durante dos años. Mas en 1463 su falso amigo Jorge Amiroutzés hizo saber a las autoridades turcas que el ex emperador había recibido una carta de su sobrina, la esposa de Uzun Hasán, en la que le sugería que su hermano Alejo o uno de sus hijos vendrían a hacerle una visita. El sultán consideró esto como una traición. David fue encarcelado en una prisión de Andrinópolis, el 26 de marzo de 1463, y el 1 de noviembre, él y seis de sus siete hijos, con su sobrino, Alejo, fueron ejecutados en Constantinopla. A los cadáveres se les negó la sepultura, y cuando la emperatriz Elena los sepultó con sus propias manos, se la sentenció a pagar la suma de quince mil ducados en el plazo de tres días o, de lo contrario, sería ejecutada también. Amigos fieles y adictos juntaron el dinero, pero ella se retiró el resto de su breve vida, vestida de saco, a una cabaña. Su hijo menor, Jorge, de tres años, fue educado como musulmán. Luego, se le permitió visitar a Uzun Hasán, desde cuya corte escapó a casa de su hermana, en Georgia. Volvió al cristianismo y se casó con una princesa georgiana, de la que, según parece, tuvo prole, pero no conocemos la historia posterior de la familia. Su otra hermana, Ana, fue enviada al harén del sultán y entregada luego —aunque por un tiempo solamente— a Saragos Bajá, gobernador de Macedonia. También la obligaron a convertirse al Islam, si bien, en los últimos

años de su vida se las arregló para retirarse al campo, cerca de su Trebisonda natal. Fundó un pueblo llamado Kyranna tras su muerte y dotó una iglesia. La viuda María Gattilusi continuó viviendo pacíficamente en el harén imperial, y su hijo, el segundo Alejo, siguió gozando del afecto del sultán. Se desconoce su suerte postrera. Según la tradición, se le adjudicaron tierras, precisamente fuera de las murallas de Pera, y en la localidad se le conocía por hijo del bey. A él le debe su nombre el distrito actual de Beyoglu [8].

Poco se sabe de la suerte que corrieron los ministros del emperador Constantino que sobrevivieron a la caída del Imperio, o de sus familias. Si recobraron la libertad, se dieron por contentos de vivir en la oscuridad. Una vez restablecido el orden, el sultán estaba dispuesto a permitir la redención de los cautivos. Al recibir una carta de vil adulación del sabio Filelfo, el sultán puso en libertad a su madrastra, Manfredina Doria, viuda de Chrisoloras, y la envió a Italia a reunirse con su yerno, con quien —según se decía— había tenido escandalosas relaciones en otro tiempo [9]. El fiel secretario y amigo de Constantino, Frantzés, se las compuso —tras varios años— para redimirse a sí mismo y a su esposa. Se retiraron a Corfú, donde siguió interesándose por sus compatriotas y conservando su afecto por la familia de su amo. Fue a Leucas, por invitación de la hija de Tomás, la viuda serbia, a visitar a su yerno, Leonardo Tocco, cuya hermana fue la primera mujer del emperador, y en 1466 viajó a Roma para asistir a la boda de la princesa Zoe con su esposo Caracciolo. Inmediatamente después, ambos hicieron los votos religiosos. En el monasterio él terminó de redactar sus memorias y, al final de la obra, insertó su confesión de fe. En ella —pese a su amistad con el partido unionista en su

Iglesia— no se decidió a suscribir la doctrina de la doble procesión del Espíritu Santo. Sus apuntes históricos abarcan hasta el año 1477. Parece ser que murió en 1478 [10].

Algunos refugiados se retiraron a Venecia para unirse a la hija del viejo enemigo de Frantzés, Lucas Notaras. Ana Notaras vivió allí durante muchos años, dedicando su dinero al alivio de sus compatriotas [11].

Los dos cardenales griegos siguieron viviendo en Italia. En 1459, al morir Gregorio Mammas, el Papa promovió a Isidoro al patriarcado de Constantinopla a despecho de todas las tradiciones de la Iglesia bizantina. Murió en 1463 y heredó su inane título Besarión. Este continuó viviendo hasta 1471, gastando sus rentas en construir una magnífica biblioteca de textos griegos, que legó a la ciudad de Venecia, y en ayudar a los refugiados griegos. El arzobispo Leonardo volvió a su sede en Lesbos y allí permaneció hasta que los turcos conquistaron la isla en 1462. Una vez más visitó Constantinopla, pero esta vez como prisionero. Pronto fue redimido y marchó a Italia, donde murió en 1482 [12].

Jorge Amiroutzés, quien inmediatamente después de la caída de Constantinopla escribió una carta suplicante a Besarión pidiéndole dinero para rescatar a su hermano menor, Basilio, se captó el favor de los turcos por sus intrigas en Trebisonda. Su primo, Mahmud Bajá, siguió siendo su fiel amigo, lo dio a conocer al sultán y mejoró su posición cuando su hijo mayor, Alejandro, se hizo mahometano. El sultán Mahomet quedó impresionado de su saber y le encargó que pusiera al día, en una nueva edición, la *Geografía* de Tolomeo, a la que Alejandro, ahora buen arabista, incorporó nombres árabes, y de la que hizo una traducción árabe completa. Más tarde, Jorge se enamoró de la viuda del último duque de Atenas, que seguía viviendo con una pensión en Constantinopla, y deseaba casarse con

ella, pese a que su mujer vivía todavía. El patriarca Dionisio rehusó ratificar la unión bígama. Con todo, Jorge intrigó para que el patriarca fuese depuesto y él se convirtió al mahometismo. Algunas semanas más tarde moría repentinamente, mientras jugaba a los dados [13].

El único de los sabios que ilustraron los postreros años de la libertad bizantina, Jorge Scholarios Gemistos, fue llamado a desempeñar un papel constructivo en ordenar el nuevo mundo, unir la Iglesia de su pueblo y darle una corte en la que los viejos dramas de la etiqueta imperial seguirían manteniéndose en la oscuridad hasta que empezase a amanecer y Bizancio renaciese de las cenizas como el ave Fénix [14].

El amanecer no llegó nunca. El antiguo Imperio ecuménico de Bizancio había terminado para siempre.

Es fácil afirmar que, en el vasto camino de la Historia, el año 1453 significase muy poco. El Imperio bizantino ya estaba condenado a muerte. Debilitado, subpoblado y empobrecido, se veía abocado a la muerte cada vez que los turcos optaban por lanzarse a aniquilarle. La opinión de que los sabios bizantinos huyeron a Italia a causa de la caída de Constantinopla es insostenible. Italia abundó en maestros bizantinos durante más de una generación, y de las dos grandes figuras intelectuales entre los griegos que vivieron en 1453, la primera, Besarión, ya se hallaba en Italia y la segunda, Gennadio, siguió en Constantinopla. Si el comercio de los puertos marítimos mercantes italianos se debilitó, se debió más al descubrimiento de las rutas oceánicas que al dominio turco de los estrechos. En realidad, Génova declinó rápidamente después de 1453, pero fue motivado, en gran parte, por su precaria situación en Italia. Venecia mantuvo un activo comercio oriental durante muchos años después. Que los rusos se presen-

tasen ahora como paladines de la Ortodoxia con el encumbramiento de Moscú como Tercera Roma no era una idea revolucionaria. El pensamiento ruso ya se había adelantado, cuando sus ejércitos rechazaron a los infieles tártaros hacia las estepas, mientras Constantinopla se hundía en la pobreza y efectuaba una impía componenda con el Occidente. Ya se había sembrado esta semilla. Lo que la caída de Constantinopla hizo fue, simplemente, precipitar la cosecha. Si el sultán Mahomet se hubiese mostrado menos resuelto o Chalil Bajá más persuasivo, o si la armada veneciana se hubiese hecho a la vela quince días antes, o en la última crisis no hubiese sido herido Giustiniani en las murallas y no hubiesen dejado entreabierto el postigo de Kylókerkos, poco habría cambiado, al fin y a la postre. Posiblemente Bizancio habría durado otra década y el avance turco hacia Europa se habría aplazado, pero el Occidente no habría sacado partido de la tregua. En cambio, la conservación de Constantinopla se habría considerado como signo de que, después de todo, el peligro no era tan inminente. Se habría retirado con alivio a sus asuntos y tras unos años los turcos habrían atacado de nuevo.

No obstante, la fecha del 29 de mayo de 1453 señala un nuevo viraje en la Historia. Marca el final de una vieja historia: la de la civilización bizantina. Durante mil cien años, se mantuvo en pie, junto al Bósforo, una ciudad en la que se admiró el talento y la sabiduría y las letras de las edades clásicas se estudiaron y conservaron. Sin la cooperación de los comentaristas y escribas bizantinos poco sabríamos en la actualidad de la literatura de la antigua Grecia. Igualmente se trataba de una ciudad cuyos rectores, durante siglos, inspiraron y animaron una escuela de arte sin parangón en la Historia humana; arte que surgió de la combinación, siempre cambiante, del frío y cere-

bral sentido griego de la adecuación de las cosas con un profundo sentido religioso que descubre en las obras de arte la encarnación de la divinidad y la consagración de la materia. Asimismo Constantinopla era una ciudad cosmopolita en la que junto con las mercancías se intercambiaban libremente ideas, y cuyos ciudadanos se consideraban a sí mismos, no como una unidad radical, sino como los herederos de Grecia y Roma; Constantinopla consagrada por la fe cristiana. Ahora todo esto había terminado. La nueva raza dominadora no fomentaba el saber entre sus súbditos cristianos. Sin el patrocinio de un gobierno libre, el arte bizantino empezó a decaer. La nueva Constantinopla era una ciudad espléndida, rica, populosa, cosmopolita y plena de hermosos edificios. Pero su belleza era el exponente del poder terrenal e imperial del sultán, no el reino del Dios cristiano sobre la tierra, y sus habitantes estaban divididos en religiones distintas. Había renacido Constantinopla, que sería la meta de visitantes a lo largo de muchos siglos, pero era Estambul, no Bizancio.

Entonces, ¿fue inútil ese gesto de bizarría de los últimos días de Bizancio? La ciudad impresionó al sultán, como puso de manifiesto su barbarie tras la conquista de la ciudad. No se comprometería con los griegos. Siempre admiró el saber heleno; ahora se daba cuenta de que no había muerto completamente el heroico espíritu heleno. Pudo ocurrir que, al restablecerse la calma, su admiración le animase a tratar mejor a sus súbditos griegos. Las condiciones que el patriarca Gennadio consiguió del sultán fueron reagrupar a la Iglesia griega y a la mayoría de los griegos bajo un gobierno autónomo. El futuro no sería fácil para los helenos. Se les había dado promesas de paz y de justicia y oportunidades de enriquecerse. Mas eran ciudadanos de segundo orden. La esclavitud trajo, inevita-

blemente, la desmoralización, y los helenos no se libraron de sus consecuencias. Por otra parte dependían, en última instancia, de la buena voluntad de su soberano. Mientras viviese el sultán conquistador, su suerte no era tan mala. Pero surgieron sultanes desconocedores en absoluto de la civilización bizantina y orgullosos de ser emperadores del Islam, califas y comendadores de los creyentes. Y pronto la gran estructura de la administración otomana se descompuso. Los helenos hubieron de responder a la corrupción con imposturas, a la injusticia con deslealtad, a la intriga mediante contraintrigas. La historia de los griegos bajo el dominio turco es poco edificante y triste. Con todo, a despecho de sus errores y debilidades, la Iglesia sobrevivió, y mientras la Iglesia sobreviviese no moriría el helenismo.

La Europa occidental, con sus ancestrales reminiscencias envidiosas de la civilización bizantina, con sus mentores espirituales que denunciaron a los ortodoxos como a pecadores cismáticos y su obsesivo sentimiento de culpabilidad que al final llevó a la ciudad al desastre, optó por olvidarse de Bizancio. Pero no olvidaría la deuda que había contraído con los helenos, si bien se consideró que dicha deuda se habría contraído únicamente con la época clásica. Los filohelenos que vinieron a tomar parte en la guerra de la independencia hablaron de Temístocles y de Pericles, pero nunca de Constantino. Muchos de los intelectuales griegos imitaron su ejemplo, extraviados por el genio malo de Korais, discípulo de Voltaire y de Gibbon, para quien Bizancio fue un deforme interregno de superstición, que más valdría haber ignorado. Por ende, ocurrió que la guerra de la independencia nunca dio como resultado la liberación del pueblo heleno, sino la creación de un pequeño reino de Grecia. En los pueblos, los hombres

sabían mejor lo que se hacían. Rememoraban los trenos compuestos por ellos al recibir la noticia de la caída de Constantinopla, castigo de Dios por su lujuria, su orgullo y su apostasía, pero que sostuvo una heroica lucha hasta el final. Ellos recordaron aquel horrible martes, día que todos los griegos reconocen todavía como de mal agüero, aunque sus almas se enardecieron y subió de punto su valor cuando hablaban del último emperador cristiano que permaneció en la brecha, abandonado por sus aliados occidentales, teniendo en jaque al infiel hasta que lo superaron en número y murió con el Imperio por mortaja.

NOTAS

[1] Frantzés, *op. cit.*, págs. 395, 412-413, 427-429; 449; Critóbulo, *op. cit.*, págs. 58-59; *Historia Politica*, págs. 35-36. La muerte de la princesa Elena es llorada en una Monodia que se halla en Lambros, Παλαιολογεια καὶ Πελοποννησιακά, IV, págs. 221-229.

[2] Frantzés, *op. cit.*, págs. 410-415; Miller, *The Latins in the Levant*, páginas 453-454; Zakythinos, *Le despotat grec de Morée*, I, págs. 287-290. Frantzés dice que la esposa de Tomás falleció a los setenta años de edad. Esto debe de ser un error, pues Tomás sólo contaba cincuenta y seis años cuando falleció tres años después, y su hija más joven, Zoe, no pudo haber nacido antes de 1456. Tomás se casó con Catalina en 1430. Si esta tenía quince años en ese momento, habría tenido cuarenta y siete al tiempo de su muerte.

[3] Frantzés, *op. cit.*, págs. 202, 413, 450. Véase Lascaris, *Vizantiske Princeze u Srednjevekovnoj Srbiji*, págs. 97-123.

[4] En cuanto a la vida de los hijos de Tomás, véase el relato lleno de referencias en Zakythinos, *Le despotat grec de Morée*, I, págs. 290-297, y Typaldos, Οἱ ἀπόγονοι τῶν Παλαιολόγων μετὰ τὴν ὅλωσιν', Δελτίον τῆς 'Ιστορικῆς καὶ 'Εθνολογικῆς 'Εταιρίας τῆς 'Ελλάδος, VIII, págs. 129-154. Sobre la vida de Zoe Sofía, véase Medlin, *Moscow and East Rome*, págs. 76-77, 86-87. Sobre su primer matrimonio, Frantzés, *op. cit.*, páginas 424-425.

[5] Respecto a la familia de los Paleólogos que estaba en Cornualles en el siglo XVII y, eventualmente, se extinguió en Barbados, véase Leigh Fermor, *The Traveller's Tree*, págs. 144-149, y Zoras, Περὶ τὴν ἅλωσιν τῆς Κωνσταντινουπόλεως, págs. 287-295. Dicha familia pretendía ser descendiente de un hijo de Tomás, llamado Juan. Si este hijo existió, es imposible que Frantzés, que conoció bien a la familia y sentía un interés profundo por ella, no lo haya mencionado. Besarión tampoco lo menciona en sus instrucciones al tutor de los dos hijos de Tomás. Es posible que Tomás haya tenido un bastardo llamado Juan. Es más probable que la familia Cornish descienda de alguna rama colateral de los Paleólogos, de los que había muchos, aunque ninguno era de legítima sangre imperial; todos los descendientes legítimos por línea masculina de Miguel VIII, el primer emperador Paleólogo, son conocidos, y es muy inverosímil que se omitiera alguno por las autoridades. Las patéticas dos águilas esculpidas en el sepulcro de Teodoro el Paleólogo en la iglesia de Landulph, en Cornualles, lamentablemente están fuera de lugar.

[6] Véase Miller, *Essays on the Latin Orient*, págs. 502-507. Sabemos que la reina Elena se lamentó profundamente al conocer la noticia de la caída de Constantinopla y acogió a los refugiados. Makhairas, *Crónica*, I, pág. 682.

[7] Sobre los descendientes de Scanderberg, véase Gejaj, *L'Albanie et l'Invasion Turque au XV siècle*, págs. 161-162.

[8] Frantzés, *op. cit.*, págs. 413-414; Chalcocondilas, *op. cit.*, págs. 497-498; *Historia Politica*, pág. 38; Miller, *Trebizond*, págs. 108-111.

[9] La carta de Filelfo se halla en Legrand, *Cent-dix lettres grecques de Fr. Philephe*, págs. 62-68.

[10] Frantzés, *op. cit.*, págs. 408, 411, 424-425, 429-446, 451-453.

[11] Sathas, Μνημεῖα Ἑλληνικῆς Ἱστορίας, IX, págs. VI-X.

[12] Véase Brehier, art. «Bessarion», en Baudrillart, *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*, VIII, col. 1185-1194; Miller, *Essays on the Latin Orient*, págs. 348-349. Leonardo de Quíos, *De Lesbo a Turcis Capta*, ed. Hopf, passim. De Isidoro se dijo que, en su ancianidad, tuvo progresiva debilidad mental. Véase Pastor, *Historia de los Papas* (versión inglesa de Antrobus), II, pág. 323; hay versiones españolas.

[13] Critóbulo, *op. cit.*, pág. 117; *Ecthesis Chronica*, edición Lambros, págs. 26-28, 36; *Historia Politica*, págs. 38-39; *Historia Patriarchica*, páginas 96-101. Véase Tomadakis, "Ετούρκευσεν ὁ Ἱερώνυμος Ἀμιρούτζης"; in Ἐπετηρὶς Ἑταιρείας Βυζαντινῶν Σπουδῶν, XVIII, págs. 99-143, el cual trata —aunque sin éxito, creo— de disculpar a Amiroutzes.

[14] *Vide supra*, págs. 230-235.

APÉNDICE I

PRINCIPALES FUENTES PARA UNA HISTORIA DE LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

El historiador de la caída de Constantinopla es afortunado al poseer un considerable número de relatos contemporáneos del drama, algunos escritos por historiadores profesionales, otros en forma de diarios o informes redactados apresuradamente por hombres que asistieron al asedio. Es de notar su consistente y unánime testimonio en cuanto lo permite la raza y la religión del escritor. Voy a dar una breve síntesis de las más importantes fuentes.

1. *Griegas.* De los historiadores griegos contemporáneos sólo uno estuvo presente en Constantinopla durante el sitio. Se trata de Jorge FRANTZÉS, que casi con seguridad se llamaba Sfrantzés, si bien su familia se llamó originariamente Frantzés (¿el Franco o Francisco?) y posteriormente el nombre adoptaría esa forma. Fue oriundo del Peloponeso y nació inmediatamente después de 1400. Todavía muy joven llegó a ser secretario del emperador Manuel II, y tras la muerte de este, se adhirió a su hijo Constantino, en cuyo servicio permaneció mientras duró la vida de Constantino. Se casó con una prima lejana de la familia imperial y se convirtió en el más íntimo confi-

dente y consejero de Constantino. De modo personal no favoreció la unión de las Iglesias, aunque estaba lealmente dispuesto a apoyar la política de su amo. Tenía prejuicios. Detestaba a los dos hermanos del emperador, Teodoro y Demetrio, y sentía una particular envidia contra el megadux Lucas Notaras, al que consideraba como rival en la corte, con quien se mostraba consiguientemente desleal. Poseía la exigente altivez de un cortesano oficial, si bien desempeñó un papel importante en aquella. No es muy difícil hacerse cargo de sus antipatías. Si hacemos abstracción de estas, refiere los hechos honrada y convincentemente. Su obra se presenta ahora en dos formas: *Chronicum minus*, que trata del período de 1413 a 1477, es decir, del que llena con su vida; y *Chronicum majus*, que narra la historia entera de la dinastía de los Paleólogos y completa los datos del *Chronicum minus*. La investigación moderna ha demostrado que casi con seguridad el *majus* fue recopilado un siglo después por un tal Macarios Melisenos. Con todo, el relato del sitio de Constantinopla va incluido en la versión original. Es de suponer que Frantzés perdería el original cuando fue capturado por los turcos y lo reescribiría de nuevo mientras su memoria era todavía fiel. Hay cierta vaguedad respecto a las fechas concretas, si bien da mucha importancia a la exactitud cronológica y nunca abandona sus prejuicios. En los demás aspectos su relato es honrado, vivo y convincente. Escribió en buen griego y con un estilo fácil y nada afectado [1].

DUCAS, cuyo primer nombre era, probablemente, Miguel, fue un oscuro personaje de cuya vida sabemos poco. A juzgar por las apariencias, empleó la mayor parte de su vida al servicio de los genoveses y, probablemente, viviese en Quíos en la época del asedio de Constantinopla.

Fue un ardiente defensor de la unión de las Iglesias y se inclinaba a verlo todo por los ojos de sus amigos latinos. Inicia su obra con una breve visión de la historia del mundo hasta 1341; a continuación da algunos detalles más y abunda en pormenores hasta después de 1389. Termina en 1462. Todo ello está escrito en un idioma vernáculo vivo y periodístico. Creo que los historiadores modernos han estimado su veracidad más, mucho más de lo que se merece. Su relato de los acontecimientos ocurridos en la corte de Mahomet II es intrascendente; es verosímil que se informase en los agentes y mercaderes genoveses residentes en ella. Pero no estuvo presente en Constantinopla. Comete muchos errores y se muestra muy injusto con todos los griegos que no compartían sus puntos de vista sobre la unión de las Iglesias[2].

CHALCOCONDILAS, Laónicos, ateniense, escribió su historia algún tiempo después de 1480, ya en plena vejez. Había sido discípulo de Plethon de Mistra y pasó la mayor parte de su vida en el Peloponeso. Su obra —como la de Ducas— comienza con una breve narración de la historia del mundo, pero su tema primordial es el encumbramiento de la dinastía otomana y de los turcos con preferencia a los bizantinos. Llevó a cabo un profundo estudio de Heródoto y Tucídides y escribió deliberadamente en un estilo clásico arcaico. Su cronología es, a veces, un tanto confusa, y no da muchos pormenores del sitio de Constantinopla, aunque posee la comprensión de un historiador en una visión amplia de los acontecimientos. Su libro tiene la ventaja y el inconveniente de ser una concienzuda obra de arte[3].

CRITÓBULO, el cuarto historiador griego contemporáneo del asedio, vivía en Imbros como funcionario en la época del sitio de Constantinopla. Pertenecía al partido

de los griegos que consideraban la conquista turca inevitable, aunque trágica, y deseaba reconciliar a sus compatriotas con el nuevo estado de cosas. Su historia abarca desde 1451 hasta 1467. Su héroe es el sultán. A Critóbulo le conmovió e impresionó el heroísmo de los helenos, y ni siquiera intentó paliar sus sufrimientos, bien que se sintiese inclinado con mala intención a hacer la vista gorda o a ser indulgente con las salvajadas cometidas por el mismo Mahomet. Su relato del sitio de Constantinopla es de capital importancia, ya que su fuente de información fueron los turcos, así como los griegos presentes en el asedio y, salvo cuando defiende la fama del sultán, es honrado, imparcial y convincente [4].

El grupo *sinóptico* de crónicas asociadas a los nombres de Doroteo de Monemvasia y Manuel Malaxos y el *Ecthesis Chronicon* nada añade a lo que sabemos sobre el sitio de Constantinopla, aunque nos facilita datos útiles sobre lo ocurrido inmediatamente después de la conquista turca. En gracia a la conveniencia, me he remitido al *Ecthesis Chronicon* y a las dos crónicas publicadas en el *corpus* de Bonn bajo el título de *Historia Politica* e *Historia Patriarchica* [5]. El extenso relato que nos da el... χρονικὸν περὶ τῶν Τούρκων Σουλτάνων... (Barberini, *Codex Graecus III)* es notable, pues en lo referente al sitio de Constantinopla transcribe casi literalmente el informe antiheleno de Leonardo de Quíos [6].

Los varios trenos o lamentaciones sobre la caída de Constantinopla son de mayor interés —como poesía popular— que los testimonios históricos, excepto en cuanto a ilustrarnos respecto a las tradiciones y miras populares [7].

Entre la correspondencia griega que ha sobrevivido, la más importante es la de Jorge Scholarios Gennadio, por la luz que proyecta sobre eventos y personalidades en los

años que precedieron inmediatamente a 1453. En especial nos permite estimar la política de Lucas Notaras, acerca del cual son habitualmente inexactos Frantzés, Ducas y las fuentes latinas[8].

2. *Eslavas.* Existen dos importantes fuentes eslavas sobre el sitio de Constantinopla. La primera es conocida ordinariamente, aunque de modo inexacto, como *Diario del jenízaro polaco.* Su autor fue cierto serbio, Miguel Constantinovic de Ostrovica, que militó en el contingente de tropas que el déspota de Serbia envió en auxilio del sultán y luego se retiró a Polonia. Nunca fue jenízaro. Escribió su relato en una extraña mezcla de idioma polaco y serbio. Da escasos detalles, pero interesantes en cuanto nos facilitan los puntos de vista de los aliados cristianos involuntarios del sultán.

La segunda se presenta en diferentes formas: la *Crónica eslava,* en antiguo dialecto eslavo que, al parecer, es más bien balcánico que ruso, de la cual existen varias versiones: rusa, rumana y búlgara[9]. Está basada a todas luces en el relato de alguien que estuvo presente en Constantinopla y conservaba una especie de diario, aunque fue adulterado en gran parte. Se han cambiado y confundido las fechas; se han añadido un imaginario patriarca y una imaginaria emperatriz. No obstante, los episodios anteriores y posteriores son narrados con tanta viveza que llevan el sello de la verdad. La versión rusa se atribuye a un tal Néstor Iskender. ¿No sería este acaso el nombre del autor primitivo?

3. *Occidentales.* La más útil, con mucho, de las fuentes occidentales es el diario del asedio de Constantinopla que llevó Nicolo Barbaro. Era un veneciano de buena familia que estudió medicina y llegó a Constantinopla como médico de barco en una de las grandes galeras ve-

necianas poco antes de que comenzase el asedio. Estuvo en contacto con los jefes venecianos y, personalmente, fue observador e inteligente. Diariamente tomaba notas. Respecto a algunas fechas, hace interpolaciones en el texto y una o dos digresiones y, según parece, alteró la fecha del eclipse de luna que ocurrió dos días después. Como buen veneciano, detestaba a los genoveses y se complacía en referir siempre algo que los desacreditase. Fue menos hostil a los griegos que la mayoría de los occidentales. Gracias a él conocemos la sucesión cronológica de los acontecimientos [10].

El segundo relato en importancia es el escrito por LEONARDO DE QUÍOS, arzobispo de Lesbos, que escribió en Quíos unas seis semanas después de la caída de Constantinopla. Aún tenía fresca la memoria y su relato es vivo y convincente mientras hace patente su odio a todos los griegos. Consideraba al emperador incluso demasiado bonachón, y dio a entender que su superior, el cardenal Isidoro, fue un tanto débil. Al mismo tiempo no deja de criticar a sus compatriotas genoveses, y es propenso a censurar a Giustiniani por haber abandonado su puesto. Fue hombre áspero, rígido, pero buen informador [11].

Las cartas del cardenal Isidoro al Papa y a todos los fieles son breves y nos dan pocos informes, pero están escritas con autoridad [12].

El relato escrito por Angelo Giovanni LOMELLINO, podestá de Pera, algunos días después de la caída de Constantinopla, que envió al gobierno genovés, tiene valor no sólo por la descripción del destino de su ciudad, sino también por sus miras sobre la suerte de Constantinopla. Declara que los genoveses de Pera acudieron en gran número a luchar en las murallas, persuadidos de que si caía Constantinopla no podría sobrevivir Pera [13].

Un breve relato del superior de los franciscanos de Constantinopla poco nos dice a no ser sobre el pillaje.

Otros occidentales que estuvieron presentes en el asedio y escribieron relatos fueron el soldado florentino TETALDI, el genovés MONTALDO, Cristóforo RICCHERIO y el sabio de Brescia Ubertino PUSCULUS. De todos ellos, el relato de Tetaldi es el más útil. Fue escrito para enviarlo al cardenal de Aviñón, Alain de Coëtivy, y da varios detalles que no se hallan en otros. Habla con franqueza de los venecianos y genoveses y reconoce que los griegos eran mejores luchadores. Asimismo, Montaldo facilita pormenores complementarios, lo mismo que Riccherio en su vivo relato. Pusculus, que escribió su historia en ponderados versos muchos años después, no se preocupa mucho de la lucha del momento, en la que, probablemente, no tomase parte en persona, y es más interesante acerca de los acontecimientos previos al sitio de Constantinopla. Aborrece a los griegos.

Se pueden obtener datos útiles del florentino Andrés CAMBINI. Para su obra sobre la historia otomana, escrita hacia finales del siglo XV, parece haber consultado a supervivientes del asedio. Zorzo DOLFIN, cuya breve obra se basa en el relato de Leonardo de Quíos, obtuvo datos suplementarios de los supervivientes. La historia turca escrita por el refugiado griego Cantacuzino SPANDUGINO reproduce relatos de testigos oculares sobre el saco de Constantinopla [14].

4. *Turcas.* Las fuentes turcas del asedio y caída de Constantinopla nos decepcionan profundamente. Uno habría esperado que la más notable gesta del mayor de los sultanes otomanos hubiese merecido el recuerdo de sus historiadores y cronistas. Siendo esto así, todos hablan, en cambio, de la construcción del castillo de Rumeli Hisar,

pero de las operaciones del sitio sólo les interesa el desembarco de la flota turca y el asalto final. Por otra parte, se apasionan mucho por las intrigas y política de la corte del sultán. SCHAHZADE, que escribió justamente al terminar el reinado de Mahomet II, se muestra violentamente hostil a Chalil Bajá, lo mismo que a sus contemporáneos TURSUN Bey y NESHRI, y en sus elogios al sultán reinante, Bayaceto II, suele denigrar fácilmente a Mahomet II para favorecer a sus consejeros, como Mahmud. No obstante, sus relatos son útiles, pues nos transmiten el clima político entre los turcos. El primer historiador turco que da la impresión de interesarse por el asedio y caída de Constantinopla es SA'AD ED-DIN, que escribió a fines del siglo XVI, mas —como es habitual entre los historiadores mahometanos— reproduce, e incluso copia, los relatos de otros historiadores. Su relato sobre el sitio de Constantinopla no hace más que repetir lo que dicen los historiadores helenos [15].

En los primeros años del siglo XVII, la imaginación se fue adueñando de la Historia. Evliya CHELEBI, que refiere el asedio por extenso, pretende que se informó de todo por su tatarabuelo, y da muchos detalles fantásticos, incluida una larga saga sobre una princesa de Francia destinada a ser esposa de Constantino, pero capturada por el sultán. Posiblemente obtuviese estos pormenores de las amistades helenas que le hablaron de la caída de la ciudad en 1204, pues la verdadera princesa fue la princesa Inés, hija de Luis VII de Francia y viuda de Alejo II y Andrónico I. De todos modos, parece haberse fiado de habladurías y rumores y no de las primitivas fuentes escritas [16].

Las fuentes turcas posteriores sólo se limitan a repetir las obras de sus predecesores.

NOTAS

[1] En cuanto a Frantzés, he usado el texto publicado en el Corpus de Bonn, ya que no ha aparecido todavía ninguna nueva edición crítica de la parte trascendental de su obra. Sobre la paternidad literaria del *Chronicon Majus*, véase Loenertz, «Autour du Chronicon Maius attribué ă Georgios Frantzés», *Miscellanea Mercati*, III. Sobre su nombre auténtico, véase Laurent, «Sphrantzes et non Frantzes», en B. Z., XLIV.

[2] Respecto a Ducas, me he servido de la nueva edición crítica publicada por Grecu (junto con una traducción rumana que no será muy útil a muchos eruditos occidentales), en Bucarest, en 1958, con preferencia a la antigua edición de Bonn, aunque la segunda tiene la ventaja de incluir igualmente la antigua traducción italiana de la obra. No puedo valorar a Ducas con categoría de fuente histórica, como lo hace Grecu: véase Grecu, «Pour une meilleure connaissance de l'historien Ducas», en *Memorial Louis Petit*.

[3] Sobre Chalcocondilas, no he podido hacerme con la edición publicada por J. Darko en Budapest, en 1922, y por eso me remito a la edición de Bonn. Para un breve relato de su vida, véase Vasiliev, *A History of the Byzantine Empire*, pág. 693.

[4] Sobre Critóbulo he usado la versión inglesa publicada en Princeton, en 1954. Pese a que está basada, no en el original griego, sino en la versión francesa de Dethier, un cotejo con la original tal y como la publicó Müller, en 1883, la revela fidedigna. Para un breve relato de Critóbulo, véase Pears, *The Destruction of the Greek Empire*, págs. X-XI. Sus puntos de vista turcófilos han inclinado a los historiadores griegos modernos a subestimarlo.

[5] Sobre estas crónicas, véase Moravscik, *Byzantinoturcica*, I, páginas 128-129, 159, 246-248. La crónica en verso de Hierax, publicada por Sathas, Μεσαιωνικὴ Βιβλιοθήκη I, es de escaso valor como fuente histórica.

[6] La crónica ha sido publicada por G. Zoras, en una edición crítica que revela la deuda del cronista con Leonardo de Quíos respecto a la historia del asedio de Constantinopla y su caída.

[7] Para un relato completo de los diversos trenos, véase Zoras, Περὶ τὴν ἅλωσιν τῆς Κωνσταντινουπόλεως, págs. 157-283.

[8] Gill se sirve copiosamente de estas cartas, *op. cit.*, págs. 366 y sigs.

[9] Sobre la íntegra cuestión de la *Crónica Eslava*, véase Unbegaun, «Les relations vieux-russes de la prise de Constantinople», en *Revue des Études Slaves*, IX, y Jorga, «Une source négligée de la prise de Constantinople», en Académie Roumaine, *Section Historique*, XIII.

[10] Para un sucinto resumen de Barbaro, véase Pears, *The Destruction of the Greek Empire*, págs. IX-X.

[11] Me he servido para las citas de la edición latina del informe de Leonardo tal como se halla en la *Patrología* de Migne. Existe también una versión italiana que se encuentra en la *Historia Universale* de Sansovino, III, con algunas variantes, aunque en algunos pormenores secundarios, respecto a la versión latina, y que es verosímilmente algo posterior a la segunda, cronológicamente.

[12] Lo mismo que la de Leonardo, existen dos versiones del relato de Isidoro: una carta en latín dirigida al Papa, que se halla en la *Patrología* de Migne, y en italiano, dirigida a «todos los fieles», que trae Sansovino, III. Es probable que la carta al Papa fuese traducida con ciertas alteraciones para comunicarla por toda Italia. Sobre los escritos de Isidoro, véase Mercati, «Scritti d'Isidoro il Cardinale Ruteno», en *Studi i Testi*, XLVI.

[13] El nombre del podestá se presenta habitualmente como Zaccaria, pero Desimoni, en su prefacio al relato de Montaldo, págs. 306-307, demuestra que el podestá de la época era llamado Lomellino.

[14] Doy en la bibliografía, véase más adelante, págs. 308 y sigs., las ediciones que he usado respecto a estos diferentes autores.

[15] En cuanto a los historiadores turcos, véase Babinger, *Die Geschichtsschreiber der Osmanen und ihre Werke*, en el que pueden hallarse esos historiadores, que cito en orden alfabético, entre otros escritores otomanos, y los capítulos por H. Inalcik, y V. L. Menage en *Historians of the Middle East*, ed. B. Lewis y P. M. Holt. Véase también Inalcik, «Mehmed The Conqueror», en *Speculum*, XXXV, passim.

[16] Para hacer justicia a Evilya Chelebi, habría que añadir que esta descripción de Constantinopla, en su época, es fidedigna y valiosa.

APÉNDICE II

LAS IGLESIAS DE CONSTANTINOPLA TRAS LA CONQUISTA

Según una tradición mahometana bien establecida, los habitantes de una ciudad cristiana conquistada que se hubiese negado a rendirse, perdían su libertad personal, así como los edificios de culto, y a los soldados conquistadores se les permitía tres días de pillaje sin freno. Todos los historiadores de la caída de Constantinopla nos hablan del saqueo de sus iglesias. Indudablemente, muchas iglesias y monasterios fueron saqueados. Pero, de hecho, ahora sólo conocemos por fuentes literarias contemporáneas el saqueo de cuatro iglesias: Santa Sofía, San Juan de Patra, la iglesia de Chora, vecina a la brecha de las murallas de la parte de tierra, y Santa Teodosia, próxima al Cuerno de Oro [1]. Las pruebas arqueológicas demuestran que la triple iglesia del Pantocrátor fue saqueada, y esto lo corrobora el hecho de que Gennadio, a la sazón monje en el monasterio adosado a ella, fue hecho prisionero. Santa Sofía fue convertida en seguida en mezquita; las otras iglesias quedaron vacías por algún tiempo, medio en ruinas, y luego fueron también transformadas en mezquitas. Existieron, asimismo, muchas otras iglesias que

sabemos estaban en servicio años antes de la caída de la ciudad, pero de las que no queda memoria ulterior. Podemos presumir que serían saqueadas y abandonadas. Estas incluían las iglesias en la zona del antiguo palacio imperial y alrededor de la ciudadela, como la Nea Basílica de Basilio I o San Jorge de Mangana[2]. Mas la historia de los años subsiguientes señala que muchas iglesias quedaron en poder de los cristianos y no fueron tocadas, en apariencia. La gran iglesia de los Santos Apóstoles, la segunda en dimensiones y fama después de Santa Sofía, fue entregada por el sultán al patriarca Gennadio para su servicio, con sus reliquias intactas, pues pudo llevárselas consigo cuando voluntariamente renunció al edificio meses más tarde. La iglesia del Pammacaristos, a la que se trasladó, servía de iglesia conventual, ya que las monjas no fueron molestadas y, al abandonarla, pudo trasladar a las religiosas con sus sagradas reliquias a la vecina iglesia y monasterio de San Juan en Trullo[3]. No lejos de allí, en el extremo del barrio de Blachernas, la iglesia de San Demetrio Kanavou quedó intacta. En otras partes de la ciudad, la iglesia de Peribleptos, en Psamatía, siguió siendo una iglesia griega hasta la mitad del siglo XVII, cuando el sultán Ibrahim la cedió a los armenios para complacer a su favorita armenia, una gran dama conocida por Sekerparçe, o sea, «Terrón de azúcar». San Jorge de los Cipreses, más cerca, tampoco fue tocada. Las iglesias de Lips, de San Juan, en Studion, y de San Andrés, en Krisei, al parecer, siguieron al servicio de los cristianos hasta que fueron convertidas en mezquitas en los reinados siguientes. La iglesia conventual del Myreleon parece ser que fue igualmente una iglesia hasta finales del siglo XV[4]. Por la misma época, una iglesia dedicada a San Juan Evangelista fue secularizada por considerarla muy próxima a una mezquita recién construida[5].

¿Cómo fue posible la supervivencia de estas iglesias? Idéntica pregunta desconcertaría pronto a los turcos. En 1490 el sultán Bayaceto II pidió que se le entregara la iglesia patriarcal o Pammacaristos. El patriarca Dionisio I pudo demostrarle que Mahomet II la había otorgado con carácter definitivo al patriarca. El sultán se conformó, luego de ordenar se retirase la cruz de lo alto de la cúpula, y se negó a prohibir a sus funcionarios que anexionasen otras iglesias[6].

Unos treinta años después, el sultán Selim I, que aborrecía a la Cristiandad, sugirió a su visir, horrorizado, que todos los cristianos debían ser obligados a convertirse al Islam. Al decirle que era difícil de llevar a cabo, ordenó que por lo menos fuesen confiscadas todas sus iglesias. El visir previno al patriarca, Teolepto I, el cual, gracias a un inteligente jurista llamado Xenakis, pudo hacer comparecer en presencia del sultán tres jenízaros de casi cien años de dad. Teolepto admitió que no había escrito *firman* que protegiera las iglesias; se había quemado en un incendio del patriarcado. Pero los vacilantes jenízaros juraron sobre el Corán haber estado entre la guardia de corps del sultán conquistador, cuando esperaba entrar triunfalmente en Constantinopla, y haber visto a muchos notables de varias partes de la ciudad acudir a él trayendo las llaves de sus barrios como señal de rendición. Por esto, Mahomet les había permitido conservar sus iglesias. El sultán Selim aceptó estos testimonios, e incluso autorizó a los cristianos a que abriesen de nuevo dos o tres iglesias (no se dan sus nombres) que sus funcionarios habían cerrado[7].

El problema se replanteó en 1537, bajo Solimán el Magnífico. El patriarca Jeremías I remitió al sultán la decisión de Selim. Solimán consultó al jeque Ul-Islam

como a la más alta autoridad mahometana legal, y el jeque sentenció: «Por lo que se sabe, Constantinopla fue tomada por la fuerza. Pero el hecho de que a los cristianos se les dejaran sus iglesias demuestra que la rendición se efectuó mediante capitulación». Solimán, que era buen jurista, se conformó a esta norma y una vez más se dejó en paz a las iglesias [8].

El sultán siguiente fue de menor indulgencia. En 1586, Murad III anexionó el Pammacaristos, y hacia el siglo XVIII únicamente tres iglesias anteriores a la conquista permanecieron en manos de los cristianos: San Jorge de los Cipreses y San Demetrio Kanavou, pues la primera fue destruida súbitamente por un terremoto, la segunda por un incendio [9], y Santa María de los Mongoles que, posiblemente, fuese anexionada en tiempos de la conquista, pero que fue entregada por el sultán a su arquitecto heleno, Critódulo, que la pasó de nuevo a las autoridades eclesiásticas. Cuando en la época de Ahmed III los turcos intentaron anexionarla, el jurista del patriarca, Demetrio Cantemir, pudo mostrar al visir, Alí Koprulu, el *firman* de concesión a Critódulo [10]. Continuó como iglesia, si bien sufrió daños en las revueltas antihelenas de 1955.

¿Hasta qué punto pueden considerarse como auténticos los testimonios que adujo el patriarca, de los ancianos jenízaros en el reinado de Selim? Demetrio Cantemir, griego de sangre tártara y hombre de vasta erudición, escribió a finales del siglo XVII una historia del Imperio otomano, que constituye una obra trascendental, ya que se sirve principalmente de fuentes turcas, pese a que pocas veces las cita. En este libro avanza la teoría de que Constantinopla capituló de hecho, mas al escoltar por la ciudad los enviados del emperador a los enviados del sultán,

los cristianos los confundieron y dispararon sobre ellos y los turcos exasperados asaltaron las murallas por este motivo. Por lo cual, el sultán mandó que, al haber medio capitulado Constantinopla, los cristianos podían conservar sus iglesias en medio de la ciudad, ya que la mitad se extendía hacia el Oeste, desde Akserai (el Foro del Toro) hasta las murallas. Salta a la vista que la historia es un invento. Cantemir declara que la obtuvo de una fuente turca: del historiador Alí. Empero, de hecho, ya se da en la *Historia Patriarchica* escrita un siglo antes, mas el autor parece dudar de su veracidad. Verosímilmente representa las tentativas de algún turco para explicar por qué los cristianos retuvieron algunas iglesias. Esta historia está incluida en las obras de un tal Husein Hezarfenn, coetáneas, algo anteriores, a las de Cantemir, aunque ignoramos si la inventó o la tomó de alguna fuente conocida de ambos [11].

Pese a que esta historia es posiblemente absurda, lo absurdo no invalida la de los viejos jenízaros. Hay que recordar la situación de Constantinopla en esa época. No era como una urbe de hoy, un sólido conglomerado de edificios. Incluso en la época bizantina más próspera habían sido separados varios barrios por parques y huertos. Hacia 1453, con una población de un diez por ciento de la que alcanzaba en el siglo XIX, Constantinopla era una concentración de pueblos, muchos de los cuales se hallaban a cierta distancia de sus vecinos. Es probable que cada cual estuviese rodeado por su propia barricada. El barrio de Petrion había sido cercado —mucho tiempo ha— por una muralla definitiva. Está dentro de lo posible que los jefes de algunos de esos pueblos, al esparcirse los rumores de que se había abierto brecha en las murallas, se rindiesen al punto a los asaltantes locales turcos. Todo es-

taba perdido y ya no tenía objeto prolongar la resistencia. El jefe local turco habría enviado a los jefes bajo la protección de una escolta al sultán para anunciarle la rendición mientras esperaba junto a las murallas. Mahomet retuvo algunas de sus tropas más fieles para que actuasen como policía militar y, sin duda, envió parte de ellas para que protegiesen del saqueo a los pueblos que se habían rendido. Los informes que trajeron los jenízaros eran, de hecho, verdaderos.

Hay pruebas que lo corroboran. En los primeros años del siglo XVII, Evliya Chelebi observó que ciertos pescadores de Petrion «descendían de los griegos que abrieron la puerta de Petrion a Mahomet II» y «ahora incluso estaban libres de toda clase de cargas y no pagaban diezmos al inspector de las Pesquerías» [12]. En el siglo XVIII, el viajero inglés James Dallaway hace notar la siguiente tradición: «Mientras el bravo Constantino defendía la puerta de San Román como última esperanza, otros sitiados, no se sabe si por cobardía o por desesperación, negociaron con los conquistadores y abrieron la puerta de Fenar para introducirlos. Por este incidente lograron de Mahomet II el vecino barrio con ciertas inmunidades» [13]. Si nos fijamos en las iglesias que sobrevivieron a la caída de la ciudad, hallamos que todas —con una excepción— estaban situadas, ya en los barrios de Petrion y Fanar, ya en Psamatia, por todas las lomas suroccidentales de la ciudad. Por consiguiente, es razonable suponer que esos barrios se rindieron, de hecho, justo a tiempo, y así fueron preservados sus lugares de culto. Pero es menos cierto que sus habitantes conservaran también sus hogares y libertad individual. La descripción hecha por Critóbulo de la ciudad tras el pillaje, sugiere que toda ella fue devastada y reducida a esclavitud la población superviviente. Pero

abarcaba una extensa zona y la inmunidad de ciertos distritos sin escapatoria pudo haber pasado inadvertida. Seguramente hubo, al parecer, ciudadanos que permanecieron en Constantinopla, quienes pudieron redimir a algunos cautivos.

El sultán no deseaba heredar una Constantinopla totalmente en ruinas y —como había de demostrar— estaba ansioso por presentarse como emperador de los helenos tanto como sultán de los turcos. Le convendría reservar ciertos barrios para sus futuros súbditos griegos y permitirles conservar en ellos sus iglesias. La oportuna rendición de algunos pueblos dentro de las murallas habría sido conveniente. Tal vez esto explique, asimismo, el destino de la iglesia de los Santos Apóstoles. El gran edificio se levantaba junto a la calle mayor que iba del sector de las murallas por donde entraron los primeros turcos en Constantinopla hasta Santa Sofía, el Hipódromo y la zona del antiguo palacio imperial. Grandes contingentes de soldados triunfantes debieron de haber pasado frente a él, y parece increíble que no hubiesen entrado dentro, saqueándole, a no ser que se les hubiese prohibido por la fuerza. Así pues, Mahomet tuvo que enviar una guardia especial para protegerle. Uno sólo puede suponer que ya estaba decidido que, mientras Santa Sofía —como catedral oficial del Imperio— había de ser convertida en mezquita para demostrar que ahora los turcos eran la potencia imperial, los griegos —como segundo pueblo en el Imperio— conservarían la segunda gran iglesia.

Fue, en apariencia, sin vacilaciones como el sultán se la adjudicó al patriarca en el plazo de unos días tras la caída de la ciudad. El hecho de que el patriarca la abandonase después por propia voluntad es ajeno a la cuestión [14].

Así, aunque la historia de Cantemir sobre la rendición de Constantinopla es, a todas luces, fantástica, los jurisconsultos del sultán Solimán no hicieron el ridículo cuando sentenciaron que Constantinopla, a la vez, fue tomada por asalto y se rindió.

NOTAS

[1] Véase nota 2 del capítulo XI. San Juan en Petra fue ofrecido eventualmente a la madre cristiana de Mahmud Bajá y consagrado de nuevo.

[2] Estas iglesias son mencionadas como lugares de culto por peregrinos, tales como los rusos Ignacio de Smolensko (c. 1390), Alejandro (1393) y el ruso anónimo que visitó Constantinopla alrededor de 1440. De Khitrovo, *Itineraires russes en Orient*, págs. 138, 162, 233-234.

[3] Frantzés, *op. cit.*, pág. 307; *Historia Política*, págs. 28-29; *Historia Patriarchica*, pág. 82.

[4] Sobre estas iglesias, véase Van Millingein, *Byzantine Churches in Constantinople*, págs. 49, 113, 128, y Janin, *La géographie ecclésiastique de l'Empire Byzantin*, III, págs. 33, 75, 95, 224, 228, 319, 365-366, 447.

[5] Esta parece haber sido la iglesia de San Juan en Dippion, no lejos del Hipódromo, el cual fue usado en la mitad del siglo XVI como casa de fieras. Janin, *op. cit.*, págs. 273-274.

[6] Hypsilantes, Τὰ μετὰ τὴν Ἅλωσιν, págs. 62, 91.

[7] *Historia Patriarchica*, págs. 158 y sigs.; Cantemir, *History of the Othman Empire*, págs. 102-105. Véase la nota siguiente.

[8] *Historia Patriarchica, loc. cit.;* Cantemir, *loc. cit.*, Hypsilantes, *op. cit.*, págs. 50-52. La *Historia Patriarchica* mezcla los dos episodios en uno; pero está claro que los jenízaros tuvieron que desempeñar su papel en el episodio que concierne a Teolepto, puesto que es inverosímil que se haya podido encontrar a alguno con vida todavía en 1537, ochenta y cuatro años después de la caída de Constantinopla, que hubiera podido estar presente en ella.

[9] Janin, *op. cit.*, págs. 75, 95.

[10] Cantemir, *op. cit.*, pág. 105.

[11] Cantemir, *op. cit.*, págs. 102-105; *Historia Patriarchica, loc. cit.* Los historiadores, desde Gibbon, tuvieron demasiada tendencia a rechazar toda la historia, por absurda, sin tratar de ver lo que había en su trasfondo. Véase un importante artículo, subestimado, de J. H. Mordtmann, «Die Kapitulation von Konstantinopel im Jahre 1453», en B. Z., XXI, págs. 129 y sigs. Este discute e identifica las fuentes de Cantemir.

[12] Evliya Chelebi, *Travels*, versión inglesa de Hammer, I, pág. 159.

[13] Dallaway, *Constantinople Ancient and Modern*, págs. 98-99.

[14] La iglesia de San Juan arriba mencionada, pág. 294, si es San Juan en Dippion, presenta otro problema, puesto que se hallaba en una zona donde al parecer no sobrevivieron otras iglesias.

BIBLIOGRAFÍA

Abreviaturas

B. Z. *Byzantinische Zeitschrift,* Leipzig, 1892.

C. S. H. B. *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae,* Bonn, 1828-1897.

M. P. G. Migne, *Patrologia Graeco-Latina,* París, 1859-1866.

R. I. Sc. Muratori, *Rerum Italicarum Scriptores,* Milán, 1723-1751.

I. COLECCIONES DE FUENTES

ELLISEN, A.: *Analekten der mittel-und neugriechischen Literatur,* 5 vols., Leipzig, 1855-1862.

GIESE, F.: *Die Altosmanischen anonymen Ckroniken,* Breslau, 1922.

JORGA, N.: *Notes et extraits pour servir à l'Histoire des Croisades au XVe siècle,* 6 vols., París-Bucarest, 1899-1916.

KHITROVO, B. de: *Itineraires russes en Orient, Société de l'Orient Latin, série géographique* 5, Ginebra, 1889.

KREKIC, B.: «Regestes des archives de Raguse», en *Dubrovnik (Ragusa) et le Levant au moyen âge.* Véase Bibliografía III.

LAMBROS (Lampros), S. P.: Παλαιολόγεια καὶ Πελοποννησιακά, 4 vols., Atenas, 1912-1930.

LEGRAND, E.: *Recueil de chansons populaires grecques,* París, 1874.

LEUNCLAVIUS (Löwenklaw), J.: *Annales Sultanorum Othmanidarum,* Francfort, 1588.

—: *Historiae Musulmanae Turcorum,* Francfort, 1591.

MARTENE, E., y DURAND, U.: *Thesaurus novus anecdotorum,* 5 vols., París, 1717.

MIGNE, J. P.: *Patrologiae cursus completus. Series Graeco-Latina,* 167 vols., París, 1857-1876.

MÜLLER, C.: *Fragmenta historicorum Graecorum,* 5 volúmenes, París, 1878-1885.

MURATORI, L. A.: *Rerum Italicarum Scriptores,* 25 vols., Milán, 1723-1751.

Notices et extraits des manuscripts de la Bibliothèque du Roi (Biblioteca Nacional), París, 1877 y sigs.

RAYNALDI, O.: *Annales Ecclesiastici,* continuación de Baronio, *Annales Ecclesiastici,* 15 vols., Luca, 1747-1756.

SANSOVINO, F.: *Historia universale dell'origine et imperio de' Turchi,* 3 vols., Venecia, 1646.

SATHAS, K. N.: Μεσαιωινική Βιβλιοθήκη, 7 vols., Atenas, 1872-1894.

THIRIET, F.: *Regestes des délibérations du Sénat de Venise concernant la Romanie,* 3 vols., París-La Hague, 1959-1961.

II. FUENTES INDIVIDUALES

ABRAHÁN EL ARMENIO: *Mélodie elégiaque sur la prise de Stambul* (trad. francesa de Brosset, en Lebeau, *Histoire du Bas Empire,* ed. Saint-Martin, XXI, 1836). Véase Bibliografía III.

ADÁN DE USK: *Chronicon* (ed. E. M. Thompson), Londres, 1904.

ALEJANDRO, escriba: *Voyage à Constantinople* (1393), en Khitrowo, *Itinéraires russes en Orient.*

ALÍ: *Künh-ul-Akhbar,* 4 vols., Estambul, A. H. 1284, 1867, Ἅλωσις τῆς Κορδύλης), en Legrand, *Recueil de chansons populaires grecques,* núm. 51.

Ἅλωσις τῆς Τραπεζοῦντος, en Legrand, *Recueil de chansons populaires grecques*, núm. 49.

ANAGNOSTES, Juan: *De Thessalonicensi excidio narratio.* Véase Frantzés.

«Anónimo Giese», *Tarih Ali Osman*, en Giese, *Die altosmanischen anonymen Ckroniken.*

ASHIKPASHAZADE (Derwisch Ahmed, genannt «Asik-Pasa-Sohn»): *Von Hirtenzelt zur Hohen Pforte*, sacado de *Tarih Ali Osman* (ed. y trad. alemana de R. F. Kreitel), Graz, 1959.

BARBARO, N.: *Giornale dell' assedio di Constantinopoli* (edición E. Cornet), Viena, 1856.

BARTOLOMÉ DE JANO: *Epistola de crudelitate Turcorum* (M. P. G., CLVIII, 1866).

BARTOLOMÉ DELLA PUGLIOLA: *Historia Miscella Bononiensis.* (Muratori, R. I. Sc., XVIII, 1731.)

BESARIÓN, cardenal: *Carta al dux de Venecia*, en Jorga, *Notes et extraits*, II, 1899.

CALIXTO, Andrónico: *Monodia de Constantinopoli Capta.* (M. P. G., CLXI, 1886.)

CAMARIOTES, Mateo: *De Constantinopoli capta narratio lamentabilis.* (M. P. G., CLX, 1866.)

CAMBINI, A.: *Della origine de' turchi et Imperio delli Ottomani*, Florencia, 1537.

CANANO, Juan: *De Constantinopoli Oppugnata.* Véase Frantzés.

CANTACUZENO, Juan: *Historia* (ed. L. Schopen, C. S. H. B., 1828-1832).

CHALCOCONDILAS, Laónicos: *De Origine ac rebus gestis Turcorum* (ed. E. Bekker, C. S. H. B., 1843.)

Chronica Minora (Βραχέα Χρονικά) (ed. S. Lambros), Atenas, 1932.

Chronicon Estense (Muratori, R. I. Sc., XV, 1729), Χρονικὸν περὶ τῶν Τούρκων Σουλτάνων (ed. G. T. Zoras), Atenas, 1958.

CLAVIJO, R. GONZÁLEZ DE: *Diario* (trad. inglesa de Le Strange), Londres, 1928.

CRITÓBULO: *De rebus gestis Mechemetis,* en Müller, *Fragmenta historicorum,* V, 1883; asimismo véase Kritovoulos, *History of Mehmed the Conqueror* (trad. C. T. Riggs, Princeton), 1954.

Description de Constantinople (1424-1453), en Khitrowo, *Itineraires russes en Orient.*

DOLFIN ZORZI: *Assedio e presa di Constantinopoli nell' anno 1453* (ed. G. M. Thomas), Munich, 1868.

DUCAS, Miguel (?): *Historia Turco-Byzantina* (ed. V. Grecu), Bucarest, 1948; véase también ed. E. Becker, C. S. H. B., 1834.

Ecthesis Chronica (ed. S. Lambros), Londres, 1902.

EUGÉNICOS, Juan: *Varia,* en Lambros, Παλαιολόγεια καὶ Πελοποννησιακά I, 1912.

EVLIYA CHELEBI: *Seyahatname, Narrative of Travels,* traducción inglesa de J. von Hammer (2 vols.); véase Bibliografía III, *infra.*

FEDERICO III, emperador: «Cartas al sultán», en Jorga: *Notes et extraits,* II, 1899.

FILELFO (Philelphus), F.: *Cent-dix lettres grecques de François Philelphe* (ed. E. Legrand), París, 1892.

—: «Carta al rey de Francia», en Jorga: *Notes et extraits.*

FRANCISCANOS, PADRE SUPERIOR DE LOS: *Informe* (Muratori, R. I. Sc., XVIII, 1731).

FRANTZÉS (Sphrantzes), Jorge: *Chronicon* (ed. E. Bekker, C. S. H. B., 1838), que incluye igualmente a Anagnostes y a Canano. *Vide supra.*

GENNADIO, Jorge Scholarios: *Oeuvres complètes de Gennade Scholarios* (ed. L. Petit, X. A. Désidéridès y M. Jugie, 8 vols.), París, 1928-1936.

HIERAX: *Chronicon,* en Sathas: Μεσαιώνικὴ Βιβλιοθήκη, I, 1872.

Historia Politica et Patriarchica Constantinopoleos (ed. E. Bekker, C. S. H. B., 1849).

IBN BATTUTA: *Voyages* (ed. C. Defrémery y B. R. Sanguinetti, 4 vols.), París, 1893.

ISIDORO DE RUSIA, cardenal: Carta al papa Nicolás V (M. P. G.,

CLIX, 1866); carta a todos los fieles, en Sansovino, *Historia Universale,* III.

LA MARCHE, Olivier de: *Mémoires* (ed. H. Beaune y J. d'Arbaumont, 4 vols.,), París, 1883-1884.

LEONARDO DE QUÍOS, arzobispo de Mitilene: *Epistola ad Papam Nicolaum V* (M. P. G., CLIX, 1866). Versión italiana en Sansovino, *Historia Universale,* III.

—: *De Lesbo a Turcis Capta* (ed. C. Hopf), Regensberg, 1866.

MONTALDO, A. DE: *Della Conquista di Constantinopoli per Maometto II* (ed. C. Desimoni), en *Atti de la Società Ligure de Storia Patria,* X, Génova, 1874.

NÉSTOR ISKANDER: *The Tale of Tsargrand* (en eslavo antiguo) (ed. archimandrita Leónidas), en *Antigua Literatura,* San Petersburgo, 1886.

NOTARAS, Lucas: *Epistolae* (M. P. G., CLX).

Notitiae de Portis Constantinopolitanis (ed. Preger y Benescevic), en B. Z., XXI, XXIII, 1921, 1923.

PÍO II, papa: *Opera Omnia,* Basilea, 1551.

PODESTÁ DE PERA: *Epistola de excidio Constantinopolitano* (ed. S. de Sacy). *Notices et extraits de la Bibliothèque du Roi,* XI, 1827.

«POLACO, JENÍZARO» (Miguel Constantinovic de Ostrovica): *Memorias* (en eslavo antiguo), en Galezowsky: *Zbior Pisarzow Polskich,* V, Varsovia, 1929.

PUSCULUS, Ubertino: *Constantinopoleos libri IV,* en Ellissen: *Analekten der Mittel-und neugriechischen Literatur,* III, 1857.

RICCHERIO, Cristóforo: *La presa di Constantinopoli,* en Sansovino, *Historia Universale,* III.

SA'AD ED-DIN: *The Capture of Constantinople from the Taj ut-Tevarikh* (trad. inglesa de E. J. W. Gibb), Glasgow, 1879.

SANUDO, M.: *Vitae Ducum Venetorum* (Muratori, R. I. Sc., XXII, 1733).

Slavic Chronicle (Crónica Eslava) (en eslavo antiguo), *Conquest of Tsarigrad* (ed. de J. J. Sreznevsky), en *Publications of the Academy of Science of St Petersburg,* 2nd Division, I,

San Petersburgo, 1854; versiones rusa y rumana, en Jorga, «Fuente subestimada de la toma de Constantinopla». Véase Bibliografía III.

SPANDUGINO CANTACUZINO, T.: *Discorso dell' origine de principi Turchi,* en Sansovino, *Historia Universale,* II.

TACI BEYZADE (Tag Beg-zade Ga'fer Celebi): *Fethname-i Istanbul,* en *Revue Historique publiée par l'Institut d'histoire Ottomane,* IV, Estambul, 1913.

TAFUR, Pero: *Travels* (ed. y trad. inglesa de M. Letts), Londres, 1926.

«Terrae hodiernae Graecorum et dominia saecularia et spiritualia ipsorum» (ed. S. Lambros), en *Neos Hellenomnemon,* VII, Atenas, 1910.

TETALDI, Jacobo (Edaldy Jacques): *Informations envoyées tant par Francisco de Franc à Mgr. le Cardinal d'Avignon, que par Jehan Blanchin et Jacques Edaldy, marchant florentin, de la prise de Constantinople, à la quelle le dit Jacques estoit personellement,* en Martène y Durand, *Thesaurus novus anecdotorum,* I, 1717.

Θάνατος τοῦ Κωνσταντίνου Δράγαζη, en Llegrand, *Recueil de chansons populaires grecques,* núm. 48.

TURSUN, BEY: *Chronicle* (ed. Mehmet Arif), en *Revue Historique publiée par l'Institut d'Histoire Ottomane,* págs. 26-38, Estambul, 1914-1916.

VILLALÓN, C. de: *Viaje de Turquía* (ed. A. G. Solalinde), 2 vols., Madrid-Barcelona, 1919.

III. OBRAS MODERNAS

AHMED MUKTAR, Bajá: *The Conquest of Constantinople and the establishment of the Ottomans in Europe,* Londres, 1902.

ALDERSON A. D.: *The Structure of the Ottoman Dynasty,* Oxford, 1956.

AMANTOS, C.: «La prise de Constantinople», en *Le Cinq-Cen-*

tième Anniversaire de la Prise de Constantinople, L'Hellénisme Contemporain, fasciscule hors série, Atenas, 1953.

ANDREEVA, M.: «Zur Reise Manuels II Palaiologos nach West-Europa», en B. Z., XXXIV, 1934.

ARGENTI, P.: *The Occupation of Chios by the Genoese,* 3 volúmenes, Cambridge, 1958.

ATIYA, A. S.: *The Crusade in the later Middle Ages,* Londres, 1938.

—: *The Crusade of Nicopolis,* Londres, 1934.

BABINGER, F.: *Beitrage zur Frühgeschichte der Turkenherrschaft in Rumelien,* Brunn-Munich-Viena, 1944.

—: *Die Geschichtsschreiber der Osmanen und ihre Werke,* Leipzig, 1927.

—: *Mehmed der Eroberer und seine Zeit,* Munich, 1953.

—: Art. «Orkhan», en *Encyclopaedia of Islam,* III.

—: «Von Amurath zu Amurath. Vor-und Nachspiel der Schlacht bei Varna», en *Oriens,* III, Leyden, 1950.

BAKALOPULOS, A.: «Les limites de l'Empire Byzantin depuis la fin du XIVe siècle jusqu'à sa chute», en B. Z., LV, I, 1962.

BAUDRILLART, Vogt y Rouzies (ed. *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique,* París, 1911).

BECK, H. G.: «Humanismo y Palamismo», XII Congreso Internacional de Estudios Bizantinos, en *Informes,* III, Ohrid, 1961.

—: *Kirche und Theologische Literatur in byzantinischen Reich,* Munich, 1959.

—: *Theodoros Metochites,* Munich, 1952.

BECKWITH, J.: *The Art of Constantinople,* Londres, 1962.

BERGER DE XIVREY, M.: *Mémoire sur la vie et les ouvrages de l'Empereur Manuel Paléologue,* París, 1861.

BIRGE, J. K.: *The Bektasi Order of Dervisches,* Londres, 1937.

BRATIANU, G. I.: *Études Byzantines d'histoire économique et sociale,* París, 1938.

BREHIER, L.: Art. «Bessarion», en Baudrillart, *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique. Vide supra.*

BREHIER, L.: *Le monde byzantin, I: Vie et mort de Byzance,* París, 1947.

CAHEN, C.: «La campagne de Mantzikert d'après les sources musulmanes», en *Byzantion,* IX, Bruselas, 1934.

—: «The Mongols», en *History of the Crusades* (ed. Setton), II *(vide infra).*

—: «The Selchukid state of Rum», en *History of the Crusades* (ed. Setton), I *(vide infra).*

—: «The Turkish invasion: the Selchukids», en *History of the Crusades* (ed. Setton), II *(vide infra).*

Cambridge Medieval History, IV. *The Eastern Roman Empire,* 717-1452, Cambridge, 1923.

CANTEMIR, D.: *History of the Othman Empire* (trad. inglesa de N. Tindal), Londres, 1734.

CHARANIS, P.: «The strife among the Palaelogi and Ottoman Turks», en *Byzantion,* XVI; I, Boston, 1944.

CONCASTY, M. L.: «Les "Informations" de Jacques Tetaldi», en *Byzantion,* XXIV, Bruselas, 1954.

CSUDAY, F.: *Die Geschichten der Ungarn,* Zool., Berlín, 1899.

CUSPINIAN, J.: *De Turcarum origine,* Leyden, 1634.

DALLOWAY, J.: *Constantinople ancient and modern,* Londres, 1797.

DELAVILLE LE ROULX, J.: *La France en Orient au XIVe siècle,* 2 vols., París, 1886.

DIAMANTOPOULOS, A. N.: Γεννάδιος ὁ Σχολάριος ὡς ἱστορικὴ πηγὴ τῶν περὶ τὴν ἅλωσιν χρόνων', Ἑλληνικά, IX, Atenas, 1926.

DIEHL, C.: «De quelques croyances byzantines sur la fin de Constantinople», en B. Z., XXX, 1930.

Encyclopaedia of Islam (ed. Houtsma, Arnold y Basset), 4 vols., Leyden-Londres, 1913-1934.

Encyclopaedia of Islam (nueva ed., ed. Lewis, Pellat y Schacht), Leyden-Londres, 1955.

FINLAY, G.: *A history of Greece* (ed. H. F. Tozer), III, Oxford, 1877.

FUCHS, F.: *Die höheren Schulen von Konstantinopel im Mittelalter, Byzantinische Archiv.*, VIII, Leipzig-Berlín, 1926.

GEGAJ, A.: *L'Albanie et l'invasion turque au XVe siècle*, París, 1937.

GIBBON, E.: *Decline and Fall of the Roman Empire* (edición J. B. Bury), 7 vols., Londres, 1896-1900.

GILL, J.: *The Council of Florence*, Cambridge, 1959.

GRECU, V.: «La chute de Constantinople dans la littérature populaire roumaine», en *Byzantinoslavica*, XIV, Praga, 1953.

—: «Pour une meilleure connaissance de l'historien Doukas», en *Memorial Louis Petit*, Bucarest, 1948.

GRUNZWEIG, A.: «Philippe le Bon et Constantinople», en *Byzantion*, XXIV, Bruselas, 1954.

GUILLAND, R.: «Les appels de Constantin XI Paléologue à Rome et à Venise pour sauvrer Constantinople», en *Byzantinoslavica*, XIV, Praga, 1953.

GYLLIUS, P.: *De topographia Constantinopoleos*, Lyon, 1561.

HALECKI, O.: «Rome et Byzance au temps du grand schisme d'Occident», en *Collectio Theologica*, XVIII, Lwow, 1937.

—: *The Crusade of Varna*, Nueva York, 1943.

—: *Un Empereur de Byzance à Rome*, Varsovia, 1930.

HAMMER-PURGTALL, J. von: *Geschichte des Osmanischen Reiches*, 10 vols., Pest, 1827-1835.

HASLUCK, F. W.: *Athos and its Monasteries*, Londres, 1924.

HEYD, W.: *Histoire du commerce du Levant au Moyen Âge* (nueva ed.), 2 vols., Leipzig, 1936.

HILL, G. A.: *History of Cyprus*, 3 vols., Cambridge, 1940-1948.

Historians of the Middle East (ed. B. Lewis y R. M. Holt), Londres, 1962.

History of the Crusades (ed. K. M. Setton), Filadelfia, 1955.

HOPF, C.: *Geschichte Griechenlands von Begins des Mittelaltes bis auf unserer Zeit*, 2 vols., Leipzig, 1870-1871.

HOUTSMA, M. T.: Art. «Tughrilberg», en *Encyclopaedia of Islam*, IV.

HUART, C.: Art. «Janissaries», en *Encyclopaedia of Islam*, II.

HUBER, A.: *Geschichte Osterreichs*, 5 vols., Gotha, 1885-1896.

HYPSILANTIS, A. C.: Τὰ μετὰ τὴν ἅλωσιν (ed. A. Germanos), Constantinopla, 1870.

INALCIK, H.: Art. «Bayazed I», en *Encyclopaedia of Islam* (nueva ed.), I.

—: *Fatih Devri üzerinde tetikler ve vesikalar,* I, Ankara, 1954.

—: «Mehmed the Conqueror (1432-1481) and his time», en *Speculum,* XXXV, Cambridge, 1960.

—: «Ottoman methods of conquest», en *Studia Islamica,* II, París, 1954.

JANIN, R.: *Constantinople Byzantine. La géographie eclésiastique de l'empire byzantin,* Pt. I, iii, en *Les églises et les monastères,* París, 1953.

JIREČEK, K.: *Geschichte des Serben,* 2 vols., Gotha, 1911-1915.

JORGA, N.: *Byzance après Byzance,* Bucarest, 1935.

—: *Geschichte des Osmanischen Reiches,* 2 vols., Gotha, 1908-1909.

—: *Histoire des Roumains,* 4 vols., Bucarest, 1937.

—: «Une source négligée de la prise de Constantinople», en *Académie Roumaine, Bulletin de la Section Historique,* XIII, Bucarest, 1927.

KHAIRULLAH EFFENDI: *Ta'rikh,* Estambul, 1851.

KOLIAS, G.: «Constantin Paléologue, le dernier defenseur de Constantinople», en *Le Cinq-Centième Anniversaire de la prise de Constantinople. L'Hellénisme Contemporain,* fascículo fuera de serie, Atenas, 1953.

KOPRULU, M. F.: *Les origines de l'Empire Ottoman,* París, 1935.

KRAMERS, J. H.: Art. «Othman I», en *Enciclopaedia of Islam,* I.

—: Art. «Muhammad I», en *Encyclopaedia of Islam,* III.

KRAUSE, J. H.: *Die Eroberung von Konstantinopel im 13 Jahrhunderts durch die Kreuzfahren, durch die nicaeischen und durch die Turken,* Halle, 1870.

KREKIC, B.: *Dubrovnik (Raguse) et le Levant au Moyen Âge,* París-La Hague, 1961.

KYROU, A.: Βησσαρίων ὁ Ἕλλην, 2 vols., Atenas, 1947.

LAMBROS, S., Ὁ Κωνσταντῖνος Παλαιολόγος ὡς σύζυγος', en

Neos Hellenomnemon, IV, Atenas, 1907.

—: Αἱ εἰκόνες Κωνσταντίνου τοῦ Παλαιολόγου', en *Neos Hellenomnemon,* III y IV, Atenas, 1906-1907.

—: Συνθήκη μεταξὺ 'Ιωάννου τοῦ Παλαιολόγου καὶ τοῦ δουκὸς τῆς Βενετίας Φραγκίσκον Φόβκαρη, en *Neos Hellenomnemon,* I, Atenas, 1904.

LASCARIS, M.: *Vizantiske princeze u srednjevekovnoj Srbiji,* Belgrado, 1926.

LAURENT, J.: *Byzance et les Turcs Seljoucides jusq'en 1081,* Nancy, 1913.

LAURENT, V.: «Sphrantzes et non Phrantzes», en B. Z., XLIV, 1951.

LEBEAU, C.: *Histoire du Bas Empire* (ed. J. Saint-Martin), 21 vols., París, 1824-1836.

LEIGH-FERMOR, P.: *The Traveler's Tree,* Londres, 1950.

LEMERLE, P.: *L'Emirat d'Aydin: Byzance et l'Occident,* París, 1937.

LOENERTZ, R. J.: «Autour du Chronicon Maius attribué à Georgios Phrantzets», en *Miscellanea Mercati,* III, *Studi i Testi Vaticani,* CXXIII, Roma, 1946.

—: «Pour la biographie du Cardinal Bessarion», en *Orientalia Christiana Periodica,* Roma, 1944.

MARINESCU, C.: «Le Pape Callixte III, Alphonse V d'Aragon, roi de Naples, et l'offensive contre les Turcs», en *Académie Roumaine, Bulletin de la Section Historique,* XIX, Bucarest, 1935.

—: «Le Pape Nicolas V et son attitude envers l'empire byzantin», en *Bulletin de l'Institut archéologique Bulgare,* X, Sofía, 1935.

—: «Notes sur quelques ambassadeurs byzantins en Occident à la veille de la chute de Constantinople sous les Turcs», en *Annuaire de l'Institut de Philologie et de l'Histoire Orientales et Slaves,* X, Bruselas, 1950.

MASAI, F.: *Plethon et le Platonisme de Mistra,* París, 1956.

MASSO TORRENTS, J.: «40 Octaves à la porte de Constantinople», en Εἰς μνήμην Σ. Λάμπρου. Atenas, 1938.

MEDLIN, W. K.: *Moscow and East Rome*, Ginebra, 1952.
MERCATI, G.: «Scritti d'Isidoro il Cardinale Ruteno», en *Studi i Testi*, XLVI, Roma, 1926.
MEYENDORFF, J.: *Introduction à l'étude de Grégoire Palamas*, París, 1959.
MIJATOVICH, C.: *Constantine, last Emperor of the Greeks*, Londres, 1892.
MILLER, W.: *Essays on the Latin Orient*, Cambridge, 1921.
—: «The Balkan States», en *Cambridge Medieval History*, IV.
—: *The Latins in the Levant*, Londres, 1908.
—: *Trebizond, the last Christian Empire*, Londres, 1926.
MORAVCSIK, G.: *Byzantino-Turcica*, 2 vols., Budapest, 1942-1943.
MORDTMANN, A.: Art. «Dewshirme», en *Encyclopaedia of Islam* I.
—: «Die letzen Täge von Byzanz», en *Mitteilungen des deutschen Exkursions-Klub*, Estambul, 1893 y 1895.
—: *Esquisse topographique de Constantinople*, Lila, 1892.
—: *Die Belagerung und Eroberung Constantinopels durch die Türken im Jahre 1453*, Stuttgart-Augsburgo, 1858.
MOSCHOPOULOS, N.: «La prise de Constantinople selon les sources tourques», en *Le Cinq-Centième Anniversaire de la prise de Constantinople, L'Hellénisme Contemporain*, fascículo fuera de serie, Atenas, 1953.
NORDEN, W.: *Das Papsttum und Byzanz*, Berlín, 1903.
OMAN, C. W. C.: *History of the Art of war in the Middle Ages*, 2.ª ed., 2 vols, Londres, 1924.
OSTROGORSKY, G.: *History of the Byzantine State* (traducción inglesa de J. Hussey), Oxford, 1955.
PALL, F.: «Autour de la Croisade de Varna», en *Académie Roumaine, Bulletin de la Section Historique*, XXII, Bucarest, 1941.
PAPADOPOULOS, A. T.: *Versuch einer genealogie der Palaiologen*, Amsterdam, 1962.
PAPADOPOULOS, T. H.: *Studies and Documents relating to the history of Greek church and people under turkish domination*, Bruselas, 1952.

PASPATES, A. G.: Πολιορκία καὶ ἅλωσις τῆς Κωνσταντινουπόλεως, Atenas, 1890.

PASTOR, L.: *History of the Popes from the close of the Middle Ages* (trad. inglesa de F. I. Antrobus), 5 vols., Londres, 1891-1898. (Versión española: *Historia de los Papas...)*

PAULOVA, M.: «L'Empire byzantin et les tcheques avant la chute de Constantinople», en *Byzantinoslavica*, XIV, Praga, 1953.

PEARS, E.: *The destruction of the Greek Empire and the story of the capture of Constantinople by the Turks*, Londres, 1903.

—: «The Ottoman Turks to the fall of Constantinople», *Cambridge Medieval History*, IV.

RADONIC, J.: *Djuradj Kastriots Skenderberg i Albanija*, Belgrado, 1942.

RUNCIMAN, S.: «Byzantine and Hellen in the fourteenth century», Τόμος Κωνσταντίνου 'Αρμενοπούλου, Tesalónica, 1952.

—: «The schism between the Eastern and Western Churches», en *Anglican Theological Review*, XLIV, 4. Evanston, 1962.

SCHLUMBERGER, G.: *Le siège, la prise et le sac de Constantinople en 1453*, París, 1926.

SCHNEIDER, A. M.: «Die Bevölkerung Konstantinopels im XV Jahrhundert», en *Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen, Phil-Hist. Klasse*, Göttingen, 1949.

SOTTAS, J.: *Les messageries maritimes de Venise au XIVe et XVe siècles*, París, 1938.

STASIULEVICH, M. M.: «The siege and capture of Byzantium by the Turks» (en ruso), en *Memories of the Imperial Academy of Science, 2nd Division*, I, San Petersburgo, 1854.

THIRIET, F.: *La Romanie Vénitienne au Moyen Âge*, París, 1959.

TOMADAKIS, N. B.: ''Ετούρκευσεν ὁ Γεώργιος ' Αμιρούτζης;' in 'Επετηρὶς 'Εταιρειας Βυζαντινῶν Σπουδῶν, XVIII, Atenas, 1948.

—: «Repercussion immédiate de la prise de Constantinople», en *Le Cinq-Centième Anniversaire de la prise de Constanti-*

nople, L'Hellénisme Contemporain, fascículo fuera de serie, Atenas, 1953.

TRAFALI, O.: «Le siège de Constantinople dans les fresques des églises de Bukovine», en *Mélanges G. Schlumberger,* II, París, 1924.

—: *Thessalonique au quatorzième siècle,* París, 1913.

TYPALDOS, T. E.: 'Οἱ ἀπόγονοι τῶν Παλαιολόγων μετὰ τὴν ἅλωσιν', Δελτίον τῆς Ἱστορικῆς καὶ Ἐθνολογικῆς Ἑταιρείας τῆς Ἑλλάδος, VIII, Atenas, 1922.

ULGEN, ALI SAIM: *Constantinople during the era of Mohammed the Conqueror,* Ankara, 1939.

UNBEGAUN, B.: «Les relations vieux-russes de la prise de Constantinople», en *Revue des Études Slaves,* IX, París, 1929.

UZUNCARSILI, I. H.: *Osmanli Tarihi,* 3 vols., Ankara, 1947-1951.

VAN MILLINGEN, A., *Byzantine Churches in Constantinople,* Londres, 1910.

—: *Byzantine Constantinople: the walls of the city,* Londres, 1899.

VASILIEV, A. A., *A History of the Bizantine Empire,* 324-1453, Madison, 1952.

—: «Medieval ideas ot the end of the World», en *Byzantion,* XVI; 2, Boston, 1944.

—: «The journey of the Byzantine Emperor Manuel II Palaeologus in Western Europe» (en ruso), en *Boletín del Ministerio de Instrucción Pública, N. S.,* XXXIX, San Petersburgo, 1912.

VAST, H.: *Le Cardinal Bessarion (1403-1472),* París, 1878.

VOIGT, G.: *Enea Silvio Piccolomini als Papst Pius II und sein Zeitalter,* 3 vols., Berlín, 1856-1863.

VOYATZIDIS, J.: 'Τὸ ζήτημα τῆς στέψεως Κωνσταντίνου τοῦ Παλαιολόγου', Λαογραφία VII, Atenas, 1923.

WALTER, G.: *La ruine de Byzance,* París, 1958.

WITTEK, P.: *Das Fürstentum Mentesche: Studien zur Geschichte Westkleinasiens im 13-15 Jahrhundert,* Estambul, 1934.

—: *The rise of the Ottoman Empire*, Londres, 1938.

YULE, H.: *The travels of Marco Polo* (ed. H. Cordier), 3 vols., Londres, 1902-1920. *Viajes de Marco Polo* (hay versiones en español).

ZAKYTHINOS, D.: «La prise de Constantinople et la fin du Moyen Âge» y «La prise de Constantinople, tournant dans la politique et l'économie européennes», en *Le Cinq-Centième Anniversaire de la prise de Constantinople, L'Hellénisme Contemporain*, fascículo fuera de serie, Atenas, 1953.

—: *Le despotat grec de Morée*, 2 vols., París, 1932-1955.

ZIEGLER, A.: «Isidore de Kiev, apôtre de l'Union florentine», en *Irenikon*, XIII, Chevetogne, 1936.

ZORAS, G.: Περὶ τὴν ἅλωσιν τῆς Κωνσταντινουπόλεως, Atenas, 1959.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Como señala Runciman en el prefacio a su obra, y en buena parte como justificación de la misma, pese a que es un lugar común referirse al impacto que sobre la Historia de Occidente tuvo la conquista de Constantinopla, los estudios específicos relativos a este evento han sido escasos. *La caída de Constantinopla* llenó con creces el vacío existente en su tiempo y aún hoy sigue siendo, transcurridos algo más de treinta años desde su primera edición, de obligada referencia para conocer con detalle las circunstancias y los acontecimientos que jalonaron este suceso (lo cual animó a los editores de Cambridge University Press a reimprimir esta obra en 1991). En general, a los historiadores occidentales les ha interesado especialmente indagar y evaluar el impacto de estos hechos en la conciencia europea, desde la recuperación del ideal de Cruzada hasta la influencia de la diáspora griega en el Humanismo. Buena muestra de ello son los trabajos de R. Schwoebel *(The shadow of the crescent: the Renaissance image of the Turk [1453-1517],* Nueva York, 1967) y A. Pertusi *(La caduta di Costantinopoli,* Milán, 1976). El primero analiza de forma amena y rigurosa cómo en Europa empezó a tomarse conciencia de la amenaza turca

después de 1453, mientras que el segundo, en dos amplios y documentados volúmenes (I: *Le testimonianze dei contemporanei,* II: *L'eco nel mondo),* recoge un buen número de testimonios y documentos acerca del terror que generó la noticia de la pérdida de Bizancio en una Cristiandad que se sintió incapaz de hacer frente al peligro; al mismo tiempo, se ponía de manifiesto su debilidad y desunión frente a un enemigo fuerte, agresivo y unido. Los «lamenti» griegos, italianos e incluso franceses se multiplicaban, mientras los proyectos de Cruzada liderados por los pontífices, especialmente Pío II y Calixto III, caían en la más absoluta indiferencia, sirviendo, a la postre, para hacer más profundo el desánimo y la frustración (sobre la recuperación del ideal de Cruzada y los intentos del pontificado para dar una respuesta unitaria, véase M. Petrocchi, *La politica della Santa Sede di fronte all'invasione ottomana [1444-1718],* Nápoles, 1955).

La desunión de la Cristiandad y las diferencias de intereses del conjunto y de sus miembros individuales, dispuestos algunos de ellos a la alianza con el turco para defender sus propios fines, constituyen el núcleo de trabajos como el de P. Preto *(Venezia e i turchi,* Florencia, 1975), donde el autor explora y estudia con detenimiento las complejas relaciones entre Venecia y el Imperio Otomano y las sucesivas fases de rivalidad y cooperación que protagonizaron en el dominio del mar Egeo. Runciman insiste con firmeza en que la ruptura entre Oriente y Occidente no fue una cisura radical y que la realidad posterior a 1453 no debe reducirse al simplista y ya manido cliché de la confrontación entre los mundos musulmán y cristiano. (Sobre esto ya habían trabajado algunos historiadores como D. M. Vaughan, *Europe and the Turks. A pattern of alliances [1360-1700],* Liverpool, 1954, y

L. S. Stavrianos, *The Balkans since 1453,* Nueva York, 1958).

Las consecuencias que para griegos y turcos tuvo la conquista se pueden rastrear en B. Braude y B. Lewis (eds.), *Christians and Jews in the Ottoman Empire* (2 vols.), Nueva York, 1982. Cabe destacar en este sentido un breve trabajo de Halil Inalcik («The Policy of Mehmed II Toward the Greek Population of Istambul and the Byzantine Buildings of the City», *Dumbarton Oaks Papers,* 23 [1970], págs. 213-249), sirve de complemento a lo referido por Runciman en los capítulos 11 y 13 y el apéndice II. También Inalick es autor *de The Ottoman Empire. The Classical Age, 1300-1600* (Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1973), síntesis de la historia otomana pensada para el público occidental. Siguiendo sus pasos, y con el propósito de cubrir un período más amplio (1288-1960), Stanford Shaw *(History of the Ottoman Empire and Modern Turkey,* 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1976, 1997[2]) responde a un buen número de interrogantes sobre la naturaleza política del Imperio turco, la evolución de su sociedad, economía e instituciones, esforzándose por huir de los prejuicios y las distorsiones que han caracterizado los análisis efectuados desde Occidente; para ello, y de ahí su importancia, ha utilizado preferentemente materiales de archivo turcos. Resta, por último, hacer mención a una obra miscelánea, V. J. Parry *(et al.), A History of the Ottoman Empire to 1730,* Cambridge University Press, Cambridge, 1976, que, editado y prologado por M. A. Cook, recoge y ordena en un solo volumen los artículos relativos al Imperio Otomano que contiene la *New Cambridge Modern History* y la *Cambridge History of Islam* (la mayoría de ellos disponibles para el lector en español en los volúme-

nes de la traducción que realizó en 1980 la editorial Sopena: *Historia del Mundo Moderno de Cambridge).*

De la escasa bibliografía que existe en español, cabe mencionar la obra de Perry Anderson *(El estado absolutista,* Siglo XXI, Madrid, 1979), en cuyo capítulo 7 («La Casa del Islam») realiza un aceptable resumen del libro citado de Inalcik. Asimismo, disponemos de la obra de Dimitri Kitsikis *(El Imperio Otomano,* FCE, México, 1989), que, escrita para la conocida colección francesa *Que sais je?,* en sus escasas 150 páginas ofrece una acertada aproximación al conocimiento de la historia de esta entidad política. Por último, existe también una notable información en los volúmenes XIV y XV de la *Historia Universal* de Siglo XXI dedicados al Islam (traducción de la colección de Fischer Verlag editada en Alemania en los años setenta y ochenta), que hace de la conquista de Constantinopla el eje divisorio de los dos volúmenes y de la historia del mundo musulmán.

MANUEL RIVERO.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
6405121315

COLECCIÓN AUSTRAL

Serie azul: Narrativa
Serie roja: Teatro
Serie amarilla: Poesía
Serie verde: Ciencias/Humanidades

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

409 Antonio Gala
Café Cantante
Prólogo de Andrés Peláez Martín

410 Gregorio Marañón
Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo
Prólogo de Julio Valdeón

411 Ramón del Valle-Inclán
Voces de gesta. Cuento de abril
Edición de M.ª Paz Díez Taboada

412 Julián Marías
Miguel de Unamuno

413 Jonathan Swift
Los viajes de Gulliver
Traducción y edición de Emilio Lorenzo

414 Julio Camba
La casa de Lúculo
Prólogo de Mario Parajón

415 Antonio Díaz-Cañabate
Historia de una taberna
Prólogo de Andrés Amorós

416 James Boswell
Vida del doctor Samuel Johnson
Prólogo de Fernando Savater

417 José de Espronceda
Poesías líricas. El estudiante de Salamanca

418 Lope de Vega
El caballero de Olmedo
Edición de Ignacio Arellano y Juan Manuel Escudero

419 Félix M.ª de Samaniego
Fábulas
Edición de Emilio Martínez Mata

420 AA. VV.
Antología de la poesía española, 1960-1975
Edición de Juan José Lanz

421 Camilo José Cela
La colmena
Edición de Eduardo Alonso

422 Luis Alberto de Cuenca
Las 100 mejores poesías de la lengua castellana

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales